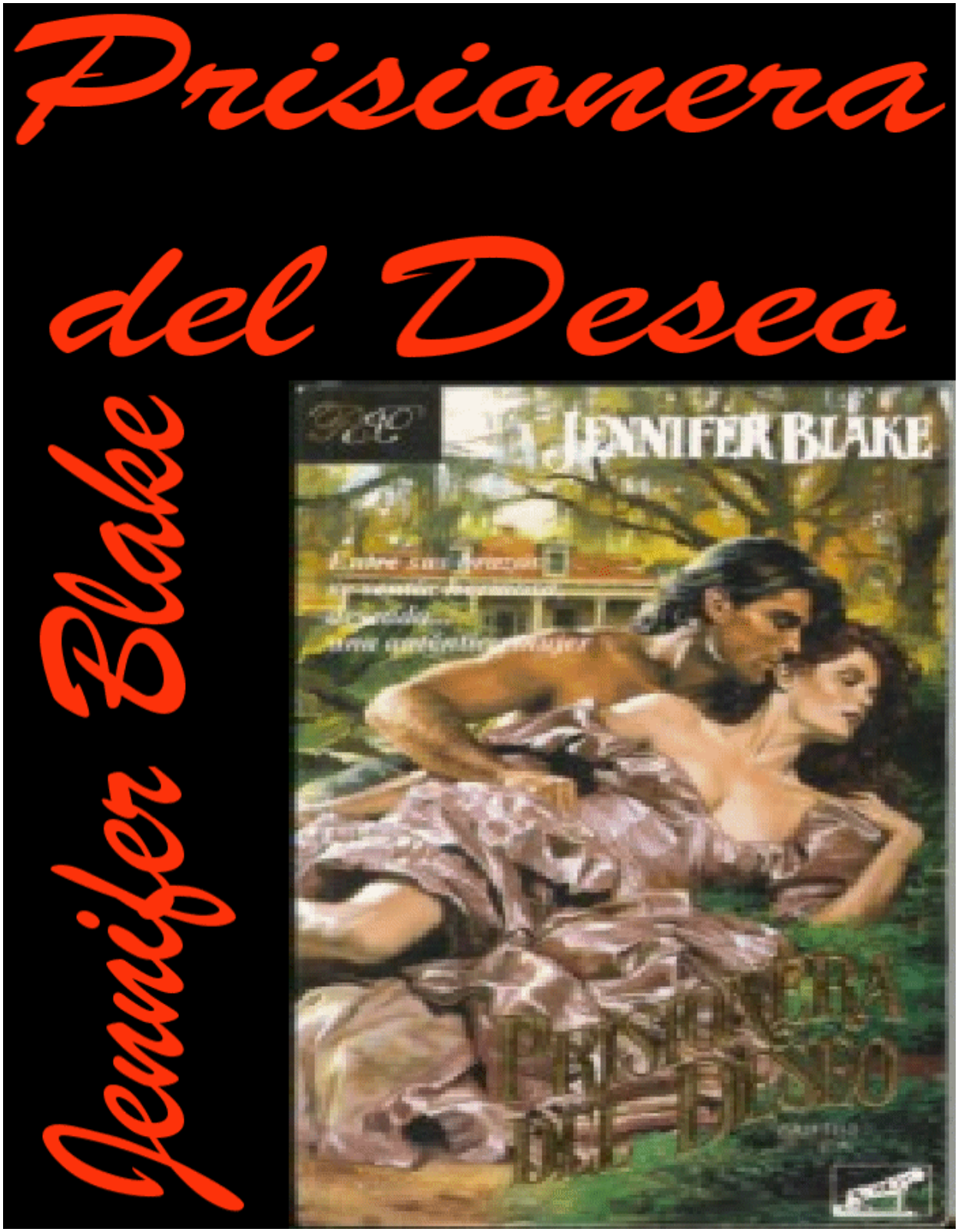
PRISIONERA DEL DESEO

JENNIFER BLAKE



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPITULO 1

Era un espectáculo fantástico y centelleante. El teatro St. Charles deslumbraba con la luz de gas que emitían las grandes arañas góticas de hierro forjado, con sus globos de opalina. El suelo de madera estaba encerado de tal modo que reflejaba no sólo cálidos charcos de luz, sino también las columnas de yeso blanco, con su decoración de hojas doradas, el terciopelo carmesí del telón, las balaustradas de los palcos y el diseño en forma de lira del techo. Desde la bóveda se habían suspendido cintas de seda roja, verde y dorada, hasta los palcos altos. Se mecían suavemente en el calor ascendente que despedían las luces de gas, como si se movieran al compás del vals cadencioso que ejecutaba la orquesta.

Los bailarines giraban en la pista, vestidos de seda, terciopelo y encaje, con sus ojos chispeantes de placer bajo las ranuras de las máscaras. Aquí, una muchacha vestida de dama medieval, con un sombrero en punta, envuelto en velos, bailaba en compañía de un beduino de túnica flotante. Allí, un monje, con una cruz balanceándose sobre sus rodillas, formaba pareja con una mujer vestida de vestal. Del brazo de un soldado dragón iba una dama de peluca empolvada y cinta roja al cuello, proclamando su pertenencia a la época de la Revolución Francesa. Centelleaba el paño de oro. Las plumas flotaban y se mecían en los sombreros. Falsas piedras competían en fulgor con el brillo discreto de las joyas auténticas. El aire olía a perfume con un dejo de alcanfor, pues muchos de los disfraces habían permanecido almacenados hasta ese martes de carnaval. Se oía un rumor de alegría y conversaciones, que a veces se imponía a la música. En el ambiente flotaba un aire de osadía, de placer audaz, mientras se coqueteaba discretamente tras el anonimato de los disfraces protectores.

Anya Hamilton, que observaba a la multitud desde su puesto, contra una de las grandes columnas que sostenían el círculo de palcos, ahogó un bostezo. Bajó sus oscuras pestañas de puntas rojizas. El humo y el olor del gas parcialmente quemado le estaban causando dolor de cabeza; o tal vez era el lazo fuertemente atado que sostenía su antifaz. La música era demasiado estridente, combinada con el parloteo de voces, que casi la ahogaban. Apenas comenzaba la velada, pero Anya había trasnochado mucho en las últimas semanas. Ése era su quinto baile de máscaras desde que llegara a Nueva Orleans, poco después de Navidad, y no le habría molestado que fuera el último, aunque bien sabía que faltaban dos semanas de festejos semejantes para que llegara el bendito alivio del Miércoles de Ceniza.

El *Mardi Gras* había sido, en otros tiempos, una festividad pagana en honor de la fertilidad y los ritos de primavera. Llamado Lupercalia en aquellos tiempos, por las cuevas en que se llevaban a cabo los festejos relativos a la adoración del dios Pan, deidad de la tierra de los amantes o Arcadia, se había convertido en una excusa para la conducta licenciosa durante el tiempo de los romanos. Los primeros Padres cristianos trataron de suprimirlo, pero al fracasar rotundamente lo incorporaron a los ritos de la Resurrección. Por lo tanto, se declaró que el martes de carnaval sería el último día de festines antes del Miércoles de Ceniza, que anunciaba los cuarenta días de ayuno precedentes a la Pascua. Los sacerdotes llamaron a esa festividad con la palabra latina *carnelevare,* que se podría traducir, libremente, como adiós a la carne. Fueron los franceses quienes le dieron el nombre de *Mardi Gras*, literalmente «martes gordo», por

la costumbre de desfilar por las calles con un toro enorme, como símbolo del día. También fueron los franceses, en el reinado de Luis XV, quienes popularizaron la costumbre de realizar opulentos festejos antes de la última celebración, así como la tradición del baile de máscaras.

Por eso último, Anya sentía cierto rencor contra el pueblo galo. No porque le disgustaran los bailes de disfraces. Por el contrario, siempre disfrutaba con uno o dos, los primeros de la temporada invernal, *le salson des visites,* como se la conocía en Nueva Orleans. Pero no comprendía por qué Madame Rosa y Celestine tenían que ir a todos aquellos para los cuales recibían invitación. Tal vez era su herencia anglosajona la que deploraba esos festejos prolongados. Para ella, eran aburridos, pero, por encima de todo, agotadores.

- ¡Despierta, Anya! ¡La gente te está mirando!

Anya levantó sus pestañas con cierta ironía tras la calidez de sus ojos, que tenían el azul de los mares septentrionales. Giró su cabeza para mirar a Celestine, su hermanastra.

- Creía que la gente se había pasado la noche mirándome los tobillos, por lo que has dicho.

- ¡Y es bien cierto! No comprendo cómo puedes quedarte tan tranquila, mientras todos los hombres que pasan devoran con los ojos la parte inferior de tus piernas.

Anya echó una breve mirada a su compañera, disfrazada de pastora, deliciosamente voluptuosa, cuyo escote descubría una buena porción de redondeado seno, y bajó la vista a su silueta, completamente cubierta, descontando los tobillos, que asomaban escasos cinco centímetros bajo el ruedo de una prenda de piel de gamo, que la convertía en una princesa india. Tomó una de sus gruesas trenzas, que tenía el brillo y el rico tono rojizo del palo de rosa lustrado. Mientras agitaba la punta, en un gesto desdeñoso, dijo:

- Escandaloso, ¿verdad?

- Ya lo creo. Lo que me extraña es que maman lo permita.

- Voy enmascarada.

Celestine soltó un femenino resoplido.

- Con antifaz. Poca protección.

- Una india con las faldas hasta el suelo habría sido algo ridículo, bien lo sabes. Si había que ponerse un disfraz, he preferido que fuera auténtico. En cuanto a Madame Rosa, es demasiado buena para tratar de oponérseme.

- ¡Más bien di que no tienes jamás en cuenta sus deseos ni los de nadie!

Anya sonrió a su hermanastra, apaciguadora.

- Mi querida Celestine, estoy aquí, ¿verdad? No te enfades o te saldrán arrugas.

De inmediato se alisó la frente de la menor. Eso no le impidió proseguir:

- Sólo me preocupa lo que dirán de ti las ancianas.

- ¡Qué amable de tu parte, *chére!* - dijo Anya, dedicando a la otra el término cariñoso que, entre los criollos, se oía mil veces al día -. Pero temo que llegas demasiado tarde. Ya llevan un rato dándole a la lengua. Sería una pena privarlas de la diversión.

Celestine miró a su hermana mayor; estudió el suave óvalo de su cara, el chisporroteo de sus ojos detrás de la máscara, la nariz recta y la calidez de la sonrisa que curvaba su boca, perfectamente dibujada. Con la preocupación reflejada en sus ojos pardos, apartó la vista para contemplar el salón.

- Hasta ahora sólo te tratan de excéntrica. Hasta ahora. - De pronto se puso tiesa -. Mira a ese hombre. ¿Ves cómo te observa? ¡A eso me refería!

Anya volvió su cabeza para mirar en la dirección indicada. El hombre al que Celestine se refería estaba de pie en la primera hilera de palcos, al otro lado del salón, con una mano apoyada en la columna y otra en su cadera. Era alto y de hombros anchos, impresión que se acentuaba por su disfraz negro y plateado, que representaba al Caballero Negro, con manto hasta el suelo y yelmo con visera, que le cubría la cabeza y los hombros. Era una figura poderosa y romántica, aunque con aire peligroso. Tan completo era su disfraz que ocultaba por entero su identidad, pero, aún así, la rejilla centelleante de su yelmo estaba vuelta hacia ella.

Resultaba inquietante; esa contemplación firme, sin rostro, casi parecía ocultar una amenaza. Anya sintió un escalofrío inquieto, y al mismo tiempo una extraña conciencia de ser mujer. Su pulso se aceleró, lanzando un cosquilleo a lo largo de sus nervios. Eso fue en aumento hasta que ella, aspirando bruscamente, apartó su mirada.

- ¿Me está mirando? No estoy segura - mintió.

- Hace media hora que te está observando.

- Hechizado por mis tobillos, sin duda alguna. - Anya adelantó su pie, exhibiendo un tobillo que, si bien esbelto y bien torneado, revelaba demasiada fuerza para dar la debida impresión de fragilidad -. Oh, vamos, Celestine, estás imaginándotelo. De lo contrario, es que te gusta ese caballero, pues tienes que haber estado observándolo para saber que él me observaba. ¡Escandaloso! Se lo diré a Murray.

- ¡No se te ocurra!

- Sabes que no lo haré, aunque la oportunidad es perfecta. Aquí viene.

Por detrás de Celestine, Anya había divisado a un joven de rostro fresco. Iba vestido de Cyrano de Bergerac, pero se había quitado la máscara de nariz larga, para dejarla colgando de su cuello. Era de mediana estatura, pelo espeso y rizado, ingenuos ojos de avellana y dueño de una sonrisa que arrugaba sus mejillas bronceadas formando hoyuelos de consumado encanto. En ese momento, se abría camino por el borde de la pista de baile, llevando, con cierta precariedad, dos tazas de limonada.

- Siento haber tardado tanto - dijo, entregando su carga a las damas -. Junto al cuenco de limonada había una aglomeración increíble. Es por el calor. Les aseguro que nunca hemos tenido nada así en Illinois, en pleno mes de febrero.

Anya probó su limonada, resistiéndose a mirar hacia el palco donde había visto al Caballero Negro; en cambio, fijó su atención en la pareja que la acompañaba.

Murray Nicholls era el prometido de Celestine. Las relaciones previas habían sido largas, pero el período de compromiso se prolongaba. Por una vez, Madame Rosa había abandonado su natural indolencia para imponer su punto de vista. No le parecía bien casar a dos desconocidos. El amor era una emoción que necesitaba tiempo para revelarse y establecerse con firmeza, no una tormenta sentimental que llegara como los huracanes de otoño arrasándolo todo a su paso. Los jóvenes debían tener paciencia. Y ellos habían tenido paciencia, por cierto. Hacía más de ocho meses que Celestine lucía su anillo de compromiso, pero aún no se hablaba de fijar fecha para la boda, aunque el ajuar, donde todo se contaba por docenas, desde las sábanas a los camisones, estaba casi listo.

En opinión de Anya, formaban buena pareja. Celestine, como su madre, era de pelo y ojos oscuros contra un suave cutis blanco, realzado en esos momentos con polvo de perlas blancas. Tanto su rostro como su silueta eran redondeados, y su

expresión, gentil, cuando no se inquietaba por obra y gracia de Anya. Era dulce y sentimental; necesitaba un marido amable, suave al hablar, pero provisto de sentido del humor para que pudiera sacarla de sus ocasionales melancolías y períodos tristones. Murray Nicholls parecía poseer todos los requisitos adecuados, además de un buen grado de inteligencia y razonables perspectivas de progreso en el despacho de abogados donde trabajaba, preparándose para su propia práctica profesional. Costaba comprender por qué Madame Rosa insistía tanto en esa demora.

Anya reconocía, con irónica franqueza, que su propia actitud aprobadora se originaba en el parecido entre Murray y Jean Franlois Girod. Jean, su difunto novio, había sido igualmente sincero y fresco, encantador y alegre; por entonces habría tenido aproxiMadamente la edad de Murray; veintiocho o veintinueve años. Tal vez Jean era algo más delgado, de menor estatura, pues sólo medía dos o tres centímetros más que ella (claro que Anya no era menuda, pues le llevaba una cabeza entera a Celestine, que era de estatura normal). También se diferenciaban por los ojos; los de Jean habían sido de un pardo intenso y aterciopelado. Pero el pelo era el mismo, así como los modales desenvueltos y el aire de alegría contenida.

Esa misma alegría había sido el fin de Jean. Su muerte fue una insensatez que Anya jamás podría perdonar. Se produjo en un duelo, pero no en enfrentamiento solemne en defensa del honor, sino por una broma de borrachos.

Cierta noche, ya tarde, Jean regresaba con cinco amigos de jugar a las cartas, cerca del lago Pontchartrain. Habían pasado largas horas sentados alrededor de una mesa de juego, en un cuarto lleno de humo, apostando con aburrido abandono y bebiendo mucho. Era una noche de luna llena; al pasar por la pradera donde se elevaban los dos árboles que la gente llamaba «los robles de los duelos», el claro de luna los encantó con un diseño bailarín de luces y sombras en la hierba, bajo los árboles. Alguien sugirió que midieran las espadas, ya que el escenario era tan bello. Bajaron del coche y desenvainaron, en temerario júbilo. Al terminar el combate, dos de ellos yacían muertos, manchando la hierba con su sangre. Uno de ellos era Jean.

Terminó el vals que estaban tocando y se inició una contradanza. Celestine acabó su limonada y echó un vistazo a Murray, dando golpecitos en el suelo con su fina zapatilla. Anya alargó una mano para coger su taza.

- Yo me encargo de esto; id a bailar.

- ¿No te molesta quedarte sola? - preguntó Murray.

- Creo que iré a dormitar con Madame Rosa y el resto de las carabinas.

- ¡Qué desperdicio! - dijo él, con una sonrisa deslumbrante.

- Eres demasiado amable - se burló ella, suavemente -. Id vosotros dos.

Un negro con uniforme de camarero apareció con una bandeja para llevarse las tazas. Anya le dio las gracias con una sonrisa y el hombre volvió a alejarse silenciosamente. Ella no se movió de su sitio, observando a su hermanastro, quien bailaba con Murray Nicholls entre otras parejas. Aunque ella, con sus veinticinco años, tenía sólo siete más que Celestine, a veces se sentía anciana a su lado, aún más vieja que Madame Rosa.

Miró por encima de su hombro; su madrastra seguía sentada en su palco, casi al nivel de las parejas que bailaban, atendida por Gaspard Freret, su *fiel cavalier servant.* Era un hombrecito pulcro, tan delgado como robusta su dama escogida, crítico de teatro y ópera y fuente de los últimos rumores. Desde hacía varios años, Anya y Celestine lo miraban con divertida tolerancia.

Sin embargo, Anya había llegado a pensar que no era tan poca cosa como parecía. Para empezar, era un maestro en el arte de la esgrima y excelente con la pistola, habilidades necesarias para cualquier caballero en una ciudad donde el duelo era una institución y uno podía ser retado en cualquier momento. Por otra parte, parecía tener considerable influencia entre los funcionarios de la ciudad y sus instituciones comerciales; había dado excelente asesoramiento a Anya en varias ocasiones con respecto a posibles inversiones. En los últimos tiempos, Anya comenzaba a sospechar que Madame Rosa había decretado la demora en el casamiento de su hija con Murray por consejo de Gaspard y con su apoyo.

La pareja mayor se había disfrazado de Antonio y Cleopatra, aunque la reina de Egipto, representada por Madame Rosa, lucía luto riguroso, sin duda, pensó Anya con ácido humor, por la muerte de César. Madame Rosa no había abandonado el negro desde que la muchacha tenía memoria, tras la muerte de sus hijos gemelos, medio hermanos de Anya, en plena infancia, mucho menos tras la muerte de su esposo, varios años atrás.

Madame Rosa era la segunda esposa de su padre, Nathan Hamilton. La primera, la madre de Anya, era hija de un plantador de Virginia. Él la había conocido en un viaje al sur, desde Boston, donde vivía, para buscar tierras donde establecerse como comerciante y plantador. Descubrió que Virginia era un enclave cerrado de familias orgullosas que vivían de tierras agotadas, pero también encontró allí a la mujer con la que deseaba casarse. Después de la boda, trató de mantenerse explotando unos terrenos que su suegro le había regalado, pero no obtuvo ganancias. Tras varios años de esfuerzos y contra los deseos de su suegros, los vendió para mudarse a Nueva Orleans con su esposa y su hija de cinco años.

A lo largo del Mississippi y sus afluentes la tierra era fértil, debido a las frecuentes inundaciones que dejaban tras de sí el humus; pero las mejores parcelas ya tenían dueños. Sin embargo, mientras recorría el país en un barco de vapor, Nathan participó, por casualidad, en una partida de póquer. Cuando se levantó de la mesa era propietario de seiscientos acres de magníficas tierras en el delta, a menos de tres horas de viaje desde Nueva Orleans, junto con ciento setenta y tres esclavos y una casa llamada Beau Refuge. Su felicidad duró poco tiempo. Cuando tomó posesión de las tierras, su esposa estaba enferma de cierta fiebre. Murió poco después.

El padre de Anya, hombre práctico y sensual, no tardó en buscar, pasado el período de luto, una mujer que pudiera manejar su hogar y servir de madre a su hijita. Se decidió por Marie - Rose Hautrive, a quien llamaba Rosa; era una joven que, a los veintidós años, pasada ya la frescura de su primera juventud, aún seguía soltera. La cortejó contra la oposición de su familia. Él tenía fortuna, pero *la famille* era muy importante entre los criollos franceses. ¿Y qué se podía saber sobre la familia de un *américain* de ojos azules, proveniente de un sitio tan bárbaro como Boston?

Gorda y plácida, demasiado plácida para atraer a pretendientes menos decididos, Madame Rosa fue una madrastra perfecta. Dio a Anya amor y calidez; la envolvió en el lujoso consuelo de su amplio pecho y creó un hogar para ella y su padre. A veces, con los años, se quejaba un poco por la conducta de Anya, pero jamás la regañó ni hizo, por cierto, intento alguno de disciplinarla. En parte, sus tácticas se basaban en la indolencia, pero también en una innata astucia. Anya, al perder a su madre y a sus encantadores abuelos, había quedado afectada al punto de tener violentas pesadillas. La indulgencia que se le prodigaba por ellas, combinada con el tratamiento principesco

que le concedían los esclavos de la plantación, la hicieron caprichosa e impetuosa. Madame Rosa calmaba sus miedos y le daba seguridad; hacía lo posible por convertirla en una señorita obediente. Lo estaba logrando bastante bien cuando se produjo la muerte de los dos hombres que Anya más amaba: Jean y su padre.

Nathan Hamilton murió como consecuencia de una caída de su caballo, sólo dos meses después del fallecimiento de Jean. La doble tragedia impulsó a Anya hacia una feroz rebelión. Tenía sólo dieciocho años, pero su vida parecía terminada. Si vivir y amar podían tener un fin tan inesperado, tan ilógico, era preferible usar las horas a voluntad. Si a las personas que obedecían las sofocantes normas dictadas por la iglesia y la sociedad les sucedían cosas tan terribles, mientras hombres como Ravel Duralde, que había matado a su novio, seguían tranquilamente desafiando todas las reglas de la decencia, ¿qué sentido tenía obedecer? Ella no seguiría haciéndolo.

Entonces abandonó las enaguas y la silla de amazona para recorrer la plantación de su padre con una larga falda pantalón de cuero blando, montada a horcajadas, con camisa de hombre y sombrero de ala ancha. Leía libros y periódicos sobre métodos de cultivo: cuando el capataz de su padre no quiso escuchar sus propuestas de mejoras, lo despidió para encargarse personalmente de la dirección. A veces discutía con sus vecinos sobre las teorías de la cría de cerdos y caballos, tema del que una dama no habría debido saber nada, mucho menos mencionarlo en presencia de los caballeros. Aprendió a nadar con los niños negros, afrontando las traicioneras corrientes del río, y no entendía por qué se pensaba que, para una mujer, era preferible ahogarse antes que practicar semejante actividad. Atendía a los esclavos enfermos, tanto hombres como mujeres; ayudaba a la anciana que servía de enfermera a entablillar miembros, coser heridas, atender partos y auxiliar a las mujeres que habían intentado deshacerse de embarazos no deseados. Y escuchaba los escalofriantes relatos de los esclavos, que hablaban de amor y deseo, odio y violencia, todo lo cual ocurría en los alojamientos de los negros, después del oscurecer. Las esclavas le enseñaron muchas cosas interesantes, además de varios trucos de autodefensa.

En esos años, estando en Nueva Orleans formó parte de un grupo compuesto, en su mayoría, por jóvenes matrimonios, muchos de los cuales eran norteamericanos. Eran personas audaces, a quienes les parecía sumamente divertido navegar a la luz de la luna por el lago Pontchartrain, visitar los cementerios a medianoche o galopar por la calle Gallatin, el sábado por la noche, observando a las prostitutas que adornaban los balcones y las ventanas abiertas o pregonaban su mercancía por la calle. En esos peregrinajes no se atrevían a circular de prisa, debido al peligro, pues en esa corta calle se producía un asesinato cada noche, sin contar los cadáveres que no se descubrían. Era un hecho aceptado que muchos acababan en el río, pues la única norma de la calle era que cada hombre debía deshacerse de sus víctimas.

Con ese grupo de amigos, Anya pasó muchas noches comiendo en los restaurantes más elegantes de la ciudad, bebiendo con prodigalidad vinos distintos según el plato. A veces asistían a algún baile o, cuando otras diversiones no les parecían atractivas, se entretenían ideando apuestas ridículas. En cierta ocasión, convencieron a Anya de que robara el gorro de dormir de un tenor de ópera.

La costumbre mandaba que las compañías de ópera llegaran a la ciudad contratadas para tres o cuatro semanas de representaciones. El tenor de la compañía que estaba en esos momentos en Nueva Orleans era fatuo y vano; se daba aires de gran conquistador. También se sabía que era bastante calvo. Entre bromas, se inició la

Librodot

apuesta sobre el tipo de gorro de dormir que podía usar semejante Lotario para ocultar su deficiencia capilar, siempre disimulada, en el escenario, con distintas pelucas.

El hombre estaba hospedado en los apartamentos Pontalba, recién terminados, primeros de ese tipo en Estados Unidos. Los ornamentados balcones de hierro forjado daban a la plaza Jackson, vieja plaza de armas de los regímenes francés y español. Para efectuar su incursión, Anya convenció a su cochero de que la llevara hasta debajo del balcón del tenor, ya avanzada la noche. Vestida con ropas masculinas, trepó al techo del carruaje y se colgó del balcón que daba a las habitaciones del caballero. Era una noche calurosa, y su aventura dependía de que las ventanas estuvieran abiertas. Lo que no había calculado era que él podía no estar dormido o tener compañía en su cama.

Anya, sorprendida pero sin dejarse acobardar, entró subrepticiamente en la alcoba y le arrebató el gorro de dormir, una espléndida pieza de terciopelo y encaje de oro, mientras él forcejeaba en los estertores de la pasión. Girando en redondo con su botín, corrió para salvar su vida.

El tenor, aullando, la persiguió. Su capacidad pulmonar era tan estupenda que sus gritos despertaron a todos los ocupantes del edificio. Mientras Anya huía en su coche, a toda velocidad, tendida en el techo del carruaje, el balcón del edificio Pontalba se llenó de espectadores. No fue reconocida, por suerte, pero la anécdota circuló con tanta prontitud que, en la siguiente representación, el tenor debió retirarse del escenario, debido a las risas del público. Anya se había sentido tan culpable por el bochorno sufrido por el artista que, tras poner fin a esas aventuras, se había apartado definitivamente del grupo.

Anya se volvió hacia los que bailaban en la pista del teatro. El ruido era cada vez mayor, por efecto del champán helado, que se servía junto con la limonada. Se trataba de un baile público, en beneficio de un orfelinato, con entrada por suscripción. Como resultado, la lista de invitados no era muy exclusiva; incluía a cualquiera que tuviera dinero para pagar su ingreso. El aire licencioso parecía crecer al avanzar la noche, lo cual no era sorprendente.

La contradanza llegó a su fin; uno o dos momentos después se inició otro vals. Al parecer, Celestine y Murray permanecían en la pista dispuestos a bailarlo. Anya se apartó de la columna, abriéndose paso hacia Madame Rosa y Gaspard, con la esperanza de hallar alguna excusa para volver a casa.

Por encima de ella hubo un rápido movimiento. Una sombra oscura se extendió en vuelo y, desde el palco superior, saltó un hombre disfrazado, para aterrizar con elástica liviandad ante ella. El manto se aposentó alrededor de él, meciéndose en pesados pliegues contra sus talones.

Anya, con los nervios en tensión, irguió su espalda y clavó los ojos en el Caballero Negro. Su yelmo era auténtico, así como la coraza que le moldeaba los músculos del cuello, pero el resto de la armadura, para facilitar los movimientos, estaba construida en tela metálica negra, cosida de un modo muy ingenioso que la hacía parecer real. El manto era de terciopelo negro forrado con paño plateado.

- ¿Me permite este vals, mademoiselle la Sauvagesse?

Su voz levantaba ecos vacíos en el interior del yelmo. Ese timbre grave tenía una sonoridad familiar, aunque ella no creía conocerlo muy bien. Pareció vibrar a través de ella, tocando un acorde resonante en su interior. No le gustó la sensación ni que la tomara por sorpresa. Cuando respondió, su voz tenía la frialdad del fastidio.

- No, gracias. Estaba a punto de retirarme.

Como ella se alejara un paso, él tendió una mano enguantada para sujetarla por el brazo.

- No se niegue, se lo ruego. Estas oportunidades se presentan rara vez. A veces, sólo una en toda la vida.

Su contacto, aún a través del grueso guante, hizo que la piel del brazo de Anya se erizara. Lo miró fijamente, tratando de atravesar su disfraz, perturbada por una sensación de alerta, peculiar e involuntario.

- ¿Quién es usted?

- Sólo un hombre que desea una única pieza.

- Eso no es respuesta - observó ella, ásperamente.

Tenía la sensación de que él había vacilado, como escogiendo las palabras para responder. Y eso daba a la frase una especie de significado oculto. Trató de penetrar tras los barrotes que componían la visera de su yelmo, pero sólo distinguió un destello azabache allí donde debían estar los ojos.

- ¿No se da cuenta? Soy un caballero pintado de negro, un maldito enemigo del bien y el maestro de todos los pecados, un descastado. ¿No se compadece de mí? Permítame regodearme en la calidez de su voz. ¡Baile conmigo!

Su tono era ligero, igual que su contacto. Ella descubrió que no intentaba retenerla, aunque habría jurado un momento antes que era imposible apartarse. Durante un sofocante segundo, la invadió la sensación de una intimidad sobrecogedora, ineludible. Tanto la perturbó eso que liberó su brazo de un tirón, volviéndole la espalda una vez más.

- Creo que eso no sería prudente.

- Pero ¿cuándo ha sido usted prudente, Anya?

Ella se volvió hacia él con tanta celeridad que sus gruesas trenzas le golpearon suavemente, resonando contra la coraza metálica.

- ¿Me conoce usted?

- ¿Le parece extraño?

- Me parece muy extraño que usted me reconozca estando enmascarada, mientras que usted me es desconocido.

- Sin embargo, en otros tiempos me conocía.

Era una respuesta evasiva.

- Si se trata de un juego de adivinanzas, tendrá que disculparme. Esas cosas no me atraen.

Se adelantó apresuradamente para dejarlo atrás, pero él alargó su brazo una vez más para sujetarla por la muñeca, y esta vez no lo hizo con suavidad. Anya se sintió arrojada contra él; su hombro chocó con fuerza contra el metal que cubría su pecho. Levantó la vista tras las ranuras del antifaz, con los ojos dilatados, reconociendo la fuerza superior con que él la mantenía a rienda corta, la fuerza pura y radiante de su masculinidad. Su pulso comenzó a palpitar. Un suave rubor de albaricoque le subió a los pómulos. Sus ojos se oscurecieron lentamente, llegando al cobalto más intenso por el enojo creciente y la extraña inquietud que lo centuplicaba.

El hombre de negro la miró fijamente, con su pecho oprimido. Su mirada se prendió, por un largo instante, del delicado rubor de aquel rostro, de los adorables contornos de la boca. Era un tonto; si hasta entonces lo había ignorado, ya lo sabía.

Su voz sonó ronca al decir:

- Lo que le pido es tan poco... ¿Por qué no tiene la bondad de otorgármelo sin provocar este ridículo forcejeo?

- Me alegro de que usted aprecie su ridiculez. - La ira de Anya no era menos mordaz por lo discreta -. Lo sería menos si usted me soltara inmediatamente.

Antes de que él pudiera satisfacerla, antes de que pudiera responder, se produjo un movimiento detrás de ellos. Unos pasos se acercaron con rapidez. Murray Nicholls, arrebatado y con sus puños apretados, apareció junto a ellos. En tono rígido, preguntó:

- ¿Acaso este hombre te está molestando, Anya?

El Caballero Negro soltó una leve imprecación antes de liberar la muñeca de Anya, echándose hacia atrás.

- Mis más sentidas disculpas - dijo. Inclinando la cabeza en una reverencia, se volvió para marcharse, con un revoloteo de su manto.

- Un momento - lo llamó Murray, áspero, imperativo -. Le he visto a usted molestando a Anya y creo que me debe una explicación.

- ¿A usted?

La voz del hombre vestido de negro era dura como el granito.

- A mí, puesto que pronto seré casi su hermano. ¿Prefiere que salgamos para discutir esto en privado?

Celestine, que estaba a poca distancia, emitió un ruido de espanto, que sofocó llevándose sus manos a los labios. Anya le echó un vistazo, tan consciente como ella de lo que significaban las palabras intercambiadas por ambos hombres. Se habían concertado duelos por mucho menos de lo que acababa de ocurrir.

- Vamos, Murray - dijo, poniéndole una mano en el brazo -, no hay necesidad de eso. Ha sido un simple malentendido.

- Por favor, no te compliques en esto, Anya.

El novio de Celestine tenía la cara pálida y su voz sonaba desacostumbradamente severa.

El mal genio de Anya, precariamente contenido hasta entonces, rompió su control.

- ¡Hazme el favor de no hablarme en ese tono, Murray Nicholls! Todavía no estás casado con Celestine y no tienes responsabilidad alguna en lo que a mí respecta. Puedo defenderme sola.

Él no le prestó atención; se limitó a hacer un gesto seco para que el caballero de negro lo siguiera, en tanto se liberaba de la mano de Anya para alejarse. El Caballero Negro, después de una breve vacilación, hizo un movimiento de hombros que se podía tomar por encogimiento y caminó tras el más joven, alcanzándolo en pocos pasos.

Celestine corrió hacia Anya, agarrándole la mano.

- ¿Qué va a pasar ahora? ¿Qué vamos a hacer?

Anya apenas la escuchó.

- Estos malditos hombres - dijo, con desacostumbrado calor -. Malditos sean ellos, su estúpido orgullo y ese imbécil enfrentarse como gallos de pelea.

Casi de inmediato se le agregaron Madame Rosa y Gaspard. La pareja madura había visto el incidente desde el palco. Gaspard, pensando que el asunto era muy grave, había pensado que su presencia podía ser necesaria, pero había llegado demasiado tarde, al parecer. Ni sus palabras ni su tono indicaron que Madame Rosa le hubiese impedido llegar antes, pero Anya comprendió que así debía de haber sido y lo lamentó. Tal vez se hubiera podido hacer algo. Después de todo, Gaspard no era sólo

un hombre muy versado en esos asuntos, sino, por encima de todo, un gran diplomático.

Permanecieron unidos, como para consolarse mutuamente, mientras esperaban el regreso de Murray. Con el correr de los minutos, Anya comenzó a experimentar una terrible sensación de frío en su interior. Recordaba muy bien la mañana en que le habían informado sobre la muerte de Jean. Había sido Ravel Duralde, el responsable de su muerte, quien viniera a decírselo. Era moreno y apuesto, quizá tres años mayor que Jean, y su amigo más íntimo, aunque él no pertenecía a la aristocracia de las plantaciones. En esa ocasión, su cara estaba gris; sus ojos, llenos de dolor; trató de explicar, de hacerle comprender la temeraria euforia, la pura alegría de vivir que los había conducido a ese duelo a la luz de la luna. Ella no pudo comprender nada. Al mirar a ese hombre, al sentir la vida vibrante que fluía por él con tanta potencia, conociendo su reputación de estupendo espadachín (Jean apenas sabía manejar la espada), Anya lo odió. Recordaba haberle gritado, aturdida por la pena, aunque no podía rememorar exactamente las palabras. Él la había mirado, desconcertado, sin defensas, para marcharse de inmediato. Desde ese momento, la sola idea del duelo bastaba para que Anya perdiera el control de su ira.

De pronto, Celestine ahogó una exclamación, con su mano en el pecho.

- Gracias a Dios. Allí está Murray, sano y salvo.

- ¿Pensaba usted que se arrojarían el uno contra el otro de inmediato? - preguntó Gaspard expresando disgustada sorpresa en sus distinguidas facciones -. No es así como se hacen estas cosas. Hay que elegir padrinos, preparar las armas, disponerlo todo. Llegará el alba y probablemente pasen veinticuatro horas más antes de que se batan. - Al captar la áspera mirada que acababa de arrojarle Madame Rosa, se apresuró a añadir- : Claro que no sabemos si el asunto llegará a extremos tan penosos.

Murray Nicholls venía verdoso, con una leve capa de transpiración en su frente y labio superior. Su sonrisa no era muy convincente. También resultaba falsa la cordialidad de su tono.

- Bueno, este asunto está arreglado, Celestine, *ma chérie,* ¿bailamos?

- Pero ¿qué ha ocurrido? - preguntó la muchacha, escrutando sus facciones.

- Los hombres no hablamos de estas cosas.

- Muy correcto - dijo Gaspard con un gesto de aprobación.

- De todos modos - prosiguió el joven- , todo ha quedado en nada. Hablemos de otra cosa, si no os molesta.

Anya se adelantó, con un arruga entre sus cejas arqueadas.

- No te comportes como si fuéramos tontos. Estábamos aquí cuando todo ha empezado; es inútil hacer como que no sabemos nada. ¿Vas a batirte con ese hombre?

- Tal vez sería mejor que lleváramos a las damas a casa - dijo Murray a Gaspard, sin prestar atención a la pregunta de Anya -. Creo que el incidente las ha perturbado un poco.

Celestine, con su mirada fija en la mano que Murray mantenía contra su costado, preguntó, con ansiedad:

- ¿Qué tienes ahí? Es una tarjeta, ¿verdad?

Murray echó un vistazo a la cartulina y, con un gesto abrupto, trató de esconderla en el bolsillo de su disfraz, pero la tarjeta se escapó de entre sus dedos, aleteando hasta el suelo. Era una tarjeta de visita, de las que los hombres intercambian para que el adversario supiera adónde enviar sus padrinos para disponer los detalles del duelo.

Librodot

Anya se arrodilló prontamente para recogerla, antes de que Murray pudiera recuperarla. Se incorporó poco a poco, mirándola con fijeza. La sangre se retiró de su cara ante el nombre que saltaba a la vista, en fuertes letras negras; era el nombre del Caballero Negro que la había invitado a bailar, el hombre con quien el novio de Celestine se enfrentaría en el campo del honor, por defender su buen nombre.

El hombre que había matado a su propio novio con una estocada en el corazón, en una noche de luna, siete años atrás.

Ravel Duralde.

CAPITULO 2

- ¿Adónde vas?

Anya se detuvo con un violento respingo ante la pregunta proveniente de la oscura galería. Se recobró con prontitud, girando hacia la borrosa figura de su hermanastro, sentada en una mecedora a pocos metros de distancia.

- ¡Celestine! ¿Qué haces todavía levantada?

- No podía dormir. Mis pensamientos giran en círculo hasta que siento miedo de enloquecer. ¡Oh, Anya! Murray va a morir, lo sé. No puede enfrentarse a un hombre como Ravel Duralde. Tengo tanto miedo...

- No sigas preocupándote. ¿No te había dado Madame Rosa un cordial para que durmieras?

- No he podido beberlo. Estoy descompuesta. Pero ¿qué hay de ti? No puedes salir otra vez, sola, a estas horas.

La mala suerte había querido que la sorprendieran. Anya había planeado salir en silencio, dejando una nota con cualquier excusa. Sin embargo, mentir cara a cara no era peor que hacerlo por escrito.

- He recibido un mensaje de Beau Refuge. Hay un problema con la servidumbre. Estaré ausente uno o dos días.

Anya miró hacia el patio por encima de la barandilla de la galería. El cochero la estaría esperando en el camino de los establos, detrás de la casa. Ya tenía sus instrucciones y no fallaría. Aún así era preciso apresurarse; se estaba haciendo tarde.

- Pero no puedes irte ahora, antes del duelo - protestó Celestine.

- Ya sabes lo que pienso de esos duelos. Me enteraré del resultado en Beau Refuge, tanto como si estuviera aquí.

- Pero yo podría necesitarte.

- No seas tonta - respondió Anya, en tono cortante -. Probablemente todo acabará con un rasguño, un poco de sangre para satisfacer ese ridículo honor.

- No fue eso lo que ocurrió con Jean.

Anya se puso rígida en la oscuridad. Si Celestine la dejaba partir no habría duelo alguno.

- Lo sé - dijo brevemente.

- No quería recordártelo

La voz de Celestine sonó suavizada por el arrepentimiento, entre las sombras.

- No importa. Si pudiera, me quedaría, pero es preciso que me marche. Hace calor, demasiado calor para esta temporada y se está levantando viento. Probablemente haya tormenta cuando raye el día, y prefiero que no me atrape en el camino.

- ¿Regresarás a tiempo, cuando menos?

El duelo no podía llevarse a cabo sino hasta dentro de veinticuatro horas, al amanecer del día siguiente. Eso, al menos, había revelado Murray, así como el hecho de que el retraso se producía a petición suya. Su padrino, un gran amigo suyo, estaba fuera de la ciudad, y no estaría de regreso hasta la tarde. El retraso no era desacostumbrado, pero Anya lo agradecía profundamente, pues su plan dependía de él.

- Lo intentaré. Al menos, eso puedo prometer.

Celestine, apresuradamente, se puso de pie y avanzó hacia ella para estrecharla en un rápido abrazo.

- Eres la mejor de las hermanas. Discúlpame por haberte herido.

- No me has herido, tonta - respondió Anya.

Pero su tono era suave; respondió al afectuoso abrazo antes de seguir su marcha hacia las escaleras que conducían desde la galería al patio.

Hacía mucho tiempo que la muerte de Jean no causaba en Anya el dolor instantáneo de un principio. A veces le parecía una traición el hecho de no sentir ya sino un entumecimiento. A veces deseaba volver a experimentar ese dolor, sentir algo, para estar segura de que sus emociones continuaban vivas. Casi siempre se limitaba a comprobar que su dolor se había convertido en enojo, un enojo dirigido hacia el hombre que había matado a su novio; el amor de entonces se transformaba en odio.

Sin embargo, había momentos, en las horas oscuras de la noche, en que temía ser una mentirosa, estar representando, simplemente, el papel de la audaz Anya Hamilton, excéntrica y aventurera mujer que se dejaba deslizar hacia el estado de solterona, dedicada a la memoria de un novio muerto. Entonces experimentaba una especie de terror, como si estuviera atrapada tras una máscara fabricada por ella misma. Sin embargo, sabía sin lugar a dudas que, si se la quitaba, se sentiría tan incómoda como si se presentara desnuda en público.

El carruaje estaba esperándola. Lo observó críticamente a la luz de la lámpara que pendía de la puerta del coche. Era un simple landó negro, como los había por centenares, sin nada que llamara la atención. Los caballos que tiraban de él eran fuertes y sanos, pero nada llamativos. Serviría.

Dio una orden en voz baja al hombre del pescante y, ciñendo el grueso manto de lana azul al disfraz que aún llevaba puesto, subió al interior. Palpó el bolsillo de su capa para asegurarse de que el disfraz aún estuviera allí y se sentó, recostándose en el asiento de piel.

El landó se puso en movimiento. Ella miraba por la ventanilla, sin ver nada. Su mente divagaba, y ella la dejó correr; por el momento prefería no pensar en lo que estaba a punto de hacer.

Jean. Su familia, criollos de pura cepa, era dueña de la plantación contigua a la que su padre ganara jugando al póquer. Como estaban resentidos por la presencia del norteamericano, había existido poca comunicación entre ambas propiedades, aunque existían varios senderos, además de la ruta principal, que las conectaban. De cualquier modo, cada una de las familias estaba enterada de lo que hacía la otra; si había enfermos o no, si tenían motivos para el dolor o la alegría. El motivo era sencillo: casi

todos los esclavos de ambas plantaciones tenían lazos de sangre, y eran las constantes visitas entre unos y otros, llevando noticias, las que habían creado aquellos senderos.

Una mañana, cerca de dos años después de haberse instalado los Hamilton allí, Anya estaba paseando a caballo y escapó del joven palafrenero encargado de su custodia. Dejó que su pony trotara al azar, en dirección a la plantación vecina, estirando el cuello para ver qué descubría. Como no prestaba atención a la marcha, pronto se perdió por esas sendas serpenteantes.

Fue Jean (otro vagabundo) quien la encontró. La llevó a su casa, donde le presentó a su *maman* y a su *père,* a su *gran- mére,* tocada con cofia de encajes; a sus primos, que vivían con ellos, y a su preceptor escocés, quien lo buscaba desde el desayuno.

La familia se llenó de exclamaciones como si ella fuera la más intrépida de las niñas por haber recorrido aquellos pocos kilómetros a solas. Le dieron bombones y almendras garrapiñadas, además de algunos sorbitos de vino. Luego enviaron un mensaje a Beau Refuge, para que su padre y su madrastra no se preocuparan, pero insistieron en que ella debía quedarse a almorzar. Se declaró día de asueto, puesto que la educación no se consideraba asunto de importancia vital, para que ella y Jean pudieran jugar con los numerosos primos, cantar y bailar al compás de la música que tocaba Tante Cici.

Por fin, Jean, que ya tenía diez u once años, la acompañó a su casa, firmemente decidido a apoyarla cuando explicara a su padre cómo se había extraviado. Mucho antes de que acabara el día, Anya lo amaba. Nunca había dejado de amarlo.

Ya en Beau Refuge, Anya invitó a Jean a pasar, para presentarle a sus padres y a Celestine, que era muy pequeña. Pero no le habló de su tío Will. Eso vino mucho después, cuando ella estuvo completamente segura de que Jean no la abandonaría al enterarse.

William Hamilton, tío Will, el hermano de su padre, llegó un día sin previo aviso. Era un año menor que Nathan. Su esposa y sus dos hijos habían muerto al incendiarse su casa, en medio de la noche. Tío Will se había salvado, pero no podía perdonarse por no haber rescatado a su familia. Como Nathan era su único pariente, su deseo era vivir con él, en un sitio donde nada le recordara la tragedia.

En un principio parecía estar bien, aunque no hacía muchos esfuerzos por superarse de su depresión. Pero siempre gemía y gritaba en sueños. Llegó un día en que comenzó a gritar y gritar hasta perder la voz. Por las noches vagaba por la casa, golpeando las paredes con los puños. Una vez trató de cortarse las muñecas con un cuchillo de cocina; como Nathan se lo impidiera, él lo atacó. Cuando rompió el candado del armario donde Nathan guardaba sus armas de caza, amenazó a Madame Rosa con una navaja y se disparó un balazo en el pie, el padre de Anya decidió encerrarlo.

Por esa época, la costumbre era encerrar a los dementes en las cárceles del estado, pues no había otras instituciones, aunque posteriormente se construyó para ellos un hospital especial en Jackson. Las cárceles no constituían una solución ideal, pues los afortunados solían ser víctimas de otros prisioneros, cuando no representaban un peligro para los encarcelados más débiles.

Nathan Hamilton no soportaba la idea de condenar a su hermano a ese tipo de vida. Por eso preparó un cuarto para él en el edificio donde se desmotaba el algodón, una estructura sólida, a cierta distancia de la casa, para que sus gritos no molestaran a nadie. Allí se instaló un hogar para que el ambiente fuera cálido en invierno, así como

ventanas altas, provistas de fuertes barrotes. Se lo amuebló con una cama, una mesa para comer, con su silla, un sofá, un armario y un lavabo. También había un grillete con una cadena muy larga, sujeta a una gruesa argolla amurada junto a la cama.

Allí, en ese cuarto sobre el desmontadero, con dos musculosos sirvientes encargados de atenderlo, vivió tío Will durante cuatro largos años. Soportó su encierro sin quejarse, aunque a veces rogaba que lo dejaran libre en el pantano, con un revólver y un cuchillo. Por fin, una noche logró ahorcarse con una soga que había hecho, centímetro a centímetro, año tras año, retorciendo las fibras de algodón que flotaban hasta su cuarto, para formar hilos, y retorciendo esos hilos para formar la soga.

El cuarto aún estaba allí, en Beau Refuge. Lo mantenían en orden, como el resto de la plantación; con el suelo barrido, las sogas del elástico renovadas periódicamente, la cerradura engrasada y la chimenea libre de nidos. De vez en cuando, si el almacén resultaba insuficiente, se guardaban allí algunos fardos de algodón. Una vez se utilizó para encerrar a un esclavo rebelde, empecinado en matar a golpes a su mujer, hasta que se calmó. Ahora estaba desierto.

El carruaje cruzó la ciudad y enfiló por una calle oscura, en los suburbios. Allí había hileras de estrechas «casas de balazo», así llamadas porque, si se disparaba una bala por la puerta principal, ésta salía por la trasera, después de atravesar los dos cuartos contiguos. El coche se detuvo ante una de esas viviendas. Anya bajó y se apresuró a subir los angostos peldaños para llamar a la puerta.

Pareció transcurrir largo tiempo sin respuesta. Por fin, alguien retiró el cerrojo y abrió un poquito.

- Sansón, ¿eres tú? - preguntó Anya.

- ¡Mam'zelle Anya! ¿Qué hace aquí a esta hora?

La puerta se abrió de par en par. A la luz del carruaje se vio la silueta de un negro enorme, que apenas pasaba bajo el dintel; sus hombros y sus brazos presentaban los músculos abultados de quien labra el hierro en la forja. Su voz, al hablar, expresaba desaprobación no carente de sospechas; el gigante miró subrepticiamente hacia el landó que esperaba.

- Necesito hablar contigo y con Elías. ¿Está él aquí?

- Sí, mam'zelle.

- Bien - dijo ella.

En cuanto apareció el hermano de Sansón, un hombre más corpulento que el primero, si eso era posible, ella comenzó a expresar simplemente lo que deseaba.

No les gustó; eso estaba bien a las claras, y Anya no podía criticarlos por ello. No se podía negar que su petición conllevaba peligros, pero ella estaba segura de que podía contar con la ayuda de los dos herreros, a cualquier hora y cualquiera que fuese la naturaleza de su petición.

Habían sido Sansón y Elías los que atendieron a tío Will. A fin de ayudarles a pasar el rato, mientras lo custodiaban, Anya compartía con ellos sus textos escolares, enseñándoles trabajosamente a leer y a escribir con un palito en el polvo. Más tarde, tras la muerte de su tío, ambos habían recibido empleo en la herrería, pero ansiaban la libertad que habían conocido a través de los textos de historia y en los panfletos distribuidos por los abolicionistas. Creían poder abrirse camino y ganarse la vida con el oficio de herreros.

Mientras el padre de Anya agonizaba, tras su caída del caballo, ambos hombres acudieron a ella para pedir a mam'zelle que intercediera por ellos para que el amo los manumitiera. Aún era posible manumitir a un esclavo expresando esa voluntad en el lecho de muerte, y Anya accedió. Pero no se limitó a hablar con su padre. Más adelante, cuando Sansón y Elías abrieron su herrería propia, recomendó a todos sus conocidos los trabajos delicados y complejos que los gigantes hacían para portones, barandillas y cornisas. Ambos prosperaron y no olvidaron el favor.

A Anya le preocupaba pedir algo tan arriesgado, pero no podía evitarlo. Los protegería hasta donde le fuera posible, pasara lo que pasare. Poco después, con Sansón y Elías aferrados a la parte trasera del carruaje, como si fueran lacayos, el coche volvió hacia el centro de la ciudad.

Se estaba haciendo tarde. Sin embargo, a pesar de todo lo ocurrido apenas era pasada la medianoche. Las lámparas de gas ardían y los tranvías tirados por mulas iban medio vacíos. El tránsito de carruajes, en cambio, era abundante, pues muchos de los bailes estaban llegando a su fin y los invitados se retiraban a sus casas.

En una esquina, Anya vio a un agente de la policía local, con su cachiporra en la mano, conversando con dos hombres que vestían como jugadores profesionales. Ante los ojos de Anya, uno de ellos puso algo que parecía un rollo de billetes en el bolsillo del agente.

Ella apartó la vista, disgustada, aunque la escena no la sorprendiera. Nueva Orleans, una de las ciudades más ricas de Estados Unidos, siempre había atraído a los buitres de la política. Sin embargo, los funcionarios del gobierno eran, en esos momentos, los más corruptos de cuantos se recordaran. El partido Nativo Americano, burlonamente conocido como «partido No Sé Nada», por la respuesta constante de sus miembros cuando se les acusaba de delitos, usaba métodos descaradamente irregulares para mantenerse en el poder, contratando a matones para que asustaran a la oposición y registrando a los muertos como votantes de su partido. Algunos decían que, detrás del partido No Sé Nada, había un grupo de poderosos que se enriquecían manipulando la situación sin ensuciarse las manos. La situación había llegado hasta tal punto que era preciso hacer algo. Corrían rumores persistentes de que algunos hombres se estaban organizando bajo el título de Comisión de Vigilancia; se decía que se estaban armando y que existía la fuerte posibilidad de un alzamiento general para asegurar unas elecciones libres al comenzar el verano.

La fuerza policial era un instrumento de los No Sé Nada. Su laxitud, su costumbre de perder el tiempo en los bares cuando debía estar cumpliendo con sus funciones, era cosa bien sabida. En ese momento, constituía otro factor que Anya, agradecida, había incluido en sus cuidadosos cálculos.

Cuando el landó llegó a la calle Dauphine, las luces y los carruajes quedaron atrás. Todas las casas estaban cerradas y a oscuras, excepto algún reflejo en una que otra habitación de las plantas altas. Los negocios permanecían cerrados. El silencio envolvía los edificios, roto sólo por un ladrido ocasional o el maullido de un gato.

Anya se inclinó para abrir la ventanilla bajo el pescante.

- Despacio, Solón, por favor - indicó.

El landó aminoró la marcha. Anya bajó el vidrio de la ventanilla lateral y asomó su cabeza para mirar hacia adelante.

Por fin lo vio: un faetón vacío, con las riendas sujetas a la acera por una pesa de hierro. Estaba donde ella esperaba hallarlo. Con una expresión de sombría satisfacción en su rostro, dio otra orden en voz baja y volvió a reclinarse.

Su landó continuó hasta la esquina siguiente y giró a la derecha. A media calle se detuvo junta a la acera. El vehículo se meció violentamente cuando Sansón y Elías brincaron de la parte trasera; sus siluetas grandes se perdieron en la oscuridad. Solón, siguiendo instrucciones, bajó para apagar las lámparas del carruaje y volvió al pescante. Un jinete solitario pasó en dirección opuesta. El silencio se impuso otra vez.

Anya había adivinado: Ravel Duralde estaba con su amante del momento, una actriz que estuvo actuando en el teatro Crisp's Gaiety hasta su cierre, pocas semanas antes. Había dejado el carruaje a la vuelta de la esquina para salvar las apariencias, pero pronto abandonaría las habitaciones de la mujer, ubicadas sobre el pequeño almacén, frente al cual estaba detenido el landó. No había otra salida más que el portón compartido por el almacén y los cuartos de alquiler, y éste permanecía bien cerrado. Los cuartos del piso alto tenían las ventanas a oscuras.

Celestine y la misma Madame Rosa se habrían horrorizado de saber que Anya conocía las andanzas de Ravel Duralde al punto de poder hallarlo en semejante noche. Ella misma no estaba demasiado cómoda con ese conocimiento, pero seguirle la pista al asesino de Jean tenía, para ella, cierto interés morboso. Era como la necesidad de apretar una magulladura para averiguar la gravedad del daño sufrido. Al conocer sus vicios, le era más satisfactorio despreciarlo.

En los primeros tiempos, justo después del duelo, la alegró descubrir que Ravel acababa de incorporarse a la segunda expedición del filibustero López a Cuba, en agosto de 1851; eso le daba la esperanza de que lo mataran. Cuando lo capturaron en ese fallido intento de tomar la isla española, y fue sentenciado a una mazmorra en la lejana España, Anya supuso que no volvería a saber de él. Pero había vuelto, unos dos años después, flaco, peligroso y muy vivo.

La afición al juego que demostró tras el episodio pareció prometedora; muchos jóvenes habían iniciado así el trayecto hacia la ruina. Pero Ravel parecía el preferido de la dama Fortuna; no podía perder. Prosperó y llegó a amasar una fortuna, cimentada en las especulaciones que financiaba con sus ganancias en las mesas de juego. El dinero no parecía importarle, sin embargo, como si buscara su propia caída. Acabó por incorporarse a otra expedición de filibusteros, esta vez al mando de un carismático soñador: William Walker. Fueron hacia Nicaragua en 1855.

Pero también de allí había retornado en mayo de 1857, hacía apenas un año. Era un hombre derrotado, expulsado con su líder de América Central. Pero eso no se veía en su porte. Además, estaba ileso, aunque había soportado un fuego feroz en numerosas batallas.

Durante el otoño anterior, Ravel no se había inscrito en la segunda expedición de Walker. Algunos decían que era porque su madre, ya viuda, no estaba bien de salud. Otros, menos caritativos, lo atribuían a su desacuerdo con Walker con respecto al sitio propuesto para el desembarco. En cualquier caso, se ahorró una nueva derrota y, posiblemente, una cita ante los tribunales con su jefe, puesto que Walker, en esos momentos, estaba acusado de haber violado las leyes de neutralidad. La suerte de Ravel seguía en pie.

En realidad, Anya no le deseaba ningún mal; no era vengativa, a pesar del odio que le inspiraba ese hombre. A veces la horrorizaba su propia virulencia, pues nadie

había despertado en ella tanto acaloramiento. Era, normalmente, de temperamento cálido y ecuánime, poco afecta a las cavilaciones sombrías y a los rencores. Sin embargo, le parecía que él debía sufrir algún castigo.

Se inclinó para estirar su cuello hacia las persianas de la actriz. Sin que nadie la evocara, en su mente surgió la imagen de lo que debía de estar ocurriendo tras esas persianas: los cuerpos entrelazados, los músculos tensos, los sentidos expandidos, el rechinar de la cama. Todo era tan vívido que quedó sin aliento. Se dejó caer contra el respaldo, con sus puños apretados, hasta expulsar de sí esas imágenes. No le importaba en absoluto cómo se entretuviera Ravel. En absoluto.

Simone Michel, la actriz, era joven y atractiva, aunque un poco vulgar. Anya la había visto en varios papeles, a principios del invierno; no era mala profesional, aunque le faltaba el nivel que se adquiere con la experiencia. También carecía de la dureza de las mujeres que llevan algunos años en el teatro, aunque no se la pudiera considerar virginal. Ravel Duralde siempre había preferido ese tipo de mujeres para su cama, dotadas de cierta experiencia y pocas expectativas, fáciles de satisfacer.

Lo sorprendente era que, hasta donde Anya podía asegurar, no había optado por una de las atractivas mujeres de color libres que, en los bailes de cuarteronas, se exhibían para los jóvenes adinerados. Tal vez se debía a que ese tipo de relación tenía un aire demasiado estable. Las cuarteronas, con la guía de sus madres, que habían hecho lo mismo anteriormente, tenían expectativas; requerían, cuando menos, una relación semiestable, con un buen grado de seguridad.

Esas reflexiones llevaron a Anya a una pregunta central: ¿por qué, considerando las mujeres que había elegido siempre Ravel Duralde, la abordó en el baile, conociendo su antagonismo hacia él, cuando hasta entonces había hecho lo posible para evitarla?

Se oyó un ruido de pasos firmes y rítmicos, que se aproximaban al portón desde el interior del patio. Anya sacó el antifaz de entre sus ropas y se lo puso. Después de bajar a la acera, se detuvo para subirse la capucha del manto, a fin de que le cubriera la cabellera, y cerró los bordes de la prenda por la delantera. Tragó saliva, pues tenía una súbita cerrazón en su garganta, buscando en la memoria las palabras que había planeado decir. El pánico se apoderó de ella al notar que su cerebro se negaba a dárselas.

Él estaba acercándose. Lo precedía su sombra, proyectada por la luz de una puerta distante que permanecía abierta. Se la veía negra, enorme, amenazadora. La puerta se cerró bruscamente y la sombra desapareció. Sólo quedó la silueta oscura y móvil del hombre. Anya se adelantó un paso, abandonando la protección del carruaje. Dio otro paso y otro más.

El portón crujió al abrirse.

¿Qué estaba haciendo?

El grito silencioso se elevó en su interior. El pánico le golpeaba el pecho en una oleada sofocante. No podía hacer eso. Era un error, un error fatal.

No había tiempo para cuestionarse nada, para echarse atrás. Aspiró profundamente, y dijo con su voz más seductora:

- Buenas noches, monsieur Duralde.

Él quedó inmóvil al verla materializarse en la oscuridad. Pero no era la inmovilidad del miedo, sino la de un pensamiento rápido y penetrante, preludio de la acción. El viento de la noche sacudió su capa corta que pendía de sus hombros, y ella

vio que se había cambiado el disfraz por un traje de etiqueta. En una mano llevaba un bastón y un sombrero de copa.

Ravel Duralde oyó el sonido de su voz, esa voz que había asolado sus sueños a lo largo de mil noches de desvelo, y sintió que se le tensaban los músculos del estómago. No podía confundirla, así como no podía confundir su silueta erguida y esbelta, ni la inclinación de su cabeza, allí en la penumbra. Había pocas cosas que decidieran a una mujer como Anya Hamilton a abordar a un hombre como él, a esa hora de la noche. Y entre esas pocas cosas no se contaba la atracción hacia él ni el interés por su salud. Por sus venas circuló una mezcla explosiva de ira y deseo, combinados con un bochorno como no lo sentía desde los dieciséis años: el bochorno de ser descubierto al volver de una cita. Nadie, salvo esa mujer, era capaz de hacerle tomar tan vívida conciencia de sus defectos.

Cuando habló, sus palabras restallaron como un látigo.

- Por todos los diablos, ¿qué hace usted aquí?

Anya se sobresaltó ante su vehemencia y la subyacente irritación de sus palabras. Miró por un largo instante aquellos ojos, insondables, negros como el fuerte café de los criollos, que, junto con su pelo oscuro, su cara magra y su nariz aguileña, le daban el aspecto de un asceta español. Parecía a punto de volverle la espalda para desaparecer. ¿Dónde estaban Sansón y Elías? Dio un apresurado paso hacia adelante, alargando su mano hacia él.

- Sólo quería conversar con usted.

- ¿Con qué propósito? ¿La han enviado a suplicar por Nicholls? ¿Ha venido a convencerme de que, siendo el menos valioso de los dos, debería echarme atrás?

La enfurecía esa capacidad de anticiparse a ella. Abandonó toda pretensión y levantó la voz.

- ¿Y si así fuera?

- Usted mejor que nadie debería saber que es inútil. ¿Cómo puede apelar a mis mejores instintos cuando está tan segura de que no los tengo?

- Siempre cabe la posibilidad de que me equivoque.

Se arriesgó a mirar hacia atrás del hombre, pero no había señales de los dos a quienes esperaba.

- Tan fría, tan impertérrita... ¿Qué apostaría contra la posibilidad? ¿Qué puede jugar contra mi pérdida del honor?

- El honor - dijo ella, con tono hiriente - es sólo una palabra.

- Antes bien un concepto, muy similar a la dignidad o a la castidad. Si usted no le da valor a uno, ¿significa eso que tampoco le interesan los otros?

- ¿Qué quiere decir ... ? - comenzó ella.

Las palabras le fueron arrebatadas de los labios: él había alargado un brazo duro para rodearla por la cintura, atrayéndola hacia sí. Su boca descendió hacia la de ella con fuerza hiriente; los fuertes dedos de la otra mano te aprisionaron la cara, obligándola a aceptar el beso.

Ella emitió un quejido de inquietud, empuñándolo con sus manos, confinadas por los pliegues del manto. De pronto, la presión cedió. Los labios de Ravel, cálidos y firmes, rozaron los de ella en una disculpa sin palabras: la punta de su lengua buscó sus superficies sensibles, ardorosas. Con suavidad, buscó la dulzura interior.

Hacía falta una distracción, y allí estaba. No se la podía dejar pasar. Anya se obligó a relajar sus músculos tensos y dejó que sus labios se entreabrieran, puesto que

eso parecía buscar él. La lengua del hombre, suavemente rugosa, se deslizó en su boca, tocando el frágil revestimiento interior. Ella aspiró profundamente, inundada de sensaciones. La languidez circulaba por sus venas. Su piel parecía arder con un fuego interno. Sentía cierta pesadez en la parte inferior de su cuerpo. El pensamiento consciente retrocedió con un suave murmullo, presionó contra él y buscó su lengua con la propia, vacilante, tocando y retrocediendo para permitir un mayor acceso.

Sin previo aviso se oyó un golpe apagado. La cabeza de Ravel saltó hacia adelante. Anya sintió un aguijonazo palpitante al partírsele el labio inferior y cayó hacia atrás, tambaleándose, perdido el equilibrio bajo el peso del hombre. Lo sujetó, con un grito estrangulado. Un instante después, Sansón y Elías la liberaban de su peso, tirando de él hacia arriba.

Ravel tenía la cabeza caída hacia adelante, balanceándose sobre sus hombros; sus largas piernas se doblaron a la altura de las rodillas. Una mancha reptante y negra en la penumbra, se extendía rápidamente en la blancura de la camisa y la corbata. El sombrero, de cachemira gris, y el bastón de ébano habían caído a la acera. El viento se apoderó del sombrero, arrojándolo a la calle.

Anya elevó a su boca una mano temblorosa.

- ¿No está muerto? ¿No lo habréis matado?

- Tal vez lo hayamos golpeado algo fuerte, considerando lo que estaba a punto de hacer - admitió Elías, gruñendo.

Sansón agrego su acuerdo.

- Será mejor para el viaje. Es largo.

- Pero está sangrando mucho.

- Las heridas del cuero cabelludo siempre sangran mucho. Le quitaremos la camisa para hacer vendajes. Si usted sostiene la puerta, mam'zelle, lo pondremos dentro del carruaje antes de que alguien pueda curiosear.

- Sí. - Anya dejó escapar un súbito suspiro estremecido, mirando en derredor -. Sí.

Con más celeridad que cuidado, metieron a Ravel Duralde en el landó. Anya subió también y cerró la portezuela. El vehículo se puso en movimiento con una sacudida, de modo tal que ella se vio arrojada contra su prisionero, que yacía en el asiento. En el breve instante en que se apoyó en él, sintió la esbelta y dura masculinidad de su cuerpo. Apresuradamente, se apartó de él para arrodillarse a su lado. Deslizó su mano bajo la cabeza para ver la extensión de las heridas; la sangre caliente que caía por el pelo la llenó de remordimientos.

Su exceso de confianza había sido algo criminal. Habría debido tener en cuenta que no sería tan fácil secuestrar a un hombre y retenerlo prisionero. Su plan era simple: ella distraería a Ravel un instante, para que Sansón y Elías lo aturdieran con un golpe. Después lo atarían de pies y manos, si hacía falta, para cargarlo en el coche, y todo estaría listo. Había resultado bien. Sin embargo, Anya experimentaba poco placer por eso. Sólo podía castigarse por no haber tenido en cuenta que las cosas podían resultar mal.

Sansón viajaba en el interior del coche mientras Elías ocupaba el pescante con el cochero. Sansón la ayudó a quitarle la capa y la chaqueta. Anya, con dedos fastidiosamente estremecidos desató la corbata y liberó los gemelos de la camisa. Luego sostuvo contra sí la silueta inerte en el vehículo bamboleante, mientras Sansón le quitaba la camisa. Cuando acabaron de desgarrar la prenda para convertirla en vendajes, la sangre ya había manchado no sólo los asientos de cuero, sino también el

manto de la muchacha y la pechera de su disfraz de india. Las heridas sangraban tan copiosamente que ella hizo detener el carruaje una o dos calles más adelante, a fin de que Elías volviera a encender las lámparas, pues hacía falta buena luz para vendar la herida. Por fin, con la cabeza de Ravel Duralde sobre su regazo, para protegerlo de las sacudidas, continuaron la marcha hacia la noche.

Él permanecía inmóvil, sin vida; su peso era algo inerte sobre los muslos de Anya. Bajo el bronce de su piel, la cara estaba pálida. Era una cara fuerte, de frente ancha, gruesas pestañas oscuras y pómulos altos que descendían hacia las mejillas delgadas. Los ojos, bien hundidos en sus órbitas, estaban provistos de densas pestañas. Su boca era firme, de curvas sensuales, bordes cincelados y pequeñas arrugas gestuales en las comisuras, que suavizaban la severidad de aquellas facciones. Llevaba bien rasurado su cuadrado mentón, aunque se veía una leve sombra negro- azulada bajo la piel. El pelo, cubierto por el grueso vendaje, lo llevaba corto, para evitar que sus densas ondas se convirtieran en rizos, aunque formaban anillos tras las orejas y en la nuca y caía sobre la frente.

¿Y si lo había matado? No parecía posible que un hombre tan poderoso y viril pudiera morir con tanta facilidad; sin embargo, había pocas heridas tan peligrosas como las de la cabeza. Y Anya, por mucho que lo despreciara, no quería ser la causa de su muerte.

Introdujo la mano bajo su capa, con la que lo habían envuelto, y le buscó el corazón. Latía con fuerte regularidad contra su palma y eso la tranquilizó. Su piel, tibia y dúctil, estaba cubierta de suave vello, levemente abrasivo bajo sus dedos. Cuando rozó con sus yemas una tetilla, retiró bruscamente la mano, sintiéndose tan culpable como si la hubieran sorprendido en un acto de promiscuidad. Si él moría, ella sería culpable; la condenarían por asesinato, y podría considerarse afortunada si lograba evitar que ahorcaran a Sansón y Elías. Tener en sus manos la vida de tres hombres era devastador. Antes que vivir con ese peso por el resto de su existencia, tal vez fuera preferible sufrir la pena máxima.

Pero no debía pensar semejantes cosas. La situación no era tan mala. Tenía a su prisionero e iba camino de Beau Refuge. Bastaría con retenerlo durante algo más de veinticuatro horas y todo sería como en un principio.

Bajó una vez más la vista a la figura inmóvil sobre su regazo. Nunca había estado tan cerca de un hombre. Su padre, quien la había amado mucho, no era hombre demostrativo. Jean, el perfecto caballero, no la había tocado más que para ayudarla a subir a un carruaje o bajar de él; ella nunca había podido saber si temía hacerle daño o asustarla, si tenía miedo a sus propias reacciones o si se contenía, simplemente, por respeto a las convenciones.

Tampoco la habían besado nunca como Ravel. Las caricias de Jean habían sido siempre breves, casi reverentes, llenas de cálido e ilimitado afecto, pero con poca pasión. A ella le parecieron siempre excitantes, hasta esa noche. Despreciaba a ese hombre casi hasta el odio; sin embargo, había entre ambos un vínculo peculiar. La perturbó comprenderlo así, pero no pudo dejar de preguntarse si Ravel lo sentiría al despertar, y si, al sentirlo, lo aceptaría.

El viento, cada vez más potente, mecía el carruaje y sacudía las ramas de los árboles, filtrándose por las rendijas de puertas y ventanillas. Traía consigo un regusto a lluvia. Muy lejos rodaban los truenos. Con un gruñido ominoso, el carruaje continuaba su marcha.

Librodot

A medio camino se detuvieron para dar descanso a los caballos y permitirles beber ante una taberna. Los relámpagos destellaban en blanco fulgor, pero no podían quedarse a pasar la noche, aunque el anciano negro encargado del servicio hizo lo posible para persuadirlos.

- Se van a empapar - dijo a los hombres sentados en el pescante, sacudiendo su cabeza canosa.

Ellos lo sabían, pero no había remedio. Se pusieron en marcha otra vez. Cinco kilómetros más adelante se inició la lluvia, con gotas pesadas y gordas, pero pronto se convirtió en un torrente, arrojado contra ellos por el viento frío que aumentaba la angustia

Redujeron la marcha hasta un mero arrastrarse. El cochero, Solón, que había recorrido ese camino incontables veces, lo seguía por instinto, al escaso resplandor de las lámparas. Empapados, tiritando, siguieron viaje a través de la noche.

La aurora fue acuosa y cubierta de nubes. Una lluvia ligera seguía picoteando incesantemente el techo del landó, cayendo con más fuerza cuando el vehículo pasaba bajo las ramas de los robles de follaje perenne. De pronto se oyó, desde el pescante, una poderosa palabrota que despertó a Sansón de su segunda siesta. Ante una afligida señal de Anya, el gigante abrió la pequeña ventanilla delantera, preguntando:

- ¿Qué pasa?

Fue Elías quien respondió, con densa voz de asco.

- Al pasar por debajo de ese último roble, un gran búho nos ha usado de excusado. ¡Buena cosa!

Sansón aulló de risa. Anya se mordió los labios tratando de no sonreír; la respuesta resultaba divertida al compararla con sus temores, aunque no tuviera nada de grato para los hombres.

Aún tenía un dejo de sonrisa en los labios cuando, pocos metros más adelante, el landó giró hacia el camino de entrada a Beau Refuge.

CAPITULO 3

Beau Refuge fue construida al estilo criollo, apto para el cálido clima de las Indias Occidentales, con sus tormentas de viento y sus fuertes lluvias. Era una edificación de dos plantas, cuyos aleros cubrían las galerías de la parte delantera y la trasera. La planta inferior era de ladrillos protegidos con yeso. La superior, de ciprés blanqueado. Las galerías estaban sostenidas por columnas de ladrillos, con graciosas columnas breves, conectadas por una sólida barandilla. Oculta tras los retorcidos robles, viejos ya cuando el primer francés había puesto el pie en el valle del Mississippi, la casa centelleaba pálidamente a las primeras luces del alba.

Anya hizo que el cochero se adelantara hasta la casa principal. Cuando Denise, el ama de llaves, quien vivía en las buhardillas con su hijo Marcel, acudió al campanillazo de Sansón, Anya bajó para entrar. Poco rato después salió con un llavero y, tras subir nuevamente al landó, indicó al cochero que se dirigiera hacia los edificios detrás de la casa.

Más allá de varios cobertizos, graneros y gallineros, dejando atrás la pequeña iglesia y el dispensario, así como las cabañas de los esclavos, donde las chimeneas comenzaban a despedir humo, estaba el desmontadero de algodón.

Era un gran edificio de ciprés gris, cuadrado y sólido, al borde del campo abierto. Tenía una enorme entrada a cada lado, que ocupaba la mitad de su longitud. La maquinaria del interior, silenciosa, fría y centelleante de aceite a esa altura del año, parecía un gran monstruo metálico en la penumbra, elevado hasta el altillo. La mayor parte de ese altillo se utilizaba para almacenar fardos de algodón hasta que eran llevados al río en carros, para cargarlos en el vapor. Sin embargo, un extremo había sido separado con una pared, para formar un pequeño cuarto al que se llegaba por otra escalera. Allí había vivido el tío de Anya durante algunos años.

El carruaje se detuvo ante la plataforma de carga, dentro del edificio abierto. Anya se apeó y subió las escaleras para abrir la puerta del cuarto, mientras Sansón y Elías sacaban a Ravel del coche.

Durante un momento, la muchacha miró en derredor: una vieja y descolorida edificación con pelusa de algodón adherida a las toscas tablas y colgando de las telarañas. El aire era húmedo y olía a semillas de algodón aplastadas, a aceite rancio, sudor y tierra mojada. No era un sitio donde a ella le hubiera gustado pasar mucho tiempo. No dejaba de ser una suerte que la forzada estancia de Ravel Duralde fuera a durar sólo uno o dos días.

Los dos negros, al maniobrar con la larga silueta de Ravel, le golpearon contra el marco de la portezuela. El hombre inconsciente gruñó con voz grave y ronca.

- Cuidado - advirtió Anya inmediatamente, preocupada.

- Sí, mam'zelle - respondieron Sansón y Elías al unísono, aunque ambos parecían aliviados al notar que su carga estaba con vida.

Con toda la suavidad de una niñera para con el recién nacido, llevaron al alto caballero hasta el descansillo, frente a la puerta de la habitación. Anya colgó la llave en su viejo escondrijo, bajo una lámpara colgada de su clavo, y empujó la puerta para precederlo. Avanzó hasta la cama y esponjó el colchón de algodón que había sido doblado hacia los pies para que se aireara.

Una luz gris y espesa se filtraba por las tres altas ventanas, sobre la cama, pero no alcanzaba a iluminar demasiado. Mientras Sansón y Elías ponían a Ravel en el colchón, Anya se acercó a encender la lámpara puesta sobre la mesa lateral, junto al hogar. Las cerillas estaban tan húmedas que gastó tres hasta que la mecha ardió con una intensa llama amarilla. La llevó hasta la cama y contempló a su prisionero.

Esperaba experimentar una sensación de triunfo, pero sólo se sentía cansada y nerviosa. Además, mientras miraba a Ravel Duralde le asaltó algo muy parecido a un remordimiento. Ese hombre inconsciente, completamente inmóvil, exudaba tanta potencia masculina que era una verdadera pena haberlo derribado con un ataque decididamente vil. Descartó esa momentánea sensación con una impaciente sacudida de su cabeza. No había remedio: él mismo se lo había buscado.

- Elías - llamó por encima de su hombro- , ¿Podrías encender fuego? Después irás a la casa y ayudarás a Denise y a sus hijos a traer mantas y sábanas para hacer la cama. También necesitamos agua para calentar. Sansón, creo que no puede escapar por el momento, pero sería prudente que le pusieras el grillete.

- Muy prudente, mam'zelle - respondió el hombre, entretanto recogía la cadena con su aro, enroscada en el suelo.

Librodot

- Después - prosiguió ella- sería conveniente que descansarais un rato. Cuando estéis repuestos tomaréis los caballos del establo para volver a Nueva Orleans. En está situación, cualquier hombre sentiría deseos de venganza contra quienes le echaron mano. Tal vez monsieur Duralde no sea de ellos, pero preferiría no correr el riesgo.

- ¿Y usted, mam'zelle? Si él se enoja con nosotros, mucho más se enojará con usted.

- Soy mujer, y él es un caballero. ¿Qué podría hacer?

Sansón se limitó a mirarla fijamente. Anya apartó la vista, consciente de que se estaba ruborizando.

- Me mantendré fuera de su alcance cuando despierte, Podéis estar seguros. Pero comprenderéis que no puedo dejarlo mientras no recobre el sentido. Soy responsable. Si a media mañana no ha reaccionado, tal vez mande buscar a un médico.

- ¿Cómo se las arreglará usted?

Ella hizo un breve ademán con una mano.

- No sé. Tal vez diga que encontramos a monsieur Duralde a la vera del camino, o que cayó mientras estaba inspeccionando la maquinaria de la desmotadora. Ya se me ocurrirá algo.

- Oh. ¿Y cuando Duralde vuelva en sí?

- Entonces lo dejaré solo y me limitaré a enviar a alguien probablemente a Marcel, el hijo de Denise, para que lo libere, hacia el mediodía de mañana. Por entonces ya no tendrá posibilidades de llegar al campo del honor.

- Tenga usted cuidado. Es un caballero, sí, pero... no del todo. ¿Comprende lo que quiero decir?

Ella se puso seria.

- Sí, comprendo. Y tendré cuidado.

Más tarde, cuando los dos hombres se hubieron ido, cuando el agua estuvo caliente y limpias las heridas de Ravel, Anya despidió al ama de llaves y a su hijo para sentarse junto a Ravel.

Pasó el tiempo. El cielo estaba cubierto y amenazaba con nuevas lluvias, pero ya no hacía falta la lámpara. Anya se levantó para apagarla, y al volver reparó en la sangre seca que aún manchaba la cara de Ravel, su cuello y las puntas de su pelo. Por hacer algo, se encaramó en el costado de la cama y comenzó a lavarlo con suaves toques. Era sólo lo que hubiera hecho por un animal herido. No había contradicción, se dijo, en ese impulso de poner más cómodo a su enemigo. Su piel bronceada por el sol tenía un tinte oliva legado de su linaje francés y español. Mientras lo limpiaba con el paño, Anya dejó que su mente vagara hacia otros aspectos de su ascendencia.

La famille, los antecedentes familiares, el honor y la pureza de la sangre, eran el principal interés de casi todas las criollas. Muchas aseguraban descender de las sesenta *filles á la cassette, las* muchachas del arcón, así llamadas porque habían llevado a Luisiana sus ajuares, distribuidos por la Compañía de las Indias, en pequeños baúles. Estas muchachas, casi todas huérfanas provenientes de buenas familias, habían sido cuidadosamente escogidas como esposas para hombres de carácter entre los primeros colonos. Tenían fama de ser piadosas y caritativas, esposas fieles y madres abnegadas; esa reputación se prolongó a lo largo de tiempo.

Pero antes de *las filles á la cassette* habían llegado las muchachas de los correccionales, mujeres recogidas de las prisiones francesas para ser enviadas a Luisiana contra su voluntad, en el papel de esposas, a fin de que los hombres no

corrieran tras las indias. Esas mujeres habían causado problemas desde un principio, se mostraban reacias a trabajar, buscapleitos, avaras, muchas veces inmorales y ansiosas sólo por volver a Francia. Con frecuencia se señalaba que, si bien las muchachas del arcón habían resultado extreMadamente fecundas, a juzgar por el número de familias que de ellas descendían, casi todas las muchachas de correccional, por extrañas coincidencias, debían de haber sido estériles, pues muy pocos decían descender de ellas. Ravel Duralde (mejor dicho, su padre) era uno de esos pocos.

Pero no sólo por eso se pensaba que Ravel no era trigo limpio. También se sabía que el padre, antes de morir, había pertenecido al culto de los románticos. Duralde abandonó la iglesia para convertirse en librepensador; pasaba el tiempo escribiendo novelas pobladas de fantasmas y extrañas mujeres etéreas. Sus trabajos apenas le alcanzaban para comer; por eso había llevado a su esposa y a sus hijos al campo, obligándolos a vivir en una casa ruinosa, gracias a la caridad de monsieur Girod, un viejo amigo, padre de Jean, el prometido de Anya.

En la plantación de Girod, Ravel y Jean se hicieron amigos, relación que se prolongó aún cuando, tras la muerte de Duralde, su esposa prefirió retornar con su hijo a Nueva Orleans. La madre de Ravel, mujer de práctica sangre española, no había declinado suavemente hacia una viudez perpetua, como indicaba la costumbre. Como última seña de mala estirpe, tras un período indecente (apenas dos años de luto) volvió a contraer matrimonio con otro criollo español, un tal señor Castillo, que era maestro de armas y tenía una *salle* donde enseñaba esgrima.

Según el código criollo, las únicas ocupaciones aceptables para un caballero eran las de médico, abogado o político. Se podía invertir en diversos negocios, pero no se trabajaba en ellos. El joven Duralde, además de ser el mejor alumno de su padrastro, practicaba con frecuencia con los jóvenes que frecuentaban la sala de armas. Fue esa habilidad casi profesional lo que tornó imperdonable, casi un asesinato, la muerte de Jean en sus manos.

La mano de Ravel molestó a Anya en la cadera. La muchacha la tomó con intención de cruzársela sobre el pecho, pero se detuvo un momento, con sus dedos curvados alrededor de la palma. Era una mano bien formada, de largos dedos que sugerían fuerza y sensibilidad combinadas. ¿Cómo serían en la caricia?

Los dedos del hombre se movieron, cerrándose por un instante con firmeza, antes de volver a quedar laxos. Anya se apresuró a dejarle la mano sobre el pecho y se retiró, respirando apenas. Un momento después, Ravel emitió un suspiro y una queja sofocada. Pasaron largos segundos sin cambio alguno. Anya se inclinó para seguir lavando la sangre de las sienes del hombre.

Poco a poco, Ravel levantó sus pestañas para mirarla. Dejó que su mirada descansara en aquel nítido óvalo, en los labios entreabiertos y el intenso azul de los ojos. Con un gran esfuerzo, levantó sus dedos para tocarla en la mejilla. La imagen no se desvaneció, ella era algo vivo y real. Una arruga le unió las cejas.

- ¿Anya? - susurró.

Anya quedó inmóvil, como alelada por una extraña compulsión. No. No debía sucumbir al sentimentalismo sólo porque Ravel Duralde estuviera herido. La culpa no era sólo de ella. Se levantó rápidamente.

En los ojos de Ravel hubo una oscura marea de desolación antes de que sus párpados descendieran, cubriendo su expresión. Cuando volvió a levantarlos, su

mirada era inexpresiva, cauta, más consciente. Miró a su alrededor, observó los detalles del cuarto. Por fin habló en voz baja y abrupta.

- La desmotadora.

Anya se volvió a mirarlo, sorprendida.

- ¿Cómo lo sabe usted?

- Vine cierta vez, con Jean, cuando éramos niños. Subimos por una escalerilla para mirar a su tío por la ventana.

- Sí, sí, así lo supongo.

Recordó, aunque había tratado de olvidarlo. Fue el año en que conoció a Jean. Ese verano jugaron juntos los tres, junto con cinco o seis primos de Jean que tenían aproxiMadamente la misma edad. Ravel era levemente mayor, un niño moreno, delgado de piernas y brazos demasiado largos, pero se movía con gracia, sin esfuerzo, como una pantera a medio crecer. Ese agosto murió su padre y Anya no volvió a verlo en varios años, aunque él y Jean asistían a la misma escuela y mantenían la relación. Hubo algunas fiestas y bailes, durante su compromiso con Jean, en que Ravel hizo acto de presencia, pero en verdad no recibía muchas invitaciones.

- ¿Sería demasiado preguntar cómo he llegado hasta aquí? Creo recordar haberla visto en la acera y... después, nada.

Ella lo observó durante un largo instante, tratando de descubrir si no mencionaba el beso por ahorrarle un bochorno o por haberlo olvidado. Sus nervios estaban tan tensos que esperaba verlos desgastarse, como sogas demasiado tirantes. Por fin dijo:

- Le he traído yo.

- Eso es bastante obvio. Lo que no llego a comprender es cómo.

- Lo dejé inconsciente y lo puse en un carruaje.

- ¿Usted?

El escepticismo de su voz la irritó.

- ¿Tan imposible le parece?

- Imposible no, pero sí muy improbable. No importa. Aceptaré que hubo cómplices, y hasta puedo adivinar quiénes fueron.

- Lo dudo.

- A juzgar por el modo en que me duele la cabeza, fueron los herreros de su padre. Creo haber oído decir que gracias a usted están manumitidos y con trabajo en la ciudad.

- ¿Cree usted que los implicaría en algo así?

- No creo que implicara a nadie más.

- Está en libertad de pensar lo que guste.

Después de todo, él no sabía nada y ella no hablaría.

- ¿Aunque no esté en libertad de hacer otras cosas?

Los labios de Ravel se curvaron en las comisuras, pero Anya no cometió el error de confundir eso con una sonrisa. Lo miró de frente.

- Ya que ha reaccionado tal vez quiera un poco de coñac para el dolor de cabeza.

- Preferiría whisky puro, pero ahora no. ¿Por qué, Anya?

- Puede imaginárselo, sin duda.

Ella se cruzó de brazos, en un gesto que reconoció y deploró como defensivo. Él la observaba con ojos descoloridos.

- Cree poder impedir el duelo.

Anya le sostuvo la mirada. Su voz era firme al responder.

- No creo: lo sé. Voy a impedirlo.

El enojo fue una llamarada blanca en la cara de Ravel. Se incorporó sobre un codo, con una mueca de dolor.

- ¿Cree poder comportarse como una marimacho el resto de su vida sin sufrir las consecuencias? ¿Qué es lo que pretende? ¿Arruinarse?

- ¡Bueno está usted para dar lecciones!

- Mejor que nadie, pues sé de qué hablo. Hace años que observo su loca carrera. La he visto quebrar deliberadamente todas las normas de conducta aceptables para una dama; la he visto convertirse en granjera, sepultarse en esta plantación. Eso no sirve de nada: ¡No le devolverá a Jean!

- ¡No habría tenido ninguna necesidad de sepultarme si usted no hubiera matado a Jean!

Por el rostro del hombre pasó el dolor. Su voz sonó grave, quebrada.

- ¿No cree usted que lo sé?

- Entonces poco ha de sorprenderle que desee salvar a Murray Nicholls del mismo destino.

- Esa es otra cuestión, totalmente distinta. Debo batirme con él.

- No, si yo puedo evitarlo. Y puedo

Sus labios eran una línea firme. Lo fulminaba con la mirada. Él la sostuvo un largo instante, luego apartó las mantas y se levantó, sacando sus pies de la cama, con intención de incorporarse. Dio un paso y quedó pálido. Se tambaleó. La cadena sujeta a su tobillo le hizo perder el equilibrio y cayó a lo largo, estrellándose en la cama, que golpeó la pared. Su torso quedó sobre el colchón. Ravel se sostuvo en él hasta poder sentarse en el suelo.

Anya corrió hacia él y se arrodilló a su lado, alargando una mano para sujetarle el hombro.

- ¿Se ha hecho daño?

Él respiraba con dificultad. Tardó un momento en abrir los ojos; cuando lo hizo, sus pupilas estaban tan llenas de ira que ella retrocedió.

- ¿Y a usted qué le parece? - preguntó, con voz áspera, mientras se apretaba la cabeza con manos estremecidas -. ¡Por Dios!

Ella se levantó, muy tiesa.

- Lamento lo de su cabeza. No habría ocurrido si usted no me hubiera besado.

Ravel bajó sus manos, echándole una mirada escéptica por el rabillo del ojo.

- Me gustaría saber cómo pensaba encadenarme como a un perro sin dañarme. ¿Cuál era la alternativa? ¿Un agradable vaso de vino con gotas de somnífero?

- Podría haber sido, pero no se me ocurrió. No tuve mucho tiempo para planes. En realidad, ellos no debían golpearlo tanto.

Él guardó silencio por un rato. Por fin dejó escapar un suspiro y se levantó poco a poco. Anya trató de ayudarle, pero él no se molestó en prestar atención a su mano extendida. Ella retrocedió, entrecruzando los dedos con fuerza frente del regazo. Duralde fue a sentarse pesadamente en el borde de la cama.

- Está bien - dijo, con voz tranquila- , tal vez me lo merecía. Queda entendido. Ahora puede dejarme en libertad.

- Lo dejaré en libertad mañana al mediodía.

- ¿Al mediodía? - repitió él, frunciendo el ceño. Un instante después, su expresión se aclaró- Comprendo. Usted ha de saber que si no me presento en el campo del honor

perderé por completo mi buen nombre. ¿Sabe que se me tratará de cobarde, que seré un hazmerreír?

Su tono razonable la inquietó, pero ella no lo demostró.

- Usted es Ravel Duralde, ídolo de los jóvenes alocados de esta ciudad, el hombre que se ha batido diez o doce veces y ha matado a su adversario en tres ocasiones, cuando menos. Puede decir que estaba enfermo o detenido. Tal vez se dude del coraje de otros, pero no del suyo. En cuanto a su precioso honor...

- No lo diga - pronunció él, suavemente incisivo.

- Muy bien, pero no venga a hablarme de lo importante que es para usted presentarse al duelo.

- Pero ¿qué pretende conseguir? No hará sino posponerlo.

Ella hizo un gesto rápido e impaciente.

- Oh, vamos, he visto el código del duelista de José Quintero y he oído citar el *Nouveau Code du Duel,* del Comte du verger de Saint Thomas. Cuando uno de los adversarios no se presenta, el duelo no se puede llevar a cabo en otro momento.

- Nicholls y yo podríamos batirnos más adelante, por una causa diferente - señaló él.

- No hay motivos para eso. Usted apenas conoce a Murray y tal vez no haya nuevos contactos. Si él le provocó, fue sólo para protegerme. Se siente responsable, puesto que pronto será miembro de nuestra familia.

El tono de Ravel sonaba áspero.

- Eso tengo entendido. ¿Y qué pensará Nicholls de una futura cuñada que ha provocado el mayor escándalo de Nueva Orleans? Porque así será, ¿se da cuenta? ¿O cree que puede retenerme aquí sin que el asunto trascienda?

- Creo que puedo, por un tiempo breve. Es difícil que usted se queje: el hazmerreír sería usted. Y si se refiere a los sirvientes, sólo están enterados mi ama de llaves y su hijo, en cuyo silencio puedo confiar.

Él se acostó en la cama, apoyándose en un codo, y preguntó con voz suave:

- ¿Y cuando haya pasado el tiempo y usted se digne liberarme?

Un breve fruncimiento de ceño juntó las cejas de Anya.

- No sé a qué se refiere. Estará usted en libertad de marcharse, por supuesto.

- ¿Y si yo decidiera no hacerlo?

- ¿Para qué quedarse?

- Oh, se me ocurren uno o dos motivos - replicó él, posando la mirada oscura en sus labios, para recorrer luego todas las curvas de su cuerpo -. Una mujer lo bastante desesperada como para secuestrar a un hombre podría ser una compañía estimulante.

- ¡Desesperada! No sea ridículo.

Pero el corazón de Anya latía con más fuerza contra sus costillas.

- ¿Le parece ridículo? ¿Qué harías, Anya, amor mío, si entrara en tu casa y me instalara a placer, a tu mesa, en tu alcoba, en tu lecho?

- Yo no soy su amor - advirtió ella, entornando sus ojos -. Con que sólo ponga un pie en mi casa sin ser invitado, lo haré expulsar tan inmediatamente que no tendrá tiempo de llevarse la sombra.

- ¿Y quién se encargará de eso? ¿Sus sirvientes? Cualquier esclavo que me tocara perdería la vida. ¿Los herreros? El ataque físico es un delito grave, aún para los negros manumitidos. ¿Murray Nicholls? Si todo esto era para protegerlo de mi ira, exponerlo a ella sería una contradicción. ¿Quién, entonces?

La temeridad de ese hombre enfurecía a cualquiera. ¡Atreverse a amenazarla, tendido de espaldas como estaba, con heridas en la cabeza! Sin embargo, en su largo cuerpo había una sensación de poder apenas momentáneamente sometido. Carente de principios, audaz, intensamente masculino, exudaba una amenaza nada sutil.

Los músculos de Anya se tensaron. Nunca había reparado de ese modo en la presencia física de un hombre. Nunca. Tampoco recordaba haberse sentido nunca tan insegura de sí misma y de una situación. Eso no le gustó. Con lento énfasis, respondió:

- Lo haré yo misma.

- ¿Le molestaría explicarme cómo?

- Tengo pistola y sé usarla.

Una leve sonrisa apareció en los labios de Ravel. Ella era toda una mujer. Entre las que Ravel conocía, casi todas hubieran tartamudeado, ruborizadas, o huido directamente ante la sugerencia que él acababa de hacer; de lo contrario, habrían parpadeado, fingiendo comprender mal o invitándolo descaradamente. Claro que esas mujeres jamás intentarían retenerlo prisionero. La admiración tenía sus límites.

- No sería la primera vez que disparasen contra mí.

Ella arqueó una ceja, eligiendo un nuevo método de defensa.

- Dígame: ¿esas amenazas son un ejemplo del honor que se niega a poner en tela de juicio? Me habían advertido que usted no era un verdadero caballero. Ahora comprendo por qué.

- Ya que usted no es una verdadera dama, eso no importa.

- ¿Que no soy una dama? ¡Ridículo!

La pulla había tocado un nervio vivo, tanto más sensible cuanto que Anya tenía dudas con respecto a sí misma.

- Todo lo contrario. Muéstreme, si puede, un libro de etiqueta o una publicación para señoras que contemple esta situación. ¿Cuál sería el título? *¿La manera adecuada de llamarla atención de un hombre?*

- No me interesa llamar su atención - dijo ella, agria -. Sólo quiero retenerlo algunas horas.

- Puede retenerme cuanto tiempo guste - dijo él, con voz empalagosa.

- ¡No me refería a eso!

- ¿No? Con algunas mujeres es preciso adivinar lo que desean. Pero ya recuerdo: a usted no le gustan las adivinanzas. Podríamos dejar de jugar y ponernos serios.

Ella se irguió en toda su estatura, mirándolo con fría altanería.

- Es obvio que el golpe en la cabeza le ha enturbiado el juicio. Necesita usted descanso. Le dejaré solo.

- ¿Me dejaría sin alimentos ni agua? No me vendría mal un desayuno.

El hecho de que tuviera hambre era buena señal.

- Se lo haré traer - dijo ella, por encima de su hombro.

El leve tintineo de la cadena fue la única advertencia. Al mirar hacia atrás, lo vio levantarse de la cama. Rápida como el gamo ante el peligro, se puso fuera de su alcance con un salto, estrellándose contra la pared.

Estaba temblando; el corazón le palpitaba con fuerza. Con sus ojos oscurecidos por el miedo y el enojo, clavó la vista en Ravel Duralde. Él había vuelto a dejarse caer en la cama, apoyado en su codo. Con voz profunda y tranquila, dijo:

- Otra vez será.

Librodot

No habría otra vez, mientras Anya pudiera evitarlo. Se hizo en silencio la promesa, mientras se retiraba de la desmotadora. No volvería a acercarse a él. Después de todo, no podía estar tan gravemente herido si tenía apetito. Le enviaría whisky para el dolor de cabeza y algo para comer, pero allí acabaría todo. Prefería no volver a verlo. Que Denise y Marcel se encargaran de atenderle.

Pero no fue fácil quitárselo de encima. No podía dejar de pensar en él y en las cosas que había dicho, ni mientras se bañaba en agua caliente ni en la cama, cubierta hasta la barbilla, tratando de compensar el cansancio de haber pasado la noche en pie. ¿Sería capaz de llevar a cabo su amenaza? ¿Entraría en la casa, en su cama, si se veía libre? ¿Era posible que se mostrara tan vengativo?

No parecía probable. Era más caballero de lo que le habían hecho creer; de lo contrario la habría insultado francamente por el aprieto en que lo había puesto. O quizás estaba reservando sus fuerzas para la venganza que prefería.

Aún en ese caso sería preciso liberarlo. No podía mantenerlo encerrado un segundo más de lo indispensable. Los otros sirvientes descubrirían pronto su presencia, si no lo sabían ya por todos los viajes entre la casa y la desmotadora, provocados por sus heridas. La noticia volaría de plantación en plantación, hasta llegar a Nueva Orleans, más veloz que un buen jinete. Su buen nombre estaría en peligro, tal como él había dicho.

Y era necesario tener en cuenta a Madame Rosa y a Celestine. Pese a las acusaciones de Ravel, Anya no tenía interés de arruinarse.

¿Era cierto que se estaba sepultando en la plantación?

Tal vez así pareciera, pero a ella le gustaba ocuparse de las cosechas, los animales y las personas que allí vivían. No le interesaban las fiestas y los chismes ociosos, las interminables visitas y los entretenimientos donde se veían siempre las mismas caras. Tampoco tenía habilidad para el bordado o el tejido. Le gustaban las ropas finas tanto como a cualquier dama, pero no soportaba sentarse a esperar las visitas, emperifollada como una muñeca, o recostarse a leer novelas y comer bombones. Le gustaba hacer cosas, ver obras. Para ella eran las damas ociosas las que estaban sepultadas en vida.

La inquietaba saber que Ravel Duralde le había estado observando, que sabía tanto de ella. ¿Por qué, como no fuera por culpabilidad, ya que le había arruinado la vida? Si él no hubiera matado a Jean, ella habría sido por entonces una joven matrona, con tres o cuatro hijos, ocupada en atender a su prole, a su esposo. No sabría de los campos sino lo que Jean hubiera querido contarle.

Frunció el ceño. Esa rutina bien habría podido ser alienante. Pero habría tenido a Jean. Ambos habrían reído y jugado con los niños. Por las noches habrían dormido juntos en la misma cama.

Trató sólo por un instante de imaginar cómo habría sido yacer en brazos de Jean, hacer el amor con él. La imagen no surgió. En cambio, vio las facciones delgadas y el pecho amplio de Ravel Duralde.

Se arrojó en la cama y estrujó la almohada. Él era su prisionero. Había capturado al Caballero Negro, al mejor duelista de Nueva Orleans, al que los falangistas de William Walker llamaron, en América Central, el Tigre.

Ella había enjaulado al tigre. Pero ¿cómo dejarlo en libertad?

Librodot

CAPITULO 4

Anya, arrodillada en tierra, arrancaba del parterre puñados enteros de los duros pastos invernales que amenazaban con ahogar las verbenas. A poca distancia de ella, en ese jardín trasero de Beau Refuge, un muchachito negro, de unos doce o trece años, recogía las hojas marchitas como si su rastrillo fuera un arma letal.

- Joseph - recomendó ella -, cuidado con los bulbos de narcisos. ¡Esas flores amarillas! ¡Ten cuidado con ellas!

- ¡Ah, sí, mam'zelle!

Denise venía por el sendero de ladrillos desde la casa; se detuvo junto a Anya con las manos en sus amplias caderas. El viento levantó su delantal y las puntas del pañuelo que le envolvía la cabeza.

- Jamás hará jardinero a ese muchacho.

- No sé, al menos tiene buena voluntad.

- No presta atención a lo que debería.

- No es el único - musitó Anya, con una sonrisa melancólica, señalando con su cabeza varias ramitas de verbena que había arrancado junto con las hierbas.

- Hum. Me maravilla que todavía queden flores en ese parterre. - El ama de llaves bajó su voz -. Y si es al hombre del desmotadero a quien tiene usted en la cabeza, de él venía a hablarle.

Anya echó un vistazo al negrito y se levantó para acercarse. - ¿Qué sucede?

- No come. Cuando fui a buscar la bandeja con los platos del almuerzo encontré que no había tocado la comida y no me respondió cuando le hablé.

Entre los ojos de Anya apareció una arruga.

- ¿Te parece que está peor?

- No sé, pero no lo veo bien.

La voz de Denise estaba cargada de desaprobación. La mujer, corpulenta, tenía los pómulos altos y los ojos hundidos, como el guerrero indio que había sido su abuelo. Su abuela había huido en busca de libertad, unos noventa años antes, escapando hacia los bosques, donde los choctaws le habían dado amparo. Tras vivir con ellos durante un tiempo, descubrió que la libertad no compensaba la falta de compañía de su propia raza y las diversiones de la plantación o de Nueva Orleans en el invierno, por lo que volvió con su antiguo amo. Sin embargo, de esa expedición nació una criatura; y de ésta, Denise. Por su sangre india, los otros esclavos decían que ella tenía «huesos rojos». Eso le daba distinción y agregaba lustre a su reputación de mujer temperamental.

Con sus labios bien apretados, Anya estudió la situación. No tenía intención de acercarse otra vez a Ravel Duralde, pero dijo:

- Supongo que debería ir a verlo.

Dio algunas instrucciones a Joseph y caminó hacia la desmotadora con pasos firmes, apartando sus faldas a puntapiés, aunque reconocía como miedo el leve estremecimiento que recorría sus nervios. Sus pensamientos jugaron cautelosamente con el temor de que Ravel pudiera estar afectado de fiebre cerebral o de alguna inflamación causada por sus heridas, pero no estaba en absoluto segura de que esa perturbación suya no se debiera al miedo de enfrentar a su prisionero.

El cielo estaba cubierto de nubes bajas. El viento venía del norte. Anya se cerró el abrigo, una vieja chaqueta de su padre que ella había guardado para trabajar al aire

libre. Hacía falta viento del sur para devolver el calor desde el golfo, aunque eso acarreara más lluvias. Llegaría, tal vez en pocas horas, tal vez dentro de dos días. Con un poco de suerte, cuando llegara, Ravel se habría marchado.

La desmotadora estaba desierta y a oscuras; era una mole meditabumba y triste. Anya sacó la llave de su gancho y la hizo girar en la cerradura; después, imitando la precaución de su padre, volvió a colgarla antes de abrir la puerta.

El cuarto estaba en penumbra y bastante frío. El fuego se había reducido a un lecho de brasas palpitantes. Ravel apartó la cara de la pared al oírla entrar, pero se limitó a permanecer tendido en silencio, mientras ella agitaba las brasas con un atizador y arrojaba tres o cuatro leños al fuego. Luego irguió su espalda y la volvió hacia las llamas, con sus manos hacia atrás para calentarlas. Sostuvo con esfuerzo la mirada de Ravel.

- ¿Tiene fiebre? - preguntó.

- No, que yo sepa.

- ¿Por qué no ha comido?

- ¿Caldo de carne, huevos pasados por agua y natillas? No soy inválido.

Ella contuvo con esfuerzo su irritada preocupación.

- Cualquiera diría que en la prisión española no comía cosas peores.

- Con frecuencia. Pero aquí no estamos en España. - Levantó su pierna y la cadena tintineó con un sonido seco -. Cuando me liberaron de esas mazmorras juré morir antes de dejarme encadenar otra vez. Es extraño cómo resultaron las cosas.

- No se me ocurrió que esto pudiera traerle tantos recuerdos - atinó a contestar Anya.

- Sí - replicó él, con voz seca- -, pero no piensa retirarme el grillete, ¿verdad?

- No.

Ravel clavó su mirada en el techo.

- Su compasión me abruma

- ¿Acaso esperaba otra cosa?

- No. Tampoco que me secuestraran.

- Por eso no voy a disculparme - manifestó ella con firmeza -. Le enviaré otra cosa para que coma.

Se apartó del fuego, avanzando hacia la puerta. Él se incorporó en un movimiento rápido.

- ¡No se vaya! Quédese por un momento. Hablemos.

Ella se detuvo con la mano en la puerta.

- No tiene sentido. Nunca estamos de acuerdo.

- No importa. Cualquier cosa es mejor que... - Él se interrumpió y volvió a dejarse caer sobre el colchón, con su cara convertida en una máscara de duro control -. Olvídelo.

¿Sería real esa aversión al encierro, a la soledad de ese cuarto, o era una trampa? Ella sopesó la pregunta con cuidado. Después de su encarcelamiento en España, no tenía nada de sorprendente. Con tiesa renuencia, fue a sentarse en el descolorido sillón, poniéndolo de frente a la cama y con el dorso hacia la estufa. Ravel la miró durante un largo instante. Por fin cambió de posición, sentándose en la cama, con su espalda apoyada contra la pared. Ya fuera por respeto a las buenas costumbres o por el frío de la habitación, se envolvió en su cobertor, como si fuera una manta india. Recogió una pierna y apoyó su antebrazo en la rodilla.

Anya lo miró un segundo, pero apartó la vista. Si había accedido a su petición, se dijo, había otro motivo: la curiosidad, el irresistible deseo de saber qué otras debilidades podía revelar aquel hombre.

- ¿Fue muy desagradable estar en prisión? - preguntó, en voz baja, casi al azar.

- No tuvo nada de agradable.

- ¿Lo trataron... mal?

- No peor que en cualquier otra prisión - dijo él, con un pequeño movimiento de sus anchos hombros -. Pasé dos años solo en una celda. Lo peor era sentir que el mundo nos había olvidado, a aquellos que habíamos sido sentenciados y enviados a España. Pero eso era mejor que la alternativa.

- ¿Cuál era?

- El fusilamiento.

- Sí - dijo Anya, con un leve estremecimiento. Tardó un momento en continuar, en tono reflexivo -. Hombres extraños, los líderes de la expedición de filibusteros a Cuba y a Nicaragua, por ejemplo. ¿Por qué lo hacen?

- Por la gloria, por codicia, porque, como los exploradores, sienten la necesidad de conquistar algo, de demostrar su valor. Sería difícil hallar dos hombres más diferentes que Narciso López y William Walker; sin embargo, ambos querían formar imperios y tener el privilegio de entregarlos a Estados Unidos.

- Presentándose como líderes.

- Por supuesto. Así es la naturaleza humana.

- ¿Podrían haberlo conseguido?

- De López no estoy seguro. España es muy fuerte en Cuba. Pero Walker habría podido, por cierto. Fue presidente de Nicaragua durante algunos meses. Bastaba con que Washington le diera la sanción oficial y alguna señal de respaldo militar. Pero ni el congreso ni el presidente lo hicieron, a pesar de haberlo alentado previamente. Tenían muchos motivos, pero todo se reducía a los intereses monetarios del Norte y los de Cornelius Vanderbilt en particular; eso les hizo cambiar de opinión. Como pasó el momento en que la intervención habría tenido éxito, Walter fracasó.

- Creo haber leído que una nave al mando de un tal capitán Paulding bombardeó a los hombres de Walker y, finalmente, lo capturó. ¿Fue cierto eso?

- Muy cierto.

- Pero ¿por qué? Walker y los suyos eran norteamericanos.

- Por una bagatela. El gobierno quería apartar a Estados Unidos de la empresa, para que Vanderbilt pudiera continuar con sus negocios, hacer circular sus vapores por la ruta de Nicaragua desde el Atlántico al Pacífico. Paulding excedió sus órdenes oficiales, pero las no oficiales, probablemente no. Creo que le van a dar una medalla.

Había amargura en su voz, y también un dejo de las privaciones sufridas, de las tragedias recordadas. Anya dijo, lentamente:

- Comprendo lo que esperaba conseguir Walker, pero ¿y los otros, los que lucharon?

- Iban por la promesa de tierras, cientos y miles de hectáreas, y para empezar de nuevo en otro país, en otra frontera. También había quienes iban por la lucha en sí. Y nunca faltan los que van para que no los ahorquen aquí.

- ¿Y usted? ¿Por qué fue con ellos?

Él respondió, con lenta deliberación:

- Fui para huir de mis demonios personales.

- ¿A qué se refiere?

Ravel giró la cabeza; sus ojos oscuros tenían sombras de tormenta.

- ¿No lo adivina usted?

Durante un breve instante hubo entre ellos algo así como una tregua. Desapareció.

- El duelo.

- El duelo - repitió él -. Maté a mi amigo más querido. En una noche de luna, cuando el mundo era fresco y bello, bañado de plata, lo atravesé con mi espada como si hubiera sido una mariposa y lo vi morir.

Ella contuvo el aliento, tratando de hablar, pero tuvo que carraspear para despejar de su garganta el nudo de dolor.

- Aquella noche debió de encerrar mucho más que eso.

Él guardó silencio. Contempló la cadena que tenía en su tobillo y recogió los eslabones para dejarlos caer, haciendo un sonido musical.

- ¿Y bien?

- Podría contárselo, pero dudo mucho que me creyera.

- De usted se han dicho muchas cosas, pero nunca oí decir que fuera mentiroso.

- Esta usted admitiendo algo que puede perjudicarla. Si no se anda con cuidado, tal vez encuentre algo que aprobar.

Había un filo cortante en su voz. Ella prefirió no prestarle atención.

- Estábamos hablando del duelo.

- Sería mejor que dejáramos el tema.

- ¿Por qué? - preguntó ella, con voz dura -. ¿Hay algo que prefiera usted ocultarme?

- No, yo...

- ¿Algo que le perjudica?

- ¡No!

- ¿Algún motivo para ese estúpido crimen, aparte del que dieron a conocer?

- Cometí un error al mencionar el asunto. Dejémoslo así.

- ¡No puedo! - gritó ella, inclinándose hacia adelante, luminosos y oscurecidos sus ojos por las lágrimas sin derramar -. ¿No se da cuenta de que no puedo?

- Tampoco yo puedo.

Ravel reclinó su cabeza con un suspiro, perdiendo la vista en el vacío. Por fin prosiguió:

- No hay demasiada diferencia. Allí estábamos los seis, a la luz de la luna, con el campo del honor desierto bajo los robles. Al principio fue un simple medir habilidades. Todos estábamos algo embriagados, quizás algunos más de lo corriente. Hubo muchas risas y muchos resbalones por el rocío. De pronto piqué a Jean en el brazo y él se encendió de ira. Hasta entonces yo había ignorado que a él le causara tanto resentimiento mi destreza con la espada, ganada con muchos esfuerzos, pero al parecer así era. Peor aún, le había arruinado el traje de etiqueta nuevo. Puede parecer extraño y trivial, pero algunos hombres han muerto por menos de eso. De cualquier modo, Jean no quiso bajar su espada y exigió que continuáramos. Se lanzó a fondo y yo me detuve, sin dejar de hablarle, tratando de que razonara.

Había algo más; Anya lo adivinó por su voz. No quería enterarse, pero también era como si la impulsaran a ello.

- ¿Y después?

En muchos movimientos de la esgrima se llega a un punto a partir del cual es imposible retroceder. Yo estaba avanzando en un riposte, tratando de punzarlo en el brazo una vez más, como advertencia. Él resbaló en la hierba mojada y cayó hacia mí. La punta de mi espada dio contra...

- ¡Basta por favor!

El pecho de Anya subía y bajaba con la celeridad de su respiración. Su corazón palpitaba tanto que sacudía el corpiño de su traje. Apretó con los dedos los brazos del sillón. Cuando se acalló la voz de Ravel, ella cerró los ojos, pero la imagen del duelo que él acababa de evocar seguía ardiéndole en el cerebro.

- Usted me lo ha pedido - advirtió él, con la voz apagada por el cansancio.

Anya lo miró con sensación de frío y pesadez: su rostro, en la penumbra, estaba pálido, sombreado por la barba oscura que comenzaba a crecer en su barbilla y por la leve transpiración de su frente. Sus ojos negros estaban serenos, aunque había algo sombrío en su boca.

- Su destreza - repitió ella, en tono hiriente -. ¿Así llama a su habilidad para matar al adversario en el campo del honor? ¿Qué se siente al saber que se puede quitar la vida a voluntad? ¿Disfruta usted con eso? ¿Se siente bien al saber que otros le temen?

Un músculo se tensó en la mandíbula de Ravel, pero volvió a relajarse. Cuando habló, lo hizo con voz serena.

- Nunca he buscado un duelo ni he matado a ningún hombre si cabía alternativa.

- ¡Oh, vamos! No esperará que le crea.

- Le repito...

- ¿Qué me dice de Murray? Él nunca había soñado con desafiarlo a usted. ¡Nunca en la vida!

- Es sorprendente lo que hacen algunos jóvenes si creen que con eso aumentarán su prestigio. La mitad de los duelos en que he debido batirme fue por los tontos a los que les parecía magnífico poder decir que habían arrancado sangre a Ravel Duralde.

- Y usted los mató por su atrevimiento.

- ¿Habría preferido usted que muriera yo, a cambio? - preguntó él, sólo para responderle de inmediato- : Tonta pregunta; es lo que usted preferiría, por supuesto.

- Yo preferiría - dijo ella, con tono duro- que jamás muriera otro hombre en un duelo.

- Noble sentimiento, pero imposible.

Los ojos de Anya centellearon de fuego azul.

- ¿Por qué? ¿Es poco práctico pedir que los hombres arreglen sus diferencias sin recurrir al derramamiento de sangre? ¿Tan imposible resulta ser razonables sin perder el orgullo y el honor?

- Comprendo lo que usted siente - replicó él, con voz grave y curiosamente suave - , pero la costumbre del duelo tiene su utilidad. Es una amenaza que impide los excesos de matones y audaces, resguarda la santidad de la familia al desalentar el adulterio y protege a las damas de atenciones indeseables. Tiene sus raíces en los ideales de la caballería; es un medio para que los hombres respondan a sus mejores instintos, que obedezcan las normas de la decencia o se atengan a las consecuencias. Y les permite protegerse por sus propias manos, sin confiarse exclusivamente en un organismo policial, que puede estar ausente cuando se le necesite.

Librodot

El hecho de que él intentara defender la práctica del duelo hizo circular una fría furia por las venas de Anya. La dominó diciendo, con entonación dulcemente desconcertada:

- ¿No le parece un medio primitivo de decidir la justicia de un asunto? ¿Por la fuerza y no por el derecho? ¿Y si es el matón el que acaba con su adversario o el marido engañado quien muere, en vez del seductor de su esposa? En el código de los duelos, ¿existe una norma que impida al gran esgrimista o al de excelente puntería comportarse como un villano perfecto, hacer lo que se le antoje y hasta hacer su voluntad con la mujer de su elección?

Él no se dejó engañar.

- ¿Un hombre como yo, por ejemplo? - preguntó directamente.

- Exacto - fue la ceñuda respuesta.

- No, nada.

Ravel contempló su furioso rubor con cierta extrañeza, mezclada con salvaje satisfacción. Si ella esperaba que él aceptara sus insultos, además de la situación en la que lo había puesto, se llevaría una desilusión. Él quería tenerla allí, conversar con ella, con unas ansias que le horrorizaban, pero no estaba dispuesto a retenerla a cualquier precio.

Pero qué hermosa era, por Dios, con aquella chaqueta demasiado grande para su talle, con el pelo revuelto por el viento y las manos sucias como las de un escolar. Oh, sí, era hermosa y deseable. También estaba fuera de su alcance. Enloquecedoramente. Rompió el silencio con tono abrupto.

- ¿Qué ha estado haciendo consigo misma?

- ¿A qué se refiere? - preguntó ella a su vez, ceñuda.

- Parece una lavandera irlandesa, o algo peor, con esa chaqueta raída, el pelo en la cara y las uñas sucias.

- Lamento ofenderle con mi aspecto actual - replicó Anya, con frío sarcasmo -, pero estaba trabajando en el jardín.

- ¿No tiene esclavos que lo hagan por usted?

- Cuando se trata de mis verbenas no confío en nadie. Además, me gusta hacerlo.

- Tal como le gusta cabalgar por los campos hasta llenarse de pecas imposibles de quitar.

- ¡El estado de mi cutis no es asunto suyo!

- Pero podría ser de interés para su futuro esposo.

- Como no tengo intenciones de casarme, no me importa.

- ¿Piensa pasar el resto de su vida como una monja? Eso es ridículo.

Ella se levantó súbitamente, alzando la voz.

- ¿Por qué dice que es ridículo? No le veo a usted mucho entusiasmo por casarse.

- Los hombres podemos manejar esas cosas sin necesidad de casarnos.

- Sí, por cierto, pero no es lo mismo, ¿verdad? ¿Y la compañía, los hijos, el hogar y... y el amor?

- ¿Qué pasa con todo eso?

- ¿No le importan?

- Me importan - dijo él -, me importan mucho, pero como es muy difícil que los consiga...

- ¿Por qué?

- Tal vez porque no soy un auténtico caballero.

Sus palabras eran burlonas, pero también tenían un latigazo de amargura. Anya, al percibirlo, sintió una oleada de renuente empatía. Pese a todas las bravatas de ese hombre, pese a las adulaciones que se acumulaban sobre él por su reputación como duelista y conquistador de mujeres, no estaba satisfecho. A su modo, la muerte de Jean lo había afectado como a ella. Más aún: debido a su nacimiento, estaba para siempre fuera del mágico círculo de la sociedad criolla.

Se apartó de él, agitada para dirigirse a la ventana. No quería mirarlo, no quería reconocer ningún vínculo común entre ambos. Quería odiarlo, culparlo por el vacío de su propia vida. No quería considerarlo capaz de experimentar dolor y remordimiento, hambre y frío, miedo y soledad, sino imaginarlo como al Caballero Negro, con su armadura de acero, duro e insensible, asesino. Tampoco quería admitir que la atraía su cuerpo largo y delgado, sus músculos de bronce; quería verlo repulsivo de cuerpo y alma.

Alzó su vista hacia el gris cielo de primavera temprana y dejó escapar lentamente el aire de sus pulmones.

Cuando se sintió capaz de hablar sin rencores ni alteración, se volvió hacia la cama:

- Le enviaré algo de comer: tal vez un puré de patatas, junto con un poco de carne y una botella de vino. Después, si le interesa, podría hacerle preparar un baño. Y... enviarle la navaja de afeitar de mi padre, con la correa para asentarla.

Él se incorporó con los ojos entornados.

- Es muy considerada.

- En absoluto - dijo ella, fríamente cortés -. ¿Hay algo más que necesite?

- No me vendría mal una camisa, si tiene alguna.

Su tono era cuidadosamente neutro, nada exigente. Después de haber hecho vendajes con su camisa, lo menos que Anya podía hacer era proporcionarle algún sustituto. Con voz inexpresiva, dijo:

- Por desgracia, di casi todas las ropas de mi padre a su antiguo ayudante de cámara. Sin embargo, hace poco compré una buena cantidad de camisas de franela roja para los peones. Si quiere una de ésas...

Él sonrió con verdadera diversión.

- ¿Teme que me ofenda? Créame que le agradeceré el abrigo. La camisa de franela me servirá perfectamente.

- Muy bien, se la enviaré con las otras cosas.

Ella giró en redondo, avanzando hacia la puerta.

- Anya...

La joven se detuvo, siempre de espaldas a él.

- Señorita Halmilton, para usted - dijo, tiesa.

- Hace tiempo que la llamo Anya.

El timbre grave de su voz desató un escalofrío por sus nervios, aunque no llegó a captar las palabras. Giró lentamente para mirarlo a la cara.

- ¿Cómo ha dicho usted?

Sin vacilación él corrigió:

- Decía que hace tiempo que nadie es tan amable conmigo. ¿Quiere aumentar esa amabilidad cenando conmigo, más tarde? El anochecer es siempre la peor hora del día.

- No sé. Tendré que ver si no debo ocuparme de otra cosa.

Giró en redondo y se retiró.

Después de colgar la llave en su gancho, bajó lentamente la escalera. ¿Por qué no se había negado rotundamente a cenar con él? No sentía intenciones de hacerlo, por muy solo y encerrado que se sintiera. Habría sido mejor decírselo de inmediato.

¿Qué le estaba ocurriendo? Era casi como si no comprendiera sus propios sentimientos? En general, cuando decidía algo se atenía a eso y aceptaba los resultados, cualesquiera que fuesen.

Pero esta vez no.

Claro que nunca había hecho nada semejante, implicándose en un asunto que podía tener graves consecuencias. Nunca había estado en peligro de perder el control de una situación.

Pero tal vez el motivo de sus vacilaciones era la identidad de su prisionero. Lo odiaba desde hacía tiempo, y el odio es una emoción poderosa. Al tenerlo a su merced no podía dejar de sentirse afectada. Además, era una mujer normal, capaz de responder a un hombre apuesto y viril en el terreno puramente físico. Era cuestión de impulsos animales, nada más, sin otro significado. La sensación desaparecería cuando se hubiera deshecho de él. Olvidaría aquella boca móvil y cálida contra la suya, la fuerza de sus brazos, la elasticidad de su cuerpo.

En veinticuatro horas más, todo habría terminado. Ravel Duralde ya no estaría. Mientras tanto, por cierto, no habría cenas compartidas en el desmotadero.

Anya terminó con su parterre de verbenas y otras tareas del jardín, deteniéndose de vez en cuando para respirar el fresco aire primaveral, la fragancia de los narcisos, el rico perfume de los jazmines amarillos. Hasta donde le fue posible, no volvió a pensar en Ravel Duralde.

Cuando la luz comenzó a desvanecerse, despidió a Joseph y entró en la casa. Como se sentía sucia y llena de tierra, ordenó que le prepararan un baño en su habitación. Pasó un rato remojándose en el agua humeante; luego se cubrió de espuma con un fino jabón perfumado y lavó también su cabellera, disfrutando del perfume de rosas que quedó en su piel y en sus rizos, después de haberlos secado ante el fuego.

No tenía por costumbre cambiarse para cenar cuando estaba sola en la habitación. Cuando Madame Rosa y Celestine estaban en casa se comportaba de otro modo, por supuesto, pero cuando estaba sola prefería no utilizar siquiera la gran mesa del comedor y hacerse subir una bandeja a la habitación. En esas ocasiones solía repantigarse ante el fuego, vestida sólo con una bata.

Sin embargo, esa noche sentía la necesidad de vestirse formalmente, de lucir como nunca. No tenía nada que ver con los comentarios despectivos que había hecho Ravel, por supuesto. De vez en cuando podía permitirse un capricho. Ya que había pasado el día entero con un aspecto tan informal, casi descuidado, esa noche se haría una *grande toilette.*

Denise le servía de doncella. La mujer había sido su niñera desde el momento en que ella llegara a la plantación, cuando era una niña asustada y huérfana. Después de tantos años, aún consideraba una prerrogativa suya vestir a Anya, regañarla y preocuparse por ella. Esa noche la ayudó a ponerse las prendas interiores y le ajustó el corsé nuevo. Después le colocó las enaguas acolchadas. A continuación le sujetó un miriñaque de cinco círculos graduados, unidos por correas. La cubría otra capa de enaguas, también bordadas y llenas de encaje.

El traje era de seda rosada, desde el tono más claro hasta el más intenso. Había sido importado de Francia y alterado apenas para ajustarlo a su talle. Madame Rosa y

Celestine preferían emplear una modista, asegurando que la costura resultaba muy superior, pero Anya no soportaba las largas cesiones de prueba, por lo que compraba ropa de confección cuando le era posible.

El escote descubría ampliamente el cuello y los hombros. A fin de distraer la mirada, Anya se puso un collar de granates bellamente diseñados, con una cruz de Malta en el centro delicado, pero vistoso. No tenía demasiado valor, pues los granates habían sido engarzados en metal vil, sólo bañado en oro, pero era un regalo de su padre, y a Anya le gustaba. Se sentó ante el tocador, con un peinador en los hombros, para que Denise le cepillara la cabellera. La mujer trenzó una parte, que acomodó a manera de diadema; después peinó el pelo hacia atrás, por debajo de la trenza, y lo dejó caer sobre un hombro, en un grueso y brillante bucle. Satisfecha por fin, se dedicó a guardar los objetos que había utilizado, mientras Anya suavizaba sus manos, resecas tras el trabajo del jardín, con una loción balsámica, además de pulirse las uñas con piel de gamuza.

Las norteamericanas acusaban a las criollas de Nueva Orleans de pintarse la cara. Eso no era del todo cierto, aunque en ocasiones se las componían para ayudar a la naturaleza. Madame Rosa había enseñado ese arte a Anya con tanta naturalidad como le había enseñado la importancia de cuidar su dentadura.

Para dar a cejas y pestañas un brillo oscuro, Anya aplicó un toque de crema, luego uniformó el tono de su piel con *blanc de perlas* líquido, y dio color a sus labios y mejillas con un papel rojo especial, con el que rozó delicadamente sus pómulos y sus labios, después de humedecerlos. Inspeccionó por un momento los resultados en el espejo. Satisfecha, se limpió en un paño la punta de los dedos. Su aspecto no era el mismo de antes. Era una lástima que Ravel Duralde no pudiera verla, aunque el cambio no había sido efectuado precisamente para él.

Beau Refuge tenía las habitaciones principales en la planta superior, como casi todas las casas al estilo criollo, como protección contra las inundaciones. El piso de abajo era poco más que un sótano, utilizado para despensa y, a veces, como alojamiento para los sirvientes. La casa no tenía vestíbulo: las galerías cumplían esa finalidad, proporcionando acceso a las puertas ventanas que a ellas abrían. Además las habitaciones tenían puertas intermedias para proporcionar libre circulación de aire, gran ventaja en ese clima caliente y húmedo.

Había nueve habitaciones grandes: una biblioteca, el salón central y la alcoba de Madame Rosa. La segunda hilera incluía el comedor en el centro y una alcoba a cada lado: en la parte trasera, los dormitorios de Celestine y Anya, más una salita que la mayor reclamaba como suya. Para llegar al comedor, Anya salió a su salita, cruzó la sala y llegó a la mesa, ya preparada. Pero no había nadie allí ni señal alguna de comida.

Se sentó en el borde del sillón, como mandaban las normas, pero esa rígida pose le resultaba demasiado incómoda. A diferencia de muchas jóvenes criollas, a Anya no se le había obligado a usar una vara de manzano para acostumbrarse a una postura bien erguida. Sin preocuparse por arrugar su vestido ni por descubrir sus enaguas, se reclinó en el sillón, apoyando la cabeza contra el tapizado.

En la mesa lateral había un ejemplar del *Louisiana Courier.* Dejó la copa para coger el periódico y echó un vistazo a los artículos. En ese momento, Marcel, el hijo de Denise, se presentó en la puerta. Ella apartó el periódico, exclamando, con una sonrisa:

- ¿La cena, por fin? Estoy muerta de hambre.

Marcel era un joven serio e inteligente, aproxiMadamente de su misma edad, de constitución esbelta, pelo negro, ondulado y tez parda. Sus facciones eran lo bastante caucásicas como para que Anya se hubiera preguntado, más de una vez, si no lo habría engendrado el dueño anterior de la plantación. Denise se mostraba reticente al respecto; ante las preguntas directas de Madame Rosa, siempre había respondido que no podía mencionar al padre de su hijo. Marcel era un excelente criado, silencioso, eficiente y leal. Cuando se le podía arrancar de su habitual solemnidad, tenía una sonrisa amplia y contagiosa. Ni de palabra ni de hecho demostraba nunca que había retozado con Anya, cuando niños, por las galerías de la casa.

Esa noche, su rostro estaba aún más serio que de costumbre. Se inclinó sin miraría a los ojos.

- Lo siento, mam'zelle. La cena está lista, pero no sé dónde servirla.

- ¿Cómo que no sabes? ¿A qué te refieres?

- Acabo de ir al desmotadero con una bandeja. Monsieur Duralde me ha dicho que debía llevar también la comida para usted, pues no comerá solo.

Ella se levantó con un revuelo de faldas.

- Comprendo. Bien, pues entonces pasará hambre. Comeré sola, en el comedor, como de costumbre.

- Perdone usted, mam'zelle. Ha dicho también que, si usted rehusaba, se vería forzado a incendiar el desmotadero.

Anya se quedó petrificada. Es sus pómulos aparecieron banderas de color.

- ¿Cómo es eso? - exclamó ásperamente.

- Debo decirle en su nombre que lamenta hacer esa amenaza, pero que la llevará a cabo sin duda alguna.

- Pero ¿cómo?

Ella se interrumpió antes de formular la pregunta por entero. Recordaba haber dejado la caja de cerillas en la mesa lateral del rincón, al encender la lámpara, la noche anterior. El tío Will nunca había podido llegar hasta ese sitio, pero Ravel era más alto; tenía los brazos más largos y, tal vez, mayor iniciativa. De algún modo había logrado apoderarse de las cerillas.

- Tiene cerillas - confirmó Marcel -. Me las ha enseñado.

- ¿Y por qué no se las has quitado? - Inquirió ella, agitada.

- Lo pensé, pero él me ha advertido que no lo intentara. Dice, mam'zelle, que usted debe ir a buscarlas personalmente.

CAPITULO 5

Ravel estaba de pie ante la ventana. Su estatura le permitía ver por encima del antepecho, hacia la oscuridad barrida por el viento. Su rostro se recortaba contra la luz gris, con expresión pensativa. Había mejorado su aspecto personal, aprovechado lo que ella le proporcionara, pero la camisa roja y el vendaje le daban el aspecto de un pirata. La cadena repiqueteó levemente al volverse él, cuando Anya abrió la puerta.

La miró fijamente, sin perder detalle de su atavío, y su rostro adoptó una expresión cálidamente apreciativa, que reemplazó de inmediato con sardónica diversión. Apoyó sus hombros contra la pared y cruzó sus brazos sobre el pecho.

- Arrebatadora. Si esta magnificencia es para mí, me considero honrado.

- No esperaba verle esta noche, como usted bien sabe - fue la seca respuesta.

- ¡Qué desilusión! ¿Tiene usted otros invitados?

La tentación de mentir era grande; podía aducir obligaciones sociales como medio de escapar, pero se dominó con esfuerzo.

- En realidad, no.

- Entonces estoy de suerte.

Él se apartó de la pared.

- Permítame ofrecerle asiento.

Ella se apresuró a retroceder un paso.

- No se mueva de su sitio.

Ravel se detuvo, comprendiendo que sus tácticas previas habían sido un error. Con voz serena, dijo:

- Si le he dado motivos para desconfiar de mí, le ruego me perdone.

- Eso sí que es novedad, por cierto - observó Anya, levantando el mentón.

Ravel se dijo que pocas veces había visto mujeres tan deseables. Si en algún momento de los últimos siete años había llegado a olvidarlo, ahora lo sabía sin duda alguna. La deseaba como nunca había deseado a otra. El honor era una nimiedad comparado con su hambre terrible. Cerró los ojos, señalando la mesa con un gesto suave.

- ¿No va a tomar asiento?

- Estoy aquí por su vil amenaza. No tengo intención de compartir con usted una comida, y no la tendría aunque su mensaje hubiese llegado con una invitación impresa en bajorrelieve.

- Pero tiene que comer.

- Con usted, no.

- Me ha abierto la cabeza, me ha robado la libertad y puesto mi honor en peligro. No parece mucho pedir, a cambio, su compañía durante una comida.

- Mi punto de vista es algo diferente.

- ¿De qué modo?

- Sería largo de explicar.

Él respondió en tono seco:

- No tengo compromisos urgentes.

- Se está enfriando la cena - observó Anya, echando una mirada de irritación a las bandejas cubiertas.

Sobre ellas flotaba un aroma decididamente apetitoso. Sintió que se le movía el estómago, preparándose para gruñir, y se apartó apresuradamente del hombre.

- No sea tímida. Usted, lo sé, se muere por decirme que soy un mal nacido por haberla obligado a venir con amenazas.

Ella lo miró brevemente por encima del hombro.

- Temo que decir eso me daría escasa satisfacción, dado lo que siento en estos momentos.

- ¿Y qué le daría satisfacción, Anya? - preguntó él, con voz suave.

Algo en esa voz hizo que por el cuerpo de la joven corriera un escalofrío. Se apartó nuevamente. Ante la puerta que no había cerrado, Marcel montaba guardia, a la espera de sus órdenes. Su rostro era inexpresivo, la máscara de discreción de que se revestían todos los buenos sirvientes. ¿Qué era más adecuado? ¿Despedirlo o indicarle que le trajera la comida? Ninguna de las dos cosas le parecía aceptable, pero tampoco estaba bien demorarse de ese modo, mientras Ravel se sentaba a comer.

Como ella no respondiera, Ravel arqueó una ceja.

- ¿Qué pasa? ¿No le gusta que otras personas le impongan su voluntad? ¿Le molestaría descubrir que las cosas ya no están enteramente en sus manos? Tal vez le sea más fácil si me comprometo a entregarle las cerillas inmediatamente después del postre.

Ella giró en redondo.

- ¿Lo haría?

La sonrisa lenta fue encantadora, pero enigmática.

- Ya habrían cumplido su finalidad.

A veces, las circunstancias cambian los planes. Una conversación con Ravel Duralde no había entrado en los suyos, pero quizá valiera la pena, si eso le tranquilizaba el espíritu.

Él la observaba.

- La situación puede ser desacostumbrada, pero no hay motivos para que no nos comportemos de un modo civilizado.

Esas palabras eran sensatas; su formalidad debería haber tranquilizado a Anya, puesto que no parecerían carecer de sinceridad. Sin embargo, sus instintos le aconsejaban cautela.

- Puede fingir que soy un fastidioso conocido de su padre, a quien sólo necesita demostrar alguna cortesía. Descontando el momento en que necesite pedirme el salero, puede ignorar mi presencia.

No había nada más improbable. Aún así, no tenía importancia. Anya estaba hambrienta a causa del trabajo al aire libre; de pronto le pareció el colmo de la estupidez dejar que el orgullo, el enfado y los juegos de ese hombre le causaran incomodidad. Hizo un seco gesto de asentimiento. Luego ordenó que se llevaran la comida fría para reemplazarla por una selección de platos calientes para dos.

Se hizo el silencio entre ambos al retirarse Marcel. El viento había cesado. La quietud de la noche era mohína, como a la espera de que algo sucediera. Un trueno resonó en el cielo. Parecía estar muy cerca.

En la habitación, la luz era amarilla, demasiado brillante. La lámpara que estaba sobre la mesa, junto a la estufa, despedía una espiral de humo negro hacia el techo; la mecha estaba demasiado alta. Anya se acercó para retirar la pantalla de vidrio y la graduó hasta que la llama bailó azul, apenas circundada de amarillo.

Ravel la observaba, tratando de disimular su satisfacción por el modo en que se estaban desarrollando los acontecimientos. El fulgor de la lámpara, al reflejarse en su rostro, la dotaba de una belleza extraña, ultraterrena, causándole a él una agitación de desesperado deseo en las ingles. Se contuvo con implacable cuidado. No debía hacerla desconfiar más.

Acomodó la mesa junto al fuego, con una silla de respaldo recto a un lado y, al otro, el pesado sillón. Anya seguía sus movimientos con mirada abstraída. La camisa de franela roja, tensa en los hombros y en la espalda, destacaba la dureza de sus

músculos. Los pantalones, perfectamente cortados, se adherían con asombrosa fidelidad a sus muslos y a la línea esbelta de sus caderas. Ese hombre se movía con una gracia oscura, de animal de presa, lustroso, potente, lleno de peligro. Anya temió haber cometido un error al acceder a sus exigencias.

Él se volvió a mirarlas indicando, con un breve ademán, el sitio que le había preparado.

- Si gusta usted...

Esperó a que ella, ruborizado por sus veloces pensamientos, estuviera lista, y le acercó una mano. Ella le echó una rápida mirada ante el calor punzante del contacto. Le asombraba estar tan pendiente de su presencia. Por cierto, nunca había experimentado esa incómoda intensidad de percepciones durante su noviazgo con Jean. Trató de achacarlo a las circunstancias, a su antipatía por ese hombre y a los recuerdos del pasado que los vinculaban, pero no llegó a creerlo. En ese hombre había algo que siempre le había causado cierto rechazo, aún en tiempos pasados, cuando era buen amigo de su novio.

La necesidad de anular esa sensación era tan poderosa que, sin darse cuenta, cayó en la gracia formal de toda anfitriona.

- Esta mañana estuvimos hablando de William Walker - recordó, con una serena sonrisa -. ¿Asistió usted a la reunión de Amigos de Nicaragua, la semana pasada?

Él hizo un gesto divertido antes de asentir:

- Sí, estuve en ella.

- Por casualidad, ¿estuvo usted entre los oradores?

- En realidad, sí.

- Supongo que simpatiza con Walker.

Él volvió a asentir.

- Dicen que puede ser formalmente sometido a juicio por violar las leyes de neutralidad. ¿Cree usted que puedan condenarlo?

- Eso depende de dónde se lleve a cabo el juicio. Si es en Washington, sería posible. Si es aquí, en Nueva Orleans, donde cuenta con el mayor apoyo, las posibilidades son muy pocas.

- Últimamente corre un rumor sobre quienes combatieron con él en América Central. Se dice que esos hombres son la fuerza oculta tras la comisión de vigilancia secreta.

Las facciones de Ravel se endurecieron por un instante interminable. Su mirada oscura se tornó penetrante, como si la estudiara. La sospecha que acababa de concebir era vergonzosa, pero debía tenerla en cuenta.

- Está usted notablemente bien informada.

- Para ser mujer, quiere decir usted.

- No son muchas las de su sexo que se interesen por lo que ocurre fuera del círculo familiar.

- Me gusta saber lo que ocurre y por qué. ¿Acaso es malo eso?

- En absoluto. Sólo resulta sorprendente.

Sus comentarios no eran sino un intento de distraerla de la pregunta originaria. Ella sonrió diciendo:

- Pero con respecto a esa comisión de vigilancia, ¿sabe usted algo de eso?

- ¿Vigilancia contra quién o contra qué? ¿Lo dicen los rumores?

- Contra los funcionarios corruptos y la fuerza policial de Nueva Orleans, comprada y pagada por el partido No Sé Nada.

- Ah. ¿Y usted está de acuerdo con esos objetivos?

El latigazo oculto en esa pregunta la tomó por sorpresa. Anya levantó el mentón.

- No puedo decir que esté en desacuerdo. Al parecer, alguien tiene que hacer algo.

Ravel se dijo que estaba equivocado, forzosamente. Una sonrisa curvó la línea fuerte de su boca, iluminándole los ojos.

- Debí adivinar que una mujer tan dispuesta a tomar medidas nada convencionales para conseguir sus fines no condenaría a otros por hacer lo mismo.

Anya no tuvo oportunidad de contestar. La conversación se interrumpió con la llegada de Marcel, quien llevaba una enorme bandeja de plata cubierta de fuentes; marisco con salsa, pollo asado, venado con arroz y una selección de quesos; panecillos franceses, vino blanco y, como postre, conserva de frambuesas con crema batida. El café se mantenía caliente mediante una vela encendida, sobre la cual había sido puesta la cafetera.

Marcel sirvió el vino y dejó la botella a un lado. Después de comprobar por última vez que todo estuviera en orden, hizo una reverencia.

- ¿Desea algo más, mam'zelle?

- No, gracias, Marcel. Eso es todo.

- ¿Me quedo para servirles?

- Creo que podremos arreglarnos.

- Tal vez deba enviarle el carruaje dentro de media hora, por si comienza a llover.

- No será necesario. No creo que llueva tan pronto.

En cuanto hubo dado esa respuesta, Anya se arrepintió. Por consideración a la gente que la servía, teniendo en cuenta que también estarían cansados y hambrientos, no se había detenido a considerar las sugerencias hechas por Marcel y sus motivos ocultos. Tal vez por instrucciones de su madre, el muchacho le estaba ofreciendo la protección de su presencia o de la llegada inminente de un cochero, por poco que pudieran valer. Pero ella no podía cambiar de idea sin poner al descubierto su desconfianza. Con gran intranquilidad, observó al hijo de Denise que se retiraba.

Cuando él se hubo ido, Anya aspiró profundamente para calmarse. Se estaba dejando arrastrar por su imaginación. No había peligro alguno. Ese hombre estaba encadenado. ¿Qué podía hacer?

Sin embargo, la había amenazado. Y no parecía probable que no hiciera intento alguno por escapar, a fin de presentarse en el campo del honor a la hora debida. Era preciso tener cuidado.

Su apetito había desaparecido. Comió el marisco, pero no hizo sino juguetear con el pollo y sorber el vino, tanto para mantener las manos ocupadas como para anular su frío interior.

Buscaba un tema inocuo de conversación, pero no hallaba ninguno. El silencio sólo se quebraba por el tintineo de la plata y el resonar de los truenos, cada vez más cercanos.

Ravel era consciente de esa tensión, pero parecía hallarla satisfactoria. Comía con cierta precisión implacable, desprendiendo limpiamente la carne de los huesos y partiendo los panecillos con dedos fuertes. Anya sirvió café para ambos. Después de terminar el postre, Ravel se reclinó en la silla, con la taza en su mano, observándola

por encima del borde de la taza, mientras bebía la densa infusión. Por fin la dejó en el platillo y preguntó, con tono pensativo, pero también acusador:

- ¿Y el amor?

La taza de Anya se tambaleó en el platillo. Ella se apresuró a dejarla en la mesa.

- ¿De qué me está hablando?

- Esta tarde me ha dicho que no le interesaban el matrimonio y los hijos. Pero ¿y el amor? ¿Piensa seriamente permanecer virgen por toda su vida?

Las criollas mostraban poca reticencia sobre los asuntos privados. Anya había oído describir, en presencia de los caballeros, los bochornos y las ridiculeces de la noche de bodas o los dolores padecidos en el parto. Madame Rosa se quejaba ante todo el mundo sobre los horrores del cambio de vida que estaba experimentando. Celestine no tenía inconvenientes en decir a Murray que, si no se sentía bien como para salir a pasear, era por su período menstrual. Las damas criollas se divertían con la reticencia anglosajona con respecto a cosas tan naturales. Pero Anya nunca había logrado deshacerse del pudor de su propia intimidad.

- Eso no es asunto suyo - dijo, frunciendo el ceño.

- Creo que sí. Yo soy responsable de su soledad actual.

- No tiene por qué preocuparse.

- Sin embargo, creo que me corresponde. Por lo que ocurrió una noche, hace siete años, yo soy lo que soy y usted es lo que es. Lo reconozca usted o no, hay un vínculo entre nosotros. Aunque ninguno de nosotros lo desee, existe.

Un relámpago crepitó sobre la desmotadora, encendiendo las ventanas con un fantasmal fulgor blanco. De inmediato resonó un trueno que luego se perdió en la noche. Un segundo después caían las primeras gotas de lluvia, algunas cayeron por la chimenea, haciendo crepitar el fuego.

Los brazos de Anya se cubrieron de piel de gallina, en parte por el gélido ruido de la lluvia; en parte, como reacción a las palabras que Ravel acababa de pronunciar con voz grave y profética. De pronto, la desmotadora parecía tan distante de la casa principal y los alojamientos de los sirvientes como la luna. Ese aislamiento fue como un golpe en su estómago. Crispó sus dedos sobre el asa de su taza. Los aflojó con esfuerzo y se cruzó los brazos.

- Usted lo percibe, ¿verdad?

Ella lo había percibido, aunque lo interpretaba como antagonismo mutuo. Pero incluso eso era una admisión demasiado personal.

- No - se apresuró a decir -. No, en absoluto.

- Lo percibe, pero se niega a reconocerlo. Me tiene miedo, pero trata de disimularlo con enfados. ¿Por qué? ¿Por qué me tiene miedo?

- No le tengo miedo - afirmó ella, instada a una respuesta que, en circunstancias normales, no habría dado -. Le tengo antipatía.

- ¿Por qué?

- Eso ha de ser obvio.

- ¿De veras? Si Jean me hubiera matado a mí, ¿lo habría culpado usted de esta manera? ¿Lo habría tratado de asesino y criminal, de perro rabioso que sólo sabe matar?

Esas palabras despertaron ecos en la mente de Anya. ¿Acaso le había dicho esas cosas aquella noche, al saber lo de Jean? Seguramente lo había herido, puesto que las recordaba tan bien.

Librodot

- No contesta. Debo interpretar que no lo habría hecho. En ese caso, su antipatía ha de ser personal. Tal vez por mi origen... o mi falta de orígenes.

- No, por cierto - le espetó ella, más inquieta de lo que estaba dispuesta a admitir por esas implacables preguntas.

- Cabe una sola posibilidad más: que usted sienta la atracción existente entre nosotros. Existía ya mucho antes de que Jean muriera, desde un principio . Usted la siente, pero tiene miedo de reconocerlo. Tiene miedo porque eso podría significar: que no llora como es debido la muerte de su prometido.

Ella se incorporó tan abruptamente que sacudió la mesa, tirando su taza; el café se derramó sobre el mantel, cruzándolo con una mancha oscura. Ella, sin detenerse a apreciar el daño, apartó su silla y giró en redondo para avanzar hacia la puerta.

El tintineo de la cadena fue una advertencia, pero sus enaguas y sus faldas no le permitieron escapar con suficiente prontitud. Él la sujetó por atrás, clavándole sus dedos en el brazo y obligándola a girar hacia él. Le sujetó el otro brazo, dejándola inmovilizada.

Ella se debatió contra sus manos, pero nunca se había enfrentado a una fuerza tal. La furia se desató en ella.

- ¡Suélteme! - protestó, con los dientes apretados.

- ¿Piensa de veras que la voy a soltar?

Ravel le sostuvo la mirada furiosa por un momento, antes de bajar la vista hacia la curva vulnerable del cuello y el seno, que subía y bajaba, agitado, llenando el escote de su vestido. La necesidad de oprimir sus labios en esa tentadora suavidad era tan fuerte que una oleada de mareo subió a su cabeza. En la necesidad de dominarse, dio más fuerza a sus dedos. Anya aspiró bruscamente, exclamando:

- ¡Mal nacido!

Las facciones de Ravel se endurecieron. Inclinándose abruptamente le pasó un brazo bajo las rodillas y la levantó a buena altura contra su pecho. El chal cayó al suelo, entre un revuelo de faldas. Ravel estuvo a punto de tropezar con la cadena, pero la apartó de un puntapié y caminó hacia el lecho.

- ¡No! - gritó Anya, al ver sus intenciones. Se retorció en sus brazos, tironeando, buscándole los ojos con sus uñas.

Ravel soltó una maldición y la arrojó sobre el grueso colchón. Anya se incorporó, deslizándose para apartarse. Él la sujetó con un brazo y la inmovilizó con su peso, aferrándose las manos para evitar sus golpes.

Ella lo miró, con ojos oscurecidos por la ira y un miedo que no deseaba admitir. Su peso en el pecho la obligaba a respirar con trabajo; la recorrían estremecimientos, uno tras otro. Él la observó durante un largo instante, fijando la mirada en su boca. Por fin dijo, en tono algo tenso:

- ¿Dónde está la llave?

- La llave - repitió ella, con paralizada incredulidad.

Una sonrisa sardónica suavizó las ásperas curvas de la boca masculina.

- ¿Creía usted que pensaba aprovecharme de su apetecible cuerpo?

Era exactamente lo que ella había pensado, pero levantó el mentón.

- ¿Por qué no, puesto que parece capaz de cualquier cosa?

La sonrisa del hombre desapareció. La presión de sus dedos en la muñeca de Anya aumentó hasta dejarle la mano insensible.

- Es una idea, claro está.

Ella le estudió la cara, tratando de descubrir si hablaba en serio o sólo por asustarla. Sentía contra sus costillas el fuerte latir de su corazón. La deseaba: en eso no se había equivocado. Pero también mantenía el deseo a rienda corta. Por el momento.

Anya se humedeció los labios con la punta de la lengua.

- No... no tengo la llave. Está fuera.

- Ya sé que la llave está afuera, colgada de un gancho - dijo él, suavemente -. He tenido tiempo de sobra para averiguarlo. La que quiero es la de este grillete.

- Está en la casa.

- ¡Qué casualidad!

- Le digo la verdad.

- No estoy tan seguro.

Sin dejar de sostenerle la mirada, bajó la mano libre al escote del vestido. Sus dedos la quemaron al rozar la curva superior del seno. Los introdujo lentamente bajo la seda rosada, deslizándolos con infinito cuidado hacia el valle hundido entre los globos gemelos.

- No - dijo ella, con una exclamación ahogada -. Ya le he dicho que no la tengo.

Él, sin responder, investigó el hueco sombreado que había encontrado, acariciando el tibio raso de su piel.

- Aquí no está.

- ¿Qué hace? - exclamó Anya, debatiéndose contra la lenta invasión de deseo que, como un suave veneno, asaltaba sus sentidos.

- Busco la llave - respondió él, dirigiendo su interés al otro pecho, sin prestar atención a sus intentos de escapar.

La sangre palpitaba en las venas de la joven. Su piel cobraba más y más calor, como si todo su cuerpo estuviera cubierto de erupciones. Había oído muchas veces la palabra seducción pero hasta este momento no había imaginado hasta qué punto podía ser penetrante. ¿Sabría él lo que le estaba haciendo?

- Basta - exclamó, con un grito estrangulado.

Él bajó su mano hasta el abdomen, aferró las faldas y tiró de ellas hacia arriba.

- Veamos si tiene bolsillos en la enagua.

- No... Es decir, si, pero esta vacío.

- Cómo miente - musitó él, con una triste sacudida de cabeza.

- Le aseguro... - Las palabras murieron en una exclamación ahogada en tanto él deslizaba la mano a lo largo del muslo, sobre la capa de enaguas -. Ravel, por favor.

Él siguió levantando faldas hasta encontrar la carne desnuda de las rodillas y siguió hasta posar su palma, pesada y caliente, en el pequeño montículo que unía ambos muslos.

- Conque la llave está en la casa - murmuró él -. ¿Qué haría falta para convencerla de que enviara por ella?

- ¡No hay nadie a quien mandar!

- Podría hacer señales con la lámpara. Sin duda su ama de llaves ha de estar vigilando.

Era una amenaza, pero ¿la llevaría a cabo si ella no cumplía con lo sugerido? ¿La poseería deliberadamente si ella no le aseguraba la liberación? Ella habría preferido pensar que no, pero en Ravel Duralde había una cualidad desconocida, un sentido de la conducta llevado más allá de los límites normales; tal vez él no reconociera las mismas fronteras que los hombres comunes.

Librodot

Descubrió, espantada, que no quería comprobarlo. No era por miedo, pero prefería no saber si Ravel era capaz de violarla. Pero si ella no se le oponía, sus planes habrían fallado. Ravel, cabalgando a buena velocidad durante toda la noche, aún podría llegar a Nueva Orleans al amanecer y batirse con Murray.

Pero después de un viaje tan largo y cansado, agregado a sus heridas, las posibilidades de que Ravel cayera en vez de matar a su oponente, serían mayores. Prefería no comprobar tampoco eso.

- ¿Por qué? - preguntó, con lágrimas de inquietud y disgusto en sus ojos -. ¿Por qué hace esto?

- Por mi honor - respondió el, aunque sus palabras tenían el ácido del autodesprecio.

- No puede serle necesario matar a un joven como Murray Nicholls por tan poca cosa. Su honor no puede tener tanta importancia.

- ¿No? - se asombró él, amargado - ¿Cuánto vale su virtud, para usted?

- Menos que la vida de un hombre.

Las palabras quedaron pendiendo entre ambos. Anya lo miró fijamente, comprendiendo el significado de lo que había dicho. No había sido ésa su intención... ¿o sí? En ese momento, confuso, con el corazón palpitándole contra su pecho y esa renuente reacción de su parte inferior, no estaba segura.

Afuera llovía torrencialmente, entre fuertes truenos; el agua caía a chorros desde los aleros, golpeando en el suelo, con un ruido demasiado fuerte en el súbito silencio.

- Mi honor por su virtud; un intercambio fascinante.

Aún al decirlo, Ravel no podía creer que ella aceptara. Lo había odiado durante demasiado tiempo, con demasiada intensidad. Como Anya no contestara, prosiguió:

- No sé si Murray Nicholls vale ese sacrificio, ni si conoce lo profundo de su afecto.

- No es por afecto.

- ¿Por qué, entonces? ¿Le preocupa, simplemente, la felicidad de su hermana?

- En parte - reconoció ella, sofocada.

- ¿Y qué más? - la instó él -. ¿El más puro de los altruismos? ¿El interés de un ser humano por el bienestar de otro? ¿Me creerá si le digo que, por esa misma razón, me inclino a aceptar su ofrecimiento? Si ofrecimiento es, claro está.

- ¿Por Celestine? - preguntó Anya, frunciendo el ceño, confundida.

- Por usted. Y porque no tengo fuerza de voluntad suficiente para negarme. - Rió con un sonido ronco, sardónico -. Mire lo que vale el honor.

Poco a poco la fue soltando y retirando su cuerpo, hasta dejar de oprimirla. Anya se frotó las muñecas para restaurar la circulación. Él la miraba, incorporado sobre una mano, con la rodilla recogida. Parecía devorarla en su intensidad.

Su virtud por la vida de un hombre. La de Murray o la de Ravel: no parecía mal negocio. Como no tenía posibilidades inmediatas de casarse, no le interesaba mucho conservarse pura para la noche de bodas. Sería un acto físico único, que pasaría en seguida y ella apartaría inmediatamente de su memoria. El proceso no tenía gran importancia. Sólo importaba el resultado.

Pasaron largos instantes antes de que se decidiera a mirar a Ravel, pero cuando lo hizo sus ojos estaban serenos y llenos de decisión.

- ¿Accede usted? ¿Jura que no intentará batirse con Murray por la mañana?

¿Cómo podía él negarse? La pérdida del honor era poco precio a pagar por ese don del cielo, que nunca se había atrevido a soñar. Pero ¿soportaría el odio que acompañaría al sacrificio? ¿Bastaría, para aliviar sus remordimientos, decirle que ella no podía despreciarlo más de lo que lo despreciaba?

- Accedo - respondió con voz grave.

Anya tragó saliva. Por un momento había pensado que él iba a rechazarla, junto con el trato. Hasta se había atrevido a esperar que él la dejara en libertad, diciéndole que no debía preocuparse más por el duelo. Tonta esperanza. Y entonces, ¿qué estaba esperando ese hombre? ¿Por qué no la poseía de inmediato y terminaba con todo?

Dura, implacable, la lluvia tamborileaba en el techo.

- ¿Y bien?

Su voz estuvo a punto de quebrarse por la tensión. Los labios de Ravel se curvaron en una lenta sonrisa.

- No hay prisa.

- ¿Podría... bajar la lámpara?

- Preferiría dejarla así.

El suave resplandor que atravesaba el vidrio lleno de hollín no molestaba tanto pero tampoco era la oscuridad que ella habría deseado. Pero no insistió. Aspiró profundamente y dejó escapar el aire con lentitud. Por encima del hombro de Ravel, miró hacia la puerta y hacia el fuego que moría lentamente en el hogar.

- Tendrá que... que ayudarme a desvestirme.

- Por supuesto - dijo él, con gravedad

Anya, tiesa, le volvió la espalda, poniendo frente a él la hilera de diminutos botones que cerraban su vestido. Antes de dedicarse a ellos, Ravel cerró sus manos sobre los hombros, sintiendo la carne, los tendones y los huesos, aquiescentes bajo sus palmas. El corazón se le contrajo en el pecho y bajó su cabeza para rozar aquella nuca vulnerable con sus labios. Fue una caricia tan breve, tan suave, que Anya la presintió, más que sentirla, e inclinó su cabeza, intrigada.

Ravel retiró lentamente sus manos y se dedicó a buscar las hebillas invisibles que sujetaban su diadema trenzada, las retiró una a una, arrojándolas al suelo con un tintineo musical, y destrenzó la cabellera, esparciéndola sobre los hombros. Sólo entonces comenzó a desabrochar los botones.

El pánico castigó la mente de Anya al sentir aquellos dedos, calientes, seguros, en la piel desnuda de su espalda. Sólo un esfuerzo supremo le permitió permanecer inmóvil y permitir esa invasora intimidad. Se había mantenido virgen tanto tiempo que no estaba segura de soportar lo que vendría.

Pero él no esperó el permiso. Cuando el vestido estuvo desabotonado y fuera de sus hombros, comenzó a desatar las cintas del miriñaque y las enaguas. Las quitó una a una para arrojarlas a un lado, como si estuviera arrancando pétalos de una flor.

Cuando ella quedó en camisa, desató lentamente la cinta que la cerraba en la parte superior y agrandó la abertura con la punta de un dedo. Entonces aspiró profundamente, con un sonido suave, sibilante.

La luz de la lámpara ponía reflejos rojodorados en su pelo y salpicaba sus pechos perfectos con polvo de oro y perlas molidas. Anya levantó sus ojos para mirarlo, maravillada por esa falta de prisa. Al parecer, él disfrutaba desvistiéndola. Mantenía una expresión intensa, como absorta en el placer. Al descubrir que ella lo estaba

mirando, Ravel se detuvo y sonrió, tendiéndose en la cama, con las manos bajo su nuca.

- Ahora me toca a mí - dijo.

- ¿Quiere... quiere que yo lo desvista?

- Esa es la idea - respondió él, divertido.

Ella experimentó, de pronto, una excitación peculiar, una temeridad que involucraba, también cierta libertad. Podía tocarlo; él deseaba que ella lo tocara. Nada le impediría satisfacer su curiosidad de siempre respecto de los misterios del lecho matrimonial. Gracias a la franqueza de las damas criollas y a las esclavas, tenía un relativo conocimiento de la anatomía masculina y del proceso que llevaba a la procreación, pero en su conocimiento había grandes blancos. Esa noche los llenaría.

Sosteniéndose con una mano, se inclinó hacia él y, con dedos temblorosos, buscó los botones de la camisa para desabrocharlos, uno a uno, exponiendo los duros planos de su pecho. Deslizó los dedos por el vello rizado, en vacilante placer, y tiró de la camisa para sacarla del cinturón.

Inmediatamente, antes de perder el coraje, Anya desabotonó la bragueta del pantalón y descubrió los calzoncillos de hilo, tan finos que resultaban casi transparentes. Allí vaciló, sin saber cómo proseguir.

Una sonrisa cruzó la cara de Ravel. Con la puntera de su bota aflojó la otra. Ambas cayeron al suelo, con fuerte ruido en el silencio. Los pantalones y los calzoncillos quedaron enhebrados a la cadena, en el suelo.

En el muslo tenía una cicatriz larga y furiosa. Anya la miró fijamente, por no reconocer su desnudez. En un momento de interés, alargó una mano para tocarla.

- ¿Cómo le hicieron esto?

- Fue un español, en Nicaragua, con una bayoneta.

- ¿Y usted ... ?

- ¿Que si lo maté? Sí, lo hice.

Su voz era tensa, como si esperara una acusación. Ella dijo, con deliberada tranquilidad:

- Podría haber quedado inválido.

- No importa - replicó él -. Ya no.

Y descubrió que ésa era la pura verdad. Ya no importaba. Nada importaba, salvo ese momento y el extraño pacto que los ligaba.

- No - susurró Anya.

Él la miró con ojos negros y opacos, con misteriosas sombras en sus oscuras profundidades. De pronto, casi antes de que ella se diera cuenta, le quitó la camisola y la atrajo hacia sí. Su boca, su molde cincelado y pasional, buscó la de ella, pero sin durezas, sólo con una cálida y sensual tentación. Cautivada por esa ternura, ella entreabrió sus labios y, con vacilante placer, buscó la lengua con la suya.

En algún distante rincón de su mente había una protesta débil y puritana ante esa cooperación con su propia caída. La conciencia le dictaba que se sometiera sin disfrutar; le habría gustado culpar al vino, a alguna antigua debilidad femenina y hasta a la fuerza abrumadora de Ravel. Pero no tenía ninguna de esas excusas. La causa estaba sólo en ella, en necesidades que, por mucho tiempo, habían quedado sin satisfacer.

Sujetándola contra sí, él giró hasta tenerla a su lado y la cubrió de besos. Anya respiraba profundamente, acalorada por el deseo que la inundaba en espiral

descendente, más y más. Con sus ojos fuertemente cerrados, acarició los músculos acordonados de los brazos y el pecho de Ravel, descendiendo hasta la firme planicie del vientre. Él le tomó la mano para guiarla hasta su pujante dureza. Ella aceptó la invitación, explorando, perdida en inesperados deleites y maravillada por la generosidad con que él se le ofrecía.

El tiempo dejó de tener significado. La lluvia tamborileaba en el techo, mientras los relámpagos iluminaban la habitación. La luz vacilante de la lámpara y las brasas crepitantes arrojaban sobre sus cuerpos oro, rojo y plata. Ambos comenzaron a respirar con más fuerza, haciendo movimientos menos controlados.

Las manos de Ravel hacían suaves incursiones sin margen para el pudor, buscando la fuente secreta e intacta de su femineidad. Sus caricias lentas e insistentes parecieron disolverla hasta los huesos; se arqueó hacia él; necesitaba una mayor proximidad.

Un dedo se deslizó entre sus muslos, insidiosamente, penetrando con delicadeza, suavizando esa primera sensación de escozor y aflojando su tensión con lenta y deliciosa insistencia. Así prosiguió, dominándose con paciencia sin límite, hasta que ella, con un gemido estrangulado, se movió contra él en innegable arrebato. Ravel la atrajo hacia sí, levantándole la rodilla contra su largo muslo, y se deslizó en ella, presionando y retirándose, cada vez más hondo. Hubo un instante de dolor punzante pero antes de que ella pudiera tomar aliento para gritar ya había pasado, borrado por un ritmo dulce y parejo.

Una suave queja de alivio y voluptuosa gratificación escapó de sus labios. Como si fuera una señal, él la estrechó contra sí y la volvió de espaldas, incorporándose sobre ella. La cadena se enredó a los muslos de Anya, ligándolos inesperadamente, sin que ella reparara en ese vínculo adicional.

En rica y ferviente maravilla, se movieron juntos. Anya aceptó la mayor urgencia de los empujes masculinos, absorbiendo el impacto, que azuzaba en ella una vívida y beatífica grandeza, llenándola de un calor líquido que buscaba salida.

Aspiró hondo, en un grito ahogado, al sentir que brotaba de ella. Era elemental, una tormenta de pasión tan tumultuoso e incontrolable como la de la noche ventosa. Juntos cabalgaron sobre ella, hombre y mujer, elevados por encima de las míseras razones que los habían unido, hallando la verdad esencial: desde la prisión de sí mismo, la prisión que la vida hiciera para ellos no había otra fuga posible.

CAPITULO 6

El trueno rugió y se perdió en la oscuridad. La lluvia amainó por un momento, para retomar luego una suave implacabilidad, como si fuera a continuar toda la noche. Anya y Ravel permanecían acostados, con sus cuerpos entrelazados, mientras la respiración agitada volvía poco a poco a ser normal. Con dedos suaves, él apartó un mechón de pelo que le cruzaba la cara, enredado en sus pestañas: sintiendo fría su piel, alargó la mano hacia el cobertor para cubrirla.

Anya dejó su mejilla apoyada contra el hombro de Ravel. En su mente había una terrible confusión. No sabía si la alegraba o la entristecía lo que acababa de ocurrir; sólo estaba segura de que su cuerpo estaba satisfecho y su mente, aliviada de un gran

peso. Encontraba un placer peculiar, caprichoso, al estar así, desnuda contra él, y no trató de resistirse. En el fondo de su mente sabía que habría debido sentirse sucia y usada, rescatada sólo por la conciencia del deber cumplido, pero no lograba captar esa sensación de sacrificio. Según descubrió, su principal interés no era el hombre al que había salvado, sino aquel a quien, tal vez, había perjudicado.

En voz baja, preguntó:

- ¿Es cierto que algunos podrían tratarte de cobarde, si no te presentas por la mañana?

- De frente, no.

- ¿Qué quieres decir? ¿Que no lo dirán frente a ti, por temor, pero que pueden murmurar a tus espaldas?

- Algo así.

Ella frunció el ceño.

- ¿Y si algunos no tienen esa timidez? ¿Algunos de esos jóvenes que quieren batirse contigo por afanes de gloria? ¿No sería una buena excusa?

- Posiblemente.

Anya percibió un dejo sombrío bajo el tono indiferente de su voz, y comprendió que su respuesta no había sido del todo franca. No sólo era posible, sino probable, que ese duelo fracasado diera origen a otros. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

No se había dado cuenta porque, hasta ese momento, sólo había pensado en Murray y Celestine, en cualquiera, salvo en el formidable e invencible Caballero Negro. Pero ella lo había derrotado y ahora, súbitamente, temía por él. Se incorporó sobre un codo.

- ¡No deberías salir a desafiar a cualquiera que te hablara con ligereza!

Él se retiró un poco para mirarla a la cara.

- ¿Y qué pretendes de mí? ¿Que me deje insultar por tu querido futuro cuñado?

- ¡Murray no es capaz de algo así!

- Pues ya lo ha hecho.

- Seguramente fue un malentendido. O él no sabe que los criollos son tan susceptibles. Sólo trataba de protegerme.

- No fue un malentendido. Busqué una explicación, pero él prefirió interpretar eso como resultado de su valor, por lo que me golpeó en la cara con su guante. No me quedó más remedio que desafiarlo.

- Seguramente no sabía quién eras.

- ¿Crees que eso habría cambiado las cosas?

- No lo sé. De todos modos, ya no tiene importancia, puesto que no se puede acordar otro duelo.

Él seguía mirándola serenamente.

- ¿Y si Nicholls decidiera que mi ausencia es otro insulto, motivo de un nuevo desafío?

- Imposible. El código...

- El código prohibe que dos hombres se enfrenten más de una vez por la misma causa - dijo él, en tono cansado -. Eso, siempre que se le preste atención. También ordena que no se vuelvan a cruzar las espadas al brotar la primera sangre o que no se intercambien más de dos disparos, pero he visto combatir hasta la muerte de uno y disparar cinco o seis veces, hasta que uno cayó. De cualquier modo, el código no dice

nada con respecto a buscar un pretexto completamente diferente para otro duelo, y no hay nada más sencillo.

Ella se irguió lentamente, mirándolo con horror.

- ¿Me estás diciendo que, si se te ocurre, puedes desafiar otra vez a Murray?

- Por última vez te lo repito: no fui yo quien buscó el duelo.

- ¡Lo pusiste en situación de verse obligado a eso, que es lo mismo! ¡Y ahora pretendes hacerlo otra vez!

Con dominada gracia animal, en espléndida desnudez, él se sentó, para hacerle frente.

- Sólo trato de hacerte ver que es posible fijar otro encuentro. He tratado de explicártelo desde un principio, pero no me escuchas. Lo evitaré si puedo, pero no huiré de Murray Nicholls, ni por ti ni por nadie.

Anya apenas lo dejó terminar.

- Me has tomado por tonta. Has dejado que me vendiera a ti para evitar ese duelo, sabiendo muy bien que podías seguir adelante con él, a voluntad. Debí haber sabido que no tenías honor, sólo ese estúpido orgullo por tu reputación de maestro duelista en Nueva Orleans. ¡Nada debe empañarla, ni siquiera tu palabra de caballero!

Al rostro de Ravel subió un color oscuro. Cuando habló, sus palabras tenían un filo de desprecio.

- Yo no inventé la costumbre del duelo y no me da ningún placer continuar con ella. Cuando me bato, mi único objetivo es conservar la vida y el honor. Me he comprometido a respetar el acuerdo que hemos hecho esta noche, y trataré de respetarlo, pero, por memorable que sea este interludio, no tengo intenciones de morir por él.

- Quieres matar a Murray para vengarte de lo que te he hecho - apuntó ella con tono sofocado -, hacerle pagar la humillación que te he causado.

Él la miró con expresión sombría.

- Buena opinión tienes de mí. Te daría mi palabra de respetar la vida de ese hombre, si fuera posible, pero dudo que la aceptaras.

Ella se levantó de la cama y se inclinó para recoger ropa y horquillas. Con sus prendas en los brazos, se encaró a él.

- No, no la aceptaré. Tampoco te dejaré ir. Una traición merece otra, al menos a mi manera de ver. ¡Puedes morirte aquí!

Él salió de la cama, pero Anya ya lo esperaba. Corrió los pocos pasos que la pondrían fuera de su alcance. Él no la persiguió; se limitó a apoyar una rodilla en el colchón, diciendo: - Aún tengo las cerillas.

- Quema el cobertizo, entonces. Pero te asarás en él, pues pienso dar órdenes de que lo dejen consumirse contigo dentro.

- ¿Y crees que tu gente te obedecerá? - preguntó él, escéptico.

- No lo sé - replicó ella, con una sonrisa punzante -. ¿Por qué no haces la prueba?

Salió y cerró de un portazo. Después de hacer girar la llave en la cerradura con cruel satisfacción, la colgó en su sitio.

Dejó caer la ropa en el pequeño descansillo y trató de ordenarla en la oscuridad. Allí la lluvia se oía con más fuerza. Un viento frío soplaba desde la entrada. Anya temblaba. Halló la camisa y se la puso: después, las enaguas. No podía abrocharse el vestido sin dislocarse los brazos a la espalda, de modo que lo dejó suelto. Recogió su cabellera en un moño, lo mejor posible, que sujetó con las horquillas mientras se

calzaba. Luego empezó a bajar los toscos peldaños. Ante la entrada, se echó el chal sobre la cabeza y, recogiéndose la falda, se lanzó hacia la noche. No quería ver a Ravel Duralde nunca más.

Ese hombre era un pillo seductor y falso. Se había aprovechado de ella de una manera totalmente despreciable. ¿Cómo era posible que ella se hubiera dejado convencer tan fácilmente? Había querido creerle, considerarlo tan amargado como ella por la muerte de Jean, perseguido por los remordimientos. Más aún, la había halagado enormemente al hacerle pensar que su deseo de ella superaba la importancia del honor. ¡Qué idiota había sido! Con sólo pensarlo sentía ganas de gritar.

Un sollozo le cerró la garganta, pero lo contuvo. No iba a llorar; ya era demasiado tarde para eso. Si hubiera sido posible echar el reloj hacia atrás, ser como esa mañana, íntegra y casta, con su autorrespeto intacto... Pero no era posible. No quedaba sino olvidar el incidente, dejarlo atrás.

¿Cuánto tiempo transcurriría hasta que ella dejara de sentirse usada como una mujer de las calles? ¿Cuánto, hasta que aprendiera a vivir con el hecho de que Duralde le había arrebatado su virginidad, no por pasión o amor, sino sólo porque no se resistía a una conquista fácil y una buena venganza?

Denise la esperaba, sentada en la alcoba de Anya. Al verla entrar se levantó, dilatados sus ojos, contemplando el vestido mojado, abierto en la espalda, la cabellera revuelta.

- ¡Mam'zelle! ¿Qué ha ocurrido? - gritó.

- Nada importante - dijo Anya, esbozando una sonrisa. Arrojó el chal y comenzó a soltarse los mechones mojados -. Me gustaría tomar un coñac y darme un baño caliente, por favor.

El ama de llaves no se movió.

- ¿Ese hombre la ha atacado?

- Preferiría no hablar de eso.

- Tiene que decírmelo, chére.

Denise había sido la niñera de Anya, su compañera, algo muy parecido a una madre, tanto como Madame Rosa. Era imposible negarle nada. Anya soltó un suspiro.

- No me atacó, al menos del modo que tú piensas.

- ¿La ha forzado?

- No exactamente.

- ¿Pero usted se ha acostado con él?

Anya se apartó un poco.

- Su buen nombre está en peligro, chére; si él ha hecho eso, tiene que repararlo. Tiene que casarse con usted.

Anya giró en redondo para enfrentarse con Denise.

- ¡No! ¡Ni hablar de eso!

Bien podía imaginar lo que diría Ravel, si se le hablaba de casarse con la mujer que lo había secuestrado. Pero aún si él estaba de acuerdo, ella no tenía ningún deseo de casarse con un hombre al que odiaba, un hombre capaz de usar medios tan viles para conseguir lo que deseaba.

- ¿Está segura?

- Estoy segura.

El ama de llaves vaciló por un momento, como si estuviera dispuesta a seguir discutiendo, pero al fin se alejó hacia la puerta.

- Denise, cuando vuelvas puedes empezar a preparar mi equipaje. Vuelvo a Nueva Orleans por la mañana.

- ¿Con monsieur Duralde? - preguntó la mujer, en tono duro de desaprobación.

- Sola.

- ¿Va a dejarlo aquí, en la desmotadora? ¡No puede hacer eso, mam'zelle!

- Puedo.

- Piense en el escándalo si la gente se entera. Comprendo que esté furiosa con él, chére, pero eso no está bien.

- Tal vez, pero no me importa.

- Su familia estará preocupada. Lo buscarán. Hasta es posible que llamen a la policía.

- Que llamen.

- Pero chére...

Anya suspiro, encogiéndose de hombros.

- Ya sé, ya sé, y volveré dentro de uno o dos días, para ponerlo en libertad. En cuanto a su familia, me han dicho que suele ausentarse sin aviso por períodos breves. Nadie se preocupará demasiado.

- Pero es seguro que él estará fastidiado. A lo mejor él mismo se presenta a la policía.

- ¿Admitiendo que una mujer lo retuvo prisionero? No querrá que eso se sepa.

Denise asintió lentamente.

- Tal vez tenga usted razón, pero ¿y si decide hacer justicia por su propia mano? Tendrá tiempo de sobra para pensar en eso.

La idea produjo un escalofrío en Anya. Era muy posible. Pero quizá Ravel considerara que ya se había cobrado ampliamente en ella.

- Ya pensaré en eso cuando llegue el momento.

El ama de llaves, sin decir más, fue a preparar el baño.

Más tarde, cuando Anya se hubo calentado en la tina, bebido ya el coñac y preparado el equipaje, se tendió en la cama, con la vista perdida en la oscuridad. La furia que la mantuviera animada hasta ese momento ya no existía. Sólo quedaba un gran cansancio espiritual.

Se sentía traicionada, no sólo por lo que había hecho Ravel, sino por sus propias emociones. Parecía haber un punto muy débil en su naturaleza. Su única fuente de satisfacción era que, a pesar de su deplorable conducta, no había tenido la debilidad de dejar libre a Ravel. Al día siguiente, cuando menos, no habría duelo, pasara lo que pasase en el futuro.

No era gran consuelo. Desde las comisuras de sus ojos, las lágrimas le cayeron lentamente hasta el pelo. Volvió su rostro hacia la almohada y sollozó.

Lo primero que Madame Rosa quiso saber, en cuanto Anya entró en el salón de la casa de Nueva Orleans, fue qué emergencia la había hecho salir de la ciudad en medio de la noche. Iba ataviada, como de costumbre, de un modo indulgente, mientras tomaba su té de media mañana, junto con algunas golosinas, quesos y embutidos para entretener el apetito hasta el mediodía.

Anya se quitó los guantes y el sombrero para entregárselos a una criada. Luego se inclinó hacia la silla de su madrastra para darle un beso en la mejilla.

- Si me sirves una taza de té mientras voy a mi alcoba para lavarme las manos, te lo contaré todo en cuanto vuelva.

- Claro, chére, y te serviré algo en un plato. Siempre has sido delgada, pero hoy se te ve realmente desmejorada.

A pesar de su indolencia, Madame Rosa era muy observadora; Anya se reprochó el no haber ido preparada, pero en voz alta se limitó a darle las gracias, mientras se retiraba hacia el sector privado de la casa.

Volvió con algo de color en las mejillas y una historia sobre cierta enfermedad en las barracas de los esclavos, que Denise había tomado por disentería, pero que había resultado ser sólo una afección estomacal sumamente contagiosa. Para evitar más preguntas, preguntó qué habían hecho su madrastra y Celestine en su ausencia.

En ese momento entró Celestine, rauda. Al oír la pregunta, la respondió antes de que Madame Rosa pudiera abrir la boca.

- Hemos tenido la mañana más frustrante que puedas imaginar. Buscamos por toda la ciudad unas enaguas escarlatas, como las que usó la reina Victoria en Balmoral, pero no hemos podido conseguirlas.

- Recuerdo haber leído algo de eso - dijo Anya -. Supongo que es el furor de la moda.

- Exactamente. No sólo se han vendido todas las de la ciudad, sino que no queda un trozo de algodón rojo, ni una costurera que no esté ahogada en encargos de bordado.

- Y supongo que los hombres están a favor de la moda, puesto que a las señoras no les parece mal levantar las faldas para mostrar esas enaguas.

- Totalmente a favor - confirmó Celestine, con una risa chispeante.

- A Gaspard le parece de mal gusto - anunció Madame Rosa -, pero es que muchas mujeres las usan con vestidos de colores que hacen muy mal contraste con el rojo.

- ¿Y qué otra novedad hay?

- ¡Por Dios, Anya! Parece que hubieras estado ausente dos semanas y no sólo dos días.

Celestine la miraba con asombro.

- ¿De veras?

También Anya sentía lo mismo. Parecía haber cambiado en algún aspecto fundamental, que tornaba forzado su interés en minucias tales como las enaguas rojas.

Madame Rosa dijo:

- Tengo entendido que nos hemos perdido una memorable actuación de Charlotte Cushman en el papel de señora Haller, por ir al baile de máscaras. Pensamos remediarlo viéndola representar a la reina Catalina en *Enrique VIII* esta noche. ¿Quieres acompañarnos?

- Me gustaría.

Tal vez la distrajera de sus pensamientos, siquiera.

- Oh, Anya, no te has enterado de la noticia, ¿verdad? - exclamó Celestine, súbitamente -. Ha ocurrido algo extrañísimo, que no vas a creer: Murray vino antes del desayuno, esta mañana, para informárnoslo, sabiendo que yo estaría enferma de preocupación. Nos preocupamos por nada. El duelo no se llevó a cabo porque Ravel Duralde no se presentó. Nadie sabe por qué ni dónde está. Es un gran misterio.

- Qué... extraño - logró decir Anya, sin levantar su vista del té.

- Ciertamente. Al parecer, el hombre habló con sus padrinos y les pidió que actuaran en su nombre, efectuando los preparativos para el duelo, pero desde entonces no se le ha vuelto a ver. Murray está irritado. Considera que ha sido un desprecio deliberado, que Duralde, considerándolo insignificante, lo olvidó y salió de viaje sin pensar en el asunto. Por mi parte, no me importa. Es un enorme alivio que esto haya terminado.

- Por supuesto - dijo Anya, obligándose a sonreír pícaramente -. Tu alivio fue tan grande que saliste inmediatamente en busca de unas enaguas rojas.

- Así es - reconoció Celestine, con una risa burbujeante.

Madame Rosa intervino en la conversación.

- No se ha prestado mucha atención a su intrigante ausencia debido a que los periódicos, esta mañana, traen una noticia terrible: hubo un estallido a bordo del *Colonel Cushman.* Dicen que hay dieciocho muertos, pero aún no se sabe nada de los supervivientes.

- La causa de costumbre, supongo - fue el comentario de Anya.

- Exceso de presión en las calderas - confirmó Madame Rosa -. El navío se incendió y se hundió en veinte minutos.

- Entre los pasajeros no había ningún conocido nuestro, gracias a Dios - agregó Celestine.

- Sí, es una bendición.

Anya, sorbiendo su té, se dijo que en el mundo había tragedias peores que la suya. No debía olvidarlo.

De cualquier modo, el recuerdo de lo otro seguía en ella, tenaz como un resfriado de invierno, centuplicado por los comentarios de su hermana. La ira y el malhumor requerían algún tipo de acción a manera de antídoto.

A pesar del frío y del cielo cubierto, arrastró a Celestine en una serie de compras de provisiones para Beau Refuge: vinos, licores y salsas, tres cajas de galletas, dos de sardinas y dos grandes cajas de té; una docena de mantequeras de bronce para la granja, un fardo de mantas para el invierno siguiente y, para el dispensario, una caja de quinina y un tonel de aceite de castor.

Lejos de sentirse satisfecha con esas compras, se detuvo en una semillería para comprar semillas de plantas florales y hortalizas, además de plantas de ligustro para formar un doble cerco.

Cuando ya se iban, Celestine cometió el error de mencionar el desfile de carnaval del martes, agregando cuánto le gustaría participar en él. De inmediato, Anya ordenó al cochero que las llevara al local de Madame Lussan.

La pequeña campana de bronce tintineó al entrar ellas. Era un negocio de planta baja, largo y estrecho, en cuya penumbra se alineaban máscaras de demonios, gorilas, osos, cíclopes, sátiros y otras bestias, con un grotesco y amenazador realismo. Aquí y allá lucían dominós negros, grises y rojos, falsas joyas y lentejuelas, botones de azabache y bronce. Alrededor del mostrador, cintas doradas y plateadas, con cascadas enteras de borlas. Todo el local parecía el tesoro de un pirata.

Madame Lussan, sentada tras su mostrador, cosía lentejuelas en el corpiño de un vestido. Se levantó al verlas; era una mujer regordeta, de pelo oscuro, peinado en un apretado moño sobre la coronilla, ojos brillantes que no se perdían nada y actitud ansiosa.

- *Bonjours, mademoiselles.* ¿En qué puedo servirlas?

Librodot

- Buscamos disfraces para el desfile del martes, pero queremos algo fuera de lo común - dijo Celestine.

- Como todo el mundo - reconoció Madame Lussan, con simpatía -. Es horrible verse repetida por todas partes. Mis modelos son exclusivos, pues aún los más habituales tienen detalles diferentes. Han sido cuidadosamente escogidos en París; están hechos de los mejores materiales y con excelente mano de obra; no hay que temer que los arruine la lluvia o un movimiento descuidado.

Celestine, que miraba en derredor con ojos centelleantes, dijo:

- Usted tiene la variedad más amplia que he visto.

- Cierto. Desde el hermoso desfile de Krewe of Comus, el año pasado, esta fecha provoca mucho entusiasmo. Mucha gente pide disfraces para el martes de carnaval y no sólo por los bailes; por eso temo que haya una gran aglomeración en las calles.

Hacía apenas un año que un grupo de hombres, bajo el título de Mistick Krewe of Comus, había formado un club con el único propósito de celebrar el Mardi Gras a lo grande. En los últimos cincuenta años, los desfiles callejeros habían sido improvisados y, debido a la falta de organización y a la conducta bullanguera de los elementos más vulgares de la ciudad, habían caído en desgracia... hasta que la Krewe of Comus entró en escena. Ellos introdujeron una novedad llamada *tableau roulant,* o cuadro rodante. Con profusa iluminación y gran colorido, representaba una escena fantástica desarrollada en una plataforma sobre ruedas que recorría las calles, seguida por cientos de disfrazados. El espectáculo del año anterior había sido fantástico, pero se esperaba uno más deslumbrante y numeroso para ese carnaval.

- ¿Son muchas las damas que piden disfraces? - preguntó Celestine.

Madame Lussan asintió con un gesto rápido.

- Muchas. Los hombres tendrán que ceder paso al bello sexo, en vez de desfilar para que ellas los observen desde un palco, como si fuera una representación teatral. Pero me voy por las ramas. Díganme ustedes, ¿qué es lo que más desean? ¿Quiénes preferirían ser, sobre todas las cosas? Para eso es el *Mardi Gras*, después de todo.

Anya apartó su atención de una máscara de cabra que tenía una mirada claramente libidinoso en los ojos de vidrio.

- No tengo la menor idea - confesó, con una sonrisa -. Ni yo misma conozco mis deseos más secretos.

- Así suele ocurrir - dijo Madame Lussan, encogiéndose de hombros -. Permítanme que les muestre algunos artículos.

Giró para dirigirse hacia la trastienda, mientras agregaba, por encima del hombro:

- ¿Irán mañana al baile del teatro d'Orleans? Tengo algunas *grandes toilettes* realmente elegantes.

Antes de que ella pudiera responder, desde los probadores emergió un caballero, con el bastón y el sombrero en una mano; con la otra se alisaba el pelo.

- El uniforme de cosaco me servirá a la perfección - dijo a Madame Lussan -. Puede enviarlo cuando guste.

- Muy bien, monsieur Girod - respondió la propietaria.

- ¡Emile! - exclamó Anya, complacida -. ¿Cuándo volviste de París?

El joven se acercó a ellas con una sonrisa cálida. Era de mediana estatura; llevaba corto su pelo castaño claro, de rizos apretados; sus ojos eran de un pardo líquido en el rostro inquieto, en el que resaltaba un bigote bien recortado, al estilo de la caballería. Su cutis era el característico de los criollos: tono oliváceo en la piel y un leve rubor en

Librodot

los pómulos. Era el hermano de Jean, cuatro o cinco años menor que el difunto; estudiaba en la Universidad de París desde hacía dos años, como era costumbre entre los hijos varones de los plantadores criollos más adinerados.

En lugar de responder inmediatamente a la pregunta de Anya, tomó la mano que ella le ofrecía, inclinándose hacia ella con gallardía de galo.

- ¡Anya! ¡Cuánto me alegro de verte! Ayer pasé por tu casa, pero me dijeron que estabas en la plantación. Se te ve estupenda: la misma diosa que yo solía adorar desde lejos. - Se volvió hacia Celestine con otro besamanos -. Y Celestine: nos volvemos a ver. La fortuna está conmigo. Fue muy amable de su parte recibirme ayer, en ausencia de su hermana. Me entretuve mucho recordando los viejos tiempos.

Emile, además de perfeccionar el hábito criollo de los cumplidos extravagantes, había logrado cierto refinamiento en sus años de ausencia. Como las visitas entre Beau Refuge y la plantación de Girod habían disminuido tras la muerte de Jean, y considerando que Emile no había tenido edad suficiente para participar en la temporada social de invierno, Anya llevaba algunos años sin verlo. Lo recordaba, en principio, como el hermano menor que gustaba de fastidiarla y que tenía un ástaco a manera de mascota: paseaba al cangrejo con un cordel o lo tenía en su cuarto, dentro de una caja de vidrio, llena a medias de barro.

- Llegué a Nueva Orleans a bordo del *H. B. Metcalf* - prosiguió- hace algunos días, e inmediatamente me puse de rodillas para besar el lodo maloliente del muelle. ¡Ah, Nueva Orleans! No hay sitio igual en el mundo entero. París es bella y cosmopolita, con algunos montones de piedra de importancia histórica en cada esquina, pero Nueva Orleans, húmeda, calurosa y reconfortante, es la patria.

- Pues hoy no está muy calurosa - dijo Celestine, ciñéndose el chal con un teatral estremecimiento.

- Me destroza tener que contradecir a una dama, pero créame usted: comparada con París en febrero, esto es delicioso. Disculpen, creo que ustedes estaban eligiendo disfraces. Si las molesto, me retiraré, aunque me daría un gran placer quedarme con ustedes. Tal vez hasta pueda serles de utilidad.

Y así fue. Vetó, sin vacilar, un disfraz elegido para Celestine, atrevido en su aire infantil, sugiriendo en cambio un complejo vestido de terciopelo de la época de Luis XIII, que daba una sombría majestad a su rostro delicado. Discutió con Anya, los diversos méritos de un traje medieval de mangas anchas y suaves drapeados, al estilo de Leonor de Aquitania y su Corte de Amor, contra los de una graciosa túnica romana y un kimono japonés. Emile parecía preferir el romántico traje medieval, mientras que Anya se inclinaba por el exotismo de las sedas chinas. Al final, eligiendo un término intermedio, se decidió por la simplicidad del atuendo romano; entonces sorprendió a Emile guiñando un ojo a su hermana, como insinuando que eso era lo que él buscaba desde un principio.

Anya disfrutaba con la compañía de Emile, con sus comentarios risueños, su obvio placer de intimar con señoritas y los recuerdos agridulces de su hermano; pero tenía otro motivo para alentarlo para seguir con ellas. Cuando hubieron reservado sus disfraces, lo invitó a regresar con ellas a casa a fin de tomar algún refresco. Él aceptó con toda la camaradería de quien dispone de tiempo ilimitado, declarando, con gran encanto, que no podía abandonar la compañía de damas tan adorables. En el breve trayecto continuaron intercambiando rápidas pullas; aún estaban riendo cuando entraron en el salón de la casa.

Librodot

Madame Rosa levantó la vista para saludarlos dejando a un lado, sin prisa, una novela de Trollope en francés. No se levantó para recibir a Emile; él se adelantó para besarle la mano, como correspondía a una mujer casada, y permaneció junto a ella, demostrando sus innatos buenos modales, mientras Anya iba a ordenar té, café y refrescos, además de pasteles. Hablaron de temas generales hasta que el sirviente trajo la bandeja y, ante un gesto indolente de Madame Rosa, la dejó ante Anya. La joven sirvió agua de azahares a su madrastra (preparación que ella no soportaba, pues el láudano que se le agregaba le provocaba sueño, pero era la preferida de las mujeres maduras), té para Celestine y café para Emile y para sí misma.

- Dime, Emile - dijo, fingiendo un tono ligero -, tú que andas tanto por la ciudad: ¿Has oído hablar del fallido duelo entre Ravel Duralde y el novio de Celestine? ¿Qué se dice en los cafés?

Emile se movió en la silla, asumiendo una expresión más sobria. Tardó tanto en responder que Anya agregó:

- Oh, vamos, sé que las mujeres solemos evitar este tema, pero no tiene sentido fingir que lo ignoramos.

Él revolvió el café con una cucharita de plata y se encogió levemente de hombros.

- Algunos dicen que Ravel Duralde deseaba evitar el duelo por la desdicha que ya ha causado a las mujeres de esta familia. Otros aseguran que su ausencia fue una afrenta intencional. Pero existe un tercer grupo, que incluye a muchos de quienes sirvieron a sus órdenes en la expedición a Nicaragua. Estos hombres lo han estado buscando por la calle Gallatin y por el sector irlandés al que llaman el pantano, pues temen que se le haya jugado sucio. Aseguran que, de otro modo, no habría dejado de presentarse.

- ¿Y qué piensas tú?

- No tengo afecto alguno por ese hombre - dijo con voz tranquila, en contraste con su calidez anterior - y tampoco lo conozco bien, puesto que me lleva varios años. Sin embargo, no he oído nada que me permita creerlo capaz de huir de un combate o tomarlo tan a la ligera como para no presentarse sin buenos motivos.

Alguien estaba a la puerta. Murray, enrojecido, entró en el salón con aire algo belicoso, y se enfrentó al criollo.

- Ah, pero es que existen buenos motivos. Duralde se hace viejo y está cansado de combatir. Oyó decir que yo tenía cierta destreza con las armas y no quiso correr el riesgo. Cree que voy a olvidar el asunto, que todo pasará si se mantiene ausente por unos días. Ya descubrirá hasta qué punto se equivoca, en cuanto regrese.

Anya miró al joven con el ceño fruncido. A su modo de ver, su actitud era muy poco correcta; posiblemente, se debía a un alivio que él no podía expresar; tal vez, al miedo de que alguien lo percibiera. Era imposible que no comprendiera su suerte al haberse librado del duelo. La reputación de Ravel como duelista se basaba, principalmente, en su habilidad como espadachín, pero también era soldado y se le consideraba mortífero con las armas de fuego.

Preocupada, Anya dijo:

- Sin duda no hay motivo para llegar a esos extremos y forzarlo a otro duelo. Como hombres razonables debéis hallar otro modo de arreglar este ridículo asunto.

- ¿Ridículo? - preguntó Murray, con los brazos en jarras -. Por si no lo recuerdas, Anya, todo se originó porque fuiste insultada tú, una dama.

Librodot

- Recuerdo muy bien el incidente y no he sabido de ningún insulto. Si tanto te preocupa mi buen nombre y si te interesa el miedo de Celestine, debes dejar este asunto como está.

- Lamento el miedo que sentiste, Celestine, por supuesto - dijo él, dedicando una leve sonrisa a la otra joven -, pero debo preguntarte qué tiene que ver tu buen nombre.

- Si insistes, todo el mundo comenzará a preguntarse qué es lo que Ravel me ha hecho, al fin y al cabo.

- Ya se lo preguntan - dijo Celestine, aunque con suavidad.

- ¿A qué te refieres? - preguntó Anya, volviéndose para mirarla.

- Bueno, algunos han tratado de averiguar la causa del duelo y han hecho preguntas intencionadas, sobre todo al saber que tú abandonaste la ciudad esa misma noche.

- La curiosidad es explicable - dijo Madame Rosa -, pero no se trata de algo que me guste; este chismorreo sobre la hija de mi esposo. Anya tiene razón: habría que terminar con esto.

Murray les dedicó una sonrisa triunfal.

- Por lo que he sabido, no hay motivos para preocuparse. Ya en la noche del baile de máscaras me di cuenta de que el hombre no quería batirse conmigo. Al parecer, ahora lo quiere menos todavía.

La actitud de su futuro cuñado irritó a Anya, quien tuvo que morderse los labios para no señalarle su error. De pronto comprendía, con toda claridad, que Ravel no había querido batirse con Murray, pero no por miedo o por cuestiones de edad. Ravel apenas había pasado los treinta años, pero estaba cansado de batirse, tal como él mismo había admitido y miraba con desconfianza los duelos sin sentido.

- Yo me cuidaría de hablar así, en su lugar, monsieur - dijo Emile, con deliberación.

Murray lo miró fijamente, altanero. En su voz hubo una sugerencia despectiva.

- ¿De veras?

- Tal vez descubra usted una mañana, al despertar, que Ravel Duralde ha regresado. Hasta el momento, no se ha avivado su enojo. Pero no lo dude; si lo que usted acaba de decir ha sido expresado en otros lugares, y si llega a su conocimiento, se le exigirá que responda por sus palabras.

Lo había dicho con firmeza, a pesar del rubor que le teñía las mejillas. Anya vio un fondo de hierro bajo sus modales graciosos y sus floridos elogios. Parecía extraño que defendiera a Ravel, un hombre que debía considerar como su enemigo, pero ella comprendió: no defendía al hombre, sino a uno de su propia raza contra un *americain* del norte.

Cualquiera que fuese el motivo, ella aplaudió mentalmente esa postura. De pronto se dio cuenta que ella misma estaba a punto de tomar parte por Ravel en esa disputa. Eso la dejó tan atónita que se reclinó en la silla, silenciosa y horrorizada. No parecía posible.

Murray, mirando a Emile con el ceño fruncido, dijo, con dureza:

- ¿Está poniendo en tela de juicio mi discreción, señor?

- ¿Cómo sería posible eso, si no le conozco a usted? - respondió el muchacho, límpida su mirada -. Sólo he querido advertirle.

Madame Rosa, instada a la acción por la tensión que reinaba en la sala, se incorporó. Su actitud cobró un dejo imperativo.

Librodot

- Por favor, caballeros, las disputas son muy fatigosas; les ruego que no se dediquen a eso en mi salón. Monsieur Nicholls, sírvase sentarse; así no tendremos que levantar tanto nuestras cabezas para mirarlo. Ah, muy bien, qué amable. Ahora, ¿qué puede servirle Anya?

CAPÍTULO 7

En esa temporada invernal eran muchas las diversiones en Nueva Orleans. Morat, el celebrado aeronauta, ofreció ascensos en globo para contemplar la ciudad; Madame McAllister efectuaba actos de magia; existían dos elefantes llamados Victoria y Alberto, un hombre que caminaba por el techo, gemelos siameses, una niña con dos cabezas y cuatro miembros, una Venus de noventa centímetros y una gigante de doscientos cuarenta kilos.

En una vena más seria, Paul Morphy, el renombrado ajedrecista, jugó con dos contrincantes teniendo los ojos vendados. Edwin Booth se presentó, en el teatro Crisp, recibiendo críticas diversas, en los papeles principales de *Hamlet, Ricardo IIIY Otelo.* También hubo conferencias sobre espiritualismo y poesía. Para los amantes de la música, la temporada de ópera estaba de lo mejor; también hubo una semana de conciertos de Sigismund Thalberg en pianoforte, acompañado en violín por el brillante Vieuxtemps. La plástica, en esos momentos, estaba representada por una exposición de la maravillosa pintura *Feria de Caballos,* tela de Rosa Bonheur previamente exhibida sólo en Londres y en París, obra ambiciosa y de buen tamaño, muy alabada por la crítica, estaba expuesta al público en el salón de conferencias de Odd Fellow's Hall.

Anya y Celestine la vieron en el último día de exposición, tras el regreso de Anya de la plantación. Contenía unos veinte animales y veinticinco o treinta figuras humanas, todas bellamente vivas y llenas de color. Tanto los músculos de los caballos como la vestimenta de los espectadores eran de un vívido colorido y realismo. Si había defectos, Anya no los detectó.

- Ojalá supiera pintar - suspiró Celestine -. Pero pintar de verdad, no sólo hacer mamarrachos sobre la porcelana.

- Es tan importante saber apreciar el arte como crearlo - dijo Anya, aunque también ella sentía cierta envidia por la mujer que había pintado esa obra maestra.

- Sí - reconoció Celestine -. Eso me recuerda que debo comprar una tarjeta para Murray porque el domingo es el día de San Valentín. En la librería de la calle del Canal tienen una buena variedad. ¿Me acompañas a verlas?

Se había dicho muchas veces que la pasión artística de los criollos se limitaba a la música y el baile. En el caso de Celestine, así parecía ser. Anya, sonriendo por la brevedad del fervor artístico de su hermana, la acompañó a buscar la tarjeta requerida.

Las incursiones en los pasatiempos culturales no terminaron allí, pues esa noche irían al teatro para ver a Cushman. Anya estuvo lista temprano porque, a falta de otra ocupación, había comenzado a vestirse anticipadamente. Cuando entró al salón donde la familia debía reunirse antes de la salida, lo encontró desierto. Celestine aún se estaba bañando, a juzgar por el ruido de ópera desafinada que surgía de su alcoba, y Madame Rosa estaba sometida a la tortura de hacerse peinar. Anya se detuvo un

momento ante las puertas ventanas que daban a la calle. Caía la noche; el cielo tomaba un color gris, dorado y rosa sobre los tejados, donde las palomas vagaban en bandadas. De vez en cuando pasaba un carruaje brillante, tirado por caballos de raza, o algunos vendedores callejeros. En Beau Refuge, Marcel estaría dando la cena a Ravel. Anya se preguntó cómo se habría sentido el Caballero Negro durante ese largo día. ¿Sabría acaso que ella había vuelto a Nueva Orleans? Si lo sabía, sin duda estaría enfurecido por haber sido dejado así, encadenado a la pared. Quizá ideara algún modo de tomar por sorpresa a sus cuidadores para recobrar su libertad. Hacía casi cuarenta y ocho horas que Anya no lo veía; se preguntó cómo estarían las heridas de su cabeza y si la soledad le resultaría deprimente. Pero no perdería el sueño por él; merecía todo eso y mucho más.

Lo imaginó tendido en la cama, con los pies cruzados y las manos detrás de la nuca; pensó en las sonrisas lentas, levemente burlonas, que le curvaban la boca y se reflejaban en sus ojos oscuros. Lo recordó alargando la mano hacia ella para atraerla a su lado, con dedos cálidos y seguros, los labios...

Se apartó de la ventana, ahogando una exclamación. No pensaría en eso. Los placeres que él le había dado cualquier otro hombre podía dárselos. No tenía nada de raro que ella respondiera de ese modo a un hombre de tanta experiencia.

Esas severas palabras aquietaron su mente, pero no el intenso dolor que sentía en sus entrañas. No estaba preparada para la tormenta de sentimientos que ese hombre despertara en ella. Era como si una parte vital de su ser hubiera sido desarmada y recompuesta según un diseño distinto en el que faltara un elemento importante.

- ¿Qué te pasa, querida? ¿Te duele la cabeza?

Había preocupación en la voz de Madame Rosa, al entrar en el salón. Iba de negro, como de costumbre, aunque suavizado por las magníficas amatistas y diamantes que centelleaban en su cuello, sus orejas y en ambas muñecas. Llevaba un chal de lana ligero a la altura de los codos, para cubrirse los hombros si sentía frío. Tenía un aspecto plácido y distinguido, a la manera peculiar de las francesas, aunque en sus ojos relumbraba cierta preocupación.

Anya intentó una sonrisa tranquilizadora.

- Sólo un poquito.

- ¿Te hago preparar un vaso de agua de azahares? Es mejor atender esas cosas antes de que se agraven.

- No, no. Ya pasará. Tal vez es sólo hambre.

- Bien, puede ser; has comido muy poco al mediodía. - Madame Rosa echó un vistazo al reloj que marchaba rítmicamente sobre la repisa -. ¿Ésa es la hora? Debemos cenar muy pronto si queremos llegar al teatro antes de que se levante el telón.

En Nueva Orleans, las representaciones era prolongadas, comenzaban a las siete e incluían una farsa o algún otro entretenimiento menor tras la pieza principal, por lo que duraban casi hasta medianoche. Era la costumbre tomar una comida liviana antes de salir y una cena más completa al terminar la función.

- ¿Gaspard y Murray cenarán con nosotros? - preguntó Anya, no porque le interesara la cuestión, sino por decir algo.

- Gaspard sí, y nos acompañará al teatro. Murray no pudo salir a tiempo, de modo que nos encontraremos con él allá.

Librodot

Anya se encaminó hacia el pequeño piano que ocupaba un rincón. Pulsó una tecla, cuya nota resonó suavemente en el salón. Echó un vistazo a su madrastra y volvió a apartar la mirada.

- Estaba pensando en Ravel Duralde - dijo, en tono cuidadosamente casual -. ¿Qué piensa usted de él?

- Siempre he pensado que es un joven con muy mala suerte.

Anya la miró, sorprendida.

- ¿Mala suerte?

- ¿Qué otra cosa se puede decir? Nació de un padre solitario, egocéntrico hasta la locura, un hombre que no tenía una historia familiar ideal. Además, la madre: demasiada sensibilidad y mala salud. Él creció con responsabilidades demasiado grandes en una familia de ese tipo. ¿Y no agravó su tragedia matando a su amigo más querido? Lo compadezco con todo mi corazón.

- Pero él mató a Jean.

- No creerás que lo hizo a propósito y que no lo ha lamentado, aún más amargamente que tú. Durante mucho tiempo ha tratado de escapar de eso: viajando, en la guerra, en el juego, con las mujeres. Pero es imposible. Y ahora, después de tantos años, ha de saberlo. Su madre está tan enferma que él se ve obligado a permanecer en Nueva Orleans. Ya no puede recorrer el mundo buscando olvido. Tiene que hallarlo aquí, en su ciudad natal.

- Primero lo defiende Emile; ahora, usted. Parece extraño.

- Los caballeros de la misma clase tienden a protegerse entre sí contra los de fuera; la mancha que se arroja sobre un criollo se arroja sobre todos. No creas que Emile no se aflige por la muerte de su hermano, o que ha perdonado al culpable. Tampoco sugiero que monsieur Duralde sea un hombre al que corresponda tratar socialmente, aunque hay muchos, sobre todo entre los *americains,* que no miran más allá de su fortuna.

- ¿No es algo ridícula esta insistencia criolla en el linaje, considerando que Nueva Orleans fue fundada por soldados y aventureros?

Madame Rosa se encogió de hombros.

- Yo no creo las normas; sólo me avengo a ellas. Los cambios son difíciles y fatigosos.

Cuando menos, la respuesta era franca. Hasta donde Anya podía recordar, tal había sido la actitud de Madame Rosa. Era generosa y tolerante; pero existía un punto más allá del cual no podía ir: un punto en el cual el esfuerzo parecía excesivo en comparación con el beneficio. No era egoísta, por cierto, ni dada a los placeres, pero tendía a no malgastar sus energías.

- En realidad – prosiguió -, tal vez sea demasiado tarde. Monsieur Duralde es un hombre orgulloso que ha sufrido mucho. Sería natural que estuviera resentido, aunque sólo fuera por su madre. Aunque la sociedad criolla lo aceptara, a estas alturas, él bien podría mostrarse desdeñoso.

Era posible, por supuesto. Ravel tenía su orgullo.

- ¿Y Murray? Usted le ha permitido prometerse a Celestine; como norteamericano, ¿no debería ser aún menos respetable que monsieur Duralde?

- Esta familia no es la cúspide de la sociedad criolla, gracias a Dios; puedo aceptar a quien me plazca según su valor personal. Además, si me permites que lo diga,

querida, tampoco yo, como esposa de un americano, he sido la *créme de la créme,* por muchos años. Sólo me he redimido al enviudar. ¿No te parece divertido?

Las interrumpió el ruido de un carruaje en la calle. A los pocos minutos, Gaspard cruzó el umbral y se encaminó hacia ellas.

Les saludó con su mejor reverencia y se sentó cerca de Madame Rosa. Después de los cumplidos acostumbrados, se embarcó en ese tipo de conversaciones corteses y fáciles, que requieren finura pero poca imaginación.

Gaspard vestía con la mayor elegancia. En él había siempre un aire de perfección tal en el atuendo, que Anya y Celestine solían acusarlo de ser el señor Buenvestir. El nombre había sido inventado, en un rasgo de ingenio, por el editor del *Louisiana Courier,* para presentar los artículos referidos a la elegancia masculina. Gaspard tomaba la broma como un cumplido, o así lo aparentaba. Era tan amable, tan atento para con Madame Rosa, tan dispuesto a entretener, que Anya no podía evitar tenerle simpatía.

Un rato después se les unió Celestine. Entonces pasaron al comedor. Al terminar la comida, subieron al carruaje para ir al teatro.

La obra era lenta y, tal vez por su familiaridad, carecía de interés. Las primeras escenas tenían poca fibra para una actriz como Charlotte Cushman, pero había algo de entretenido en las ridiculeces del actor que representaba a Enrique VIII al pavonearse por el escenario. Pero lo mejor de la velada era estudiar, a través de los largavistas, a los ocupantes de los otros palcos, para anticiparse a las visitas de los caballeros durante el intervalo. La ruidosa llegada de Murray, en medio de la representación, no molestó a nadie.

Apenas había bajado el telón, tras el primer acto, cuando se presentó Emile Girod, de muy buen ánimo y encantado de poder visitarlas. Todos analizaron las actuaciones y se enzarzaron en una amistosa discusión sobre el talento de quien representaba al cardenal Wolsey. Anya y Madame Rosa lo declaraban respetable; Celestine y Emile, apenas mediocre. Murray, preocupado porque el joven criollo se había apoderado de un asiento detrás de Celestine y apoyaba su mano en el respaldo de la muchacha, tardó un momento en comprender de qué se trataba. Emile, joven sensible, retiró de inmediato la mano y se volvió hacia Anya.

El momento fue incómodo. Para aliviarlo, Anya dijo:

- Qué egoísta era Enrique: siempre rabiando por un heredero, descartando a una mujer tras otra y haciéndolas ejecutar, cuando probablemente todo era culpa suya.

- Ah, pero tenía un hijo con una amante - objetó Murray. - Eso decía la mujer, pero ¿quién iba a demostrarlo? Ese hombre era un obseso. Fíjense en los dolores que causó, las muertes que se le deben y el daño que hizo a Inglaterra al sembrar la simiente de la guerra civil. Los hombres como él tendrían que ser eliminados por cualquier medio.

- ¿Hablas de eliminar a los tiranos? - musitó Gaspard -. Pero, a menos que los aniquiles al mismo tiempo, tienen la mala costumbre de retornar peores que nunca.

- Un buen magnicidio de vez en cuando ahorraría al mundo muchas penas - insistió Anya, con tesón.

Madame Rosa ahuecó sus labios.

- ¿Quién blandiría la espada? ¿Y no sería él un tirano peor?

- Posiblemente - respondió Anya, impaciente -, pero si nos viéramos ante un asesino armado de cuchillo, teniendo nosotros una pistola en la mano, ¿dejaríamos de disparar por miedo de convertirnos en asesinos?

- Estoy de acuerdo con Anya - aseguró Emile -. Hay hombres que merecen morir.

- Ah - apuntó Madame Rosa -, pero ¿quién puede decidir cuáles son?

- He aquí el fondo del problema, por cierto - reconoció Anya -. En realidad, no apoyo las matanzas indiscriminadas, pero sigo pensando que es buena idea eliminar a quienes han causado daño en el pasado y pueden seguir causándolo, a los asesinos legales, tales como la policía corrupta y los duelistas que usan su poder y su posición para fines propios.

- ¿Los duelistas? - repitió Celestine, intrigada.

- Todos conocemos a algunos tipos sin escrúpulos que usan la amenaza de su habilidad para manipular a otros.

- ¿Ravel Duralde, por ejemplo?

Anya sintió en su cara la marea cálida de la sangre. Bajó su cabeza, fingiendo ajustarse un guante.

- No pensaba especialmente en él, pero ya que ha surgido su nombre, ¿por qué no?

- No, no, Anya - protestó Emile -. No es costumbre tuya ser injusta.

Gaspard la estudiaba con una mezcla de sorpresa y especulación.

- Interesante teoría.

- Qué discusión tan pesada - se quejó Celestine, sonriendo -, casi tanto como esta obra. Ahora todos sabemos que, si Anya hubiera sido reina de la Inglaterra de los Tudor, no habría habido problema alguno. Enrique hubiera sufrido un lamentable accidente de caza o desaparecido, simplemente, una noche oscura.

Gaspard pareció dolido por la sugerencia.

- Antes, tal vez, cuando era más joven y alocada. Ahora es demasiado señorita.

- ¡Si eso piensa usted es porque no la conoce bien!

Celestine miró a Anya con un chisporroteo que se apagó poco a poco, al descubrir el rubor de su hermana.

Celestine solía ser tan aguda como su madre, de una manera intuitiva. Con un esfuerzo supremo, Anya dijo fingiendo tristeza:

- Protesto. Se me está calumniando.

La voz de la menor se cargó de extrañeza.

- Quisiera saber...

- Ya se levanta el telón - dijo Madame Rosa, distrayendo a su hija. Su sonrisa era plácida, pero echó a Anya, por el rabillo del ojo, una mirada pensativa.

La velada continuó. La escena del juicio fue satisfactoriamente dramática, con muchas lágrimas y mucho retorcerse de manos; la Cushman lo hizo de maravilla. La farsa, *Betsy Baker,* era una nadería bien representada. El interés de Anya fue en aumento con el desarrollo de la obra: había una actriz morena, de opulentos encantos, cuya capacidad histriónica no llegaba a impresionar, pero que desplegaba una silueta voluptuosa. El programa la llamaba Simone Michel. Era la amante de Ravel.

Anya la observó por el catalejo, con interés fuera de lo común. ¿Qué veían los hombres en criaturas tan obvias? Ambiciosas, escasas de inteligencia, y más aún de virtud. ¿Qué podían ofrecer al hombre, salvo un cuerpo cálido en la cama? ¿Acaso era sólo eso lo que casi todos los hombres buscaban? ¿Una mujer que no se sintiera herida en el abandono y se limitara a buscar a otro? Podía ser menos costoso y comprometido

que una alianza duradera, pero ella hubiera pensado que Ravel, por ejemplo, tenía mejor gusto.

Cuando salieron del teatro, las calles relucían por la lluvia caída durante la representación. Anya, Madame Rosa, Celestine y Murray, junto con Emile, esperaron a que Gaspard hiciera venir su coche. Madame Rosa había invitado al joven criollo a participar en la cena, para emparejar el número, según dijo, pasando blandamente por alto la falta de entusiasmo de Murray ante la sugerencia. A partir de entonces, la conversación fue poco fluida.

Se apretaron en el carruaje con cierta hilaridad: Gaspard, la señora y Anya de espaldas a los caballos, con los otros enfrente. De cualquier modo, no era posible iniciar el trayecto hacia la casa. Dos carruajes se habían enganchado en una intersección, a cierta distancia, y el tránsito estaba bloqueado. El cochero de Gaspard prefirió girar en la primera calle lateral a la que llegaron trabajosamente, pensando alejarse algunas manzanas antes de volver a Vieux Carré.

Fue un gran alivio dejar atrás el ruido y la confusión; allí no había luces de gas, y las calles estaban silenciosas, entre casas con cercas, bien cerradas. En alguna parte ladraba un perro, con la monótona insistencia de una bisagra sin engrasar.

El carruaje aminoró la marcha y tomó por la calle de viviendas más pobres, donde los hombres se tambaleaban por las aceras, algunos acompañados de mujeres endurecidas y escotes tan amplios que les descubrían el pecho hasta los pezones.

Hacia adelante, un desvencijado carro, tirado por una mula, salió al tránsito desde un callejón. El cochero de Gaspard, con un juramento, tiró de las riendas, deteniendo a su tiro tan cerca de la carreta que la mula lanzó una coz.

Se oyó un golpe seco; el coche se sacudió sobre la suspensión, al recibir un gran peso en la parte trasera. Al mismo tiempo, un hombre corrió desde el costado, para trepar al estribo y abrir bruscamente la puerta. El conductor de la carreta se dejó caer desde el pescante y sacó una pistola, corriendo hacia ellos.

Era una emboscada. Madame Rosa, ahogando una exclamación, se dejó caer contra el respaldo. Gaspard se volvió hacia ella, preocupado, tomándole la mano. Emile, muy serio a la luz de las lámparas, hizo girar el pomo de su bastón y sacó un fino puñal del palo ahuecado. Al mismo tiempo se arrojó frente a Celestine para protegerla. Murray, encendido por un enojo que tanto podía estar dirigido a Emile como a los atacantes que convergían sobre ellos, sacó una pequeña pistola.

- Quietos, señores - gruñó el hombre del estribo.

En la mano tenía un gran Colt, oscuramente reluciente, y apuntaba con él, moviéndolo, a los caballeros del carruaje. Gaspard, Murray y Emile quedaron inmóviles.

Anya captó el olor agrio y animal del hombre, muy próximo a ella. La insolencia de su voz, el increíble atrevimiento de ese ataque en medio de la ciudad, provocó en ella un enojo violento. No se detuvo a pensar. Aferrada a la correa instalada sobre la ventanilla, que le servía de apoyo, levantó su pierna bajo las faldas y pateó hacia arriba, con fuerza.

Su movimiento sólo se vio cuando ya era demasiado tarde.

El hombre lanzó un chillido al sentir el puntapié en la mano. El revólver salió dando tumbos por el aire. En ese momento, Murray disparó. El hombre de la portezuela cayó hacia atrás, con un ruido ahogado.

El conductor de la carreta, que estaba llegando al coche, se detuvo tan bruscamente que patinó y estuvo a punto de caer de bruces. Levantó la vista hacia el carruaje, lleno de humo acre y arremolinado, con olor a pólvora, y su piel se puso blanca como la masilla.

- ¡Madre de Dios! - exclamó girando en redondo para poner pies en polvorosa.

El tercer atacante no se detuvo a mirar: bajó de un brinco desde la parte trasera del carruaje y huyó en la noche. La flaca mula, sobresaltada por el disparo, se desbocó y arrastró la carreta vacía por la calle, dando tumbos. En cuestión de segundos, todo quedó desierto y en silencio.

- ¡Buen disparo, amigo mío! - dijo Emile, entusiasmado, dando una palmada en la espalda de Murray.

- ¿Ese fulano ha muerto? - preguntó el americano, inclinándose para mirar a su víctima, pálido de pena o de furia.

- A esa distancia es casi seguro.

Emile envainó su puñal y le dedicó su atención a Celestine, quien había roto a llorar.

Murray, ante el estado de su novia y el modo en que el joven criollo le acariciaba las manos, retiró a Celestine de sus cuidados y la tomó en sus brazos.

- Sugiero que sigamos adelante.

- ¿No deberíamos ver si el hombre está con vida, cuando menos? - objetó Anya.

Gaspard estaba abanicando a Madame Rosa, con el pequeño abanico de encaje negro que había tomado de su bolso.

- Informaremos al primer policía que veamos. Que él se encargue del asunto.

- Iré a ver - dijo Emile.

Antes de que nadie pudiera protestar, bajó de un brinco y se arrodilló junto a la silueta despatarrado en la calle, buscándole el pulso. Después de un segundo se levantó otra vez, limpiándose la mano en su pañuelo.

- ¿Y bien? - preguntó Murray, con voz tensa.

- Directo al corazón.

Emile, con una actitud que resultaba bastante forzada, volvió al carruaje. Todos guardaron silencio durante algunas calles, hasta que Gaspard dijo:

- Se han vuelto audaces estos rufianes.

- ¿Y por qué no?

La irónica respuesta era de Madame Rosa, referencia a la pobre protección que otorgaba la policía en los últimos meses.

Gaspard asintió.

- Es verdad.

Anya miraba por la ventanilla, con sus manos estremecidas y una sensación de malestar en el estómago. Por su acción había muerto un hombre. De algún modo peculiar, le parecía un presagio. ¿Acaso podía volver a ocurrir? ¿Era posible que, por haberse entrometido ella en otra situación peligrosa, por haber secuestrado a Ravel para evitar un duelo con Murray, muriera otro hombre? Había actuado así para evitar una muerte. Bien podía resultar que ella fuera la causa de que ocurriera.

Al día siguiente, un sábado, el amanecer fue claro y radiante. Anya se levantó tarde, al igual que Celestine y Madame Rosa. Tras la prolongada función teatral, las

discusiones de sobremesa se habían prolongado hasta la madrugada. Aún así, Anya no había podido dormir; sus pensamientos describían círculos interminables, volviendo siempre a Ravel y a lo que debía hacer con él. Sin embargo, cuando llegó la mañana y pudo, por fin, cerrar los ojos, no estaba más próxima a la solución.

A las once entró una criada, llevándole café caliente; su sonrisa y su saludo fueron tan alegres que Anya la habría estrangulado sin reparos. Pero el café la ayudó, aunque le costó un gran esfuerzo levantarse de la cama. La energía estimulada por la furia y el rencor que la impulsara desde su partida de Beau Refuge, ya no estaba en ella. Sólo quedaba un gran cansancio y el ferviente deseo de no haber sabido nunca de Ravel Duralde.

Aún así, su imagen pendía, ineludible, en el fondo de su mente. Trató de leer, pero no pudo concentrarse. Participó de un tardío almuerzo, pero le fue difícil entrar en la conversación de Madame Rosa y Celestine. Recibió la visita de Emile, pero tan distraída que estuvo a punto de poner en un florero su cornucopia de golosinas.

Para buscar alguna distracción, abandonó la casa al caer la tarde y caminó hacia los muelles. El sábado era día de despedidas en Nueva Orleans, pues muchos de los paquebotes y los vapores oceánicos zarpaban ese día. Era ocupación favorita de la ciudad pasearse por la calle del puerto para contemplar el ajetreo, que ese día, dado el buen estado del clima, era intenso.

Al bajar el sol, ya cerca de las cinco, el ritmo de la actividad se tornó frenético. Aparecieron chispas rojas en las humaredas negras que brotaban de las chimeneas. Se encendieron las luces de los vapores, con fulgores dorados. El palpitar y el siseo de las máquinas adquirió un aire decidido. La gente salió a cubierta para saludar desde las barandillas.

El primer paquebote hizo resonar su silbato y se apartó del muelle, cabeceando hacia el río. Majestuoso, con una media luna pendiendo entre las chimeneas y la última luz pintando en oro su nombre sobre la caja de paletas, comenzó a batir las aguas pardas del Mississippi en su viaje río arriba. Lo siguió otro y otro más, como patitos detrás de su madre.

Los vapores, que ese día eran diez o doce, ascenderían por los diversos ríos del estado que se abrían desde el Mississippi hacia ciudades grandes y pequeñas del Este y del Medio Oeste, separadas por cientos de plantaciones. Y cada uno de ellos, en algún momento del crepúsculo, o tal vez por la mañana temprano, después de haber amarrado durante la noche, pasarían junto al muelle de Beau Refuge, donde los pasajeros podrían ver la casa principal, bajo sus viejos robles.

A veces, si había niños esclavos sentados en el muelle, los pilotos hacían sonar el silbato, cuyos ecos luctuosos retumbaban por kilómetros de campo. Si ocurría así esa noche, Ravel, acostado en su cuarto, oiría la sirena y pensaría en la gente que podía viajar por el río a voluntad. ¿Qué pensaría entonces de ella? ¿Se preguntaría acaso dónde estaba, qué estaba haciendo?

Su sitio estaba en la plantación. Allí estaba Ravel, allí estaba el problema causado por ella, que necesitaba solución. La furia y la humillación que la hicieran partir tan de prisa ya se habían apagado. Con esa huida no había cambiado nada. De algún modo tendría que llegar a un acuerdo con Ravel, para poder liberarlo sin consecuencias. Y eso no se podía hacer a una distancia de varios kilómetros.

Volvió la espalda al muelle, súbitamente decidida. Si se apresuraba, estaría allí antes de la medianoche.

Librodot

CAPITULO 8

El viaje de regreso a Beau Refuge pareció interminable. La noche invernal cayó muy pronto. La ruta se extendía, serpenteando en la oscura infinitud; el coche se sacudía al rodar sobre los baches y se bamboleaba al tomar las curvas. En el pescante, Solón silbaba y cantaba para no sentirse solo con los espectros de la noche.

Anya, bien erguida en su asiento, miraba la oscuridad, cansada, pero demasiado nerviosa para dormitar. Los temores que la acechaban no tenían nada que ver con los fantasmas, duendes o espíritus de los pantanos; no era posible hacer que se esfumaran silbando. Cuanto más se acercaban a la plantación, más segura estaba de encontrarse, a su llegada, con que Ravel ya no estaba prisionero; de algún modo habría burlado a Denise y a Marcel.

Esa huida sería, tal vez, la mejor solución; ella no tenía la menor idea de lo que haría con él, si aún estaba en la desmotadora. Sin embargo, no soportaba la idea de dejarlo ir. No estaba dispuesta a reconocer que secuestrarlo había sido un error, pero quizá habría sido mejor tratar de convencer a Ravel mediante el sentido común. De todos modos, difícilmente habría aceptado él la desgracia social de no presentarse en un duelo sin la recompensa debida.

Su virtud por mi honor..

Anya apretó los puños por un instante. Luego se obligó, lentamente, a relajarse. ¿Olvidaría alguna vez esas palabras, las horas pasadas en los brazos de Ravel Duralde? ¿Qué había de memorable, después de todo, en los besos y las caricias de un bribón, un asesino? Se había dejado dominar por los sentidos y las circunstancias, pero esa perturbación emocional desaparecería con el tiempo. Sin duda, si alguna vez se casaba, la noche de bodas borraría hasta los últimos vestigios. Por cierto, era la mejor de las excusas que había encontrado hasta el momento para contraer matrimonio. Pero no parecía necesario recurrir a medidas tan desesperadas. Después de los días pasados en la ciudad le era posible considerar el episodio con notable objetividad.

Aún así, cuando por fin se detuvo ante la puerta del cuarto de la desmotadora, tenía las manos húmedas y las rodillas flojas. La llave temblaba entre sus dedos; tuvo que hacer tres intentos para calzarla en la cerradura. Al abrir la puerta estuvo a punto de caer dentro del cuarto, en su prisa por entrar.

Se detuvo tan abruptamente que su corazón pegó un brinco. Ravel yacía tendido de costado en la cama, con su cabeza apoyada en una mano y un libro delante de sí. Aún en reposo se le veía esbelto y peligroso. El vendaje blanco de la cabeza, su contraste con la piel bronceada, le daban un encanto piratesco. Levantó la vista con una sonrisa cálida, aunque algo irónica, que le encendió los ojos.

Ella era más adorable de lo que él recordaba. Tenía porte y llamaba la atención; sin embargo, había algo incuestionablemente digno de confianza en sus ojos azules. Era una dama, de eso no cabía duda, pero algo en ella sugería fuerza, voluntad de tomar represalias si se la hería; también cierta imprevisibilidad y fascinación.

- Tenía entendido que usted había regresado a Nueva Orleans. Al parecer, ha sido un viaje apresurado.

- En efecto - respondió ella, cerrando la puerta -. Parece que su cabeza no le causa molestias.

- No, siempre que tenga cuidado al peinarme.

Su tono seco y la expresión de sus ojos preocuparon a Anya, quien apartó la vista hacia el libro, las almohadas apiladas en la cama, el juego de ajedrez de su padre puesto sobre la mesa y una bandeja con una botella de vino y un plato de sándwichs.

- Al parecer, se ha puesto cómodo durante mi ausencia.

Él le sonrió con singular encanto.

- Marcel me ha estado atendiendo. Creo que me tiene lástima.

- ¿Lástima de usted?

La voz de Anya tenía un dejo de sorpresa y cautela.

Él cerró el libro y se recostó sobre las almohadas, con sus manos en la nuca.

- Parece creer que usted me retiene aquí para su propio placer.

- ¡No piensa nada de eso!

Ravel prosiguió, como si ella no hubiera hablado:

- Naturalmente, traté de sacarlo de su error...

- ¡Naturalmente!

La palabra sonó cargada de escarnio.

- Pero él parece pensar que, por incómoda que sea mi situación, es la mejor posibilidad para su ama de conseguir marido.

En los ojos de la dama apareció una luz peligrosa.

- Pero qué...

- No lo critique. Sólo se preocupa por usted.

- Como no hay ninguna posibilidad de que yo lo acepte como marido, no pienso preocuparme.

- ¿Ninguna?

- Ninguna, por cierto.

Él entornó sus ojos.

- Ah, supongamos que usted ha quedado embarazada de mí.

- Siempre está el remedio inglés - respondió ella, levantando su mentón.

Ravel se incorporó abruptamente.

- Usted no sería capaz.

El remedio inglés era una celebrada píldora femenina, supuestamente preparada según una receta de Sir James Clark, médico de la reina Victoria, para provocar el período menstrual con regularidad. La advertencia de no tomarla durante los tres primeros meses del embarazo, pues «provocaría seguramente el aborto», estaba tan a la vista que se la usaba comúnmente con esa finalidad. Anya no estaba nada segura de poder tragarla, llegado el caso, pero no tenía intenciones de dejar creer a ese hombre que tenía algún poder sobre ella.

- ¿Cree que no?

Él la miró largamente. Al fin dijo, con voz hueca:

- ¿Tanto me odia?

- Dígame por qué no debo odiarlo.

En su voz había un dejo que a ella misma le desagradó. Sonaba casi a súplica. Pero él pareció no darse cuenta.

- Yo nunca tuve intenciones de herirla.

- Es un consuelo, por supuesto. - Anya prosiguió antes de que él pudiera decir nada más- : Pero si usted pudo apelar tan bien a la simpatía de Marcel, ¿por qué está aún aquí? ¿No podría haberlo convencido de que lo dejara en libertad?

- Tal vez no tenía prisa alguna por marcharme.

- Oh, sí, está disfrutando inmensamente de su estancia. Es una perfecta cura de reposo, supongo.

Le clavó una mirada solícita que era punzante en su falsedad.

- Tenía curiosidad por saber si usted volvería. Además, naturalmente, no podía privaría del placer de decirme exactamente cómo ha sido arruinado mi honor.

Esa palabra la hizo ruborizar, recordándole algunos comentarios de Murray. Con voz tensa, respondió:

- No creo que las cosas estén tan mal. Muchos hablan en favor de usted.

- ¿De veras?

La observaba con ceñudo interés en sus ojos oscuros.

- Emile Girod, para empezar.

- Emile - repitió él, suavemente -. ¿Ha vuelto?

Ella asintió. No le sorprendió que él estuviera enterado de los movimientos del hermano de Jean. Por más que careciera de principios y de escrúpulos, en Ravel Duralde había mucho más que lo que estaba a la vista. Eso la confundió: sólo quería despreciarlo con todo su corazón.

Ravel se levantó con brusca cortesía.

- Me estoy comportando como un grosero; es culpa de mi sorpresa al volver a verla tan pronto. ¿No quiere sentarse, chére? Permítame ofrecerle un poco de este vino excelente.

- No, gracias - dijo ella, con melindrosa cortesía -. He hecho un viaje largo y estoy cansada.

La cadena del grillete tintineó contra el suelo, mientras él le acercaba una silla. El ruido provocó en ella un desagradable azoramiento.

- Pues descanse algunos minutos - insistió él.

Anya recordó súbitamente lo mucho que a él le desagradaba la soledad. Quedó indecisa entre el impulso de retirarse y el de aceptar el asiento. Sabía, por instinto, que era mejor marcharse, pero no se decidía a ser tan insensible. Fue la paciencia del hombre lo que la decidió.

Allí, en esa cama, contra la pared, había estado desnuda con el hombre que ahora ocupaba la silla opuesta. La sensación de intimidad entre ambos era tan potente que su cuerpo mismo, más allá del control de la mente, parecía reconocerlo hasta la médula de los huesos. Había tenido su peso sobre ella, se había dormido contra su hombro musculoso, y sus sentidos se negaban a olvidarlo.

- ¿En qué piensa? - preguntó él, con voz grave, estudiándola.

- En nada - replicó ella, presurosa.

Por un momento, Anya tuvo la sensación de que él iba a insistir, pero Ravel dijo, con un leve encogimiento de hombros:

- Espero que su viaje, esta noche, haya sido tranquilo.

- Sí, pero no puedo decir lo mismo del de ayer.

Agradecida por su tolerancia y para aumentar la sensación de normalidad, le contó el ataque al carruaje, a la salida del teatro.

- Suerte que Nicholls estaba armado - comentó él.

- Sí, parecía saber exactamente lo que hacía.

Él alzó, por un instante, las comisuras de su boca.

- ¿Es eso una advertencia?

- Si quiere tomarlo así.

- Me enternece su preocupación.

- Lo dudo, no sé por qué - le espetó ella, fastidiada por su evidente burla.

- Bueno, tal vez no sea cierto - concedió él, sin dejarse perturbar -, considerando que tengo cerca a una mujer como usted.

Ella le clavó una mirada de ardoroso resentimiento.

- ¿Se supone que eso es un halago?

- Posiblemente. ¿Tiene idea de lo tentadora que está? ¿Sabe del autodominio que me hace falta para no estrecharla entre mis brazos? Sé lo suaves y dulces que son sus labios, el modo en que sus pechos se ajustan al hueco de mis manos. He visto sus ojos convertidos en oscuros pozos de deseo y me estoy volviendo loco por la necesidad de verla otra vez allí. Quiero...

Se interrumpió y cerró sus labios con firmeza. Retiró la silla y se alejó unos pasos, con una mano apoyada en la nuca.

- Lo lamento - dijo, por encima de su hombro.

Anya se levantó y fue a abrir la puerta. Con el pomo en la mano, se volvió hacia Ravel, quien seguía de espaldas. Observó sus hombros anchos y su cintura estrecha, los flancos duros y, magros, la cadena que lo sujetaba a la celda. Con voz serena, casi reflexiva, dijo:

- Yo también.

Era un sentimiento real y profundo. Lamentaba haber tenido la idea de secuestrar a Ravel, haberlo herido en la operación, lamentaba que hubiera resultado dueño de un encanto tan devastador y complicado y haberse dejado convencer por sus fáciles argumentos, al punto de entregarse a él; lamentaba no decidirse a continuar la intimidad que habían iniciado. Pero eso no cambiaba las cosas: no podía dejarlo en libertad.

Si lo liberaba, él se las compondría para continuar la reyerta con Murray, cuyo resultado parecía inevitable. Si no, su presencia en Beau Refuge, una vez descubierta, arruinaría su propio honor.

Estaba atrapada entre dos fuegos. Pero no se trataba sólo de eso. No podía mantener prisionero a Ravel indefinidamente. Tenía poco tiempo para tomar una decisión, para hallar una solución al dilema. Uno o dos días más, cuando mucho. Pero ¿qué podía hacer?

Cuando llegó la mañana, Anya no estaba más cerca que antes de la respuesta. Se levantó temprano y, vestida con un simple traje y un delantal, se recogió el pelo en un moño sobre su nuca. Al mirarse en el espejo descubrió que tenía grandes ojeras. Parecía la prima hermana de la muerte, pero eso no tenía importancia. No iría a ningún sitio, y si Ravel la encontraba menos atractiva, tal vez fuera conveniente.

Tenía toda la intención de volver a visitarlo. Era una cobardía mantenerse lejos. A ella le correspondía hacerle el tiempo más agradable y, como su presencia parecía entretenerlo, le dedicaría un rato.

Al abandonar su cuarto se dio cuenta de que era domingo, día de descanso para la gente de la plantación. Habría podido pedir el carruaje para ir a misa, pero en esas circunstancias le parecía inapropiado. De cualquier modo, no había ley que decretara el domingo como día de descanso para la dueña de la plantación.

Fue con Denise al depósito para entregar las provisiones de la semana a cada familia de la plantación. Inspeccionó la lechería y echó un vistazo a la huerta. También ordenó, al descubrir picaduras de pulgas en los niños que la acompañaban, desparasitar a los animales de la plantación y quemar sulfuro en las cabañas. Al enterarse de que Ravel había agujereado con el pie una de las sábanas, comprobó que Denise tenía razón: la ropa de cama estaba afectada por la humedad del clima. Pasó media hora tomando nota de las sábanas que debía reponer cuando volviera a Nueva Orleans.

Terminada la tarea, aún le quedó tiempo para caminar junto a Marcel, quien llevaba una bandeja a la desmotadora con el desayuno para los dos: café con leche, panecillos calientes, jamón y mermelada de frambuesa.

Anya abrió la puerta y tomó la bandeja. Después de despedir al muchacho con una sonrisa, dio un paso hacia el interior.

Las ventanas altas y pequeñas dejaban pasar poca luz; además, el cielo estaba cubierto. Anya distinguió apenas la larga silueta de Ravel bajo las mantas, de espaldas a ella. No se movió al entrar la muchacha. Ella permaneció indecisa por un instante. Luego se acercó silenciosamente a la mesa para dejar la bandeja.

El fuego se había consumido, dejando que el cuarto se enfriara. Ella puso leña de pino y lo reavivó. Luego fue a cerrar la puerta, por la que entraba una corriente de aire frío.

La comida se estaba enfriando y ella tenía hambre. Esperó unos minutos para ver si el crepitar del fuego despertaba a Ravel. Al notar que él no se movía, irguió sus hombros y se acercó a la cama. Sabía de hombres capaces de dormir mientras la casa se venía abajo. Estaba dispuesta a comportarse debidamente con su invitado, pero no tenía intenciones de morir de hambre mientras él dormía.

Estudió al hombre acostado, observando los músculos del hombro y el cuello, la cincelada fuerza de sus facciones bronceadas. En ese momento se le notaba cierta invulnerabilidad, como si aún en sueños se protegiera de posibles dolores. Mientras lo contemplaba se le anudó la garganta en una extraña sensación que reconoció como compasión. Era una idiotez sentirla por el hombre que había matado a Jean y que haría lo mismo con Murray, si se le daba la oportunidad. Una idiotez.

Alargó una mano para ponerla en el hombro de Ravel y lo sacudió con un movimiento rápido. Él giró sobre sí como un látigo y le aferró la muñeca. Un brazo fuerte la ciñó por las caderas y, un instante después, aterrizaba de espaldas en el colchón, con tanta fuerza que perdió el aire. Manos duras le sujetaban las muñecas junto a la cara; un muslo pesado le cruzaba las piernas, inmovilizándolas. Quedó aturdida, con sus ojos clavados en los de Ravel, que centelleaban de demoníaca satisfacción.

- Buenos días - saludó él.

El enfado hirvió dentro de Anya; apretó los puños, forcejeando contra sus dedos. Era inútil, no hacía más que recoger aún más sus faldas ya amontonadas hasta sus rodillas. jadeando de ira, cedió.

- Así me gusta más - dijo él, muy divertido. Ella lo fulminó con una mirada.

- ¡Cerdo! Suélteme.

- Si me lo pide con amabilidad, tal vez.

- ¡Antes lo veré en el infierno!

- Como guste - replicó él, arqueando sus cejas -. Por mi parte, me complace tenerla en mi cama, pero me parecía que a usted le resultaba un poco incómodo.

Ella le dedicó una sonrisa mal intencionada.

- Habría hecho el papel de tonto si hubiera sido Marcel y no yo.

- Sin duda. Pero reconocería sus pasos entre los de un millar de personas. No había modo de confundirme.

- Que reconocería... ¡Me ha tendido una trampa! ¡No estaba dormido!

La idea de haberle tenido compasión mientras él la acechaba la hizo arder de pies a cabeza.

- ¿Cómo podía dormir con tanto ruido?

- Algunos hombres tienen el sueño pesado.

Las palabras de Anya sonaron casi defensivas, aún para ella.

- Si yo fuera de ésos ya me habrían matado diez o doce veces. En Nicaragua, uno de los deportes favoritos era degollar a los dormidos. En el barco que transportaba a los prisioneros a España, as¡ como en las mazmorras, antes de que nos separaran, cualquiera que durmiera profundamente despertaba desnudo... si despertaba.

- Muy bien - le espetó ella -. Acepto la corrección. Si existe algún motivo para esta farsa, preferiría conocerlo de inmediato, para poder desayunar cuanto antes.

- Oh, sí - replicó él, con voz suave -. Había un motivo.

Ella se vio reflejada en las negras pupilas; vio allí, también, la cálida pátina del deseo. Después, la cabeza le bloqueó la luz y la boca de Ravel cubrió la de ella. Sus labios firmes tenían un leve gusto a café; su mejilla estaba afeitada y olía a jabón. Anya comprendió que Marcel había ido antes al desmotadero, con café para despertarlo y agua para que se afeitara, aunque no lo hubiera mencionado. Un instante después, esos pensamientos se disolvieron en una marea de purísimas sensaciones.

Su boca era cálida; sus movimientos parecían guiados por un instinto seguro y vital. Exploró los labios de Anya con lento placer, rodeándolos con besos tan ardorosos que ella entreabrió su boca, sorprendida. Él aprovechó inmediatamente ese instante de debilidad para saborear su frágil interior.

Anya sintió que el corazón le latía sordamente ante el placer que le corría por las venas, alimentado por ese experto cuidado. ¿Dónde había aprendido el paciente arte de seducir? No importaba. Muy dentro de ella había un lento florecer, la necesidad de olvidar tiempo y espacio y la identidad del hombre que la abrazaba, de perderse en una nueva e increíble magia.

Ravel, percibiendo su aquiescencia, le soltó la muñeca izquierda para acariciarla. Ella la levantó para enhebrar los dedos en las densas ondas de su pelo, presionando el beso contra sí.

¿Qué estaba haciendo? La autoacusación la recorrió con la fuerza de una gran ola. Cerró sus dedos en el pelo de Ravel, tirando con fuerza, y él ahogó una exclamación al sentir el dolor en su cuero cabelludo herido. En ese mismo instante, Anya liberó la otra mano y lo empujó.

Ravel estuvo a punto de caer en la cama. Mientras se sujetaba para no caer, Anya se levantó bruscamente y pasó por encima de él. El hombre se recobró a tiempo para sujetarle un pie, haciéndola aterrizar sobre las manos extendidas. Ella le lanzó un puntapié que hizo blanco en el estómago. Ravel la soltó con un gruñido, sólo para

sujetarla por el delantal. En un solo movimento, ella desató el lazo de su cintura y se levantó, dejándole la prenda blanca como laxo botín entre las manos.

Ravel hizo un bollo del delantal y lo arrojó a un rincón, mientras se levantaba magníficamente desnudo. Su necesidad de ella era más que evidente. Así, con la parte inferior del cuerpo en pálido contraste con el torso bronceado por el sol tropical, parecía medio hombre, medio bestia, infinitamente amenazador. Por las venas de Anya corrió un miedo desconocido hasta entonces. Retrocedió hasta sentir, tras de sí, el calor de la estufa.

Los labios del hombre se torcieron. Al mismo tiempo, Anya comprendió, horrorizada, el porqué de ese gesto divertido: había retrocedido en la dirección equivocada y Ravel estaba entre ella y la puerta. La cadena que lo sujetaba a la pared habría debido permitirle el paso, pero lo más probable era que él la atrapara por las faldas o que éstas ardieran como yesca en el fuego de la estufa.

Retrocedió más hacia el rincón y rozó la mesa con su cadera, haciendo tintinear la vajilla. El agua. Apenas surgió la idea, tomó la jarra y arrojó el contenido en un arco centelleante hacia Ravel.

El hombre ahogó un juramento al recibir el agua helada. Con el pecho chorreante y mojados cara y pecho, la miró con fijeza. Con voz áspera de ira, exclamó:

- ¿Por qué ha hecho eso?

Lo acentuado de su sorpresa indicaba que no había tenido malas intenciones; el peligro había sido mínimo. De cualquier modo, ella no estaba dispuesta a admitirlo.

- Me ha parecido - dijo, dejando la jarra en la mesa- que su ardor necesitaba calmarse.

- ¿Ah, sí? ¿Y qué me dice del suyo?

Ravel miró en derredor y se encaminó hacia el cuenco con el agua de afeitarse llena de jabón y con negro polvo de barba flotando en la superficie. Hacía tiempo que se había enfriado en el aire de la mañana.

- ¡Oh, Ravel, no!

- ¿No?

Él levantó el cuenco y giró con él. Había un resplandor en sus ojos al avanzar hacia ella, arrastrando su cadena. Anya se apretó contra la mesa, levantando una mano como si así pudiera evitar el chaparrón prometido, sin apartar su vista del agua opaca.

- No puede hacer eso. Es... es un caballero.

- ¿No estaba eso en duda?

- No, en realidad no.

- Es capaz de decir cualquier cosa por salvarse.

Si corría, tal vez pudiera llegar a la puerta a tiempo. Pero ese movimiento también podía provocar un súbito diluvio.

- Al principio estaba convencida, pero ya no.

Era cierto; ella lo descubrió con extrañeza y quedó inmóvil, mirándolo.

- Demuéstremelo.

- ¿Cómo? Sería como tratar de demostrar que soy una dama, después de lo que he hecho.

Ravel comprendió que la había asustado; estaba pálida y en sus ojos había un aire precavido. Pero la alarma había pasado.

Tampoco vio en ella el básico desprecio que la llevara a tratarlo de ese modo. Su necesidad de tomar represalias desapareció. Dejó el cuenco de agua en el suelo y fue a tomar la bata de lana negra que le había llevado Marcel.

Mientras se la ponía, dijo sobre su hombro:

- Hay cosas que no es necesario demostrar. Pero de algo no cabe duda: mi... ardor se ha calmado, ciertamente.

Era como una rama de olivo. De pronto pareció muy importante dar la respuesta correcta, ni desafiante ni provocativa: algo completamente prosaico.

- Y se le está enfriando el desayuno. Mientras se seca lo llevaré para que lo recalienten.

- No se moleste - dijo él, con una sonrisa triste, pero también cálida -. Me alegro de que no echara mano de la cafetera. En cuanto al desayuno, lo pondré junto al fuego unos minutos y se podrá tomar.

Ella se humedeció los labios.

- En realidad es el desayuno para ambos.

- Me siento honrado - replicó él, con voz seca -. En ese caso haga lo que guste, claro.

- Creo que no habrá problemas.

Y Anya se volvió abruptamente, dedicada a acomodar la bandeja en la mesa.

Un rato después se sentaron a desayunar. Mientras el café y los panecillos se recalentaban, ellos habían limpiado juntos el cuarto: el agua de afeitarse estaba ya en el pote para aguas servidas, el delantal de Anya bien plegado, la cama hecha; el charco de agua había sido enjugado con una toalla y la mesa, ya sin libros ni juegos de ajedrez, estaba preparada. Juntos habían logrado esa pulcritud, pero aún había tensión entre ambos. El ruido de las cucharillas parecía aturdirlos. Anya sorbió el café oscuro y le costó trabajo no denunciar, con el ruido de sus tragos, que tenía la garganta contraída. Parecía imposible sentirse cómoda con Ravel, pero no podía dejar de lamentar esa incomodidad.

Ravel se limpió la boca con la servilleta y la dejó caer junto a su plato, reclinándose en la silla, mientras jugaba con el borde de su taza. La miró un largo rato, con el ceño fruncido.

- Quisiera saber algo - dijo, por fin.

- ¿Sí?

- ¿Por qué ha venido? No quiero parecerle grosero ni poco amistoso. Bien sabe Dios lo que me alegra su compañía. Pero nunca habría esperado que me visitara como si yo fuera un invitado suyo.

- No era mi intención.

- No lo dudo.

Ella le echó una mirada. Después volvió a distraerse destrozando un poco de mantequilla con el tenedor.

- En primer lugar, no es correcto. Además, esto llamará la atención sobre su presencia aquí.

- Naturalmente.

Anya dejó caer el tenedor.

- Lo que ha ocurrido entre nosotros acabó con todo lo correcto, y su estancia aquí se ha prolongado mucho para que siga siendo secreta. No puedo retenerlo por mucho tiempo más; pronto tendrá que volver a Nueva Orleans. Debe de existir un medio de

conseguir su ayuda para evitar el duelo entre usted y Murray, pero no sé cuál es. Para hallarlo debo averiguar qué clase de hombre es usted.

- Podría preguntármelo.

- ¿Y cómo sabría si su respuesta es correcta?

El rostro de Ravel se puso tenso y volvió a relajarse.

- ¿Juega usted al ajedrez?

- ¿Qué?

- Se puede saber mucho de una persona con sólo observar cómo se desenvuelve en cualquier tipo de juego, pero sobre todo en el ajedrez.

- Solía jugar con mi padre - respondió ella, lentamente.

- ¿Jugaría conmigo?

Ella estuvo a punto de rehusar. Él hablaba como si fuera un maestro de ajedrez, mientras que ella sólo a veces había podido derrotar a su padre. Sin embargo, ése no era el motivo. Si ella llegaba a descubrir algunas de sus debilidades y sus puntos fuertes durante la prueba, él haría otro tanto con respecto a ella. Cuáles eran sus intenciones, Anya no lo imaginaba, pero no cometió el error de tomar su propuesta como una idea casual o como deseo de complacerla. Él tenía sus razones. Anya habría dado cualquier cosa por saber cuáles eran antes de sentarse al otro lado del tablero.

Se enfrentó a su mirada por encima de los restos del desayuno, trepidante, con el entusiasmo agolpado en la mente. Sonrió con lentitud.

- Sí - dijo -. Sí, estoy dispuesta.

CAPITULO 9

El ajedrez había dejado de ser un juego de intelectuales para convertirse, en Luisiana, en el último grito de la moda. Con la llegada de Paul Morphy, el campeón del estado, muchas personas que hasta entonces nunca se habían sentado ante un tablero comenzaron a descubrir en él un pasatiempo encantador. Las señoras de buen tono compraban juegos especiales, con incrustaciones, y los disponían en sus salones como si se estuviera llevando a cabo un juego perpetuo.

El juego que perteneciera al padre de Anya era de origen veneciano y tenía casi doscientos años de antigüedad; cada pieza era una pequeña obra de arte.

Mientras ella retiraba los platos del desayuno, Ravel se puso su ropa; después, ambos dispusieron el tablero, y ella echó más leña al fuego, a fin de que no los distrajera la necesidad de alimentarlo. Cuando llegó Marcel, en busca de la vajilla, envió con él un mensaje a Denise, ordenando que se les sirviera el almuerzo en la desmotadora. Por fin, ella y su prisionero se sentaron ante la mesa, con el tablero entre ambos.

En un principio, las jugadas fueron cautelosas, según cada uno iba apreciando al contrincante. Anya tenía poca paciencia para los movimientos clásicos; tendía a un estilo gallardo, pero vigilante, con súbitas y brillantes incursiones en territorio enemigo. Con el correr de la mañana, descubrió que el juego de Ravel era, a un tiempo, clásico y osado; también mostraba un grado de concentración y cálculo bizantino como ella nunca lo había visto igual. Su capacidad de prever los movimientos contrarios resultaba sumamente fastidiosa. Ella no se consideraba experta

en el juego, pero la facilidad con que él la puso en aquel mate la primera vez, fue un acicate para su orgullo y a decidió a dificultarle las cosas.

La mañana pasó con sorprendente rapidez. Llegó el mediodía y ellos seguían jugando. Comieron carne fría y pan, y pasteles de fruta, sin quitar los ojos del tablero. La rivalidad que había surgido entre ellos era amistosa pero intensa. Ninguno de los dos daba cuartel ni lo pedía; tampoco esperaban ni aprovechaban las ventajas injustas.

Anya tuvo oportunidades de sobra para descubrir que Ravel era generoso en la victoria. No se jactaba ni le señalaba sus errores, a menos que ella lo pidiera. Sacaba las piezas del tablero con indiferencia, sin aires triunfales ni vengativos. Cuando ella le arruinaba los esquemas, él admiraba su estrategia.

A media tarde, cuando llegaron a tablas después de una ardua batalla, había una irónica satisfacción en la sonrisa que él le dedicó por encima del tablero.

Fue entonces cuando Anya comprendió que, en el calor de la contienda, había olvidado su finalidad. Se preguntó si Ravel habría hecho lo mismo, o si su modo de jugar había sido ideado para darle una buena impresión sobre su carácter. No había modo de saberlo. También se preguntó qué había descubierto él sobre ella, qué podía haberla traicionado. No parecía importar, pero importaba.

- Ha sido un placer - dijo Ravel, reclinándose en la silla -. Con la práctica, usted podría ser formidable.

- Muy amable de su parte.

- No es amabilidad. Y le agradezco que me haya sacrificado su tiempo.

- Se diría que soy una mártir, cuando ha sido usted quien...

Se interrumpió por no recordarle su encarcelamiento. Él, con voz suave, dijo:

- Si esto es martirio, usted debería tener una fila de hombres golpeando a su puerta para someterse a él.

Anya le clavó una mirada directa.

- Ahora dirá que fue un privilegio.

- Por momentos, sí - respondió él, apresuradamente.

Ella se ruborizó al captar el significado de lo dicho. Por no revelar su incomodidad, recurrió a lo primero que le vino a la mente.

- Sin duda, esto le está provocando inconvenientes. Tengo entendido que su madre vive en Nueva Orleans y que no goza de buena salud. Si usted quiere escribirle un mensaje, me encargaré de hacérselo llegar.

- No hay necesidad.

- ¿No?

- Le envié uno ayer.

- Comprendo. Sobornó a Marcel.

- Él tuvo la precaución de leer primero la nota, para estar seguro de que no lo comprometería.

- Marcel no es así.

- Ya le he dicho que me tiene lástima.

- Y usted se aprovechó de su simpatía.

- Sólo un poquito. Parecía necesario.

- Me sorprende que se le ocurriera tranquilizar a su madre.

A los ojos de Ravel asomó una luz dura.

- ¿Por qué piensa que no me preocupo por mi madre?

Librodot

- No sé qué pensar de usted - manifestó ella, sosteniéndole la mirada, aunque con esfuerzo.

- Bueno, ya es un progreso. ¿Jugamos otra partida?

Marcel les llevó café con pastel de frutas y mazapán. Anya comprendió que era una excusa para vigilarlos, pero el café fue bien recibido. El ejercicio mental de anticiparse a Ravel le había exigido tal desgaste que el estímulo le hizo bien.

Poco después de terminar con el refrigerio, el hombre metió su mano en el bolsillo del pantalón y sacó una horquilla. Mientras contemplaba las piezas del tablero, le dio vueltas en la mano perezosamente, como si no fuera del todo consciente de sus gestos.

Una horquilla para el pelo. Era de las de Anya. Seguramente había quedado aquella noche bajo la cama. Con una horquilla semejante se podía abrir una cerradura, si uno tenía paciencia y cierta habilidad. Al menos, así lo decía él; no era raro que Ravel conociera el secreto, después de haber estado preso durante años.

Pero en ese caso, ¿por qué no la había empleado? Podría haberse liberado para escapar. ¿Qué motivos tenía para esperar? Tal vez aguardaba su regreso para sorprenderla desprevenida, a fin de lograr la venganza que ansiaba.

De pronto Anya tuvo el convencimiento de que él sabía exactamente lo que estaba haciendo. El acto de exhibir esa horquilla era como un movimiento de ajedrez. Estaba esperando su respuesta, con interés algo cínico. Y no era hombre de venganzas caprichosas.

Para averiguar si él tenía conciencia de lo que estaba haciendo, Anya levantó su mano para alisarse el mechón de pelo que escapaba de su moño y alargó la otra a Ravel, diciendo, con tanta indiferencia como le fue posible:

- Veo que encontró mi horquilla. Es fastidioso el modo en que desaparecen. ¿Me permite?

Él echo un vistazo a lo que tenía en la mano y ensanchó su sonrisa.

- ¿La necesita? Lo siento, pero no puedo devolvérsela.

- ¿Por qué no?

Anya fingió sorpresa, aunque el corazón se le estaba acelerando.

- Por sentimentalismo, digamos. Para usted es una simple horquilla, un objeto utilitario. Para mí es un recuerdo. Los hombres, como las mujeres, también solemos aferrarnos a lo que nos evoca recuerdos agradables.

En la punta de la lengua de Anya pendía una acusación enfurecida, pero murió sin haber sido pronunciada. Aquellos ojos negros le despertaban un estremecimiento en todos sus nervios. Se sintió asaltada por incertidumbre, combinada con la súbita necesidad de creerle.

Era una tonta. La furia, al volver, se precipitó sobre ella como una ola. Con voz tensa, dijo:

- ¡Tonterías!

- ¿Le parece? Qué poca fe se tiene, querida. Pero si tanto necesita de esta horquilla, tal vez pueda convencerme para que se le devuelva.

- ¿Sí?

- Sí, si me ofrece una buena recompensa.

Ella, entrando en sospechas, preguntó:

- ¿Y cuál podría ser esa recompensa?

Él fingió pensar.

- Podríamos comenzar con un beso libremente dado.

- ¿Comenzar?

Se estaba riendo de ella, seguro de llevar ventaja. El comprenderlo fortaleció la decisión de Anya.

- Perdone - dijo él, con exagerada cortesía -, pero he concebido la ambición de probar sus dulces labios sin emplear la fuerza.

- ¿Y eso no le parece coerción?

Él levantó una ceja, límpida su mirada.

- ¿A cambio de una horquilla? No parece muy violenta.

Sabía exactamente lo que hacía, pero ¿por qué?

- Si eso es todo... - comenzó ella.

- Oh, bueno, si vamos a hablar de lo que me gustaría, me gustaría sentir su cuerpo contra el mío, desde el cuello a los tobillos, curva a curva, sin resistencias.

El calor la invadió hasta los pómulos. Con toda la altanería que pudo, replicó:

- Es mucho pedir.

La sonrisa de aquellos ojos se encendió un poco más.

- Y me gustaría tenerla en mis brazos, sin rubores, como si se sintiera a gusto en ellos.

El silencio entre ambos estaba cargado de emociones desgarradas y de frases no dichas, no preguntadas.

El tenue control de Anya se quebró abruptamente. Se levantó y, en el mismo gesto, trató de arrebatar la horquilla. Antes de que él pudiera levantarse, ya estaba ante la puerta. Desde allí se volvió para encarársele, sofocada.

- El precio es demasiado alto. Ha hecho mal en codiciar tanto.

- Usted es una zorra sin principios.

Pero en sus palabras no había apasionamiento.

- He aprendido a ser así.

- ¿Bajo mi tutela? Debería sentirme halagado.

- Pero no es así, ¿verdad?

- No. ¿Le sorprende? No importa. Ya la conozco, querida Anya. La próxima vez sabré qué esperar.

Anya lo miró intensamente.

- ¿De dónde saca que habrá una próxima vez?

Y giró en redondo para salir de la habitación. La siguieron sus palabras, llenas de confianza.

- Habrá. Sí que habrá una próxima vez.

El crepúsculo de febrero había caído temprano. Hacia el oeste se veía una mancha de azul claro y dorado, pero entre los edificios y bajo los árboles se movían algunas sombras. En algún lugar ladró un perro. Un peón descansaba en el porche de su cabaña; mientras su mujer le preparaba la cena él tocaba un sencillo instrumento de cuerda, medio oculto en la oscuridad.

El perro que ladraba lanzó un chillido y luego quedó en silencio. Una brisa leve hizo murmurar las hojas de los robles, como si fueran pasos furtivos. Anya, con su cabeza inclinada para ponerse la horquilla en la nuca, quedó inmóvil y bajó sus manos, girando la cabeza con clara inquietud. El peón había entrado en su cabaña. La capilla,

con su campana a un lado, parecía pequeña bajo esa luz incierta. A la derecha, la guardería estaba desierta, pues los pequeños habían vuelto a casa con sus madres.

Detrás de ella, medio oculta por la curva del camino, la desmotadora era un mole solitaria y sin vida, sin luz en las ventanas. Delante, la casona también estaba a oscuras. Denise solía dejar una lámpara encendida en el dormitorio trasero de Anya y en la planta baja, cuando ella no estaba. ¿O acaso su ama de llaves suponía que ella iba a pasar la noche en la desmotadora?

Un descuido, seguramente. La cocina exterior, separada de la casa, estaba bien iluminada. En cualquier momento se vería el fulgor de la lámpara rumbo hacia la casa. Tal vez Marcel saliera a su encuentro. O Denise entraría a la casona llevando la cena. Quizá no era tan tarde como parecía. Anya se dijo que estaba nerviosa por su diálogo con Ravel, que se estaba dejando llevar por la imaginación. Pero hacía años que no la asustaban la oscuridad ni las cosas que se movieran en Beau Refuge.

Cayeron sobre ella surgiendo desde detrás de la cochera. Eran cinco, vestidos de grises ropas informes, pelo sucio y sombreros manchados de sudor. Eran corpulentos y fuertes; tenían la nariz quebrada y los huecos en la dentadura de los matones que pululaban cerca del río. Estaban seguros de sí mismos y de ella, pues sonreían astutamente cuando se precipitaron sobre ella, con sus brazos bien abiertos, como para espantar pollos.

En la casa estaría segura; habría un arma, la protección de Marcel. Pero los hombres estaban entre ella y la meta. Si retrocedía, podría hacer sonar la campana para pedir ayuda. Todos los peones correrían hacia allí. Era la única oportunidad.

Giró en redondo, recogiéndose las faldas. Era rápida, por la práctica de haber correteado durante años con Jean, y por los esfuerzos que le exigía la plantación. Los hombres corrían tras ella, maldiciendo, entre jadeos. Apretó el paso aún más.

Se le salió un zapato. Dio un tropezón y se quitó el otro con un puntapié. Le estaban quitando ventaja. Un dolor agudo le perforó el costado. El aire le raspaba el pecho con cada aliento.

Lágrimas de esfuerzo emborronaban su vista. La iglesia estaba allí delante. El poste de la campana. La campana, su soga.

Estiró la mano y agarró la soga. El ímpetu de su carrera la hizo tirar de ella hacia adelante. El ruido discordante, tan poderoso que le dolieron los oídos, vibró en el aire.

No se repitió. Unas manos duras la aferraron por brazos y hombros, magullándola, y le arrancaron la soga de las manos. El único tañido habría podido ser obra de un muchachito juguetón.

Anya se vio arrastrada a tirones, con sus brazos torcidos tras la espalda, hasta que una niebla escarlata de dolor le invadió la vista, aquietando sus forcejeo, en tanto contenía el aliento para no perder el sentido. Un brazo duro como una rama de roble la ciñó por la cintura, comprimiéndole los pulmones, con olor a sudor y tabaco rancio.

- ¿Dónde está? ¿Dónde está Duralde?

El espanto la hizo guardar silencio. No podía pensar. Fue sólo el dolor que le causó una mano, al apretarle lentamente un pecho, lo que la obligó a jadear:

- ¿Quién? ¿A quién buscan?

- No se haga la tonta. Ya lo sabe: a Duralde.

- ¿Y de dónde han sacado que yo lo sé?

Anya giró su cabeza. Por un instante, la cara del hombre que la sujetaba le pareció familiar, pero la impresión desapareció antes de que pudiera fijarla.

- Nos lo dijo un pajarito - respondió uno de los otros, con una risa estridente.

- Basta de perder el tiempo. - El primero le torció el brazo más arriba, causándole un fuerte dolor hasta la espalda -. No podemos estarnos aquí toda la noche.

- No está aquí - jadeó ella -. ¡De veras!

¿Y si Ravel había enviado un mensaje a esos hombres y no sólo a su madre? O sólo a sus crueles ayudantes. De cualquier modo, ella prefería cualquier cosa antes que ayudarlo a escapar.

- Nos ayudaría en seguida si la arrojáramos al suelo y le alzáramos la falda.

- Dios, espero que no chille demasiado pronto, antes de que me toque el turno - dijo otro, frotándose la parte frontal de sus pantalones grasientos.

La ira y el asco que se arremolinaban en la mente de Anya chocaron súbitamente con el horror. La sugerencia, dicha con tanta desenvoltura, no estaba destinada simplemente a intimidarla. Todo era demasiado real. Pateó hacia atrás al hombre que la sujetaba, debatiéndose contra él, pero sólo consiguió que le torciera el brazo con más fuerza, obligándola a morderse los labios para no gritar.

Un cuarto hombre, algo más limpio que los otros, se llenó el puño con su cabellera, que se había soltado en una lluvia de horquillas.

- Qué hermosa - dijo, con voz densa de lujuria y acento irlandés -. La más hermosa que haya visto en mi vida.

- Apártate - gruñó el hombre que sujetaba a Anya y que parecía ser el jefe de la banda.

El otro, sin prestarle atención, deslizó una mano por el pelo hasta el pecho.

- Bonito, de verdad.

- Te he dicho que te apartes.

- ¡Vete al diablo, Red!

Los dos hombres se fulminaron con la mirada; en el aire crepitó una amenaza de violencia. Los otros se retiraron, haciéndoles sitio.

En ese momento de descuido, un hombre salió de entre las sombras. Era alto y delgado; vestía la chaqueta blanca de los sirvientes y llevaba, en la mano, una pistola para duelo. La voz de Marcel sonó tensa y desigual, pero la pistola permanecía firme en su mano.

- ¡Suelten a mademoiselle!

- ¡Derríbenlo!

El jefe hizo que Anya girara para cubrirse con ella, mientras disparaba la orden. Se oyó un ruido de botas, el chasquido del arma amartillada apresuradamente. El disparo falló. Marcel cayó al suelo bajo una lluvia de golpes.

- ¡Oh, basta, basta! - gritó Anya. - ¡Bueno, déjenlo!

Incorporaron a Marcel a tirones. No podía sostenerse erguido, pues se apretaba el estómago con ambas manos. Tenía la cara ensangrentada y ya se le estaba hinchando un ojo. Clavó en Anya una mirada de vergüenza y desesperación.

- Vaya héroe - gruñó el jefe -. Dinos dónde está Duralde, muchacho, y tal vez dejemos en paz a tu patrona.

- No - exclamó Anya, pero una punzada de dolor cortó la palabra.

Marcel levantó su mirada parda.

- Lo siento, mademoiselle, pero ¿qué otra cosa puedo hacer?

Anya y Marcel fueron llevados medio a rastras, medio a empujones hasta el interior de la desmotadora. La furia de la muchacha pujaba por descargarse. Hubiera

dado cualquier cosa por un cuchillo, un garrote, un arma de cualquier tipo y la posibilidad de usarla.

La oportunidad se presentó cuando el jefe la dejó a cargo de otro para manipular la llave en la cerradura del cuarto. Su ayudante, calculando mal las fuerzas de la mujer, se inclinó hacia ella, con la boca floja y abierta, en busca de un beso. Ella liberó una mano y le aplicó un buen golpe en el mentón, seguido por otro a la nariz. Mientras el hombre retrocedía, tambaleándose, con un ruido ahogado, trató de echar a correr, pero el jefe le bloqueó el paso. Detrás de él, la puerta del cuarto se abrió de par en par. Ravel se levantó de la mesa, detrás del tablero.

- Maldita gata salvaje - escupió el tal Red -. Adentro, como corresponde.

La sujetó por el brazo con una fuerza que le hizo crujir los huesos y la arrojó con fuerza cruel hacia la puerta abierta. Después del portazo, la cerradura volvió a cerrarse.

Anya se tambaleó por el cuarto hasta que Ravel, moviéndose con celeridad, la sostuvo contra su pecho duro. Allí quedó protegida, hasta que recuperó el aliento con un sollozo de ira y dolor. Temblaba convulsivamente, y se apartó de él, retrocediendo hasta chocar contra la pared.

- ¿Qué es esto? ¿Qué sucede?

Ravel sintió que la sangre se le congelaba en las venas al verla tan pálida y desaliñada. Iba a caminar hacia ella, pero la vio deslizarse contra la pared.

- ¡No se acerque!

Ravel se detuvo. Anya no se había percatado de que estaba fuera de su alcance. Al notarlo aspiró hondo, tratando de dominarse.

- ¡Anya, explíquese! - pidió él, con voz grave y palpitante.

- ¡Como si no estuviera enterado!

- No sé nada, se lo juro.

- Son sus hombres. Le obedecen. Ordene, amo, y ellos obedecerán.

- No son mis hombres - contestó él, con sus brazos en jarras.

- Han preguntado por usted. ¿Cómo pudieron adivinar dónde estaba, si usted no mandó buscarlos?

- Rumores. Alguien en Nueva Orleans a quien usted se lo dijo. ¿Cómo puedo saberlo? Pero no tienen nada que ver conmigo.

Anya no le creyó.

- ¿Por qué preguntan por usted, entonces? - No tengo idea.

- Miente.

- Una vez aceptó mi palabra.

- Y me equivoqué.

Él no estaba dispuesto a suplicar.

- ¿Cuántos son?

- Varios.

- ¿Cuatro, cinco? ¿Están armados?

Anya le clavó una mirada ardorosa. Se le veía muy ansioso, como si la información fuera importante, pero ella no se dejaría engañar otra vez. Ravel hizo un nuevo intento.

- Si son mis hombres, ¿por qué no me han liberado?

- Supongo que usted lo ha querido así.

- ¡Piense, Anya! - suplicó él -. Si yo hubiera querido tenerla conmigo contra su voluntad habría podido hacerlo en cualquier momento de las últimas veinticuatro horas, sin necesidad de refuerzos.

Eso era cierto.

- Pero usted no tenía idea de que yo volvería cuando envió su mensaje.

- En ese caso, mis instrucciones habrían sido otras.

Anya quedó paralizada, mientras su mente trabajaba con pensamientos veloces y más coherentes.

- Entonces, ¿por qué han venido? ¿Con qué fin? Existía uno, pero él prefirió no expresarle.

- Muy buena pregunta. ¿No tiene ninguna idea?

- Ninguna - expresó ella brevemente.

- Y ahora, ¿qué están haciendo?

- No lo sé.

Anya avanzó hacia el fuego, congelada hasta los huesos por efecto de la reacción nerviosa. Con eso se puso al alcance de Ravel, pero él comprendió que no por eso le creía por completo; al menor movimiento equívoco, se retiraría como un venado al olfatear el peligro. Se hizo el silencio. Ambos forzaron el oído, tratando de dilucidar lo que podía estar ocurriendo más allá de ese reducido cuarto, pero no había ruido alguno.

Los intentos de robos contra las plantaciones era escasos a pesar del aislamiento. Los plantadores sabían disparar y algunos de los esclavos disponían de armas para cazar, por lo que cualquier ladrón solía encontrarse en graves problemas. Anya tenía buena puntería y también Marcel, pero los había cogido por sorpresa; los esclavos no dejarían de acudir en ayuda del ama, pero necesitaban un líder; Marcel o Denise habrían podido dirigirlos, pero seguramente no estaban en libertad. Si esos hombres habían venido a robar, tal vez vaciaran la casa y se marcharan. Lo mismo podía ocurrir si buscaban esclavos, el artículo más valioso de la plantación. Pero habían preguntado por Ravel. De algún modo, él era la clave del asunto, aunque lo negara.

Pasaron los minutos, convirtiéndose en una hora. Cayó la oscuridad. Ni Anya ni Ravel intentaron encender la lámpara. Las sombras llenaron el cuarto, espesándose hasta que sólo brilló el resplandor rojo y parpadeante del fuego. Anya se dejó caer ante el hogar, con la vista fija en las llamas. Al cabo de un rato cerró los ojos.

Ravel observaba el juego de la luz en su rostro ovalado. El demonio que lo persiguiera a lo largo de siete años había terminado por alcanzarlo. Después de matar a Jean, por puro remordimiento había provocado a la muerte, pero ella se le negaba, aunque sus camaradas cayeran a su lado en incontables batallas. Había jugado sin reticencias, buscando su ruina en los garitos, sólo para resultar enriquecido. Había buscado el olvido en los brazos de las mujeres, encontrando un amor que no merecía ni buscaba. Había buscado su camino a solas, pero esa independencia atraía nuevos amigos. En resumen: mientras anduvo por el mundo desafiando los peligros, siempre resultó indemne. Hasta ese momento. Hasta ver a Anya Hamilton en un salón de baile y reconocer, súbitamente, la forma de su demonio. La amaba, la había amado durante años. Sin ella, el resto de su vida sería polvo y cenizas.

Su secuestro había sido una verdadera sorpresa; no dejaba de admitirlo, pero también una oportunidad del cielo para obligar a Anya a aceptarlo. Tras el primer momento de debilidad, ya no pudo pensar en huir ni en separarse de ella.

En la puerta se oyó un suave roce. Anya abrió sus ojos con esfuerzo. Se sentía drogada por el cansancio de muchas noches de insomnio y dolorida por el mal trago. No creía poder hacer un solo movimiento.

Ravel se acercó a la puerta todo lo posible.

- ¿Quién es? - preguntó en voz baja.

Se abrió la pequeña grilla de la puerta. La respuesta llegó en el susurro de una esclava, cuyo dialecto era algo más refinado que el de las demás, indicando que se trataba de una doncella de la casa.

- Me envía Marcel. Está encerrado en su cuarto con Denise, pero me ordenó decir a usted y a mademoiselle que los hombres, por ahora, se limitan a comer y a beber. Esperan a alguien a quien llaman «el patrón».

- Comprendo.

- Ahora me voy, antes de que noten mi ausencia.

Ravel le dio las gracias. De inmediato se oyeron los silenciosos pasos de la muchacha, que bajaba la escalera y se alejaba del edificio.

Anya observaba a Ravel, tan alto y bien formado en la penumbra. Aunque fuera increíble, de pronto deseaba creer que él no tenía relación alguna con aquellos hombres. Para aliviar la tensión de su pecho, susurró:

- ¿Qué significa eso?

Él se volvió a mirarla. El fuego se reflejó rojo en sus pupilas.

- No tengo idea.

Anya volvió a contemplar las llamas. ¿Quién podía ser ese patrón? Trató de pensar, pero su cerebro se negaba al esfuerzo. Lo único evidente era que no se trataba de Ravel. Él volvió a tenderse en la cama. Pasó largo rato antes de que se volviera a oír su voz.

- Ya no hay leña para el fuego.

Tenía razón. Sólo quedaba un lecho de brasas refulgentes, pero el frío húmedo comenzaba a filtrarse por las ventanas y por debajo de la puerta. Anya había perdido su chal.

- Si sigue ahí en el suelo, se congelará. Venga a la cama. Puede envolverse con la manta.

- Estoy bien, gracias.

Se oyó un suave juramento.

- Nunca he conocido a una mujer más obstinada.

- ¿Lo dice porque no me someto a todas sus sugerencias? Si nunca ha tenido esa experiencia, debe de haber sido muy mal criado.

Un segundo después, Ravel había cubierto en largos pasos la distancia que los separaba y la tenía alzada, con un brazo tras su espalda y el otro bajo sus rodillas. Ella soltó un grito de sorpresa y pataleó, pero en aquellos ojos negros había una expresión que hizo subir el rubor a sus pómulos. Su única defensa, entonces, fue el desdén. Se limitó a levantar su barbilla, desafiándolo en silencio a hacer comentarios.

Él se acercó al lecho y la dejó en su superficie blanda. Mientras se acostaba junto a ella, tiró de la manta para estirarla sobre ambos.

CAPÍTULO 10

La pierna de Anya mantenía una turbadora intimidad contra la del hombre tendido junto a ella, en la cama. Trató de apartarse para mantener cierta distancia entre ellos, pero era imposible. Y resultaba difícil mantener un aire altanero de ese modo, apretada contra el flanco de ese hombre, absorbiendo su calor. Sólo entonces se dio cuenta de que estaba helada. La reacción de su cuerpo ante el calor de Ravel, aún a través de la falda de cuero, la hizo estremecerse.

- ¿Qué ocurre? - preguntó él.

- Nada.

Y Anya apretó sus labios con sequedad. Ravel cambió de posición, tratando de darle espacio, pero el movimiento la hizo rodar hacia él. Con un gruñido de irritación, el criollo le deslizó un brazo bajo el cuello y la atrajo hacia sí, de modo que quedaron en contacto desde el pecho hasta los tobillos.

- ¿Más cómoda ahora?

Estaba más cómoda, sí, pero sólo en un sentido puramente físico. Por lo demás, la postura era sumamente difícil de soportar.

- Usted es insufrible - dijo, con los dientes apretados.

- Lo reconozco.

- Y eso no parece molestarle.

- No.

Su tono de disculpa era tan burlón que ella volvió a su silenciosa dignidad, aunque la sangre galopaba en sus venas y se aceleraba su respiración. Era el enfado, nada más, por supuesto. Ravel la deseaba. La necesidad de ella era como una fiebre en su sangre. Se contenía porque percibía su resistencia. Pero también se daba cuenta de que se le estaba acabando el tiempo. Tal vez no hubiera otra noche como esa, en que pudieran estar juntos sin estorbos, sin testigos. De pronto quería saberlo todo de ella: sus ideas, sus sentimientos, sus mejores esperanzas y sus sueños más locos.

- ¿Cómo? ¿Se acabaron los insultos? - preguntó, con voz seca, pero ensombrecida por algo así como el dolor.

Ella se encogió de hombros, pero sin darse cuenta abrió los dedos contra su costado, en un gesto que podía deberse a la necesidad de apoyarse o al impulso de consolar.

- Dígame - prosiguió él -, ¿no se le hace pesado, a veces, cargar con la responsabilidad de mantener a Madame Rosa y a su hija, además de decidir por toda esta gente?

La pregunta y la reflexión oculta parecían ofrecer una tregua. A Anya le pareció mejor aceptarla.

- A veces. Otras veces, me gusta.

- ¿Nunca lamenta no poder compartirla con alguien, con algún hermano varón, por ejemplo?

- Jean era mi hermano.

No había querido decirlo, pero era verdad. Parecía haber dejado escapar una verdad por mucho tiempo contenida. Ravel tardó un momento en responder.

- También era mi hermano.

Eran palabras desesperanzadas, como si él no esperara su compresión, y se le formó un nudo en la garganta.

- No era perfecto - reconoció -. A veces discutíamos, pero él se interesaba por la gente. Se preocuparía si supiera...

- ¿Si supiera en qué nos hemos convertido?

- Y lo que yo le he hecho a usted.

Anya creyó sentir el roce de los labios de Ravel contra su pelo, pero no le pareció que fuera probable.

- ¿Así juzga usted su propia conducta? ¿Por si Jean la aprobaría o no?

- No del todo, pero no se me ocurre mejor vara.

Se produjo un silencio. Ravel lo rompió como si no pudiera resistirlo.

- ¿Nunca piensa en hacer algo distinto, aparte de viajar entre la plantación y Nueva Orleans, aparte de cuidar esta finca y seguir a sus parientas de un entretenimiento a otro?

Ella esbozó una breve sonrisa sin humor.

- Antes soñaba con viajar de país en país, hasta haber cubierto toda Europa, para comenzar después con Asia y África.

- ¿Y qué se lo impide?

- A Madame Rosa le sienta muy mal viajar, tanto por tierra como por mar.

- Y como es una joven soltera, no puede viajar sola.

- No se acostumbra - reconoció ella.

- Hay muchas cosas que no se acostumbran entre las jóvenes de buena crianza, comenzando por el secuestro de caballeros.

Ella iba a contestar pero guardó silencio. En cambio, levantó su cabeza par olfatear.

- ¿Se está apagando el fuego o se huele a humo?

Ravel se incorporó sobre un codo. Antes de que pudiera hablar, una llama anaranjada comenzó a iluminar el cuarto. El olor a humo, combinado con el acre del queroseno, se tornó más fuerte. A poca distancia se oyó un grito de júbilo, seguido por el apagado crepitar de las llamas.

Ravel apartó la manta y se levantó de un brinco. Anya lo imitó. En ese breve instante, el ruido del incendio había tomado la potencia de un zumbido furioso y devorador. El reflejo de las lenguas móviles bailaba sobre las paredes y el techo. El humo se iba filtrando por las ventanas, acumulándose en el cuarto en una nube sofocante.

- Es la desmotadora - dijo Anya, como si no pudiera creerlo -. La están incendiando.

Sus atacantes habían prendido fuego al edificio, sabiendo que ambos estaban encerrados bajo llave en su interior.

Ravel no respondió. En cambio, deslizó su mano en el bolsillo de su pantalón, para sacar un objeto pequeño. Levantó su pie encadenado para introducir el objeto en la cerradura.

La horquilla que ella le había arrebatado un rato antes no era la única. Anya comprendió que, de lo contrario, no se la habría entregado con tanta facilidad. Emitió por la nariz un resoplido que era una mezcla de agradecimiento y disgusto. Él le echó un vistazo.

- Es sorprendente lo que se aprende en la cárcel.

- Ya veo. Supongo que también puede hacerlo con la puerta.

Se oyó un leve chasquido y el grillete se abrió. Ravel lo arrojó a un lado, mientras respondía.

- Por supuesto.

Anya miró hacia la ventana, donde las lenguas de fuego trataban de alcanzar el techo de ciprés.

- Podría haberla usado para salir de aquí bastante antes.

- No me pareció necesario - replicó él, arrodillándose ante la cerradura de la puerta -. Esperaba que el patrón nos honrara con su visita.

- ¿Quería verlo?

El humo de la habitación se estaba espesando, Anya levantó el ruedo de su falda para cubrirse nariz y boca. Como cerca del suelo parecía haber más aire, se arrodilló junto a Ravel.

- Por curiosidad, digamos. Me gustaría saber quién más desea mi muerte.

- ¿Aparte de quién?

- De usted.

Ella lo miró con sus ojos irritados, parpadeando por el escozor del humo.

- ¡Yo no deseo su muerte en absoluto!

- Admita que así no tendría que preocuparse por qué hacer conmigo.

- ¿Y piensa que yo mandé a esos animales encerrarme aquí?

- Eso podría haber sido un error por parte de ellos.

- Nada de eso - replicó Anya, y arruinó el gélido efecto de sus palabras con un ataque de tos.

Ravel, atento a los chasquidos de la cerradura, no respondió. Pasaron segundos que parecieron horas. El viejo edificio ardía como yesca con trementina. El calor iba en aumento y el humo negro ya era una niebla sofocante. Anya se limpió las lágrimas con la falda. Cuando volvió a mirar, Ravel estaba probando el picaporte.

Hizo una pausa y se volvió hacia ella, con los ojos enrojecidos y entornados.

- No se me ha ocurrido que usted pudiera estar en verdadero peligro. No parecía posible. Discúlpeme.

Las preguntas se agolpaban en la mente confundida de Anya, pero no había tiempo para ordenarlas. Corrió hacia el aire fresco en cuanto él abrió la puerta. Ravel la siguió pisándole los talones. Le ciñó la cintura con un brazo y la llevó precipitadamente por la escalera.

Apenas habían bajado cinco o seis peldaños cuando oyeron un chillido. Uno de los matones, que parecía un tonel con cabeza de bala, llegó corriendo desde fuera y se detuvo en el camino de entrada, llevándose el fusil al hombro. Tenía el rostro contraído y la boca abierta.

Ravel, moviéndose con los reflejos y la agilidad de un tigre, saltó desde la barandilla y cayó sobre su atacante. Se oyó un gruñido y el ruido de huesos al quebrarse. El hombre del rifle quedó inmóvil.

Ravel esperó un instante. Luego se levantó con gracia animal. Fue al extremo del edificio para observar la noche, coloreada por las llamas. Sólo las ramas se movían allí, sacudidas por el calor del incendio, aunque algo se veía por el camino.

Anya se acercó a preguntar, en voz baja:

- ¿Son los otros?

- Al parecer, estaban tan seguros de tenernos encerrados que sólo dejaron a un guardia. Probablemente están reuniendo a los esclavos.

Librodot

El robo de esclavos era común, aunque habitualmente los alejaban de las plantaciones, tentándolos con promesas de libertad. En Texas los vendían a buen precio, y la frontera no estaba lejos.

- ¿Le parece que pueden haber oído el grito del guardia?

- No esperaremos a averiguarlo.

Ravel se volvió hacia el hombre caído, y cogió su rifle. Iba a echar a correr, llevando a Anya de la mano, pero ella se detuvo.

- El guardia está vivo. No podemos dejar que se queme.

Él no se molestó en recordarle que ese hombre los hubiera matado del mismo modo. Sin perder tiempo, ató las manos del hombre con sus propios tirantes y lo amordazó con un pañuelo. Luego lo arrastró de un brazo hasta la entrada trasera del edificio.

El viento rugía hacia el camino, llevando nubes de humo y fragmentos de cenizas encendidas. Arriba se veían riachuelos de fuego en las vigas del techo. Se oía una especie de murmullo y un golpeteo seco en la maquinaria de la desmotadora, en tanto que los engranajes absorbían el calor.

Fue la regularidad de esos golpes lo que llamó la atención de Anya. Al principio no vio nada en ese infierno. Luego distinguió un movimento en el extremo de la plataforma que corría hacia un lado.

Allí había dos personas atadas y amordazadas. Una de ellas estaba pateando las vigas verticales que sostenían la maquinaria.

Eran Marcel y Denise.

Ravel y Anya estuvieron junto a ellos en un instante. Ravel arrancó la mordaza del muchacho, mientras Anya hacía otro tanto con Denise. El sirviente graznó:

- La navaja... en el bolsillo.

Sobre ellos estaban lloviendo trocitos de madera en llamas, pero por fin quedaron cortadas las sogas y Marcel y su madre pudieron salir de la desmotadora.

Sin tratar de esconderse, se lanzaron de cabeza hacia la noche, hasta que llegaron a la sombra densa de un roble. Entonces dejaron caer al guardia y respiraron profundamente el aire fresco.

Marcel, cuando pudo hablar, les explicó lo ocurrido. El hombre a quien llamaban patrón había llegado en su carruaje; sin bajar de él, llamó al jefe de los hombres para darle sus órdenes, giró en redondo y emprendió el regreso a Nueva Orleans. De inmediato, los hombres ataron a Marcel y a Denise. Luego fueron a las cabañas para reunir a los esclavos, preparándolos para llevárselos antes de que aclarara. Los dos domésticos, por ser los que mejor podían reconocerlos, habían sido conducidos a la desmotadora, para que se quemaran con el ama y su prisionero. Después prendieron fuego al edificio y un hombre quedó de guardia, mientras los otros se dedicaban a cargar a los esclavos en carretas y a saquear la casa.

La idea de que aquellas personas que habían trabajado a sus órdenes y recibido sus cuidados durante tanto tiempo, serían arreadas como otras tantas cabezas de ganado, hizo que Anya se sintiera dolorida.

- ¡Tenemos que impedirlo! - exclamó, casi como hablando consigo misma.

Ravel se volvió lentamente a mirarla. Luego hizo un duro gesto de asentimiento.

- Necesitamos más armas.

- En la casa está todo bajo llave... a menos que ya las hayan robado.

- ¿Machetes para la caña?

- Sí, en el cobertizo, pero está cerrado con llave.

- Veamos - dijo Ravel, con una sonrisa que iluminó su rostro tiznado.

Poco después, Ravel y Marcel estaban armados con cuchillos largos y mortíferamente afilados, de los que se usaban para cortar caña de azúcar. Denise cogió una azada a manera de protección, en tanto no pudiera echar mano a una buena cuchilla de cocina. Anya prefirió un martillo, puesto que detestaba esos machetes. Con el mayor sigilo, caminaron rodeando las cabañas de los esclavos hasta llegar a la casa por la parte trasera. Allí se apartó Denise, con el silencio propio de sus antepasados indios, para ir a la cocina. Volvió pocos segundos después, con igual discreción, llevando un cuchillo afilado tantas veces que había adquirido la delgadez de un estilete. Escondidos entre las higueras y los granados del jardín trasero, observaron las sombras de los hombres contra la luz de las lámparas. Cruzaban de cuarto en cuarto, frente a las ventanas. Parecía haber sólo dos. Eso significaba que otros dos estaban aún en las cabañas. En el camino de entrada se veía una carretera perteneciente a la plantación, ya preparada y cargada de bultos. Con sólo pensar que esos hombres elegían caprichosamente entre sus pertenencias, mientras ella debería estar asándose en la desmotadora, Anya apretó el martillo con más fuerza.

Por fin, en voz muy baja, Ravel dijo:

- Ya.

Avanzaron muy de prisa hacia la escalera trasera, que llevaba a la galería superior, por donde podrían entrar en las habitaciones principales. Las puertas de la sala estaban abiertas. Por allí entraron, uno a uno. Ravel fue a apostarse a la izquierda de la puerta que comunicaba con el comedor.

Anya se instaló enfrente, a la derecha, con el martillo bien sujeto en ambas manos. Denise fue silenciosamente a la puerta que daba a la alcoba de Celestine, a la izquierda, mientras Marcel se aplanaba contra la pared, en el rincón más alejado de la lámpara encendida, desde donde podría ver el comedor.

Los hombres tenían que pasar por la sala para llegar a la carreta. Y para eso deberían cruzar entre Anya y Ravel. Transcurrieron lentamente los minutos, entre golpes secos y rozar de cajones. Esos hombres no tenían prisa. Pareció pasar una eternidad antes de que el criado hiciera un breve gesto de advertencia.

Pasos. Eran firmes y pesados, como si los hombres llevaran una carga. Una leve sombra cruzó el umbral. Anya levantó el martillo y lo descargó.

Antes de dar en el blanco, la herramienta rozó la culata del rifle que Ravel bajaba contra la nuca del hombre. El doble golpe de martillo y rifle hizo que el hombre se desplomara de bruces, dejando caer su saco lleno.

Desde el comedor, el segundo hombre lanzó un chillido y arrojó lo que llevaba en sus manos para sacar una pistola del bolsillo de su abrigo. Ravel giró en redondo y disparó en un solo movimiento. El segundo ladrón cayó hacia atrás, mientras el humo gris de la pólvora se esparcía en el cuarto.

El primero de los hombres, apenas aturdido, se levantó y salió disparado hacia la puerta. Marcel le salió al encuentro, hundiendo el machete en la unión del cuello con el hombro. El asaltante, con solo un grito, cayó en la galería, tendido en un charco de sangre.

Denise se limitó a echarle un vistazo y se adelantó hacia el cuarto donde se había ocultado. Poco después salió con un rifle en cada mano, diciendo:

- Miren lo que he encontrado.

Librodot

Los hombres, dedicados al saqueo, parecían haber olvidado las armas, apoyadas contra un tocador. Ravel se hizo cargo de una y Anya del otro rifle, mientras Marcel buscaba municiones en los bolsillos de los muertos. El ruido del disparo atraería a los otros matones. Era preciso estar alerta.

- Monsieur, mademoiselle - anunció Denise, desde la galería.

Ya venían los hombres. Ravel fue el primero en salir, seguido de Anya y por Marcel, quien cerraba apresuradamente su rifle. Los tres se alinearon contra la barandilla, donde la luz de la sala no los convirtiera en blancos fáciles.

Venía un solo hombre. El otro se había quedado con los esclavos. Surgió en medio del camino, con su cabeza levantada. Ravel gritó:

- ¡Quieto ahí, amigo!

El hombre se asustó como un caballo ante una serpiente. Descargó su arma y corrió hacia los árboles, agachado.

La bala zumbó arriba, como una avispa furiosa. Ravel apuntó su rifle y disparó, mientras Anya lo imitaba. Saltó el polvo entre los pies del hombre que huía, y algo lo tiró de la manga. Con un chillido blasfemo, él dejó caer su arma y alcanzó la protección de los árboles, desde donde corrió hacia las cabañas.

Segundos después se oía un resonar de cascos al galope.

- ¡Sigámoslos! - dijo Marcel, listo para correr hacia la escalera.

- No los alcanzaríamos. Además, son sólo matones contratados. A quien busco es al patrón. Pero antes debemos hacer varias cosas aquí - dijo decididamente Ravel.

Varias cosas: liberar y tranquilizar a los esclavos, contener el incendio de la desmotadora y sepultar a los muertos. Trabajaron durante toda la noche, hasta el amanecer. Ravel estaba en todas partes: cortaba una soga para liberar a un esclavo, levantaba a una criatura gimoteante para que pudiera reunirse con su madre, organizaba cadenas de baldes y azotaba las llamas con sacos mojados.

Anya curaba heridas y quemaduras, distribuía azúcar entre los niños asustados, organizaba a los mayorcitos para que buscaran briznas encendidas en vez de estorbar. También envió a un grupo de hombres maduros en busca de los cadavéres. Con varias de las mujeres, fue en busca del hombre que dejaran atado tras la desmotadora, pero sólo quedaban los tirantes retorcidos en el pasto, demostrando que se había desatado.

Sólo cuando el alba manchaba el cielo y la desmotadora quedó reducida a un montón de leña humeante, Anya y Ravel volvieron a la casa, paso a paso, exhaustos. Iban a sentarse en una butaca de la sala, pero se miraron mutuamente y empezaron a reír. Estaban cubiertos de polvo y hollín, grises de fatiga, sucios de humo. Fue lo ridículo de su aspecto lo que provocó la risa, pero también el regocijo de haber burlado a la muerte.

Así los encontró Denise, momentos después: sofocados de risa, recostados el uno contra la otra, de pie en medio de la sala. Ella puso sus brazos en jarras y carraspeó.

- Cuando hayan terminado de festejar, hay agua caliente para ambos.

Para Anya fue paradisíaco tenderse en el agua y dejar que sus músculos se relajaran lentamente. Tenía magulladuras y quemaduras por doquier. Pero, al desaparecer el cansancio y la inquietud de las últimas horas, una pregunta acuciante surgió a la superficie, otra vez: ¿quién era el patrón? ¿Quién había tratado de matarlos? Y sobre todo ¿por qué?

Alguien sabía o sospechaba que Ravel estaba en Beau Refuge: eso era obvio. Celestine y Madame Rosa podían haber comenzado a adivinarlo, pero de ellas no se

podía sospechar. Gaspard y Murray no eran tan perspicaces; además, Gaspard no se rebajaría a algo así, aún teniendo razones, y Murray no tenía nada que cobrarse de Ravel a pesar de lo sucedido con el duelo.

Había que pensar en Emile, por supuesto, personaje bastante desconocido tras tantos años pasados en París. Sin embargo, si en algo se le parecía a Jean, no trataría la vida humana con tanta ligereza. Y si deseaba vengar tardíamente a su hermano, lo más probable era que buscara un duelo en lugar de contratar asesinos.

No se le ocurría nada más. Tendría que analizarlo con Ravel. La oportunidad se le presentó una hora más tarde, mientras se secaba la cabellera junto al fuego. Los pasos vinieron desde la galería; eran los de Ravel, y ella pensó que se habría presentado algún problema. Tras decidir que su peinador de franela blanca era suficientemente discreto, fue a abrir las puertas ventana.

Él tenía el pelo mojado y llevaba ropa limpia, de la que usaban los esclavos. De cualquier modo, su porte lo denunciaba indiscutiblemente como un caballero.

Una sonrisa lenta curvó sus labios.

- ¿Sucede algo? - preguntó ella, súbitamente sofocada.

- Sólo he salido a echar un último vistazo, para asegurarme de que el incendio no se hubiera vuelto a avivar, antes de marcharme.

- ¿Se va?

Ella esperaba eso, pero no tan pronto.

- Debo regresar a Nueva Orleans, y usted lo sabe.

- Pero antes debería descansar. Sin duda, unas cuantas horas más no importan.

Avanzó hacia él, y Ravel contuvo el aliento. El sol atravesaba su peinador, recortando su cuerpo y dándole un aspecto a un tiempo angelical y seductor. Como él no dijo nada, Anya se humedeció los labios. Un profundo calor ardía en sus entrañas.

- Supongo que yo también debo ir. Es preciso avisar a Madame Rosa de lo ocurrido. Podríamos viajar juntos.

- Sería mejor que fuera solo.

Los ojos azules de la joven se nublaron.

- Como usted prefiera. Sé que es un poco tarde para pedir perdón, pero ¿aceptaría mis disculpas?

Alargó su mano para tocarle los dedos apoyados en la barandilla, y con ese único contacto lo quemó más que una brasa.

- ¿Por qué? - preguntó, con voz grave, irónicamente autodespectiva -. Ha sido un placer.

La atrajo hacia sí y cerró sus brazos en torno al cuerpo cautivante. Mientras ella aceptaba el abrazo, aquiescente, Ravel apoyó la mejilla contra su cabellera. Se estaba aprovechando de sus remordimientos y su cansancio, del efecto entumecedor del miedo y la violencia presenciada. Aún sabiéndolo, Ravel no pudo evitarlo. Necesitaba buscar en ella lo que nunca había encontrado en otras: la reafirmación de la vida, sólo una vez más.

Anya no trató de liberarse. Lo deseaba tan profunda e innegablemente como podía desear, aunque fuera increíble. Por qué, jamás podría saberlo; tal vez por emociones largo tiempo dormidas que él había sabido despertar.

Avanzaron juntos, como una sola persona, hacia la alcoba de Anya. La cama, enorme y blanca, parecía demasiado prístina y virginal; la chaise - longue, en cambio,

con su gracioso respaldo y su tapizado verde claro, les resultó tentadora. Cayeron las ropas.

Anya se estaba fundiendo, se disolvía en el líquido calor de sus entrañas. No tenía voluntad ni fuerza ni meta, más allá de esa unión. La sangre le abrazaba las venas; lágrimas ácidas se le acumularon entre las pestañas. Las caricias de Ravel se intensificaron. Ella sintió una leve búsqueda; luego, su potente y cautelosa invasión.

La fuerza de la pasión que la apresaba era sorprendente y bochornosa. Con los ojos fuertemente cerrados, sacudió la cabeza. Por largos momentos él la satisfizo, colmándola una y otra vez. Luego sus movimientos se hicieron más lentos. Con voz palpitante, susurró:

- Anya... mírame

Las palabras le llegaron como desde muy lejos. Una súplica. Una orden. Le costó obedecer, pero alzó poco a poco sus pestañas. En su rostro vio afecto, deseo contenido, algo tan cercano al amor que podía reemplazarlo perfectamente. Había algo más: una firmeza que resultaba una bendición para ambos. Ella contuvo el aliento: su desesperación cedía, se evaporaba, dejando sólo un ansia enorme, que todo lo envolvía. Acarició sus brazos, los planos de su pecho, disfrutando de una sensualidad hasta entonces desconocida. Él bajó la cabeza para tomarle los labios y volvió a pujar.

Fue una conflagración rica, caliente, devoradora, que los llevó hasta su feroz corazón. Y en ella se hundieron buscando el alivio, la consumación suprema.

En cambio se encontraron con la gloria, intangible, efímera, inapreciable: la perfección completa.

CAPITULO 11

En menos de una hora, Anya y Ravel partieron hacia Nueva Orleans. No viajaron por separado; después de lo que acababa de ocurrir entre ellos, la posibilidad no fue siquiera mencionada.

Delante de los sirvientes, su conducta fue muy circunspecta. Ravel la esperó en la planta baja y le ofreció el brazo para llegar hasta el carruaje; la ayudó a subir y ocupó el asiento opuesto, de espaldas a los caballos. Con elogiable dominio, ambos soportaron la curiosa observación y los susurros de los esclavos, que deseaban ver a su salvador de la noche anterior. Sólo cuando los kilómetros se perdieron bajo las ruedas del carruaje, Anya comprendió que la actitud reservada de su compañero no era una pose.

Poco a poco, la calidez que había sentido en sus brazos comenzó a enfriarse. Al parecer, no mencionarían en privado lo que habían compartido. Poco significaba para él si podía descartarlo tan pronto. Anya tragó el nudo que tenía en su garganta y se envolvió en los harapos de su propia dignidad hacia la ventanilla.

Cuando se acercaban ya a Nueva Orleans, Anya sugirió a Ravel que indicara su dirección al cochero. Él inclinó la cabeza, en silencioso asentimiento, y obedeció. El carruaje siguió su marcha por la ciudad hasta detenerse frente a una cómoda casa en la calle de la Explanada.

Era bastante nueva y había sido adquirida por Ravel tras su reciente prosperidad; tenía dos plantas, graciosas columnas y ventanas en arco que le daban el aspecto de una villa romana. Retirada tras un par de robles, la circundaba una veda de hierro forjado y un jardín.

Ravel se volvió hacia Anya.

- Le agradecería que entrara conmigo un momento. Me gustaría presentarle a mi madre.

Había cierta reserva tras esas palabras, casi como si esperara oír una negativa. Anya vaciló; deseaba dejarlo y acabar el episodio; y por otra parte, sentía curiosidad por ver a esa mujer de la que él hablaba con tanta suavidad. Pensó, además, que quizá debiera dar a Madame Castillo una explicación por la ausencia de Ravel. Habría preferido mil veces enfrentarse a los matones del puerto, pero no era cobarde, y bajó.

Ravel indicó al cochero la dirección de la cocina, donde le darían algo de comer y un sitio para descansar, y tomó a Anya del brazo. Ella tuvo la extraña sensación de ser coercionada, casi como si estuviera cautiva. Se dijo que no debía dejarse llevar por las fantasías si no quería terminar tan loca como su tío Will.

El interior de la casa era de estilo norteamericano, con un vestíbulo central que daba a las habitaciones, pero muy francés por sus colores tenues y sus elegantes muebles. Reinaba un silencio total. Ravel no había llamado a los sirvientes y nadie acudió a recibirlos. La campanada del reloj, al marcar la media hora, pareció retumbar interminablemente en las estancias silenciosas.

- Si se digna subir la escalera, le mostraré un cuarto donde podrá lavarse mientras yo voy en busca de maman. No se apresure. Me parece conveniente ponerme más presentable antes de que ella me vea.

Anya no opuso objeciones, pues él aún llevaba puestas las ropas que guardaban en Beau Refuge para los esclavos. Lo precedió por la amplia escalinata curva, cubierta por una alfombra oriental. En la planta alta, él se adelantó para abrirle la puerta de un dormitorio trasero. Después de indicarle que volvería pronto por ella, cerró la puerta y se marchó.

Anya oyó sus pasos en el pasillo. Al cabo de un instante sacudió su cabeza, como para apartar su inquietud, y miró en derredor, mientras se quitaba el sombrero y los guantes.

Era una habitación muy femenina, decorada con querubines en tonos pastel. Anya se quitó el polvo del viaje y se arregló el pelo. Por fin se sentó a esperar en una silla. Esa alcoba, a pesar de su suave ambiente, le resultaba opresiva. Tardó un momento en descubrir la causa: a diferencia de las estancias a las que ella estaba habituada, tenía una sola puerta: la que daba al vestíbulo. No había más acceso al exterior que un par de ventanas. Eso la hacía sentirse encerrada, como en el cuarto de la desmotadora. Fue un claro alivio oír el suave golpe a la puerta, cuando Ravel regresó.

Sin esperar a que ella abriera, él hizo girar el picaporte y entró, mientras Anya se levantaba sin prisa. El hombre que avanzaba hacia el interior del cuarto podía haber sido un desconocido: vestía una chaqueta formal gris oscura con pantalones más claros, chaleco blanco y corbata negra. Se había quitado las vendas y tenía el pelo bien cepillado, tan brillante como sus botas. Sus ojos eran duros como la obsidiana.

- Mi madre no está - dijo abruptamente -. Es su día de visitas.

- Comprendo. - Anya bajó sus pestañas, para no mostrar la alarma que comenzaba a experimentar, y fue a la cama, para recoger su sombrero y sus guantes -. Quizás otra vez.

- Podría esperarla.

- Creo que no. Necesito hablar con Madame Rosa, y tengo otras cosas que hacer.

Él no respondió, pero tampoco le abrió paso hacia la puerta. Anya se detuvo y, con una frialdad que no sentía, arqueó una ceja inquisitivo.

Por fin, él habló.

- Supongamos que yo le digo: no se vaya; quédese en esta casa, donde estará segura.

- ¿Segura?

- Alguien trató de matarla.

- Por culpa de usted.

Ella iba a seguir caminando, pero Ravel le bloqueó el paso.

- Tal vez sí, tal vez no.

Anya se quedó inmóvil.

- ¿Qué quiere decir con eso?

Él la observó con atención.

- ¿Está segura de no saberlo? Se me ocurre que cuanto usted hizo pudo ser parte de un plan mayor. Una vez desempeñado ese papel, usted ya no era útil. Se la podía eliminar.

- No puede creer semejante cosa - exclamó ella, al captar su atención -. No puede creer que lo llevé deliberadamente a Beau Refuge para que lo mataran.

- ¿Le parece que no puedo?

- ¡Está loco!

No hubo tregua en aquel rostro.

- Comienzo a dudar.

- Eso no tiene sentido. Si alguien lo quería ver muerto, en Nueva Orleans hay asesinos de sobra.

- Es un buen argumento, pero el hecho es que usted me llevó a la fuerza a Beau Refuge y allí ambos estuvimos a punto de morir. Quien lo intentó podría intentarlo otra vez. Preferiría que no tuviera éxito.

Anya no captó su seca ironía.

- ¡Lo mismo pienso yo! Escúcheme, por favor. No hubo ningún plan como el que piensa. Sólo quise impedir el duelo evitando que usted se presentara a tiempo. No tengo idea de la procedencia de esos hombres ni del porqué de su ataque, no tengo nada que ver con ellos ni con quien los haya enviado.

- ¿Fue una coincidencia, en realidad, que llegaran cuando lo hicieron?

- ¡Sí! - exclamó ella, con voz palpitante de enfado y aprensión, pues jamás lo había visto tan imponente.

- No me tome por tonto - dijo Ravel suavemente.

- Y usted no me tome por asesina. - Aspiró profundamente, tratando de dominarse -. La mejor forma de demostrar que no lo soy es averiguar quién quería su muerte y por qué. Esta discusión es sólo una pérdida de tiempo. A menos que usted ya sepa quién pudo ser...

- Será mejor que usted permanezca aquí hasta que me asegure.

- No puedo quedarme. Ni hablar de eso.

Una leve sonrisa tocó las facciones enjutas. Él dio un paso hacia ella.

- Creo que sí puede.

- Si está haciendo esto por venganza - manifestó ella, con ojos tormentosos -, permítame decirle que me parece bastante excesiva.

- ¿Se refiere a que ya me ha dado... satisfacciones? Tal vez no las considere completas.

La insinuación era inconfundible. Ella perdió su color.

- O sea que usted... me desea, aún pensando que yo traté de hacerlo matar.

- Qué perversión la mía, ¿verdad?

- ¡Está demente! Y lo demostró quedándose encadenado en Beau Refuge, cuando podría haber huido. Pensé que lo había hecho por honor. ¿Por qué fue, en verdad? ¿Por vengarse? ¿Por arruinar mi buen nombre con su presencia? ¿Por ver si podía obligarme a aceptarlo otra vez?

- ¿Obligarla, Anya? - Con voz áspera, alargó una mano hacia ella -. No hubo necesidad de obligarla. Sólo hubo esto.

Y la atrajo hacia sí con fuerza, para besarla con labios duros. Ella se resistió, tratando de golpearlo y retorciéndose, pero acabó por sentir el familiar y profundo henchirse del deseo. No quiso sucumbir por no darle la satisfacción de vencerla, pero no podía luchar contra él y contra sí misma a un tiempo. Se limitó a permanecer inmóvil, concentrada en ahogar los impulsos traicioneros, mientras se mantenía inmóvil y fría como una estatua.

Él la soltó tan abruptamente que Anya estuvo a punto de caer. Se miraron fijamente, con la respiración agitada en el silencio tenso. Ravel apretó un puño, dominándose con esfuerzo. Dios, ella tenía razón al tratarlo de loco. ¿Por qué la había acusado de cosas que no pensaba? Habría hecho cualquier cosa por retenerla un poco más, aunque ella lo odiara. En el fondo de su mente, apenas latente, estaba la solución al dilema, pero no quería abordarla.

- Si tanto le desagrado - dijo, con voz tensa-, ¿por qué me visitaba cuando me tenía prisionero? ¿Por qué no me dejaba solo?

La respuesta, dictada por una rabia impotente, surgió sin freno:

- ¡Porque le tenía lástima!

Él le apretó el brazo con más fuerza y la apartó de sí para alejarse hacia la puerta.

- ¡No se saldrá con la suya! - exclamó Anya, dando un paso para seguirlo -. Solón sabe que estoy aquí.

Ravel habló por encima de su hombro.

- Su cochero está encerrado en los establos. Su carruaje, fuera de la vista.

- Si cree que puede mantenerme encerrada aquí sin que nadie lo sepa, es un tonto. Dentro de veinticuatro horas lo sabrá toda la ciudad.

Él se volvió desde la puerta, muy serio.

- ¿No se le ha ocurrido, mi querida Anya, que ése puede ser mi propósito?

La puerta se cerró tras él. Se oyó el girar de una llave en la cerradura.

Venganza: eso era todo lo que él había estado buscando. Iba a completar la deshonra de su nombre que iniciara en Beau Refuge. Anya fue hacia la puerta y, sabiendo que era inútil, trató de mover el pomo. Pero en esa casa vivía su madre, y una visita de ese tipo daba cierta aura de respetabilidad a la presencia de Ravel en la plantación. La gente diría que estaban pensando en casarse.

La idea era risible: Ravel jamás pensaría en desposarla; las convenciones no tenían importancia para él. A menos que lo hiciera, no por el honor, sino por otros motivos. Si se casaba con ella, la venganza sería más completa; la deseaba y la tendría a su disposición, además de obtener respetabilidad por la alianza con la hijastra de Madame Rosa.

Se sintió descompuesta de furia. Había sido una idiota al enredarse con Ravel Duralde. Habría querido apoyar su cabeza en cualquier sitio y llorar. Por un momento, recostó su frente contra el marco de la puerta, con los ojos cerrados para contener el ácido brotar de las lágrimas.

Por fin, aspirando hondo, se incorporó. No pensaba someterse a un arreglo tan denigrante. Prefería enfrentarse a los rumores y al inevitable ostracismo. ¿Qué le importaban la sociedad y las diversiones? Tenía a Beau Refuge y se sentía bien estando sola. Sobreviviría. Pero Madame Rosa y Celestine, padecerían la vergüenza como propia. Murray y Celestine, tan jóvenes y enamorados... Ravel, sin duda alguna, había ido en busca de Murray para desafiarlo. Y ella no podía permitirlo. Necesitaba escapar.

Tenía que haber un medio. Eso era un dormitorio, no un cuarto diseñado para prisión. Comenzaría por eliminar, primero, el método más simple. Se arrodilló ante la puerta para mirar por la cerradura. Si la llave estaba puesta, podía deslizar por abajo un trozo de tela o de papel, empujar la llave hasta hacerla caer sobre el paño y traería hacia adentro por debajo de la puerta.

La llave no estaba en la cerradura. Ravel se la había llevado consigo.

Se levantó para recorrer apresuradamente el cuarto. Las ventanas estaban altas; también tenían rejas en la mitad inferior, ya como efecto decorativo, ya para protección de los niños pequeños.

Giró hacia la puerta. Había visto a Ravel abrir la cerradura de la desmotadora con una horquilla. No parecía difícil, y ella las tenía en abundancia. Se quitó una de la cabellera y volvió a arrodillarse para iniciar el trabajo. No era tan fácil como parecía.

El mecanismo se resistía a la presión que ella podía hacer, o tal vez su conocimiento de las cerraduras no era suficiente. Arrojó la horquilla al suelo, llena de frustración, y se incorporó. Se le habían entumecido las piernas y tenía hambre. Era mediodía bien pasado y nadie la había servido de comer. Cuando menos, ella no había hecho pasar hambre a su prisionero. Irritada, tomó un querubín de ónix rosado, con ganas de arrojarlo por la ventana, sólo por la satisfacción de romper algo.

Por la ventana. Aunque la parte inferior estaba enrejada, se podía pasar por la parte alta. Bastaría con trepar por encima de la reja y descolgarse, siempre que encontrara el modo de bajar hasta el suelo.

La solución era obvia. Se acercó al lecho y apartó almohadas y edredones. Las sábanas eran de hilo, satisfactoriamente fuerte. Estaba a punto de desgarrar una por la mitad cuando se movió el pomo de la puerta. Anya arrebujó la sábana. No había tiempo de arreglar nuevamente la cama. ¿Qué diría, qué haría Ravel cuando viera lo que había estado haciendo? La llave giraba en la cerradura.

La mujer que entró al cuarto era alta y elegante, si bien muy delgada, y vestía de calle. Su pelo negro, brillante, tenía vetas blancas en las sienes. Los ojos oscuros mostraban una inteligencia rápida bajo las cejas gruesas; las alegrías y el sufrimiento habían dejado huella alrededor de su boca. Aparentaba poco más de cuarenta años,

aunque el sentido común sugería que debía estar, por lo menos, cerca de los cincuenta. Su parecido con Ravel era inconfundible.

Al ver a Anya aminoró su paso impetuoso y palideció.

- Si no lo viera con mis propios ojos - dijo, preocupada -, no lo creería.

- ¿Madame Castillo?

- En efecto.

- Soy Anya Hamilton.

- Lo sé. Esto es horrible. En esta ocasión, Ravel ha llegado demasiado lejos.

Anya se humedeció los labios.

- Tal vez deba explicarle que...

- No necesito explicaciones. Tengo ojos. ¡Qué arrogancia la de ese muchacho sin principios! ¡Que haga semejante cosa bajo mi propio techo! Me dan ganas de abofetearle.

Anya sintió que su genio se avivaba.

- Si me toma por alguna mujer liviana que su hijo ha traído a la casa para abochornarla, o si cree que se trata de simple lujuria, me permito informarle...

La expresión de Madame Castillo pasó de la preocupación a la sorpresa, para mostrarse luego divertida. Soltó una risa sofocada.

- ¡Simple lujuria! Oh, querida, ojalá fuera sólo eso.

- Entonces usted sabe... lo que ha pasado entre su hijo y yo...

- En parte lo sé. El resto, conociendo a Ravel, puedo adivinarlo.

El mensaje enviado desde Beau Refuge parecía haber sido más amplio de lo que él había dado a entender. Un rubor de incomodidad subió a la cara de Anya.

- No puedo criticarla si está furiosa por lo que hice.

- No estoy furiosa. Lo que se haga para evitar un duelo de mi hijo cuenta con mi bendición, aunque no haya sido hecho para asegurarle la buena salud.

- En ese caso, usted desaprueba que él me retenga aquí - sugirió Anya, lentamente, con un dejo de sorpresa en su voz.

- El hecho tal vez no, pero los métodos parecen muy poco refinados.

La mujer inclinó la cabeza a un lado, estudiando implacablemente a Anya con su mirada. Era tan incomprensible como su hijo.

- ¿Eso significa que usted me dejará en libertad?

Madame Castillo sonrió.

- Dudo que pudiera retenerla. Usted parece una joven muy decidida. Por preservar la paz de la casa, yo podría irme, cerrando la puerta, y dejar que usted escapara por la ventana. Pero mi conciencia no me permite hacerle correr ese riesgo. Está libre de irse, si es lo que desea.

Anya arrojó la sábana en la cama y recogió su sombrero y sus guantes, arrojados al suelo. Eso era lo que deseaba, naturalmente: verse libre de Ravel Duralde y no cruzarse jamás con él.

Si se marchaba no volvería a sentir sus caricias, no vería jamás el súbito relámpago de su risa ni la intensa concentración de sus pensamientos ante un problema. No volvería a yacer, satisfecha y lánguida, entre sus brazos. Si se casaba con él, sin importar cómo ni por qué, tendría todo eso.

Pero nada le aseguraba que él deseara casarse con ella.

Anya decidió volver a su hogar, a la casa de Madame Rosa. Y ése sería el fin de todo.

En realidad, sabía que ése no podía ser el fin.

El problema no fue explicarlo todo a Madame Rosa y a Celestine. Mientras se analizaba el asunto frente a un té apresuradamente preparado para Anya, su hermanastra lloró y pidió las sales, en una tormenta de solidaridad, indignación y malos presentimientos, pero Madame Rosa permaneció tranquilizadoramente en calma. Se hablaría mucho, pero mientras Anya y Ravel se comportaran debidamente, todo pasaría. Para aliviar las circunstancias, haría que Gaspard dejara caer un comentario aquí y allá, insinuando que monsieur Duralde había hecho una visita a Beau Refuge, para inspeccionar algo, caballos o mulas. Que allí había enfermado de una fiebre desconocida, posiblemente contagiosa, por lo cual había insistido en que se le alojara bien lejos de la casa hasta su recuperación. Diría también que toda la familia daba gracias a Dios por que él hubiera estado presente al incendiarse la desmotadora. Anya tendría que soportar, quizá, algunas preguntas indiscretas y comentarios intencionados, pero todo quedaría discretamente cubierto, siempre que no surgieran consecuencias más graves.

Esa oblicua referencia aludía a un posible embarazo. Qué haría en ese caso era algo qué Anya prefería no pensar. Tal vez llegara un momento en que estuviera dispuesta a aceptar con gusto casarse con Ravel, cualesquiera que fuesen sus motivos. Y por eso se tornaba cada vez más importante descubrir qué clase de hombre era Ravel, de verdad.

Tampoco era eso lo único a averiguar. Su necesidad de saber qué había tras el intento de asesinato era enorme y no le permitía pensar en otra cosa, relajarse ni descansar. Tenía que hallar las respuestas de algún modo, cuanto antes.

Parecía sensato comenzar por interrogar a quienes mejor conocían a Ravel. Inmediatamente le surgieron a la mente tres personas. La primera era su madre, pero difícilmente revelaría algo más de lo que ya había dicho. De las otras dos, el más importante era Emile. Aunque había estado fuera de la ciudad, debía de tener una idea sobre el carácter de Ravel y la opinión que de él se tenía. La última persona era Simone Michel, la actriz, amante de Ravel.

Cuando Anya decidía qué había que hacer, se lanzaba a ello de inmediato. No tardó en sentarse ante el escritorio de su salita a redactar una nota pidiendo a Emile que fuera a visitarla. En cuanto hubo sellado la nota, la despachó por medio de un sirviente.

Su mensajero acababa de salir cuando oyó un golpe en la puerta. Anya dio su permiso para que entrara, pero al ver quién era se levantó de un brinco, asustada.

- ¡Marcel! ¿Qué haces aquí? ¿Ocurre algo en Beau Refuge?

- No, no. No se alarme, mademoiselle. No ocurre nada.

Anya vio entonces que llevaba un brazo en cabestrillo, pendiendo de una tela negra, tan similar a la de su chaqueta que le había pasado desapercibida.

- Parece que no estás bien - apuntó.

- Me fracturé la muñeca. El médico dijo que era sólo una fisura en el hueso. Por eso no lo sentí hasta después de que usted se fue, esta mañana. Los seguí con diferencia de una hora, pero maman me ordenó ir directamente al médico, sin molestarla a usted.

Anya mostró su impaciencia ante esos escrúpulos.

- ¿Te han atendido bien?

- Muy bien, después de mencionar su nombre.

- Debes quedarte unos días con nosotros, hasta sentirte bien, antes de volver al campo.

- Usted es la bondad personificada, mademoiselle - dijo el muchacho -, pero esto no es nada. Puedo volver ahora mismo, a menos que usted me necesite en la ciudad.

El joven merecía un descanso, aunque tal vez se negara a tomarlo si no se sentía útil. En la mente de Anya comenzó a tomar forma un plan. Una vez más, se sentó ante su escritorio, indicando:

- Toma asiento, Marcel. Hay algo que quiero conversar contigo.

Emile llegó una hora después. Al entrar en el salón, Anya lo encontró compartiendo el sofá con Celestine, regándola con absurdos cumplidos y comentarios jocosos, mientras Madame Rosa se abanicaba, sonriente, observando a la joven pareja. Celestine, ruborizada, reía, pero mantenía una cierta circunspección, tal como correspondía a una joven prometida a otro.

Semejante público no era lo que Anya había imaginado para su interrogatorio. Dejó pasar varios minutos llenos de bromas y de chismes frescos, antes de volverse a Emile con bastante franqueza.

- Necesito la opinión masculina sobre cierta cuestión, querido mío, si no te molesta. ¿Tendrías la amabilidad de acompañarme en un paseo hasta la plaza?

- Será un placer - respondió él de inmediato.

A pesar de sus buenos modales, Anya tuvo la sensación de que habría preferido seguir conversando con Celestine. La preocupaba pensar que el joven estuviera enamorándose de su hermanastra, pero así era el mundo. El amor rara vez se presentaba de un modo conveniente, repartido en proporciones exactas, a quienes tienen necesidad de él.

Anya y Emile dieron lentamente la vuelta a la plaza, mirando de vez en cuando los escaparates. El aire era fresco y agradable. Emile mantuvo la conversación en un tono ligero y fácil, meneando su bastón con aire desenvuelto, sin aires de impaciencia. Su actitud se parecía tanto a la de Jean que a Anya le resultó más fácil abordar el tema.

- En tu opinión, Emile, ¿cuál es el mejor medio de conocer a una persona?

Él le clavó una mirada inquisitivo.

- Depende de la persona en cuestión.

- Digamos que se trata de un hombre de cierta reputación. Si tú no quisieras depender de la opinión pública, ¿qué harías?

- Supongo que lo mejor sería hablar con él.

- ¿Y si no pudieras hacer eso?

- Hablaría con quienes lo conocen.

- Es lo que yo pensaba. Hace algunos días en el teatro, defendiste a Ravel Duralde. ¿Podrías decirme por qué?

- Me pareció que se le estaba criticando injustamente.

- Sí, pero ¿por qué pensaste eso? Si mal no recuerdo, se le acusaba de cobardía o, cuando menos, de no querer enfrentarse a mi futuro cuñado en el campo del honor. ¿Por qué pensaste que eso no era verdad?

- Uno se forma ciertas impresiones - observó Emile.

- ¿Cómo? - insistió ella.

- Por lo que otros dicen o cómo lo dicen.

- ¿Y qué dicen de Ravel?

- Me pides un imposible, Anya. No podría siquiera comenzar a decirlo.

Anya se dio cuenta de que estaba escurriendo el bulto. ¿Por qué? ¿La caballerosidad le impedía hablar de otro con una mujer o quería ocultar algún dato?

- ¿Alguna vez ocurrió algo extraño en un duelo concertado con él?

- Que yo sepa, no. Casi todos tuvieron lugar cuando él era más joven o en otros lugares, sobre todo en América Central. Según tengo entendido, allí se prefería el duelo para solucionar cualquier desavenencia.

- ¿Y qué sabes de sus otras actividades? ¿Alguna vez supiste que tuviera aventuras con mujeres casadas o que participara en aventuras peligrosas?

- ¡Anya!

- ¿Qué me dices?

- No.

El joven se tocó el delgado bigote con un gesto nervioso.

- ¿De dónde proviene su dinero? ¿No es extraño que haya ganado una fortuna de la noche a la mañana?

- Originariamente la consiguió en el juego. A partir de entonces la ha aumentado con habilidad, inteligencia y suerte en las lides financieras. - Se detuvo, exasperado -. ¿A qué viene todo esto, Anya? ¿Qué tratas de decir?

Ella lo miró, estudiándolo, rasgo por rasgo. ¿Debía confiar en él o no? Habitualmente, una se decidía por fe, no por lógica. Con franqueza, dijo:

- Quiero averiguar quién podría desear la muerte de Ravel Duralde.

- ¿A qué te refieres?

Su mirada era casi defensiva. Anya sintió un escalofrío. Había pensado decir la verdad a Emile, pero de pronto no le pareció prudente. Bien podía designarse protector de su honor y desafiar a Ravel. Era lo último que ella deseaba. Recurrió a la ficción ideada por Madame Rosa para explicar la presencia de Duralde en Beau Refuge y describió, después, el ataque de los matones y el incendio.

- Como comprenderás - concluyó -, la pregunta obvia es: ¿Quién contrató a esos hombres para matar a Ravel?

Emile Girod la escuchaba en sombrío silencio. Le sostuvo la mirada durante un largo instante. Luego apartó su vista.

- No lo sé - dijo con voz dura -, pero no he sido yo.

CAPITULO 12

Tras una o dos vueltas sin propósito, Emile y Anya habían terminado en la estrecha callejuela que corría a lo largo de tres calles, entre la del Canal y el hotel St. Louis. Allí era donde funcionaban casi todas las salas de armas, establecimientos donde se enseñaba el arte de la esgrima. Se oía el áspero repiqueteo de las hojas al cruzarse. La tarde era tan agradable que las puertas habían sido dejadas abiertas. Al oír ese ruido, Anya reprimió un estremecimiento: cuánta energía dedicada al mutuo daño.

Después de una brevísima pausa, dijo a Emile:

- Tú no trataste de matar a Ravel, ciertamente. La mera idea es absurda.

- Algunos dirían que tengo motivos.

Emile se tocó el pulcro bigote con un gesto nervioso.

- ¿Después de tantos años? No era eso lo que yo sugería. Sólo necesitaba tu ayuda.

Él movió la cabeza. Sus tranquilos ojos pardos aún estaban preocupados.

- Será un placer ayudarte en lo que pueda, Anya, pero temo que, tras haber estado tanto tiempo fuera del país, te seré inútil.

Había renuencia en su voz, y Anya no se sorprendió; los hombres estaban siempre bien dispuestos a dedicarse a sus propias intrigas, pero no les gustaba verse enredados en las de las mujeres. Tal vez habría sido mejor acudir a Gaspard. Pero tampoco el paciente compañero de Madame Rosa le habría complacido.

Un magnífico caballo negro que tiraba de una victoria abierta, pasó al trote tranquilo. La ocupante del vehículo era una mujer vestida de verde intenso. Su cabellera era deslumbrantemente rubia; su rostro, exquisito; su silueta, perfecta. No miraba a derecha ni a izquierda. El vestido de calle estaba ceñido al cuello y las muñecas, de modo muy discreto. Sin embargo, no era una auténtica dama.

Anya no hubiera podido decir por qué lo sabía. Tal vez la mujer se reclinaba con demasiada languidez en el asiento. Tal vez la sonrisa era demasiado alta y estereotipada, como la de quien está siempre dispuesta a complacer. El caso es que Anya se dio cuenta. Y pensó en Simone Michel, la amante de Ravel. No se parecía a esa mujer, pero la actitud de ambas era similar.

- No importa - dijo, lentamente, mientras seguía a la victoria con su mirada -. Creo saber quién podrá responder mejor a mis preguntas. ¿Me acompañarías a una visita?

Él accedió con presteza y le ofreció el brazo como apoyo, pues las grandes lajas del pavimento dificultaban la marcha. El entrechocar de armas, en derredor de ellos, era a veces musical, a veces irritante. El sol ya no llegaba hasta el callejón, comenzaba a sentirse algo de frío y de humedad.

Por el otro lado del pasaje entró un hombre, seguido por un enjambre de muchachitos. Era de estatura mediana, delgado hasta la flacura, y el bigote oscuro le caía por debajo de los labios. Sus ojos tenían el brillo de la fiebre, pero caminaba con la seca elegancia del espadachín.

- ¿Quién es? - murmuró Emile.

- Luis de Salvo. Al menos, así se hace llamar. Llegó hace pocas semanas, pero ya se ha establecido como gran maestro de armas, aunque le molesta cierta herida en un pulmón. Su juego de espada es como el rayo. El cementerio de San Luis tiene un rincón que se va llenando lentamente con sus víctimas.

De Salvo distribuyó algunas monedas entre sus pequeños acompañantes y entró en una de las salas de armas. Inmediatamente se oyeron saludos y bromas amables en el interior.

En el momento en que Anya y Emile pasaban por esa puerta, una voz resonó por encima de las otras. De lo contrario, Anya no habría descubierto que allí estaba Murray, de pie, en el círculo que rodeaba a De Salvo. Tenía la cabeza echada hacia atrás, festejando con una carcajada el comentario de un compañero, y se apoyaba en un florete con botón, con la familiaridad de quien maneja el arma con frecuencia. ¿Desde cuándo practicaba esgrima? A Anya le resultó intranquilizador verlo allí, entre hombres que lo hacían desde la niñez. Por no hacerle pensar que lo estaba espiando, apartó la mirada antes de llamar su atención y siguió su marcha junto a Emile.

Ambos conversaron de temas sin importancia mientras caminaban hacia St. Philip. Al acercarse a las habitaciones de la actriz, situadas sobre el almacén, Emile comenzó

a mostrarse intranquilo. Por lo visto, temía verse involucrado en una desagradable confrontación entre mujeres.

- Anya, esto no es... correcto - dijo, haciendo una pausa junto al portón de hierro.

- No, pero no veo alternativa. Tú mismo has dicho que debía interrogar a quienes mejor lo conocieran. ¿Y quién mejor que su ... ?

- Sí - interrumpió él, apresuradamente -, pero tú no deberías conocer la existencia de esta mujer, mucho menos visitarla.

- Escandaloso, ¿verdad? - Ella lo miró francamente, con un desafío en los ojos -. Con los años que has vivido en Francia, deberías haber perdido esas ideas provincianas.

- Te aseguro que en París los cánones de conducta para las señoritas de buena familia son tan estrictos como los nuestros. Allí hay sólo dos especies de mujeres: las damas y las que no lo son. Y no hay tratos sociales entre ellas.

- Esto no es una visita social. Pero si prefieres dejarme sola...

- Sabes que no puedo dejarte.

Su tono mohíno lo hacía parecer muy joven. Ella inclinó su cabeza.

- ¿Te preocupa tu propia reputación?

- No, por cierto - replicó él, expresando su desdén por la cuestión.

- En ese caso, deja que yo me preocupe por la mía.

Alargó su mano hacia el picaporte del portón. Emile, con una imprecación sofocada, se lo impidió para abrir él mismo y se hizo a un lado, dejándola pasar. Su desaprobación era como un peso detrás de ella.

En el patio había algunos arbustos y un rosal en flor; en la parte trasera se veía una arcada, por la cual asomaba una escalinata que llevaba a la galería superior. Hacia allí se encaminó Anya, barriendo las hojas muertas con su falda.

Una criada les abrió la puerta. Tenía el color de tez y el aplomo de las cuarteronas. Tomó el sombrero y el bastón de Emile, junto con la tarjeta de visita de Anya, y los invitó a sentarse en el salón, mientras ella iba a consultar con su señora.

Anya miró en derredor con interés, sentada en el borde de la butaca. Emile, demasiado inquieto para seguir su ejemplo, permaneció de pie a su lado. El salón estaba lleno de terciopelo carmesí hasta la pesadez, entre oscuros muebles góticos y profusión de pequeños adornos. Estaba bastante pulcro, pero se respiraba en él el aire deprimente de aquellos sitios cuyos ocupantes son transitorios. Aquel intento de imponer un sello personal mediante la colección de recuerdos y magros triunfos pasados resultaba extrañamente patético.

Al cabo de algunos minutos se abrió la puerta que daba a las otras habitaciones de la casa. No fue la actriz quien apareció sino la doncella, con un papel plegado en su mano. Después de dedicarles una sonrisa nerviosa, sin decir palabra, se alejó por la escalera. Anya y Emile intercambiaron una mirada con las cejas arqueadas, pero no dijeron nada. Los minutos pasaban lentamente. Por fin, volvió a abrirse la misma puerta.

Simone Michel entró en el cuarto con una bata de brocado de color ciruela, decorado con trenzas negras; llevaba su pelo oscuro peinado con descuido, como si acabara de levantarse. Sobre sus curvas opulentas y sus graciosas redondeces, el rostro, sin maquillaje teatral, parecía más delicado y, al mismo tiempo, más decidido. La sensual plenitud de su boca se curvaba en una sonrisa tensa; en sus ojos, grandes y luminosos, había una luz alerta.

- Perdóneme por hacerla esperar, mademoiselle Hamilton - dijo -. Me estaba vistiendo para ir al teatro. ¿Gustaría de una copa de jerez? Lamento no poder ofrecerle algo mejor, pero no esperaba visitas.

A pesar de sus corteses palabras, su tono era enérgico y exigía una explicación inmediata. Anya, que sólo pedía ir al grano, se sintió poco dispuesta a dejarse presionar por ella o a permitirle llevar las riendas de la conversación.

- Aunque no hemos sido presentadas, mademoiselle Michel - dijo amablemente -, la he visto actuar en varios papeles, durante el invierno. Permítame felicitarla por su éxito y por sus considerables condiciones de actriz.

- Gracias.

La respuesta tenía un dejo de sorpresa y no poca desconfianza.

- No creo que usted conozca a Emile Girod. Es un querido amigo, que ha vuelto hace muy poco de París.

Anya señaló a Emile con un breve ademán.

El joven, sin fallarle, se adelantó para ejecutar una perfecta reverencia sobre la mano de la actriz.

- Encantando, mademoiselle. Estoy a su servicio.

Anya no dio a la actriz tiempo de responder.

- No hará falta que se moleste en servirnos nada, aunque ha sido muy amable al ofrecerlo, cuando nos presentamos sin previo aviso. Habíamos salido a caminar y a disfrutar de esta bella tarde, pero sentí el impulso de visitarla.

- Comprendo - dijo la otra, aunque su tono tieso dejaba entrever que no era cierto.

Fue a sentarse en una silla, extendiendo sus faldas en derredor.

Anya vacilaba, estudiándola. La actitud de superioridad que había asumido le pareció súbitamente equivocada. No la ayudaría hacerse enemiga de esa mujer.

- No - dijo Anya, relajando su rígida postura, mientras meneaba su cabeza con una irónica sonrisa -, no puede comprender, por supuesto. El hecho es que tengo un problema y pensé que usted podía ayudarme. Se refiere a un conocido común: Ravel Duralde.

- ¿Ravel?

La actriz aún se mostraba alerta, como si temiera una acusación y un ataque.

- Hace menos de veinticuatro horas, alguien trató de matarlo.

Simone ahogó una exclamación, con sus ojos muy dilatados.

- Pero ¿quién fue? ¿Por qué?

- No lo sé. Pensé que usted podía darme una idea.

- ¿Yo?

La actriz miró fijamente a Anya, mientras recobraba poco a poco su compostura. Se inclinó hacia adelante, bajando su mano para aferrarse al brazo de su sillón, y preguntó directamente:

- ¿Por qué se interesa usted en eso?

Era una excelente pregunta, aunque Anya había logrado ignorarla hasta ese momento. Le espetó lo primero que se le ocurrió.

- El ataque se produjo en mi propiedad. Naturalmente, me siento algo responsable.

- ¿Y qué hacía en su propiedad?

- Fue por cuestión de negocios... de ganado - respondió Anya, agradeciendo para sus adentros la útil inventiva de Madame Rosa.

Simone arqueó una ceja.

Librodot

- ¿Y usted no sabe nada del duelo al que faltó mientras se hospedaba en su casa?

- Los hombres no hablan de esas cosas - dijo Anya, evasiva -, pero usted podría decirme quiénes son sus enemigos y por qué intentaron matarlo.

La actriz guardó silencio por un largo instante.

- Mi relación con ese caballero no data de muy antiguo.

- Aún así, usted ha de saber algo.

- Ravel no habla mucho. Es hombre de acción.

Una sonrisa de complicidad cruzó la cara de la otra, y los dedos de Anya se curvaron, clavando las uñas en sus palmas. Aunque no hizo comentarios, esperó a que la actriz continuara.

- Es una persona extraña. Llega y se va a horas desacostumbradas y con amigos muy peculiares. No me sorprendería que tuviera enemigos, teniendo en cuenta la vida que ha llevado: hombres vencidos en duelos o en mesas de juego, o adversarios de sus ideas políticas. Pero temo no poder darle nombres.

Anya asintió. Dando a su voz un tono cuidadosamente objetivo, preguntó:

- ¿Qué tipo de hombre es, desde su punto de vista?

Simone se reclinó en la silla:

- Generoso, exigente, inventivo, fuerte.

Anya tuvo la sensación de que se le estaba ofreciendo un cebo. Y efectivo, pues el tono suave de la actriz conjuraba imágenes ardorosas, dolientes. En alguna parte, hacia atrás, se abrió una puerta. Sin prestarle atención, ella preguntó, abrupta:

- ¿Diría usted que es honorable?

- A su modo.

- ¿Es capaz de asesinar?

- ¡De asesinar!

La actriz volvió a incorporarse.

- ¿Sí o no?

En el umbral de la puerta se oyó un suave paso.

- ¿Por qué no me lo pregunta a mí? - preguntó Ravel.

La cuarterona que lo había llamado se escurrió hacia la parte trasera de la casa. Anya se puso de pie y Emile se adelantó un paso, en un gesto protector.

Ravel los miró alternativamente; sus ojos negros eran fríos, amargos y densos. La idea de que ella, después de todo lo compartido, pudiera considerarlo capaz de asesinar, era como un cuchillo que lo desgarraba por dentro.

Anya no supo qué decir; sus palabras no pasaban por el nudo de su garganta. Ni siquiera sabía por qué había hecho esa pregunta.

- ¿Qué sucede? - preguntó Ravel, con un dejo cruel en su voz, observando a Anya -. ¿Ha perdido usted interés en la respuesta? ¿O le abochorna haber sido descubierta aquí? ¿Teme que yo divulgue el sitio en que la he encontrado? ¿No hay crimen del que me absuelva?

Antes de que ella pudiera contestar, Emile dijo:

- Será mejor que nos retiremos, Anya.

- Oh, por fin se da cuenta usted de que no ha sido correcto traerla aquí - sugirió Ravel -. Lástima que no haya sido antes.

- No tiene por qué descargar su rencor contra Emile - dijo Anya -. Me acompañó contra su voluntad; de lo contrario, yo habría venido sola.

- Bien lo imagino.

- Ravel, querido mío - dijo Simone, levantándose para tomarlo del brazo -, qué feroz pareces. No hay necesidad de que te acalores. Sólo estábamos conversando amistosamente.

La otra mujer miró a Anya con una expresión cargada de significado. No era difícil comprender el silencioso mensaje: necesitaba de su ayuda para evitar el duelo que podía resultar de ese enfrentamiento. Anya puso su mano bajo el codo de Emile.

- Creo que tienes razón, Emile - dijo -. Será mejor que nos vayamos. Mademoiselle Michel, ha sido muy amable al recibirme.

- Fue un placer. Quizá volvamos a vernos.

Anya sonrió, mientras aplicaba presión sobre el brazo de Emile, a fin de encaminarlo hacia la puerta.

- Ojalá sea así.

Ravel los dejó ir. ¿Qué sentido tenía retenerlos? Lo último que deseaba era volver a oír la opinión que Anya tenía de él ni cruzar su espada con Emile Girod. ¡Dios, qué cansado estaba! Le dolía la cabeza por todo lo hecho en poco tiempo y en la espalda sentía brasas encendidas. Encogiendo un poco sus hombros para aliviarse, fue a la ventana que daba al patio.

- Has sido muy gentil al venir tan pronto - dijo Simone -, sobre todo considerando que llevabas un tiempo sin visitarme.

- Tu doncella dijo que era urgente - respondió él, apartando las cortinas para mirar hacia abajo, donde Anya y Emile caminaban hacia el portón.

- ¿Fue por eso o porque te envié su tarjeta?

Ravel se volvió.

- ¿Quieres saberlo, de verdad?

- No - respondió Simone, con voz áspera y estrangulada, al tropezar con su mirada dura -. No, no quiero.

Giró en redondo y, recogiendo sus pesadas faldas de brocado, salió del cuarto y cerró de un portazo su alcoba.

Los rayos agonizantes del sol pintaban el cielo de lavanda y oro. El color se reflejaba en el agua estancada en la alcantarilla, en el centro de la calle. Anya lo contempló con el ceño furiosamente fruncido. Ravel Duralde podía ser asesino o no, pero no se podía negar que era un bribón. Después de haberle hecho el amor, acudía presuroso en auxilio de su amante. ¡Malditos los hombres y sus temperamentos quisquillosos! Una tenía que pasarse la vida caminando en puntillas frente a ellos y salvándolos de sus propios impulsos mortíferos. Además, no era asunto suyo lo que ella hiciera, a quién visitara, a quién eligiera como escolta. No tenía por qué regañarla como si fuera una muchachita criada en el convento.

Emile apoyó una mano en los dedos que le aferraban el brazo.

- No camines tan de prisa, Anya. Te cansarás y la gente nos mira.

Ella moderó su paso.

- Disculpa - murmuró.

- Comprendo que estés alterada, pero lo que ha ocurrido allá arriba no es para tanto. Tengo la sensación de que hay más en el fondo de lo que me has dicho. ¿No crees que yo debería saberlo, si puedo hacerme matar por eso?

- Supongo que sí - reconoció ella, entristecida.

Librodot

Pero no dijo más, porque un movimiento abrupto le llamó la atención. Estaban en la zona donde los garitos y las tabernas comenzaban a filtrarse entre casas más respetables. Lo que había visto era el rápido giro de un hombre que, después de mirarla fijamente desde la puerta de una taberna, entraba nuevamente con brusquedad. Era corpulento y vestía ropas raídas, como tantos otros. Habría pasado desapercibido de no ser por el movimiento. Pero ese gesto la hizo detectar, con el rabillo del ojo, el pelo colorado bajo el sombrero. Lo reconoció inmediatamente.

- Ese hombre - exclamó, deteniéndose tan súbitamente que sus enaguas giraron hacia las piernas de Emile- era el jefe de la banda que trató de matar a Ravel.

- ¿Qué? - exclamó él -. ¿Dónde?

- Allí dentro.

Sin esperar más, Anya recogió sus faldas y corrió hacia la puerta, atravesando el grupo de hombres que la rodeaban, sin prestar atención a sus comentarios. Ni siquiera se detuvo a ver si Emile la seguía. Recorrió con la mirada a los parroquianos, unos veinte hombres sentados a las mesas, entre barriles y olor a cerveza rancia, pero ninguno era el que ella buscaba. Comenzó a caminar hacia la puerta trasera.

- ¡Espera, Anya! - llamó Emile.

Ella no le prestó atención. Después de abrir la puerta, cruzó el estrecho vano, sintiendo que se le desgarraba la tela de sus faldas contra el marco, pero no tuvo tiempo de afligirse. Estaba en un patio sucio y ruidoso; a juzgar por el olor, sus rincones se usaban como excusado. Como oyera pasos precipitados, recogió sus faldas y corrió en esa dirección hasta salir a una abertura sin puerta en la alta pared, que daba a otra calle.

Emile la llamaba. Sin dejar de correr, ella gritó:

- ¡Por aquí!

La calle, una avenida trasera, estaba desierta entre casas silenciosas. En alguna parte, a la derecha, se oyó el chillido de un gato asustado, que salió de un callejón con su pelo erizado. Hubo una maldición ahogada y nuevos pasos pesados. Anya, con sus faldas al vuelo, corrió en dirección al ruido.

Una calle. Dos. Girar en la esquina a la izquierda. Su sombrero le rebotaba en la espalda, sujeto sólo por las cintas. Oía los pasos que la seguían, si bien Emile ya no gastaba aliento en pedirle que se detuviera.

Hacia adelante se oía la música bullanguera de un violín y un acordeón, voces y risas. Aunque sin aliento por la presión del corsé, que le apretaba los pulmones, Anya se obligó a correr esos últimos metros.

Surgió abruptamente a la luz y aminoró el paso, mirando alrededor con los sentidos súbitamente alertas. Había algo extraño en ese ambiente. No le gustaba.

Su atención se desvió hacia el jefe de los matones, el hombre a quien llamaban Red. Iba abriéndose paso por una multitud de hombres que rodeaban la puerta de una casa, en cuyo balcón había una mujer. Le echó un último vistazo y se deslizó al interior. Anya, con fuego en los ojos, echó a andar tras él.

- ¡No, usted no va!

La voz sonó detrás de ella, al tiempo que una mano de hierro la sujetaba por el brazo, girándola. Era Ravel. Lo miró por un instante, atónita, antes de tironear de su brazo.

- ¡Suélteme!

- ¡Necesita que la cuiden! - dijo él, apretando sus dientes -. Por todos los diablos, ¿se ha fijado adónde va?

- Ese hombre ha entrado en esa casa. Es el jefe de la banda que estuvo en Beau Refuge. ¡Si no me suelta se escapará!

- ¿Y qué piensa hacer si lo atrapa? - Él le dio una sacudida -. ¿Rogarle gentilmente que le diga quién es el patrón?

- ¿Me toma por idiota? ¡Quiero averiguar dónde se oculta para traer a la policía!

- A la policía - dijo él, lleno de sarcasmo -. La policía no viene aquí si no es a plena luz del día y en grupo. Mire a su alrededor. Ésta en la calle Gallatin.

Anya cesó de debatirse y volvió lentamente su cabeza.

Calle arriba y calle abajo, todo eran almacenes y tabernas, entre las cuales circulaban marineros, estibadores, campesinos y granjeros: todos ellos ebrios, sucios y sin afeitar. Entre ellos, las mujeres no tenían mucho mejor aspecto; sus cuerpos desbordaban las galas raídas, en caprichosa exhibición. La del balcón afectaba poses audaces, exhibiendo los pechos pendulares y levantando su falda. No cabía duda de que la casa era un burdel.

Anya se humedeció los labios y dijo, tratando de mantener la voz firme:

- Podría entrar usted en busca de ese hombre.

- ¿Dejándola a usted sola aquí? Antes de que me perdiera de vista, la tendrían de espaldas en el suelo, con sus faldas sobre la cabeza y una fila de hombres esperando.

Ella enrojeció.

- No se complazca tanto con la perspectiva. Emile podría quedarse conmigo. ¿Dónde está?

- Lo he enviado en busca de mi carruaje.

- ¿Su carruaje? Cuando quiera volver a mi casa, lo haré caminando.

En verdad, estaba exhausta, pero no pensaba admitirlo.

- Yo no - replicó él, con voz dura.

- ¿O sea que se irá, dejando escapar al jefe de esos hombres? ¿Para qué ha venido, entonces? ¿Qué está haciendo aquí?

- Siguiéndola a usted, ¿no se da cuenta? Tenemos que discutir algo.

Con palabras más frías que la escarcha, ella apuntó:

- No imagino qué.

- ¿Ah, no?

Emile se acercó en el carruaje, asomado por la ventanilla. Anya hubiera podido escapar, pero no le encontró sentido. Seguía preguntándose qué deseaba ese hombre de ella y por qué había demostrado tan poco interés por el jefe de la banda.

El coche de Ravel olía a cuero abrillantado. Al ritmo rápido impuesto por el cochero, se bamboleaba sobre la calle desigual, pero al poco tiempo llegaron a una vía pavimentada. Ravel echó una mirada a la joven, que permanecía muy rígida, con su sombrero en su regazo. Ravel la observaba, muriéndose por poseerla, por besarla hasta que la falta de aire le impidiera resistirse. En adelante, sólo así podría tenerla. A menos que su apuesta diera resultado. Pero la suerte no era una dama, sino una ramera burlona, que sólo se deja atraer por quienes la desdeñan, y él no lo ignoraba.

El carruaje se detuvo ante la casa de Madame Rosa. Emile se inclinó para abrir la portezuela, diciendo:

- Te acompañaré.

Librodot

- Quédese donde está - ordenó Ravel, con voz firme -. Mi cochero lo llevará a donde quiera ir. Yo me encargaré de Anya, pues necesito hablar con Madame Hamilton.

La joven le echó una mirada curiosa, captando en sus palabras algo portentoso.

- Un momento - protestó Emile -. Es responsabilidad mía ver que Anya... la señorita Anya, llegue a su casa sana y salva. Está bajo mi cuidado.

- ¿Su cuidado?

La pregunta de Ravel tenía una ironía tan mordaz que Anya vio encogerse al hermano de Jean. Con mano ligera, tocó la muñeca del joven.

- Eres muy galante, pero no te molestes. No hay ningún problema.

- Si estás segura... - respondió él, con orgullo ofendido.

- Muy segura.

Ravel, sin esperar más, abrió la portezuela y bajó, ofreciendo su mano a Anya. A una orden suya, el carruaje se alejó, mientras la joven echaba a andar hacia la casa, sin esperar que él le ofreciera su brazo.

- ¿De veras tiene algo que hablar con Madame Rosa? - preguntó, agriamente en tanto subían a las estancias superiores.

- Sí, en efecto.

Anya no pudo reunir interés para preguntarse de qué podía tratarse. Estaba demasiado cansada. Aún así tenía que cumplir ciertos deberes. En vez de dejar a Ravel al cuidado de los sirvientes, se sintió obligada a preguntar personalmente a su madrastra si podía recibirlo.

Madame Rosa estaba leyendo una novela, con sus gafas encaramadas a la nariz y un cortapapeles en la mano. Al verlos entrar, retiró sus pies del banquillo y adoptó una postura tiesa.

- Comenzaba a preocuparme - dijo, pero se interrumpió al ver el desaliño de la muchacha. Entonces se levantó -. ¿Dónde está Emile?

Ravel dio un paso adelante.

- Yo lo he convencido de que me permitiera acompañar a Anya en su lugar. Espero que perdone mi intromisión, Madame Hamilton.

- Desde luego, monsieur Duralde.

La voz de la anciana tenía poca calidez y menos cordialidad, pero sí el autodominio necesario para mostrarse cortés. En su mirada astuta había algo de apreciación y cálculo.

Ravel aspiró profundamente y puso el orgullo en la palma de sus manos.

- Sé que cuanto voy a decir será una sorpresa... pero quizá no. De un modo u otro, confío en que usted lo tomará con buena voluntad, recordando obligaciones recientes. He venido a solicitarle, Madame, formalmente y con todo el respeto debido, la mano de su hijastra Anya, para desposarla.

CAPITULO 13

- ¡No!

La respuesta no fue de Madame Rosa, sino de Anya. No había pensado hablar; hasta había supuesto que no podría hacerlo, por el dolor que crecía en sus entrañas. Esa sola palabra, resonante de enojo y repulsión, pareció vibrar en el aire.

- ¿Por qué?

La voz de Ravel sonó peligrosamente suave.

Ella abrió su boca para aniquilarlo, diciendo que no tenía intenciones de caer tan fácilmente en su necesidad de venganza. Algo se lo impidió. No fue sencillo pronunciar la respuesta formal, pero logró hacerlo.

- No congeniaríamos

- Anya - dijo Madame Rosa, con un dejo de ansiedad, mirándolos a ambos -, no te apresures. Siéntate y analizaremos el asunto.

- No hay nada que analizar. Monsieur Duralde me ha pedido en matrimonio, tal como lo exigía el honor, y me he negado. No hay nada más que decir.

Ravel soltó un resoplido de disgusto.

- El honor no tiene nada que ver con esto, y usted lo sabe muy bien.

- Oh, sí, lo sé - replicó ella, clavándole una larga mirada.

A veces, se dijo Ravel, ser un caballero resulta muy inconveniente. Contuvo con dificultad las ganas de estrangular a Anya con su propia cabellera o de llevársela cargada al hombro. Por Dios, ¿qué le estaba ocurriendo? ¿Cómo era posible que ella lo obsesionara hasta ese punto? Era bella, orgullosa, valiente, pero había mil mujeres con las mismas virtudes. Era una locura buscarse esas humillaciones, hasta la ruina de sus planes tan bien trazados, por conseguirla. Se volvió hacia Madame Rosa.

- Su hijastra está en peligro por mi causa. Quiero el derecho de protegerla y deseo reparar el daño que causé a su buen nombre.

- A mí no me parece descabellado - apuntó Madame Rosa a Anya.

- Porque usted no lo conoce - exclamó ella.

- ¿Y tú sí, después de unos pocos días?

- Más de lo que quisiera.

Anya se apartó de ellos para quitarse el sombrero y los guantes. Debía mostrarse cortés. Era inútil gritar y rabiar. ¿Cuál habría sido su respuesta, se preguntaba, si él hubiera acudido con palabras de amor y de deseo, en vez de traer frases de frío raciocinio? Se estremeció al pensarlo. En su carácter había un punto débil, cuando de Ravel se trataba; bien habría podido caer en esa trampa.

- Anya - comenzó él, con voz firme, pero con una nota desgarrante.

- ¡No! - La joven estrelló sus guantes sobre la mesita -. No, no voy a casarme con usted. ¡Jamás! ¿Me entiende?

Ella lo despreciaba. Por lo tanto, no había motivo para no mostrarse completamente despreciable.

- Jamás es mucho tiempo. ¿Y si yo le dijera que se casase conmigo para que no muriera el novio de su hermana?

Ella palideció.

- No sería capaz.

- ¿No?

- Es inhumano. No podría matar a un hombre por semejante motivo. Lo sé.

- Su confianza es conmovedora, aunque mal entendida.

Librodot

Confianza. Ése era el ingrediente que faltaba en sus relaciones con ese hombre. Había en él cosas que no comprendía y sospechaba que él ocultaba otras. Sin embargo, estaba segura de que no aniquilaría a Murray por ella. Levantó su barbilla altiva.

- No importa. Este asunto ha concluido entre nosotros. Al menos, eso tenía entendido. Según recuerdo, usted juró no provocar a Murray. Si no puedo depender de la palabra que entonces empeñó, ¿cómo espera que lo haga ahora?

En el fondo de su mente, Ravel admiró a su pesar la firmeza de esa postura lógica, pero duró poco. Había jugado su última carta y no le quedaba nada por hacer. En voz baja, pero con un dejo de acero, dijo:

- No lo espero. De usted no espero absolutamente nada. Pero de una cosa puede estar segura: esto no termina aquí.

La puerta se cerró tras él. Anya permaneció inmóvil, mirando la nada.

Madame Rosa, pensativa, habló por fin.

- Ah, querida, ¿te parece que has sido prudente?

Con visible esfuerzo, Anya le dedicó una sonrisa cansada.

- Tal vez no, pero era necesario.

- ¿No te has mostrado... algo apresurada?

- Quién sabe... - Después, al asaltarla un recuerdo, prosiguió- : ¿A qué se refería al hablar de «obligaciones recientes»?

Madame Rosa la miró con blandura.

- ¿Eso ha dicho?

- Ha sido como si le recordara algo para asegurarse su aprobación y hasta su apoyo. ¿Verdad?

- Querida, ¿qué estás diciendo? - El tono de la señora palpitaba de inquietud -. Sabes que sólo quiero lo mejor para ti.

Anya, suspirando, se frotó los ojos.

- Sí, lo sé, perdone.

No dijeron más. Anya fue lentamente a su habitación y se cepilló la cabellera. Atraída por el aleteo de una polilla contra las puertas ventana las abrió y salió a la galería que daba al patio.

Había caído la noche. Desde la cocina le llegaba el ruido del trabajo y el olor de sabrosos platos. Eso no le despertó el apetito. Decidió que, después de bañarse para borrar parte del cansancio, comería algo ligero en su habitación. Luego se acostaría para dormir doce horas.

- ¿Eres tú, Anya?

Celestine asomó su cabeza por la puerta más cercana. Debía de estar preparándose para cenar, pues vestía una bata rosada y llevaba el pelo suelto. Se la vela muy joven y atractiva, pero también muy preocupada.

- Sí, querida.

Celestine abrió la boca para hablar, pero al ver a Anya a la luz de las lámparas se asombró:

- Oh, ¿qué ha ocurrido ahora?

- Nada grave - respondió ella, irónica -. ¿Necesitas algo?

- Sólo hablar contigo un momento.

Anya le echó un vistazo a su hermana y supuso que se trataba de algo delicado. Con frecuencia había sido depositaria de sus confidencias y no podía negarse en esa ocasión.

- ¿Quieres venir a mi habitación cuando estés vestida?
- No te preocupes - dijo la muchacha, observándola -. No tiene importancia.
- ¿Estás segura?
- Lo mismo da por la mañana.
- Pero mañana es martes de carnaval - le recordó Anya. Celestine sonrió, brillante.
- Sí. ¿Iremos al desfile?

Lo que menos deseaba Anya en esos momentos era incorporarse a una multitud bulliciosa, pero no podía arruinar el placer de su hermana.

- Claro que sí.
- Me alegro. Pensé que cambiarías de idea, después de...
- Nada ha cambiado - dijo Anya, al interrumpirse Celestine, azorada.
- Te veré por la mañana, entonces.

Y Celestine volvió alegremente a su habitación.

Anya entró en la suya, diciéndose que acababa de mentir. Todo había cambiado. Todo.

Tres horas después Anya yacía en su cama, con la vista perdida en la oscuridad, demasiado exhausta para dormir. El baño no había logrado relajarla. Por su mente pasaban, una y otra vez, las caras brutales de los hombres que la apresaran en Beau Refuge. La habían hecho sentir vulnerable, incapaz de defenderse, y eso no le gustaba. Estaba llena de ira, y Ravel era parte de ese sentimiento. También él le había demostrado que era vulnerable a las necesidades de la carne, y ella no se lo perdonaría con facilidad.

En derredor, la casa estaba silenciosa; todos los sirvientes, concluidas las tareas, se habían acostado. En alguna parte ladró un perro. De vez en cuando, el ruido de un carruaje atravesaba las gruesas paredes. Había oído a Celestine y a Madame Rosa pasar rumbo a sus cuartos, poco después de la cena, conversando en voz baja. Anya se preguntó qué pensaría Celestine de la propuesta matrimonial.

Una propuesta matrimonial. De haber aceptado a Ravel como esposo, habría tenido una boda con azahares y raso blanco, un montón de regalos y la bendición de un sacerdote. Después..., ¿noches de pasión y días de desprecio? ¿Toda la vida con un desconocido que podía llegar a detestar su prisión legal como había detestado su cautiverio en Beau Refuge?

Anya hundió la cabeza en la almohada. No quería seguir pensando. Estaba dispuesta a cualquier cosa con tal de no pensar. Unos pocos minutos más y llamaría a una doncella para que le trajera el agua de azahar de Madame Rosa. Necesitaba dormir, de cualquier modo.

En las puertas ventana que daban a la galería se oyó un suave rasgueo. Anya dio un respingo tan violento que sacudió la cama y se incorporó. Las puertas estaban bien cerradas contra los hálitos nocturnos, pero no con llave. Contra la luz de la luna se recortaba la silueta de un hombre, que, ante los ojos de Anya, tomó el pomo de la puerta y comenzó a girarlo.

El hombre asomó la cabeza y entró sin hacer ruido. Dio un paso hacia la cama. Otro. Anya rompió su parálisis y abrió la boca para gritar.

- ¿Mademoiselle?

La joven dejó escapar el aliento.

- ¡Marcel! ¡Casi enloquezco de susto!

- Lo siento, mademoiselle, pero usted dijo que viniera de inmediato cuando tuviera la información. No sabía si despertarla o no.

- Está bien. - dijo ella apresuradamente -. ¿Tienes noticias?

- Creo que sí, mademoiselle. Fui a los establos de monsieur Ravel, como usted me indicó, y compartí con el cochero una botella de ron. Así supe que, todos los lunes por la noche, desde hace dos meses, el señor Ravel ha pedido su carruaje a las diez en punto para ir a una dirección de la calle Rampart.

- ¿Alguna cuarterona? - preguntó Anya, frunciendo el ceño.

La calle Rampart era bien conocida por ser allí donde los hombres de la ciudad alojaban a sus amantes, casi todas bellas mujeres con un cuarto de sangre negra y tres cuartos de blanca. Aunque la práctica había sido declarada ¡legal ocho años antes, la costumbre no quedaba abolida; simplemente se habían dejado. sin derechos legales a esas mujeres y a los hijos de esas uniones.

- No, mademoiselle. Es una casa donde se encuentra con otros hombres, veinticuatro o veinticinco. El cochero los ha visto al volver por el señor, dos horas después.

- Comprendo - dijo ella, pensativa.

- Hoy es lunes.

Ella levantó la cabeza.

- ¿Qué hora es?

- Apenas las diez y media

- ¿Y por qué no lo has seguido?

La voz de Marcel tenía un dejo de reproche.

- No hay necesidad. Conozco la casa, mademoiselle, y pensé que usted querría verla.

Ella apartó el edredón a un lado.

- Tienes razón, por supuesto. Espérame afuera... No, busca un coche de alquiler. No quiero despertar a toda la casa para hacer sacar el nuestro.

- Tengo uno esperando - dijo Marcel, con dignidad.

Anya soltó una risa de alivio. En parte, por la posibilidad de hacer algo y descubrir algo sobre Ravel, por fin. En parte, por la eficiencia de su ayudante.

- Muy bien. En un momento estaré contigo.

Despidieron al carruaje varios metros más allá de la casa en cuestión. Por lo visto, los asistentes a la reunión habían hecho lo mismo, pues no se veía ningún vehículo en la calle que atestiguara su presencia. Por las persianas de la casa se filtraba la luz de las lámparas, pero no se veían movimientos ni había ruido alguno. En ese sitio, la calle misma estaba a oscuras; en ese vecindario los transeúntes no querían mucha iluminación sobre sus idas y venidas.

Anya, con Marcel a la derecha, se mantuvo a la sombra, avanzando de un parche de oscuridad al otro. No se había puesto corsé ni miriñaque y llevaba apenas un mínimo de enaguas para poder caminar con más facilidad. Ambos se deslizaron entre dos casas vecinas para acercarse a la vivienda indicada por la parte trasera. Marcel pisó un juguete abandonado y tropezó con Anya, quien trató de sujetarlo por reflejo,

arrancándole una exclamación de dolor al golpearle la muñeca herida. Su murmullo de disculpa resonó como un grito estentóreo entre tanto silencio.

Siguieron caminando hasta que la casa iluminada quedó delante de ellos.

Anya se detuvo a mirar esa casita con un escalofrío. Desde el momento en que bajara del carruaje se sentía desencantada con el proyecto. Espiar a Ravel parecía innoble, además de peligroso. Pero además tenía miedo de lo que pudiera descubrir. Después de todo, ¿qué importaba lo que hiciera Ravel? Si descubría algo en su contra se vería en el dilema de permitirle seguir adelante o hacer algo para impedírselo, y no deseaba verse en esa situación.

Con una lejana sensación de verse impelida a actuar, se acercó a una ventana lateral. Marcel, sin necesidad de órdenes, se encaminó hacia la salida posterior.

Era lógico suponer que habría un guardia, si la reunión era clandestina, pero no se veía a nadie. Anya se agazapó bajo la ventana y espió por entre las ranuras de la persiana.

Soltó una leve exclamación. Sentado directamente frente a ella estaba Gaspard, el fiel caballero de Madame Rosa, inclinado hacia adelante, con el ceño fruncido en señal de concentración. Su presencia fue tan inesperada, tan incomprensible que Anya tardó un momento en seguir observando.

Se trataba de un salón de incongruente elegancia, con muebles de estilo Luis XIV, decorado en azul y crema, con tanto refinamiento como el de Madame Rosa o cualquier otra dama criolla. En su campo de visión contó a nueve hombres, aunque el rumor de voces denunciaba a un número mayor. Algunos estaban sentados; otros, de pie contra la pared. Ravel, apoyado contra una mesa, descansaba una mano contra el mango de un martillete, con el que jugaba a ratos, en tanto escuchaba a un hombre que hablaba a su izquierda.

De pronto, en esa reunión masculina se produjo una leve agitación.

Una mujer de elegante gracia surgió desde la parte trasera, con una bandeja de plata, y comenzó a recoger las copas vacías. Pero se veía que no era una sirvienta. Su vestido de seda lucía la última tendencia de la moda y su pelo estaba peinado con buen gusto. La delicada aplicación de cosméticos destacaba una belleza natural. Se movía como si estuviera en su casa, y así era, obviamente: su tez tenía el suave color pardo de las cuarteronas.

La mujer pasó frente a Ravel para recoger su copa y él le dedicó una sonrisa especialmente cálida. El dolor clavó garras de acero en el pecho de Anya. ¡Maldito hombre! ¿No se conformaba con una sola amante? Además de la actriz y de seducir a cuanta mujer se le cruzara en el camino, ¿necesitaba una cuarterona?

Tan grande era la indignación de Anya que tardó un momento en hallar sentido a la discusión de los hombres. Las palabras sonaban apagadas y no siempre llegaba a percibirlas con claridad, pero captaba lo suficiente como para adivinar el resto. Por el momento, Ravel participaba poco en el debate.

-...el arsenal detrás del Cabildo. Está mal custodiado a partir de la medianoche; los guardias son pocos y la mitad de ellos duerme. Las armas y municiones que allí hay nos darían una ventaja decisiva. Eso de reunir armas de casa y mosquetes antiguos está muy bien, pero necesitamos más.

Armas. Era lo que habían estado buscando los matones en Beau Refuge. Pero Anya no tuvo tiempo de estudiar el significado del recuerdo, pues otros estaban hablando.

- Artillería. Sólo con artillería ganaremos.
- Eso parece un poco drástico.
- La situación lo es. Hará falta convencer a muchos antes...
- Está usted hablando de muchos muertos, señor.
- Quizá sea lo que hace falta.

Anya captó un movimiento con el rabillo del ojo y volvió la cabeza. Marcel la llamaba por señas desde la puerta trasera de la casa. Entonces oyó su susurro:

- ¡Por aquí, mademoiselle! ¡De prisa!

Lo que se estaba diciendo era de tanta importancia que ella vaciló, echando un último vistazo a la sala. En ese momento se oyó un atronador golpe a la puerta, seguido de inmediato por el grito:

- ¡Policía! ¡Abran!

Los hombres reunidos se levantaron de un brinco, llenos de consternación. Un instante después, todos huían en diferentes direcciones. Las velas fueron apagadas y se hizo la oscuridad. En el último resplandor, Anya vio que un hombre se abalanzaba hacia la ventana por donde ella había estado mirando. Retrocedió para correr, en el momento en que las persianas se abrían de par en par y un caballero se arrojaba por allí. El tacón de su bota golpeó a Anya en la rodilla. La muchacha cayó, conteniendo un grito, mientras el hombre contenía su sorpresa. Sin detenerse, se levantó de un brinco y huyó en la oscuridad.

Otras siluetas oscuras brotaron por la ventana, despatarradas, enredándose, y todas escaparon a toda carrera. Anya se arrastró hasta ponerse fuera de su alcance y se incorporó sobre sus rodillas.

En la parte posterior de la casa se oyó un grito de triunfo. Al volverse, la joven vio que dos hombres giraban en la esquina. Un rayo de la lámpara destelló en las viseras y las cachiporras que blandían. Ella no tenía motivos para temer a la policía, pero bien podían creerla partícipe de la conspiración.

- ¡Mademoiselle! - gritó Marcel.

Estaba a su lado, estorbándole tanto como la ayudaba con la mano sana, mientras ella se debatía con sus faldas que le impedían levantarse.

Entre las sombras, en la parte trasera de la casa, se oyó una fluida maldición. El temor se apoderó de Anya al reconocer esa voz. Abruptamente, Ravel apareció a su lado.

- Por allí - espetó a Marcel empuñándolo hacia el sitio donde él había estado.

Luego giró en redondo para enfrentarse a los dos policías que se le echaban encima. Plantó un duro puño en el mentón del primero. Mientras éste caía, le arrebató la cachiporra y, como en un solo movimiento, asestó un golpe al segundo, quien lanzó un aullido y se aferró el codo. De inmediato recibió el extremo de la cachiporra en el vientre y, al doblarse en dos, un golpe de gracia en la nuca. Ravel no esperó más: sujetando a Anya del brazo, la obligó a una violenta huida.

Tras ellos se oyó un grito estrangulado, seguido por el ruido de pasos. Apagadas explosiones de armas sacudieron la noche, sin que Ravel mirara atrás. Anya, sosteniendo sus faldas por sobre sus rodillas para correr mejor, no tuvo tiempo sino de seguir su ejemplo.

Esquivaron un tendedero de ropa y una cisterna antes de arrojarse entre dos casas. Un perro vino a ladrarles, hasta que Ravel le espetó una seca orden que lo hizo alejarse, gimiendo. Hombres y mujeres asomaban sus gorros de dormir por las

ventanas de los dormitorios. Se encendió alguna luz tras las persianas cerradas. Y ellos seguían corriendo, saltando sobre alcantarillas y bordillos, sobre pequeñas cercas y setos bien cortados.

Anya jadeaba. Por sus venas corría una mezcla de terror, excitación y furia que la hacía sentir capaz de correr eternamente. No había obstáculos demasiados altos ni calle demasiado larga. Se había desprendido de la mano de Ravel, pues le hacía perder el equilibrio, y volaba a su lado, sin detenerse. No importaba adónde ni por qué. Sólo sabía que ella y su compañero estaban ganando distancia.

Corrían a lo largo de un muro. Giraron en una esquina. Hacia adelante había una abertura.

- Por aquí - indicó Ravel.

Y ella obedeció sin vacilar.

Santuario, silencio. Todo eso los envolvió. Cuando Anya iba a detenerse, Ravel la tomó de la mano y la obligó a seguir hacia adentro, hasta que por fin llegaron a un sauce llorón, símbolo de luto, curvado contra una de las cuatro grandes paredes.

Anya nunca había estado por la noche en ese sitio hasta entonces, y le extrañó que fuera tan apacible, aunque no parecía desierto. Casi sin aliento, se apoyó contra el muro donde se agrupaban los nichos y levantó la cabeza para contemplar el cementerio. Las tumbas, como pequeñas casas de mármol, recogían la luz de la luna ascendente, blancas en la oscuridad. Anya no visitaba ese lugar desde su infancia, tiempo en que acompañaba a Madame Rosa, el Día de Todos los Santos, para poner crisantemos ante las lápidas de sus parientes, jugando al escondite, entre las tumbas. Madame Rosa nunca había permitido que se le contaran historias de espectros malévolos y de sepulcros morbosos, por lo que ella consideraba que, si algún espíritu habitaba esos sitios, debía de ser una presencia benigna, con el alma en paz.

Pero no había paz en el hombre que allí la llevara.

Con vitriolo en la voz, le dijo:

- Usted tiene un condenado talento para entrometerse en mis asuntos y arruinarlo todo. Me costó creer que usted estuviera allí, pero tiene un horrible sentido. No sé qué talento brujeril utilizó para averiguar dónde estaba, pero en el nombre de lo más sagrado: ¿por qué ha llevado a la policía?

Anya lo miró con atónita sorpresa

- Yo no he llevado a la policía.

- ¡No mienta!

Ella lo encaro con los brazos en jarras

- No estoy mintiendo.

- ¿Y cómo han llegado allí?

- Yo no lo sé. Con tantas reuniones regulares, cientos de personas han de conocer el sitio y la hora. No fue difícil averiguarlo.

- ¿Quién sino usted tenía motivo para enviar a la policía?

- ¿Cómo quiere que lo sepa? Tal vez su cuarterona o su actriz. Tal vez las dos, si cada una ha descubierto la existencia de la otra.

Él tardó un momento en responder, y lo hizo con un timbre extraño.

- Yo no tengo ninguna cuarterona.

- ¡No mienta! - exclamó ella, repitiendo el tono que él mismo usara.

Él, con tono mesurado, repitió.

- No tengo ninguna cuarterona.

- ¡Yo la he visto! La he visto vestida de seda y encaje, sonriéndole a usted como si ansiara tenerlo de una vez a solas.

No había sido su intención decir eso, pero la ira burbujeaba en ella, impulsando las palabras.

- Está celosa.

Había una salvaje satisfacción, además de asombro, en la voz de Ravel.

- ¿Celosa? Estoy asqueada. Usted es vil y corrupto, un pillo asesino y extorsionador, que me llevó a su cama con triquiñuelas y trató de usarme para conseguir respetabilidad.

- Puede ser - dijo él, avanzando un paso hacia ella -, pero no me negará que disfrutó en mi cama.

- ¡Nada de eso!

Había un estremecimiento en la voz femenina.

- Oh, claro que sí. Aunque prefiera morir a casarse conmigo, aunque desee verme morir en la cárcel. Está celosa de cualquier otra mujer que pueda compartir mi cama.

Ella dio un paso atrás, alarmada.

- No sea ridículo. No le guardo ningún rencor.

- No, ciertamente - replicó él, con seco sarcasmo -. A propósito, un cirujano me ha quitado hoy los puntos del cuero cabelludo y me ha dicho que la herida está cicatrizando bien.

- ¡Eso fue por accidente!

- Eso dijo usted. Pero a fin de cuentas fue poco a pagar. - La voz de Ravel se tornó seductora -. Le doy permiso para que trate de romperme otra vez la cabeza, si eso le agrada. Entre nosotros nunca ha habido otra cosa más que odio y desconfianza, más el súbito brillo ocasional de.... ¿qué? ¿Deseo, lujuria? De cualquier modo, puede ser una indemnización parcial por lo que nos hemos hecho mutuamente. Si así lo permitimos.

Detrás de ella, el muro describía un ángulo. Antes de que ella pudiera seguirlo, Ravel le bloqueó el paso. Había entre ellos tanta tensión que el aire parecía vibrar. La piel de Anya se erizaba, con una percepción tan potente que era casi un dolor. Lo miró con sus labios entreabiertos y húmedos.

- No - susurró, con el fantasma de su propia voz.

La risa de Ravel sonó cascada.

- Usted es hija de Satanás, Anya Hamilton, la condena de mi alma, mi némesis personal, enviada para llevarme al infierno en viaje de ida y vuelta. Haga conmigo lo que quiera, pero necesito poseerla. Y en todo caso, ¿qué lugar mejor que éste?

Sus manos fuertes de soldado se cerraron contra los brazos de la joven. Anya no habría podido decir si lo hacía impulsada por la cólera, la lujuria o la desesperación, pero una fuerza igual estalló dentro de ella. Se resistió por un solo instante, retorciéndose en el abrazo. Luego, con un giro total que la habría horrorizado de contar con un solo momento de reflexión, le echó los brazos al cuello. Un éxtasis primitivo se abatió sobre ella, borrando ideas, tiempo y lugar, para dejar sólo una arrasadora alegría.

La ropa que los separaba era una barrera intolerable que pronto desapareció. Ravel tendió su chaqueta en el suelo y atrajo a la muchacha hacia su suave forro, para soltarle el pelo. Ella se ahogaba en sensaciones bajo el claro de luna. Su piel ardía con

la fiebre del deseo. Con los miembros entrelazados y los alientos confundidos, jadeantes de esfuerzo, se movieron juntos en el más antiguo de los exorcismos, la más salvaje de las cabalgatas lunares, el mejor consuelo de medianoche. En ese sitio de muerte serena, aceleraron maravillosamente la turbulencia de la vida.

Ravel pareció tocar algún sensible resorte interior, una y otra vez. Ella se puso tensa, jadeante. Luego repitió su nombre atrapada por la silenciosa grandeza de la explosión interna.

El sepultó su rostro en su pelo, aún pujando generosamente, con su piel cubierta de rocío y centelleante por el esfuerzo.

- Ah, amor - susurró -. ¡Ah, amor mío!

Y se hundió más y más en ella.

CAPÍTULO 14

Transcurrió algún tiempo antes de que Ravel y Anya abandonaran el cementerio. Apenas habían caminado tres calles cuando les salió al encuentro el carruaje de Ravel, con Marcel sentado junto al cochero. Ya habían recorrido dos veces la zona, buscándolos.

Fue enorme el alivio de ver a Marcel libre de todo daño. Anya había temido que, con su brazo en cabestrillo, se viera impedido de escapar. La policía, según dijo el sirviente, había sido tomada tan de sorpresa por la súbita huida de sus presas que nadie resultó detenido. Hasta la cuarterona que vivía en la casa les había sido arrebatada, sana y salva.

Al oír eso último, Anya reconoció que Ravel podía haber dicho la verdad al negar que la cuarterona fuera amante suya; conociéndolo, comprendía que él no habría dejado, en medio de esa crisis, a una mujer que estuviera bajo su responsabilidad. Pero también reconoció, ceñuda, que al concentrarse en ese punto pasaba por alto el tema principal: ¿Cuál era el propósito de esas reuniones en casa de la cuarterona?

Cuando el carruaje llegó a casa de Madame Rosa y Ravel bajó para acompañar a Anya hasta la galería que daba a su dormitorio, ella le planteó la pregunta.

El criollo la miró por largos segundos.

- Nunca renuncias, ¿verdad?

- No forma parte de mi carácter - respondió Anya, percibiendo en su propia voz la infelicidad, algo sorprendida.

- ¿Y si yo te dijera que la reunión no tenía nada que ver contigo ni con los tuyos?

- En otras palabras, que no es asunto mío.

- Exactamente.

Ella hizo un gesto indefenso:

- No puedo dejarlo así.

- ¿Por qué no? - preguntó él, con voz baja, pero férrea -. ¿Por qué te interesas tanto en lo que hago, al punto de enredarte en cosas como la huida de esta noche?

Ella acababa de construir su propia trampa. Ya no podía darle otra respuesta que la verdad: sentía la compulsiva necesidad de comprenderlo.

- Por curiosidad, digamos - dijo.

Si la respuesta no lo satisfizo, él lo disimuló.

- Motivo famoso por sus peligros. Pero los había más peligrosos.

- ¿Eso es una advertencia?

- Las consecuencias podrían ser peores la próxima vez.

Anya levantó su mentón.

- ¿Las consecuencias para quién?

- Para ambos; tú y yo.

Sin decir más, él giró en redondo y se alejó. Anya se quedó mirando la silueta que se marchaba: el porte orgulloso de sus hombros, su paso largo y fácil. El dolor sordo que sentía en el pecho se acrecentó, amenazando con consumirla.

La noche estaba muy avanzada cuando Anya logró conciliar el sueño. Las vueltas incesantes de su pensamiento no le permitieron descansar, despertándola a intervalos. Cuando se levantó, a media mañana, tenía grandes ojeras y expresión tensa. Bebió su café, pero no tenía apetito para consumir los panecillos calientes con mantequilla que le subieron a la alcoba; tampoco reunió energías para vestirse.

Mientras estaba de pie ante la puerta ventana abierta, con la taza en su mano, contemplando el patio, se oyó un ligero golpecito en la puerta que conectaba su cuarto con el de su hermana. Se abrió de inmediato, dando paso a Celestine.

- ¿Te molesto, querida? ¿Te parece bien que hablemos ahora?

Anya hizo un esfuerzo consciente para olvidar su desánimo y relegar sus propios problemas al fondo de su mente. Dedicó a su hermanastra una sonrisa calurosa.

- Por supuesto. ¿Quieres café?

- Yo me lo he tomado hace siglos, pero comeré otro panecillo, si tú piensas dejar ésos.

- Sírvete.

Celestine, sin esperar otra invitación, se encaramó en el borde de la cama, junto a la bandeja de plata y seleccionó un panecillo.

- Bueno, ¿cuál es el problema? - preguntó Anya.

Celestine bajó los párpados y tragó.

- Quería preguntarte algo.

- ¿De qué se trata?

- Es algo personal. Tal vez no quieras decírmelo.

- ¿Cómo voy a saberlo si no me lo preguntas?

Celestine levantó la vista, con una mirada franca en sus ojos pardos.

- No quiero abochornarte. Eres tan americana, algunas veces, cuando se trata de estos asuntos...

Anya comenzó a ver el rumbo de la conversación.

- Ah, esos asuntos... ¿Qué quieres saber? Yo estaba convencida de que Madame Rosa te lo había explicado todo.

- Bueno, sí - reconoció Celestine, incómoda por primera vez -. Me dijo qué pasa cuando un hombre y una mujer hacen el amor, y por que. Me dijo también que debo dejarme guiar por Murray y esforzarme por complacerlo. Pero no dijo qué siente una mujer en esos casos.

- Sospecho que eso depende de la mujer.

- ¡Vamos, Anya, tú sabes lo que quiero decir! He oído rumores de que tuviste relaciones íntimas con Ravel Duralde. ¿Es placentero? ¿Me gustará? Debes decírmelo, porque pronto me casaré y entonces, si no me gusta, será demasiado tarde.

Anya miró a su hermana con una ceja en alto, ignorando el leve calor de sus propios rubores.

- ¿Te estás arrepintiendo?

- No, no - aseguró Celestine -. Pero gran parte de eso parece depender del hombre.

- Sí - reconoció Anya, pensativa, mientras sus pensamientos volvían a aquella noche, en la desmotadora.

- ¿A ti te gustó? - perseveró Celestine.

Anya aspiró profundamente y dijo, con lentitud:

- En realidad, sí.

- Pero, ¿cómo fue? ¡Cuéntame! No me obligues a seguir haciendo preguntas.

- Fue...

Anya se interrumpió. ¿Qué podía decir para que su hermana comprendiera, para explicarle ese tumulto de emociones y los cambios que aquello había forjado en ella? ¿Qué palabras usar para hacerle ver la maravilla sin alarmarla?

- ¡Anya!

Había exasperación en el tono de su hermana.

- Fue algo increíblemente íntimo: estar tan cerca, sin nada entre nosotros, con nuestros cuerpos perfectamente ajustados, entrelazados. Fue un placer profundo y, al mismo tiempo, excitante, salvaje y libre.

Celestine pareció un poco sorprendida y muy intrigada.

- Maman dijo que dolería.

- Un poquito, pero Ravel hizo que fuera casi nada.

La otra muchacha se mordió el labio.

- ¿Sabrá Murray cómo hacer eso?

- Estoy segura de que pondrá mucho cuidado, porque te quiere.

- Supongo que sí.

- No empieces a preocuparte por eso. Aunque al principio no sea perfecto, tengo entendido que suele ir mejorando.

- Sólo pensaba...

Celestine se interrumpió, con la vista perdida en el espacio. Anya, confundida, preguntó:

- ¿Qué piensas?

- Apostaría a que Emile Girod sabe. Probablemente tuvo muchas experiencias en el extranjero.

- Posiblemente - reconoció Anya. Pero agregó, al recordar los comentarios del muchacho sobre las niñas de buena familia- : Sin embargo, dudo que incluyeran a muchas mujeres intactas.

Celestine, con el ceño fruncido, dio un brinco en la cama y abandonó ese aspecto de la conversación para volver al tema original:

- Pero resulta extraño imaginarte con Ravel Duralde como acabas de decir. Vosotros apenas os conocíais y no estabais enamorados. ¿Cómo pudo ser?

Anya le volvió la espalda para acercarse a la puerta ventana.

- No lo sé.

- ¿Te parece que sentirías lo mismo con cualquier hombre?

- No.

La respuesta fue instantánea, instintiva.

Celestine la observaba con sus ojos muy abiertos.

- Tal vez estabais enamorados, después de todo. Con un amor instantáneo y apasionado, como el de los malhadados amantes de las óperas.

- Es más probable que se tratara de simple lujuria - respondió Anya, con tono hueco.

- ¿Es posible eso?

Ella hizo un súbito gesto de impaciencia.

- ¿Cómo quieres que lo sepa? ¡No tengo tanta experiencia!

Celestine bajó de la cama para acercarse a ella y le apoyó una mano en el brazo.

- No fue mi intención sugerir eso, de veras.

- Ya lo sé. - Anya se volvió para abrazarla -. Lo sé.

Tocó la campanilla para llamar a su criada. Mientras la mulata le ayudaba a vestirse y peinarse, ella y Celestine hablaron de otras cosas.

El entusiasmo de la jornada iba en aumento, pues ya se oían los festejos en la calle, pero sólo llegaría a su culminación cuando cayera la oscuridad y el desfile, alumbrado por antorchas, surgiera a la vista. Ésa era la mejor hora para participar en el desfile, pero ellas no se entretendrían mucho en las calles, pues tenían invitaciones para asistir al baile del teatro inmediatamente después de la cabalgata. Esas tarjetas era muy codiciadas, pues el baile sería el acontecimiento social de la temporada y una gran oportunidad de ver desde cerca a los integrantes del desfile.

Mientras tanto, aprovechando el buen tiempo, se abrieron de par en par las puertas del salón que daban a la galería; Madame Rosa hizo poner allí fuera una mesa con refrigerios y una hilera de sillas, para que quienes lo desearan pudieran ver las escenas callejeras cómodamente. Muchos de los vecinos habían hecho lo mismo y había abundancia de saludos de balcón a balcón, además de numerosas visitas.

En las calles no faltaban entretenimientos. Las máscaras paseaban del brazo, con disfraces coloridos, pertenecientes a todas las clases sociales. Las mujeres de los burdeles transitaban sin buscar clientela, disfrutando del único día del año en que se toleraba su presencia en la parte más respetable de la ciudad. Como para demostrar que en esas fechas el mundo estaba cabeza abajo, las señoras podían, sin faltar a la corrección, aventurarse en los burdeles de más categoría para satisfacer su curiosidad.

Según el día avanzaba hacia la tarde, las calles se fueron poblando más y más. Muchos de los enmascarados, por haberse entonado en los diversos bares del camino, comenzaban a estar algo ebrios. Los niños arrojaban a los transeúntes pequeños sacos de papel, llenos de harina, que estallaban al estrellarse.

Murray, que llegó hacia la hora del té, iba cubierto de pies a cabeza del polvo blanco que le arrojaron a pocos metros de la puerta. Aún se estaba quitando la harina cuando entró en el salón.

Anya, que no podía entrar en el espíritu festivo, había abandonado la galería para leer en el salón, aún sabiendo que debía ir a prepararse para salir. Aún estaba leyendo cuando entró Murray. Al verlo cubierto de harina, insistió en que entregara la chaqueta a la criada que lo había hecho pasar, junto con el sombrero, para que se lo cepillaran a fondo. Al mismo tiempo, ordenó a la muchacha informar a Celestine que había llegado su prometido.

- Eres muy considerada - dijo Murray, tratando de estirar las mangas.

Parecía algo intranquilo, y no era sorprendente. Los caballeros no solían presentarse en mangas de camisa ante las damas, como no fueran las de su propia

Librodot

familia. Ella recordó, con una punzada dolorosa, que Ravel no había mostrado el mismo reparo.

- Nada de eso - dijo ella.

- Y también, si me permites decirlo, una mujer muy fuera de lo común.

Anya le dirigió una mirada de desconcierto. Había dicho «mujer», no dama. ¿Era sólo cosa de su imaginación, o había percibido en su tono una familiaridad que no se ajustaba a la de un futuro cuñado? Desde su regreso esperaba algo así, pues la historia habría circulado, pero cabía suponer que Murray actuaría con más fe en ella o, cuando menos, con más disimulo.

- No sé por qué lo dices - respondió, muy seria -. Madame Rosa y Gaspard están en la galería, si quieres reunirte con ellos.

- Esperaré a que me traigan mi chaqueta, a menos que prefieras estas sola.

¿Qué podía decir ella? Volvió a su silla y se acomodó en ella.

- No, no. Siéntate, por favor.

Él cogió la butaca que formaba ángulo recto con el asiento de Anya, junto al fuego, y se reclinó en una postura relajada.

- Según tengo entendido, debo agradecerte el que se haya anulado mi duelo con Duralde.

- ¿Quién te lo ha dicho?

Él meneó la cabeza, con una sonrisa flanqueada de hoyuelos.

- Dos personas que van a casarse no pueden tener secretos mutuos. Me lo dijo Celestine, por supuesto. Además, yo estaba más interesado que nadie.

- Supongo que sí. En el momento me pareció lo más adecuado.

- No me había dado cuenta de que tuvieras tanto interés por mí.

Ella se encogió de hombros con tanta indiferencia como pudo.

- La verdad es que pierdo la racionalidad cuando se trata de duelos desde... bueno, desde la muerte de Jean.

- Comprendo.

¿Comprendía, en verdad? En los ojos que la observaban había calidez, pero nada más.

- Detestaría que Celestine perdiera su felicidad por un asunto sin importancia.

- Para mí no era un asunto sin importancia. Pero ya está hecho. Sin embargo, ya que tú estas de nuestra parte, quisiera pedirte que aplicaras tus buenos oficios en mi favor. No logro que Madame Rosa acceda a hablar seriamente sobre nuestro matrimonio. Sonríe y reconoce que es duro esperar, pero siempre busca una excusa para desechar la fecha que hayamos elegido. ¿No podrías hacerle comprender que estamos impacientes por estar juntos?

Ella volvió a echarle una mirada, percibiendo la insinuación escondida tras las palabras. No llegó a captarla del todo. Sin duda, era todo cosa de su propia desconfianza. Le dedicó una sonrisa melancólica.

- Madame Rosa suele ser muy astuta cuando así lo desea, y rara vez responde a los halagos. Lo mejor es seguirle la corriente. Tarde o temprano accederá.

Antes de que Murray pudiera responder, Gaspard entró desde la galería. Arqueó sus cejas al verlos juntos ante el fuego, pero se adelantó para intercambiar una reverencia con Murray. Una vez liquidadas las formalidades, miró alrededor como con distracción.

- Madame Rosa me envía en busca de su chal. Dijo que estaba por aquí.

Anya lo encontró detrás de una silla, donde había caído por su propio peso, y fue a entregarlo a Gaspard, quien lo tomó sin mirarla a los ojos.

Por cierto, él la había tratado, durante todo el día, sin la menor familiaridad. Parecía inquieto ante ella. Sólo cabía una explicación: tal vez sabía que ella lo había visto en la reunión de la calle Rampart y no sabía qué pensar al respecto.

Anya, al observar sus movimientos, notó de pronto que parecía muy cómodo en el salón. También lo había visto igualmente a gusto en el salón de la cuarterona, y había buenos motivos para esa impresión. Exceptuando los colores, la habitación de Madame Rosa, con su buen gusto y refinamiento, era casi exactamente igual a la que Anya había visto la noche anterior. Tampoco era difícil adivinar la causa: Gaspard había servido de guía en la decoración de ambas, ayudando a elegir las cortinas, los muebles y los adornos. Había puesto su toque en el salón de la calle Rampart con tanta seguridad como en ése. Como única diferencia, el primero había sido costeado por él. Por lo tanto, la cuarterona debía de ser amante suya y no de Ravel.

Gaspard volvió a salir a la galería, mientras Anya lo seguía con la vista, como transfigurada.

- ¿Ocurre algo? - preguntó Murray.

- No - aseguró ella, con una sonrisa súbita y brillante -. No.

- ¿Qué debe ocurrir? - preguntó Celestine, entrando en ese momento, con la mano extendida hacia su novio -. ¡Es martes de carnaval y has llegado! Te has hecho esperar.

- Cómo he podido hacer esperar a una dama tan encantadora - sonrió Murray, tomándole la mano.

Celestine estaba magnífica con su traje de terciopelo, al estilo de la corte de Luis XIV, y lo sabía muy bien.

- ¡Qué galante! Me abrumas.

Anya le vio hacer caídas de ojos y sintió un extraño suspenso. Ambos eran muy jóvenes; casi no habían sido tocados por las sórdidas corrientes que se arremolinaban a su alrededor. Sólo pensaban en las convenciones que los ataban. Sus preocupaciones era pocas. Tras un noviazgo lento y gradual, dentro de uno o dos años terminarían con una bella boda en la catedral, seguida por una noche de exploraciones inocentes y virginales. Habría una casita en alguna calle tranquila del sector americano y, a su debido tiempo, hijos; disfrutarían días y días de placeres tranquilos, ordinarios, de compañerismo y satisfacción. Aunque no conocieran momentos de éxtasis estupendo, tampoco llegarían jamás a la negra desesperación.

- Pero ¿dónde está tu disfraz? - estaba diciendo Celestine a Murray -. ¿No prometiste ir a la cabalgata con Anya y conmigo?

- ¿Estás segura de que deseas ir? No es un buen lugar para las damas. No lejos de aquí, un niño estaba arrojando huevos podridos; también arrestaron a dos truhanes por atacar a una mujer y llevarla a un callejón, cerca de la plaza. A mí mismo me bañaron en harina en tu mismo umbral.

- Deberías haber venido disfrazado; así no habrías tenido problemas. En cuanto a Anya y a mí, estarás tú para protegernos. Y también Emile Girod.

- ¿Emile? - inquirió Murray, frunciendo el ceño.

- No pongas esa cara - dijo Celestine, tomándolo del brazo -. También Anya necesita un brazo de hombre para caminar por entre la multitud.

- No sabía que lo habías invitado - dijo Anya, con un dejo de extrañeza.

- Esta mañana envió una nota - comentó Celestine.

Murray gruñó.

- Ese maldito elegante parisino, se ha invitado solo, entonces.

- ¡Querido! - exclamó Celestine, asombrada.

- Disculpa - pidió Murray, enrojeciendo -. Es que me irrita.

- No lo sabía. Podríamos enviarle un mensaje para decirle que no venga - sugirió la muchacha, dirigiendo a Anya una mirada de desolación.

La mayor inclinó su cabeza ante un ruido de pasos en la escalera.

- Creo que ya es demasiado tarde.

Emile entró en el salón con un andar muy a tono con su disfraz de mosquetero, y dedicó a los presentes una profunda reverencia, barriendo el suelo con su sombrero. Pero la espada en la que apoyaba la otra mano no era de utilería.

Celestine se adelantó bailando, para responder a su reverencia.

- iQué bien estás, por mi fe! Nuestros disfraces emparejan bien. Pero ¿qué fue del uniforme de cosaco que te oímos encargar? Esperaba verte convertido en un audaz oficial ruso.

- Esta mañana, al despertar, no me sentía nada ruso - dijo Emile, con un gesto grandilocuente.

- ¿Te sentías d'Artagnan?

- Cuando menos.

- Cabe agradecer - comentó Murray, con una sonrisa tiesa - que no te hayas sentido Adán.

Emile le clavó una mirada dura, que rozó sus mangas de camisa.

- Al menos no me he vestido de empleado.

Hubo un momento de silencio vibrante de tensión, como si alguien hubiera pellizcado abruptamente una cuerda de arpa. Celestine los miró con una mezcla de miedo y entusiasmo en los ojos. Anya, quien ya imaginaba otro desafío, se apresuró a llenar la brecha.

- Sin duda, Murray quiere sorprendernos. Es muy perverso de su parte mantener el suspenso. Merecería que yo me negara a ponerme el disfraz.

- Oh, no, Anya - gimió Celestine, preocupada.

- No lo haré - la tranquilizó Anya -. Voy a vestirme de diosa y quiero serlo el mayor tiempo posible. Pero como todavía no he comenzado a vestirme, Murray podría tener tiempo para ir a cambiarse.

- Poco importa que me disfrace o no - dijo él, con un gesto irritado.

- ¡Claro que importa! - exclamó Celestine.

Emile iba a acercarse a la joven, como para consolarla, pero Anya se lo impidió poniéndole una mano en el brazo, mientras decía, en tono enérgico:

- Vamos, no es día para discusiones. No tienes por qué acompañarnos, si no quieres. Pero si vienes, debes decidirte: ¿lo harás con disfraz o sin él?

Murray se había disfrazado sin problemas para el baile anterior, pero en ese momento parecía temer al ridículo. O quizá no se sentía capaz de mostrarse tan natural y atractivo como Emile con una falsa identidad. Y Emile no hacía nada por aliviar la incomodidad del momento.

En ese instante, Anya comprendió que ninguno de los dos se parecía a Jean; ella había forzado las semejanzas. Y aceptó también el hecho central: Jean había muerto. Era un leve dolor, casi dulce, que no desaparecería del todo jamás. Pero ella estaba

Librodot

viva, apasionadamente viva. Ravel se lo había demostrado. Y por eso, al menos, debía estarle agradecida. ,

Celestine, con cara de ofendida, volvió a discutir con Murray, quien parecía más dispuesto a ceder, mientras Emile observaba discretamente sus propias uñas. De pronto, con cierta exasperación, Murray aceptó salir en busca de un disfraz, aunque sólo fuera un dominó. El peligro parecía conjurado. Mientras él iba hacia la puerta, acompañado por Celestine, Anya se disculpó para ir a su cuarto, abandonando a Emile en la situación de espectador de la reconciliación.

Minutos después, la doncella le ponía la larga túnica de hilo conocida con el nombre de chitón. Anya giró lentamente frente al espejo, con ceño fruncido. La prenda no le sentaba bien, y el problema era la ropa interior. La túnica requería un suave drapeado, incompatible con el corsé y las mangas, abiertas a lo largo de los brazos y de los hombros, dejaban al descubierto su camisa. La única solución era quitarse todo.

Por fin quedó lista. La túnica se le adhería a las curvas de un modo suelto y natural, y la toga con que se abrigaba dejaba al descubierto su brazo derecho. Calzó sandalias, se hizo peinar con la cabellera suelta, sujeta sólo con una diadema en la frente, v se cubrió la cara con un antifaz plateado. Se sentía deliciosamente libre de ataduras, aunque no estaba segura de que fuera recatado aparecer en público con esa ropa. Pero era sólo un disfraz; habría muchas otras mujeres en las mismas condiciones. En realidad, lo que le daba miedo no era la opinión ajena, sino el efecto que el vestido podía tener sobre su propio carácter, al que había descubierto más sensual de lo que le era cómodo.

Los cuatro abandonaron la casa poco tiempo después. Las calles estaban muy transitadas, aunque el tránsito de carruajes había disminuido. Por doquier había color, música, movimiento y una extraña convivencia de personajes históricos o legendarios. Como las dos parejas habían descartado la cena en favor de las exquisiteces que se ofrecían en las calles, compraron escudillas de espesos guisados y praliné.

Entre ambos hombres, el breve enojo quedaba olvidado. Reían y conversaban, señalando disfraces bellos o grotescos, sucumbiendo al entusiasmo general, tan contagioso. Dentro de pocas horas, el día habría terminado y el Miércoles de Ceniza, con su arrepentimiento, caería sobre ellos. Las preocupaciones descartadas regresarían con toda su potencia. Entre tanto sólo existía el placer del momento y la alegría de estar vivo. Era el martes de carnaval. Con eso bastaba.

CAPITULO 15

Se oyó un golpeteo de cascos desde detrás de ellos y se hicieron a un lado para dar paso a un grupo de árabes beduinos, que pasaron con sus túnicas al viento. Se les saludaba con vítores, en parte porque eran los personajes clásicos desde hacía algunos años y en parte porque arrojaban bombones y almendras cubiertas de azúcar. Murray esquivó la lluvia de almendras, pero Emile atrapó unas cuantas y las distribuyó entre Anya y Celestine, con gran ceremonia.

Más adelante se oían los compases de una polka, tocada en banjos por tres negros. En torno de ellos se había reunido un grupo y algunas parejas ya estaban bailando. Emile se volvió hacia Anya con una reverencia y le ofreció su brazo. Ella, con una risa

encantada, respondió a su saludo y se dejó llevar a la calle. Por encima del hombro de su compañero, vio que Celestine llevaba a tirones al tímido Murray.

Emile la guiaba con firmeza y natural ajuste al ritmo. Era un placer bailar en sus brazos, parte de la alegría de la noche, despreocupada y vital. Hacía años que no se sentía así. Cuando la música llegó a su fin, ambos se detuvieron directamente junto a sus compañeros. Al iniciar un vals, Emile ofreció el brazo a Celestine, quién consultó a su novio con la mirada. Murray asintió, aunque su sonrisa resultó muy tiesa. Mientras la muchacha se alejaba con Emile, tan entregada a la música como su hermana mayor, Murray la invitó:

- ¿Bailamos?

Ella quedó algo sorprendida, pues había esperado que él se retirara a la acera aliviado. Pero aceptó con burlona formalidad. Sin embargo, el muchacho carecía de la capacidad criolla de sentir la música y bailaba de un modo mecánico, como si hubiera aprendido contando el ritmo mentalmente. Tal vez se debía a que estaba concentrado en otra cosa, pues al cabo de un momento preguntó:

- ¿Te parece que él siente algo por ella?

Anya siguió la dirección de su mirada, fija en Emile y Celestine. No estaba de humor para problemas emotivos, por lo que su respuesta fue liviana:

- ¿Cómo se te ocurre? Esta noche, él es mi caballero.

- La ronda siempre.

- Es un antiguo amigo de la familia y un hombre sociable. No tiene nada de malo que venga de visita.

- Me parece que tu madrastra lo alienta. No me sorprendería que, en secreto, tuviera la esperanza de verle ganar el corazón de Celestine.

- ¡Madame Rosa no es tan solapada!

El muchacho la miró con escepticismo.

- ¿Estás segura?

- De todos modos, es Celestine quien importa. ¿Crees que es tan fácil ganar su corazón?

- No lo sé - dijo él, con tristeza -. Es muy joven. Daría cualquier cosa por ver anunciado nuestro compromiso.

Un compromiso no se consideraba oficial mientras no hubiera sido celebrado con la fiesta adecuada. A partir de entonces, era tan válido como la boda misma. Una ruptura, en esa etapa, era algo inusitado.

- Es joven, sí, pero muchas, a su edad, están casadas y con hijos. Debes tenerle confianza.

Él suspiró.

- Sí, pero no es fácil.

Anya no pudo menos que mostrarse de acuerdo. Cuando el vals terminó, todos siguieron caminando, pero Anya quedó preocupada por la inseguridad triste y celosa de Murray. Siempre lo había imaginado lleno de confianza, desenvuelto y feliz. ¿Había sido sólo su propia imaginación, necesitada de compararlo con Jean, o acaso él mantenía una pose, como tantos otros, como ella misma?

Todos usaban algún tipo de disfraz para ocultar su dolor, la debilidad, los vicios, hasta las propias fuerzas, ocultando esas cosas a los demás y a sí mismos. Ella, envuelta en su papel de tragedia, fingía no necesitar a nadie porque tenía miedo de volver a sufrir. Madame Rosa, con su imagen indolente, se ahorraba el hacer las cosas

Librodot

que le disgustaban, pero también disimulaba la fuerte voluntad que le permitía dirigir la vida ajena. La dulce y juguetona Celestine, tan inocente, tenía una profunda vena sensual. Gaspard, el elegante de la sociedad, ocultaba su virilidad tras las convenciones. Emile presentaba su faz sofisticada y cortés, al punto de ignorar él mismo su parte primitiva y más crédula. Y Ravel, el Caballero Negro, a pesar de su pasado, era tan tierno como rudo, tan generoso como independiente y mucho menos despreciativo frente a las convenciones de lo que se lo pintaba.

¿Dónde estaría Ravel? No pensar en él era imposible. Eran muchos los grupos políticos de distinta índole a los que podía haberse asociado, pero todos los que Anya conocía tenían sedes establecidas. El que se reunía en la calle Rampart parecía necesitar de un lugar discreto para ocultarse de la policía. ¿Cuál era su finalidad?

Ravel y Gaspard. Parecían tener muy poco en común. Anya no sabía siquiera que mantuvieran relaciones, como no fueran muy superficiales.

Mientras así pensaba, le llamó la atención una mujer vestida con hábito de monja, que le hacía señas desde el otro lado de la calle. Cuando ella se detuvo, la supuesta monja se acercó, ajustando su velo.

- ¿Mademoiselle Hamilton?

- Sí.

- No podía confundirla, con esa cabellera tan brillante, que no es rubia, ni dorada ni pelirroja, sino un tono entre los tres.

De pronto, Anya reconoció la voz, clara y bien modulada. Era la actriz Simone Michel.

- Sí, y usted es...

La mujer la interrumpió:

- ¿Podríamos hablar sobre un asunto importante? En pocos segundos la dejaré en libertad de reunirse con sus amigos.

No parecía haber objeciones. Además, el único tema de conversación entre ambas tenía que ser Ravel, y Anya no podía negar su firme interés en el asunto.

- De inmediato vuelvo - dijo a sus compañeros con una sonrisa.

Ambas se alejaron, mirando por encima del hombro y estudiándose con curiosidad. Cuando el grupo estuvo fuera del alcance de sus voces, la actriz preguntó abruptamente:

- ¿Ha visto hoy a Ravel?

- No - respondió Anya, con la misma brevedad -. ¿Y usted?

- No. No me gusta el modo en que desaparece últimamente. Se han dicho cosas extrañas de su desaparición de la semana pasada, y algunas se refieren a usted, mi buena señorita. Pero hay algo más.

- ¿Por ejemplo?

Simone tardó un momento en contestar, como si no estuviera segura de poder confiar en Anya; por fin dijo:

- En mi opinión, está metido en algo peligroso. Hay quienes quieren detenerlo porque es apostador y medra con riesgos calculados, o porque es un líder por naturaleza. No sé qué siente usted por él o él por usted, pero me siento en la obligación de hacerle saber lo que le espera si se vincula a él.

- La relación íntima no parece haberla dañado a usted - observó Anya.

- No lo crea. De cualquier modo, yo permanezco en último plano. Conozco mi lugar, ¿comprende? Usted, al parecer, actúa de otro modo.

Librodot

Su lugar. Ella no tenía ninguno. Probablemente no lo tendría nunca.

- ¿A qué peligro se refiere? ¿Qué riesgos está corriendo?

- No puedo decirlo con certeza. Sólo sé que está fuera de la ley.

- ¿Quiénes son, entonces, los que quieren detenerlo?

«Detenerlo»: un buen eufemismo por «matarlo»

- Tampoco lo sé con certeza. Son muy cuidadosos y se mantienen fuera de la vista.

- Pero usted debe adivinarlo, ya que ha dicho esto.

- Adivinar también puede ser peligroso.

- Comprendo - dijo Anya, con lento énfasis -. En ese caso, usted sólo me ha dicho todo esto para alejarme de Ravel Duralde. ¿Creía, sinceramente, que me asustaría por tan poco?

La actriz levantó su mentón.

- La he visto meterse poco a poco en algo de lo que nada sabe. Se lo advierto porque... porque le tengo simpatía, por algún motivo extraño. Y también porque, si usted cae en problemas, me sentiré mejor con la conciencia limpia.

Eso podía ser verdad, pero no hubo ocasión de ponerlo a prueba, pues la actriz giró en redondo, arremolinando sus faldas negras y desapareció, perdiéndose entre la multitud. El sentimiento predominante de Anya fue la frustración. Había perdido la oportunidad de interrogarla al tomar esa actitud defensiva. ¿Y por qué? Por celos. Tenía celos de la actriz, que parecía conocer los movimientos de Ravel, como si hubiera confianza entre ellos.

Celos.

No podía ser, pero era.

Celos.

Era una estupidez. Ello no tenía nada que ver con Ravel Duralde, ese asesino profesional, ese apostador, ese seductor. Lo mejor que podía hacer era olvidarlo.

Pero ¿podría?

Ante tan incómodos pensamientos, echó a andar otra vez por la acera, buscando a Celestine y a sus dos acompañantes. No estaban a la vista. Se irguió en puntas de pie, tratando de ver por sobre las cabezas. Un árabe con chilaba la empujó desde atrás. Ella se apartó con una breve mirada.

El hombre le puso una mano en el brazo, empujándola hacia un portal cercano. Al bajar la vista, Anya le vio las uñas sucias y quebradas. Sus ojos le sonrieron por encima del velo. Le dio otro empujón.

Anya liberó su brazo con una sacudida y se apartó enérgicamente interponiendo a un par de disfrazados entre ella y su atacante. Sentía más irritación que miedo. Por carecer de acompañante, en la relajada atmósfera de esos festejos, no era sorprendente que la fastidiaran.

Sin embargo notó que el hombre la seguía. Apretó el paso y él hizo lo mismo. Cuando ella se entremezcló entre un grupo familiar numeroso, el árabe apartó a una niñita vestida de hada y siguió tras ella. El indignado padre le gritó algo sin que él prestara atención.

Anya se ciñó la túnica, recogió su falda y cruzó la calle por delante de un carro cargado de whisky. A pesar de las maldiciones del carretero, logró pasar. Tardó unos momentos en recobrar el aliento y mirar hacia atrás. Dos árabes cruzaban la calle por detrás del carro.

¿Cómo era posible que Celestine, Murray y Emile se hubieran alejado tanto? No había señales de ellos, ni siquiera en las calles laterales por las que pasaba. La historia que contara Murray sobre la mujer atacada le carcomía la mente. Aunque parecía imposible que esos hombres la atacaran en plena calle. Probablemente acabarían por cansarse de la broma y la dejarían en paz.

Eran tres, no dos. Un tercer árabe salió hacia ella desde una calle lateral. Ella se acercó para cruzar la esquina en diagonal. Al hacerlo, se dio cuenta de que la estaban llevando hacia calles menos transitadas. Eso no le convenía. Era preciso regresar.

Estaba casi sin aliento, con una punzada en el costado, y las sandalias le estaban formando ampollas. Los enmascarados que pasaban la miraban como sorprendidos de su prisa, pero sin más expresión. Si ella se detenía a explicar y a pedir ayuda, tal vez la alcanzarían sin que nadie acudiera en su socorro.

Un cuarto hombre apareció en la esquina, hacia adelante. Una vez más, ella se le escabulló, corriendo a través de la calle hacia la vía lateral. Aquello no podía ser una broma pesada ni una casualidad. Esos hombres disfrazados de árabes la perseguían. Sus chilabas habían sido escogidas a propósito, por ser el disfraz más abundante. De ese modo podían cercarla sin llamar la atención.

Anya sólo podía pensar en huir, en correr cada vez más velozmente. Había perdido la noción de dónde estaba. La música y los ruidos de la multitud, que se estaban congregando en la calle Real para presenciar el desfile, eran cada vez más débiles. El viento del río le daba en la cara, helado. Cada paso era un tormento.

Tropezó con el borde de su túnica y se tambaleó, sujetándose a un poste. Detrás de ella oyó una risotada.

Esa risa. La había oído antes, la noche del incendio. Esos árabes eran los matones que habían tratado de asesinarla en Beau Refuge, junto a Ravel. El hecho de que se atrevieran a perseguirla como galgos tras un conejo renovó el poder de su ira. No se dejaría atrapar. No volverían a manosearla como a una ramera del puerto.

Oyó el traqueteo del cabriolé antes de verlo. El vehículo giró en una esquina y vino en su dirección. No era tan viejo como la mayoría y la yegua que lo tiraba parecía fuerte. Anya se echó su toga al hombro y corrió instintivamente hacia el cabriolé. Detrás de ella oyó un chillido y el golpeteo de varios pies.

La yegua, sobresaltada por su brusca aparición y el vuelo de su túnica, se alzó de manos, relinchando. El cochero tiró de las riendas, mientras Anya se arrojaba bajo los cascos alzados del animal, en busca del estribo.

- ¿Qué diablos ... ? - preguntó el conductor.

Anya no se molestó en responder. Se limitó a tomar el látigo, para descargarlo en dirección a los perseguidores, una, dos, tres veces. Los matones se diseminaron chillando, mientras la yegua partía a galope.

- ¡Bueno, bueno, maldita estúpida! - gritó el cochero, dominando la yegua.

Anya no habría podido decir si hablaba con ella o con el animal, pero no le importó. Había escapado, y la exaltación la hizo estremecer. Se dominó con esfuerzo. Todavía no estaba a salvo, pues los hombres conocían su disfraz y la dirección que había tomado.

¿Cómo habían podido reconocerla, cuando sólo la habían visto en la oscuridad? ¿Tal vez gracias a Simone Michel? La actriz, además de pronunciar su nombre en voz alta, la había separado de sus compañeros, sin decirle nada que ella ignorara. ¿Acaso

era tan falsa como las joyas que usaba en el escenario? Y en ese caso, ¿cuál sería su propósito? ¿Podía haber algún contacto entre ella y los matones de Beau Refuge?

No tuvo tiempo de pensar más. Estaban en la calle Chartres, paralela a la del desfile, y en las intersecciones se veía la multitud apiñada. En aquella muchedumbre estarían Celestine, Murray y Emile buscándola frenéticamente. Anya se preguntó si debería buscarlos o volver a su casa.

El cochero resolvió la cuestión al girar hacia la calle Real, donde aminoró la marcha. A lo largo de las aceras y en la calle misma, la gente forcejeaba por acomodarse, a fin de ver el desfile de la Krewe of Comus. Los balcones desbordaban.

El cochero detuvo la yegua y se volvió hacia Anya. - Bueno, señorita, ¿qué sucede?

No era joven y su voz tenía un dejo irlandés. En su rostro arrugado se mezclaban el interés y la simpatía.

- Ya ha visto usted a los hombres que me perseguían. Le agradezco infinitamente su ayuda.

- Se ha salvado de milagro, me parece. Acuérdese de eso antes de salir sola otra vez.

- Se lo prometo - dijo Anya, preparándose para bajar -. Discúlpeme si le he causado inconvenientes. Me gustaría pagarle, pero he salido sin bolso. Si pasa por la casa de Madame Hamilton por la mañana...

- Oh, vamos, no quiero dinero. Pero le agradecería que me devolviera el látigo.

Anya, ruborizado al ver que aún lo tenía en su mano, se lo entregó. De pie en la calle, le dio las gracias una vez más antes de alejarse.

- Cuídese - recomendó el hombre, saludándola con el látigo. Ella agitó su mano. El frío miedo de un momento antes había sido reemplazado por un cálido centro de calor. A pesar de los peligros y las traiciones del mundo, aún había gente buena.

Pero esa noche eran pocos, al parecer. Apenas había caminado cincuenta metros cuando divisó a un hombre con chilaba, recostado contra un muro. La observaba. Aunque no hizo gesto alguno hacia ella, la joven contuvo el aliento y se apartó, mezclándose apresuradamente entre la multitud, buscando a Celestine y a sus dos acompañantes.

No estaban a la vista. Se le cruzó por la mente la idea de que bien podían haberlos rodeado para alejarlos, tal como a ella pero Emile y Murray no se habrían dejado apresar con facilidad.

Se detuvo. No tenía sentido correr de un lado a otro, retorciéndose las manos. Sin duda no corría peligro entre tantos espectadores. Había hasta un policía en la esquina más próxima.

- ¡Allí viene! ¡Allí viene Comus!

El grito corría por la multitud. De inmediato se oyó la música de una banda de bronces. Llegó el primer resplandor de las antorchas.

La gente avanzó hacia la luz como el oleaje hacia la luna, entre chillidos y exclamaciones de entusiasmo. El desfile estaba cada vez más cerca. Resonaron los primeros aplausos. En esta ocasión, el tema era el *Paraíso Perdido,* de Milton, en una especie *de tableaux roulants.* Encabezaba el desfile el apuesto Comus, coronado de flores, seguido por el poderoso Momo, hijo de la noche, y por Jano, el de dos caras. Los acompañaba una multitud de dioses y semidioses griegos en distintos carruajes.

Librodot

Carro tras carro, continuaban pasando, brillantes de oro, plata y joyas falsos, asombrando a la multitud con los maravillosos efectos creados con papel maché, madera aserrada, cascadas de plumas y muchos metros de seda y raso. Resultaba fácil creer que la *Krewe of Comus* había gastado más de veinte mil dólares.

Dando tumbos alrededor de los carros se veían personajes vestidos de sátiros, ninfas, faunos y cupidos. Se arracimaban, especialmente, alrededor de la siguiente carroza de la fila: la del gran Pan, dios de Arcadia, deidad del amor sensual y patrón de los poetas pastoriles.

Pan llevaba su torso descubierto y la parte inferior del cuerpo cubierto de pelo largo, blanco; el disfraz terminaba con pezuñas de cabra. De entre sus rizos oscuros surgían pequeños cuernos dorados. Cubría su rostro un antifaz de oro, desde donde brillaban sus ojos con lasciva alegría. A diferencia de los otros dioses, que tendían a la corpulencia, Pan era delgado y musculoso. Otros dejaban que alguien llevara de la brida a la mula oculta bajo el disfraz de algún animal mitológico, pero Pan tenía en su mano las riendas de sus genuinas cabras lecheras, todas blancas. Por los vítores de la multitud, fue evidente que había ganado la simpatía general.

Anya aplaudió con los otros. Cuando apartaba la vista para ver el carruaje siguiente, su mirada volvió hacia Pan, irresistiblemente atraída. El supuesto dios la estaba mirando con una sonrisa demoníaca. La joven ahogó una exclamación: era Ravel.

En ese momento de total distracción, mientras abría su boca para reír, encantada y sorprendida, un hombre se abrió paso a empellones y empujó a Anya. Su mano se cerró sobre el brazo de la muchacha, arrastrándola hacia sí. Ella, tomada por sorpresa, tropezó, en tanto el atacante la ceñía contra su chilaba.

Anya lanzó un grito y trató de arañarle la cara con su mano libre, pero el hombre le sujetó la muñeca con fuerza implacable. La joven le clavó su tacón en el empeine y tuvo la satisfacción de oírlo gruñir, pero antes de que pudiera repetir el movimiento aparecieron otros dos árabes a su lado, quienes la aferraron por ambos brazos.

- ¡Socorro! - gritó, sin dejar de forcejear.

El policía de la esquina se volvió para mirar, pero parecía ciego, a menos que ella fuera invisible. La gente comenzó a retirarse y a apartar a sus hijos, formando un círculo desierto alrededor de ella. Un anciano caballero se adelantó con su bastón en alto, como si quisiera defenderla. Otro más joven lo imitó, pero el primer árabe les dedicó un guiño:

- No se molesten amigos. Es sólo una ramera que se ha desmandado.

- ¡No! ¡No lo soy!

Detrás de ella hubo una súbita conmoción, pero no hubo tiempo para aprovecharla. El árabe se encogió de hombros.

- ¿A quién prefieren creer?

Alta, clara, resonante de cruel ironía, se oyó una voz nueva. Era la de Ravel.

- ¡A la señorita, amigo!

Anya sintió un sollozo de alivio creciendo en su interior, aunque su atacante le impedía ver a Ravel. Sin embargo, su presencia fue evidente.

Un hombre con chilaba cayó despatarrado entre la multitud. Se oyó un crujido de un puñetazo contra una mandíbula y otro retrocedió hacia la calle. El que la había apresado sacó un puñal de entre las túnicas, pero Ravel le sujetó el brazo en un solo movimiento y lo bajó contra la rodilla peluda de su disfraz. Se oyó un crujido sordo y

el aullido del hombre. El cuchillo cayó a la acera, de donde Ravel lo apartó de un puntapié.

Girando en redondo, en un torbellino de su manto verde, levantó a Anya en vilo y corrió con ella hacia el carruaje que lo esperaba, con las riendas en manos de un paciente fauno. Dejó a Anya en la carroza, sosteniéndola hasta que ella pudo mantenerse en pie entre el follaje de la decoración, y subió a su vez, con las riendas en su mano. Luego abrazó a Anya, preguntándole, muy grave:

- ¿Estás bien?

No, no estaba bien, ni volvería a estarlo nunca. Su corazón era un dolor pesado y enorme en su pecho. Tras los ojos sentía la dolorosa presión de las lágrimas. Temblaba por dentro, llena de un terror extraño, casi feliz. Era una tonta, por haberse enamorado de un dios voluble. Los hados no eran tan bondadosos para con las mujeres que se atrevían a tanto.

Sonrió, trémula, y alargó una mano para enderezar las hojas de vid, encantadoramente torcidas sobre el ojo izquierdo de Ravel después de la pelea.

- Tienes la corona caída - le dijo.

El contacto de su mano, ese pequeño gesto, hizo bullir la sangre en las venas de Ravel, como si fuera champán caliente, y no pudo resistir la tentación de besarla en los labios.

En torno de la carroza, la multitud rompió en locos vítores, hurras y gritos.

- ¡Bravo, bravo!

Ravel levantó su cabeza, con los ojos oscuros de promesas, y se volvió hacia adelante. Con una mano hizo restallar las riendas por sobre los lomos blancos de sus cabras.

El desfile de Comus reanudó su marcha.

CAPITULO 16

Participar de todo el desfile como ninfa de Pan, entre las sonrisas y los elogios de los espectadores, era una gran tentación, pero también algo muy poco práctico. Los participantes principales del desfile tendrían que presentarse en el teatro, en los grandiosos tableaux del baile, y Anya no jugaba papel alguno en esa escena. Debía volver a su casa y cambiarse para el baile.

Por lo tanto, pidió que, cuando el lento desfile de carrozas pasara junto a la casa de Madame Rosa, Ravel se detuviera por un instante para dejarla bajar. Él la miró por un momento, estrechándola por la cintura. Era extraño que un antifaz pudiera ocultar tanto, aún cuando los ojos, en sí, fueran visibles.

- No te preocupes - aseguró -. Allí estaré a salvo.

- ¿Estás segura?

- ¿A qué te refieres?

Cosa extraña: él no había preguntado quiénes habían sido sus atacantes ni el por qué del ataque. Se podía suponer que eran los mismos de antes y por idénticos motivos, pero él no tenía modo de adivinarlo, a menos que supiera algo.

- Me refiero - respondió él, lentamente- a que deberías tener en cuenta quién saldría ganando si algo te ocurriera.

- Eso es ridículo. Si estoy en peligro es sólo por...

- ¿Sí?

- Por ti - concluyó ella.

No parecía haber conexión alguna entre Ravel y el ataque de los árabes. Sin embargo, tenía que haberla, porque ella no tenía enemigos.

- Que yo sepa, ninguna de mis actividades constituye un peligro para ti - dijo él.

- Pero esos hombres fueron los mismos que trataron de matarte. Estoy casi segura.

- ¿Crees que ése era su propósito?

- ¡Por supuesto! ¿Por qué tratas de sugerir otra cosa?

- Para tu protección - aclaró él, incisivo.

- Por otra parte - observó ella, con voz tensa -, si no eran los mismos, tu presencia resultó muy conveniente.

Él respondió en tono decidido.

- Por mucho que me gustara hacerte aterrorizar por el placer de rescatarte, me parece un cortejo un poco drástico.

Se acercaban ya a la casa y el vehículo iba aminorando la marcha.

- ¿Por qué? La gratitud ha de ser, a tu modo de ver, una buena razón para casarse. Tú estabas dispuesto a desposarme sólo por cumplir con tu deber.

- ¿Habrías preferido que te declarara un amor eterno?

La ironía de su tono fue como un latigazo.

- Infinitamente - reconoció ella, fingiendo desdén para disimular su dolor.

- Qué interesante. Si estás segura de que el sentido del deber era una ficción, ¿por qué crees que te propuse casamiento?

- Por lo mismo que muchos: por dinero y posición social.

- Tengo de ambos todo lo que me hace falta.

- ¿Por respetabilidad?

- Ah, es una perspectiva, ¿verdad? Yo creía estar ofreciéndotela a ti.

- ¿De veras? - exclamó ella, con ira.

El carruaje se había detenido y ella recogió su falda, preparándose para bajar. Él le puso en el brazo una mano fuerte y caliente.

- He pasado la mayor parte de mi vida sin respetabilidad. ¿Por qué crees que la echo ahora en falta?

- Casi todos deseamos lo que nos es inalcanzable.

- Cierto - dijo él, con voz suavemente divertida, soltándola -, pero en tu razonamiento hay un error básico, si quieres buscarlo.

Ella se volvió desde la acera para responderle, en tono hiriente:

- Si lo descubro te lo haré saber.

- Por favor - fue la amabilísima respuesta.

Y Ravel agitó las riendas para proseguir su marcha.

Ella no tuvo tiempo de pensar en el significado de sus palabras ni de lamentar que siempre surgiera la discordia entre ellos.

Los sirvientes, que estaban asomados a las ventanas de la casa para presenciar el desfile, habían entrado y corrían por toda la casa gritando que la señorita había aparecido. Salió a su encuentro, en la escalinata del patio, Celestine, con la cara roja y

manchada de lágrimas. Le arrojó los brazos al cuello, mientras Emile y Murray bajaban con más lentitud.

- ¿Dónde estabas? - exclamó la joven -. Te hemos buscado por todas partes, pero era como si hubieras desaparecido de la faz de la tierra. Acabamos de llegar para ver si habías vuelto a casa.

Anya explicó lo ocurrido como pudo, entre exclamaciones de horror, simpatía y preocupación. Cuando terminó, Celestine dijo:

- ¡Pero podrían haberte matado o algo peor! No me explico cómo llegamos a separarnos tanto, de no ser porque vimos, más adelante, a otra mujer con un vestido similar al tuyo y supusimos que te nos habías adelantado. Yo dije que no eras tú, que tú no usarías ese trapo envuelto a la cabeza como las lavanderas, pero ellos insistieron.

- Lo siento muchísimo, Anya - dijo Emile, muy serio, tomándola de la mano -. Jamás me perdonaré haberte abandonado a semejantes angustias. Pero has sido muy intrépida al derrotarlos. ¡Soy todo admiración!

- Ya que pensáis hacer tanto alboroto - observó Murray, muy práctico- será mejor que pasemos al salón, para que ella pueda sentarse.

- Claro que sí - dijo Madame Rosa, desde el descansillo -. Ha de estar exhausta. Y creo que a todos nos vendría bien beber algo.

Hubo que contar otra vez la historia con lujo de detalles, en beneficio de la madrastra. Celestine, con su traje de corte, ocupaba la butaca junto con su hermana, teniéndola de la mano, como para no dejarla escapar nunca más. Madame Rosa se sentó a poca distancia, y Gaspard quedó de pie tras ella, con el rostro arrugado de preocupación... Murray se había quitado el dominó negro que usara sobre su vestimenta común y estaba sentado al otro lado de Celestine. Emile, en un sillón lateral, con sus codos apoyados en las rodillas, desordenaba sus rizos castaños.

- Ha sido una suerte que Duralde pudiera ayudarte - apuntó Gaspard.

- Sí, ha actuado como un héroe - reconoció Murray.

Emile se golpeó en la rodilla con una mano.

- ¡Yo debería haber estado allí!

Anya contempló la copa de jerez seco que le habían puesto en la mano. En su mente resonaba la sugerencia de Ravel, en cuanto a tener en cuenta quién podía beneficiarse con su desaparición. Le resultaba increíble que alguno de los presentes quisiera hacerle daño. Los conocía muy bien; era la raíz de su vida. Con la posible excepción de Emile, no podía imaginar que le fallaran nunca.

En realidad, podían tener algún motivo de envidia. Ella era la principal heredera de su padre. Las leyes de herencia, en Luisiana, se basaban en el código napoleónico, ideadas a partir del antiguo sistema romano, y marcaban líneas muy estrictas para la división de la propiedad, a fin de proteger a las mujeres y a los hijos, haciendo imposible que un hombre desheredara a su familia. Las propiedades adquiridas durante un matrimonio pertenecían por igual a marido y mujer. A la muerte de uno de los cónyuges, la mitad de esas propiedades pasaban a los hijos. Por lo tanto, al morir la madre de Anya, ella había heredado la mitad de Beau Refuge. A la muerte de su padre, Madame Rosa, su segunda esposa, retuvo el uso de los dineros acumulados durante su matrimonio con el padre de Anya, pero la mitad restante de la plantación había sido dividida por igual entre Anya y Celestine. Por lo tanto, Anya poseía tres cuartos de Beau Refuge, tres cuartos de la fortuna de su padre. Hasta la casa de la ciudad había

sido comprada por ella, a la muerte de Hamilton, para Madame Rosa y su hija. En realidad, se podía decir que la madrastra y Celestine vivían de la caridad de Anya.

En ningún momento había detectado la menor señal de resentimiento por ese hecho. Ella era generosa con las rentas de Beau Refuge; durante muchos años había dependido de los sensatos consejos de su madrastra para hacer las inversiones. Ninguna de las dos mujeres de su familia tenía el menor deseo de usurpar su puesto; en realidad, era mucho más cómodo que Anya se ocupara de todo y les proveyera de los medios de subsistencia.

En cuanto a los otros, Emile era, simplemente el hermano menor de Jean. Podía sentir rencor contra Ravel, pero no con ella. Murray, el amado novio de su hermana, era un hombre común y simpático, dotado de modestas ambiciones en su trabajo de abogado, y había mencionado la posibilidad de dedicarse a la política. Si bien no era especialmente suave y amable como los caballeros criollos, Celestine estaba muy contenta con él, y eso bastaba.

Y allí estaba Gaspard, el pulcro y elegante Gaspard, que no apreciaba a Murray; tenía una cuarterona en la calle Rampart, aunque se comportaba como acompañante asiduo y fiel de Madame Rosa. Si había tenido algún motivo para matar a Anya en el incendio de la desmotadora, ella no lograba desentrañarlo, pero tal vez se había dado cuenta de que ella conocía la existencia de la cuarterona y quizá estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de guardar el secreto. Pero en ese caso, ¿por qué usaba su nidito de amor como lugar de reuniones?

Anya estudiaba a Gaspard pensando en todo eso. Notó de pronto que él la observaba con expresión pensativa y algo irónica. Apartó la vista e, impelida por un azoramiento peculiar, se puso de pie, diciendo:

- Sois todos muy amables al preocuparas tanto, pero no necesito que me mimen. Os aseguro que estoy perfectamente. ¿No es hora de prepararse para el baile?

Celestine no le soltaba la mano.

- ¿Estás segura de que tienes ganas de ir?

- No se me ocurriría perderme la ocasión ni privaros a vosotros de disfrutarla. Ya me siento demasiado mal por haberos impedido gozar debidamente del desfile. Ha sido... muy bello.

- Tendremos que darnos prisa si queremos llegar a tiempo para ver los tableaux - observó Madame Rosa.

- Eso es lo que yo decía - afirmó Anya, con un aire enérgico apenas débil en los bordes -. ¿Alguien ha pedido el carruaje?

Su vestido era de suave raso azul, adornado con encaje negro. No hubo tiempo para peinados complejos, de modo que se hizo recoger la cabellera en un moño trenzado sobre la nuca, decorado con hojas de terciopelo azul y cintas negras. Mientras se ponía el juego de aguamarinas, comprendió de pronto lo que había querido decirle Ravel con sus últimas palabras, momentos antes. La quería a ella, no quería su respetabilidad; si bien ya la había poseído en el sentido físico, le proponía matrimonio para hacer algo permanente de esa posesión. A su modo, le estaba diciendo que sólo había pedido su mano por deseo.

Se sintió sucesivamente gratificada, enfurecida y dolida ante la idea. Una cosa era segura: a pesar de la promesa que hiciera de avisarle en caso de descubrir el motivo, no se le ocurriría mencionar el asunto.

Los enormes miriñaques de la temporada no dejaban lugar para más de dos señoras en un carruaje; por eso se acostumbraba que viajaran dos damas y dos caballeros. La familia Hamilton solía distribuirse en dos carruajes; Murray y Celestine en uno, con Anya como carabina, y Madame Rosa y Gaspard en el carruaje del elegante francés. El agregado de Emile causó complicaciones. No hubo más remedio que separar a Gaspard de Madame Rosa.

Anya, mientras bajaba al salón con la capa al brazo, se lamentó de que hubieran pasado los viejos tiempos en que todo el mundo iba al baile caminando, mientras una doncella, atrás, llevaba los zapatos finos en la mano.

- Que rápida has sido - dijo Gaspard, al verla entrar -. Y estás adorable. Tú y yo compartiremos el primer carruaje con monsieur Girod. Saldremos en cuanto regrese, a fin de reservar asientos para Madame Rosa y mademoiselle Celestine.

Anya accedió de inmediato. Se hizo un pequeño silencio. En un esfuerzo por entablar conversación, la joven dijo:

- Parece muy tarde para salir.

- Sí, pero es porque se esperó el atardecer para iniciar el desfile. Admitirás que resultaba mucho más impresionante a la luz de las antorchas.

- Oh, sí; sin ellas, el efecto no habría sido el mismo.

Se sentía intranquila y se le notaba en la voz. ¿Por qué no venía alguno de los otros? Mientras acomodaba los pliegues de su capa, sufrió una súbita alarma al ver que Gaspard se acercaba deliberadamente.

- Vamos, Anya, esto no tiene sentido. Nos conocemos desde hace demasiado tiempo como para andarnos con estas reticencias. Obviamente, crees saber algo que me desacredita y te estás mostrando dolorosamente discreta. Ven a sentarte y discutámoslo.

- ¿Usted... quiere hablar de eso... conmigo?

Los labios finos del hombre se movieron en una sonrisa irónica.

- No es nada que me avergüence y te hago el cumplido de pensar que sabrás comprender.

¿Tal vez porque ella tampoco era inocente? No, no debía ser cínica. Fue a sentarse en la butaca, maniobrando sus amplias faldas para no arrugarlas.

- Tengo entendido - dijo él, sentándose en el borde de una silla- que anoche me viste en casa de mi amante.

Anya inclinó la cabeza a modo de asentimiento.

- Esa mujer está bajo mi protección desde que éramos casi niños. Por lo común, esos acuerdos terminan cuando el hombre se casa, pero yo nunca me casé.

- ¡Pero hace años que acompaña a Madame Rosa!

- Es cierto. Una cosa no excluye la otra.

- ¿Eso significa que ama a las dos?

- De modos diferentes - concordó él, impertérrito.

- ¡Vaya!

- No tienes por qué burlarte. Una es cómoda, sin complicaciones, bastante terrenal; la otra, estimulante para la mente, pero tranquilizadora para el alma.

¿Cuál era cuál? Anya lo miró fijamente, fascinada por ese vistazo en la complicada vida afectiva de aquel hombre, aparentemente tan simple.

- ¿Y si usted se casara con Madame Rosa?

Librodot

- Eso parece muy poco probable.
- ¿Por qué? ¿Alguna vez se lo ha propuesto?
- Nunca ha habido un momento propicio.
- Oh, vamos, ésa es una excusa muy débil.
- Tal vez - reconoció él -, pero nunca he querido arriesgar la relación que nos une.
- Y por eso no hace nada.
- ¿Te parece cobardía? Te aseguro que muchas veces yo también pienso así.

Anya fue franca:

- Se diría que detesta alterar el cómodo arreglo que ha conseguido.
- Comprendo que pienses así, pero ¿podrías decirme, en este momento, si Madame Rosa me aceptaría en el caso de que yo le propusiera matrimonio?

Anya abrió la boca, pero volvió a cerrarla, frunciendo el ceño. Descubrió, sorprendida, que no podía asegurarlo.

- Jamás lo sabrá si no hace el intento.
- Sí, pero mi fortuna no es grande; mi casa, menos imponente que Beau Refuge. ¿Qué puedo ofrecerle, salvo mi apellido?
- ¿Y su amor?
- Podría no bastar.
- Y si bastara, ¿qué pasaría con la mujer de la calle Rampart?
- Desde hace cinco años no la visito por las noches, salvo para las reuniones. Para ella no sería una sorpresa que le asignara una pensión. Por el momento, sirve para proteger a Madame Rosa de las lenguas maliciosas.

El amor devoto adoptaba formas extrañas, y también las confidencias. Anya no supo qué decir. Entonces se aferró al recuerdo de otros compromisos.

- ¿Cuál es la finalidad de esas reuniones? ¿Por qué la policía trató de interrumpir la de anoche?
- No puedo decírtelo.
- Mejor dicho, no quiere.
- Si lo prefieres así. Sería mejor que pidieras una respuesta a Duralde.

Madame Rosa apareció en la sala, caminando con paso muy silencioso para su tamaño.

- ¿Una respuesta a qué?
- Ah, querida, elegantísima, como de costumbre - ponderó Gaspard, levantándose sin prisa para acercarse a su amada -. ¿Una respuesta? Caramba, a la pregunta de qué pensará hacer Comus el año próximo para superar el espectáculo de esta noche.

El viaje hasta el teatro pareció largo. Los acontecimientos previos habían arrojado un velo negro sobre la velada. Los dos compañeros de Anya se mostraban solícitos pero silenciosos. En las calles, la celebración iba perdiendo impulso.

Anya se descubrió observando con frecuencia al compañero de su madrastra. Lo que le había oído decir la inquietaba. Si no compartía el lecho de su cuarterona desde hacía cinco años, ¿significaba eso que reservaba ese placer para Madame Rosa? Parecía extraño, pero Anya comprendió que era posible. Cinco años de discreción, de disimulo. Al parecer, el camino del amor no se tornaba más fácil con los años. El orgullo y la terquedad no eran privativos de los jóvenes; quizás se endurecían en máscaras aún más rígidas.

Librodot

Gaspard, tan cortés y elegante, yendo y viniendo en silencio, compartiendo placeres con Madame Rosa, mientras ocultaba su amor por ella. Tantos años vividos en seguridad, pero a medias. Y Madame Rosa, declinando en su complaciente viudez, sin saber lo que él sentía. Resultaba patético considerando que sólo hacía falta un poco de franqueza.

¿Sólo eso?

No había riesgo mayor que la franqueza en los asuntos del corazón. Ella amaba a Ravel, pero le era imposible decirle, sin saber lo que él sentía en realidad: «He cambiado de idea y me casaré contigo, después de todo.» Nada le aseguraba que él deseara todavía desposarla, ni que lo hiciera por las razones correctas.

Ravel podía haber sido franco y correcto, en otros tiempos. Sin embargo, impulsado por el pasado, se había convertido en un mercenario y un oportunista. Tenía riqueza y cierto grado de poder; participaba en círculos sociales y mercantiles importantes. Bien podía haber llegado a creer que cualquier modo de lograr sus deseos era válido. Y si ella lo amaba en realidad, ¿podía dejarse usar de ese modo?

CAPÍTULO 17

La cantidad de carruajes era tan grande que costaba acercarse a la puerta. Alrededor de la entrada, la multitud de personas no invitadas que clamaban por ingresar, gritando como vendedores callejeros, era tal que Anya temió ver arrebatada su tarjeta de invitación. Esa actitud, cercana a la histeria, era una prueba más de que ese baile sería el acontecimiento social más importante del año, si bien no era el único de la noche.

La orquesta tocaba melodías cadenciosas, casi inaudibles bajo el rumor de las voces. Los asientos que rodeaban la pista centelleaban de joyas, rasos y sedas; apenas había un color oscuro a la vista, pues los caballeros estaban en el salón de refrigerios o de pie en la parte trasera del palco, cediendo a las señoras de la familia la comodidad de las sillas.

Los asientos asignados a los Hamilton, en un palco muy próximo al escenario, habían sido ocupados tal como Gaspard temiera. Él se las compuso para hacer que la familia del plantador americano abandonara el sitio, hablando al alcance de sus oídos sobre lo peligroso que sería ese sitio, tan alejado de las puertas, en el caso de que estallara un incendio. De inmediato, los tres ocuparon el palco.

Celestine y Madame Rosa llegaron al poco tiempo, y los caballeros se alejaron para reparar energías en el salón de refrigerios. Apenas se habían perdido de vista cuando una compañera de escuela de Celestine apareció para mostrar su sortija de compromiso.

Madame Rosa aprovechó la distracción de su hija, para decir a Anya:

- Ahora puedes decirme, sin necesidad de evasivas, de qué estabas hablando con Gaspard, allá en casa.

Anya repuso, con cierta indiferencia vaga:

- Hablábamos de Ravel y del maravilloso desfile.

Librodot

- Por favor, Anya, no disimules. Aunque yo tenga unos cuantos años, mi oído es muy fino, y percibí claramente mi nombre y la mención del casamiento en una misma frase.

Aunque Gaspard no le había recomendado discreción, Anya sabía que la esperaba de ella. Habría querido responder a su confianza, pero Madame Rosa era su amiga y confidente de muchos años. No resultaba fácil resistírsele.

- No tenía importancia - dijo.

- No estoy de acuerdo. Me preocupa pensar que tú y Gaspard habléis de mí a mis espaldas.

- Pero no hubo nada de eso. Sólo... una conversación ociosa..

- En ese caso, ¿por qué no me dices de qué se trataba?

- A Gaspard no le gustaría. Tal vez seria mejor que se lo preguntara a él - dijo Anya, con cierta desesperación.

- Lo haré, no lo dudes, pero también me gustaría saberlo de tu boca.

Anya frunció el ceño.

- No pensara usted que hay algo clandestino entre nosotros. ¡Es ridículo!

- Explícame por qué - adujo Madame Rosa, con paciente tenacidad.

Por la mente de Anya cruzó una idea. Parecía ofrecer una salida o, cuando menos una oportunidad de lograr información a cambio de su traición.

- Hay algo que me preocupa. Se lo pregunté a usted una vez, pero no aclaró el problema. Tal vez ahora, tras haber tenido tiempo para pensarlo, pueda hacerlo.

Madame Rosa ahuecó sus labios y dijo, cautelosa:

- Es posible.

- Se refiere a lo que Ravel le dijo al pedirme en matrimonio. Si usted me lo explica, yo le diré lo que me dijo Gaspard.

Si esperaba que Madame Rosa se negara para proteger a Ravel, permitiéndole hacer lo mismo con Gaspard, la había subestimado, porque su madrastra sacrificó a Ravel de inmediato.

- De acuerdo, si puedo.

Anya repasó la escena en su mente

- Le recordó «obligaciones pendientes», como si usted supiera a qué se refería y le debiera un favor lo bastante grande como para apoyar su petición.

Las facciones de Madame Rosa se endurecieron. Casi involuntariamente, miró a su hija por encima del hombro.

- Sí, lo recuerdo.

Anya sintió que el estómago se le hacía un nudo, mientras esperaba el resto de la respuesta. Como no llegara, insistió, en tono tenso.

- ¿Y bien?

- Es un asunto de cierta delicadeza, que afecta a otras personas.

- Por supuesto.

- Sabes, supongo que no me agrada del todo la elección de esposo hecha por Celestine.

- Sé que les ha pedido esperar antes del compromiso formal - respondió Anya, con cautela.

- Esperaba que el vínculo se debilitara solo, como tantos, pero hasta ahora no ha sido así.

- Celestine es de corazón tierno.

- Sí, y Murray un enamorado muy atento. Ella apenas puede respirar sin su presencia.

Anya arqueó sus cejas.

- ¿Y eso está mal?

- Pocos opinarían eso, pero aún así no me hace feliz verlo con Celestine.

- ¿Por qué? ¿Qué le desagrada de él?

Madame Rosa se encogió de hombros, con una sonrisa irónica.

- No lo sé. Tal vez, porque quiera llevarse a mi hija. Tal vez porque es americano y no criollo, y porque le falta abolengo. Tal vez, porque me hace pensar en un cachorrito, incómodamente cariñoso, siempre entre los pies y dado a mordisquear las patas de los muebles cuando no lo vigilas.

Anya no pudo dejar de reír.

- ¡Vamos, Madame Rosa!

- Es sólo una fantasía. Pero me pareció que, si Celestine veía a su enamorado en una situación delicada, donde hiciera falta el coraje y la desenvoltura de un auténtico caballero, descubriría que él no responde a su ideal.

La mente de Anya saltó a la conclusión obvia.

- El desafío en el baile del teatro St. Charles.

Madame Rosa asintió pesadamente.

- Pero, ¿cómo se las arregló? ¿Cómo convenció a Ravel para que actuara?

- En parte fue muy fácil. Le envié una nota, pidiéndole que me visitara, y le expliqué lo que deseaba. Al principio se negó, diciendo que iba en contra de sus principios. Después le dije que estaba enterada de las reuniones a las que asistían él y Gaspard.

- ¿Usted estaba enterada? - exclamó Anya, apretándole el brazo.

- Querida, me estás haciendo daño. Por supuesto que sí.

- ¿Para qué son?

- Según me dijo Gaspard, para el Comité de Vigilancia. Y no encuentro motivos para no creerle.

- Claro. - el grupo de hombres que se oponían al corrupto partido gobernante. Anya sintió un alivio tan intenso que sus ojos se llenaron de lágrimas. Un momento después agregó:- Pero me cuesta creer que Ravel se dejara extorsionar.

- Sin embargo lo hizo. La idea de provocar a Murray por medio de ti fue suya; aunque se vería obligado a actuar en defensa de su novia, era más probable que abandonara a una futura cuñada. Pero como Celestine te ama tanto, se sentiría muy ofendida.

Anya asintió. Ahora sabía cuál era su obligación y por qué Ravel había roto el pacto tácito existente entre ambos durante tantos años, que los instaba a no verse ni hablarse. ¿Por qué no se sentiría más feliz?

- Pero usted se equivocó - dijo -. Murray actuó estupendamente, de una manera protectora.

- Sí - suspiró Madame Rosa.

- Pero ¿cómo pudo usted hacer eso, sabiendo que uno de los dos podía morir? ¿Podría haber soportado los remordimientos?

- Nunca pensé que Murray reuniera ese coraje. Una vez que la cuestión se puso en marcha, no parecía haber modo de impedirla. Pero tú hallaste el modo. Heriste a Ravel

y dañaste su reputación, dejándome aún más obligada para con ese hombre. ¿Cómo iba a negarle autorización para que te abordara? Era imposible.

- Él lo hizo imposible.

- Tú lo ayudaste.

- Lo que no entiendo es por qué creyó cobarde a Murray. Recuerde cómo actuó aquella noche, cuando atacaron nuestro carruaje.

- Al parecer me equivoqué - reconoció Madame Rosa, con voz desacostumbradamente seca -. Y ahora, dime de qué estabas hablando con Gaspard.

Anya vaciló un momento. Sería interesante observar la reacción de su madrastra.

- En resumen, me estaba explicando los motivos por los que nunca le ha propuesto matrimonio.

- Le gustan las cosas tal como están, con su vida social y su vida privada bien separadas: yo de un lado y su cuarterona de¡ otro.

- ¿Usted sabía que existe esa mujer?

- No soy tonta.

- Tal vez no, pero también se equivoca con respecto a Gaspard.

Anya sintió reparos por lo que iba a hacer; entrometerse en la vida ajena no era prudente.

- ¿Te parece?

- Él le propondría casamiento si tuviera esperanzas de ser aceptado. Su cuarterona es sólo una pantalla para proteger su reputación, Madame Rosa. Él la ama a usted.

Si bien no había sabido qué esperar de su madrastra, aguardaba cualquier reacción, menos aquella lánguida indiferencia.

- ¿Sí? ¿De veras?

Y Madame Rosa se volvió a escuchar la cháchara de su hija con la amiga.

Anya quedó librada a sus propios pensamientos. Ravel y Gaspard, miembros del clandestino Comité de Vigilancia. Sin duda alguna, los motivos de algunos miembros eran muy elevados, pero también podían ser sólo una excusa para arrebatar el poder a los funcionarios designados. Sin embargo, en aquel estado de corrupción era preciso hacer algo.

Y si Ravel formaba parte de ese grupo secreto, ¿qué papel jugaban los hombres que habían querido matar a ambos?

Distrajo su atención la figura de un hombre que acababa de aparecer en el escenario. Se apagaron los murmullos y los ruidos, dejando sólo algunas toses graves. El hombre se llevó una flauta dorada a los labios y tocó una nota larga y melodiosa. Luego dijo:

- Cuando vuelvan a oír este sonido será señal de que se inicia el refrigerio de medianoche. Ahora, anuncia la apertura del segundo baile anual de la Mistick Krewe of Comus. Como capitán de la Krewe, les doy la bienvenida y les deseo felicidad en este carnaval. ¡Que comiencen los festejos! ¡He aquí a los dioses en sus sitios designados!

Con un amplio ademán, el capitán retrocedió y el telón descubrió el escenario, dejando a la vista de todos la primera escena, compuesta por una cuarta parte de las deidades que se habían presentado en el desfile.

Así siguieron, una tras otra, hasta completar cuatro. Eran obras de arte de tamaño natural, presentadas de modo que lograran el máximo efecto posible mediante el color, la proporción y la mezcla de bien y mal, sublime y ridículo.

Ravel apareció en el penúltimo cuadro. Mientras lo observaba, Anya sintió en sus labios una sonrisa que parecía negarse a desaparecer. Qué magnífico dios del amor representaba, apuesto como tal y tan inquietante como el amor mismo. Se sintió agradecida de que él, en su postura inmóvil, no pudiera verla. ¿Por qué tenía que amarlo de ese modo? Era casi como si ambos estuvieran atrapados en un viejo mito de amor y odios, celos y destrucción, actuando para diversión de un dios vano, con la muerte como única salida.

Por fin se cerraron los telones y la música, suave hasta entonces, cobró volumen. Seguiría la marcha de los enmascarados. De pronto el entusiasmo trepidó como un relámpago en el gran salón. Las damas de cualquier edad se ahuecaron el pelo y acomodaron sus frunces. Algunas de ellas serían elegidas como compañeras para los enmascarados de la Krewe en su desfile alrededor del salón. Por fin romperían el desfile para bailar. Pero había ciertas reglas: ningún caballero sin disfraz podía bajar a la pista; ningún caballero disfrazado podía subir a los palcos. Los nombres de las damas elegidas serían anunciados por el capitán, para que pudieran bajar al encuentro del hombre oculto tras la máscara.

Se inició la gran marcha, encabezada por Comus. Los disfrazados dieron una vuelta a la pista para mostrar por última vez su grandeza. Hubo una breve pausa. Luego se anunció el primer nombre.

Hubo tímidas sonrisas de azoramiento, gritos de deleite y chillidos de triunfo, mientras las damas, una a una, iban tomando sus lugares. Algunas eran la esposa del convocante; otras, la hija, la sobrina o la madre; casi todas, las amadas. Era difícil no sonreír ante la saciedad o la fingida indiferencia de las damas aún sentadas en tanto esperaban para ver si se les elegiría o si quedarían solas al iniciarse la música.

- ¡Señorita Anya Hamilton!

Anya quedó inmóvil. Ravel. Ella no esperaba que la convocara, después del modo en que se habían separado. Pero la llamada se repitió. Ella quedó paralizada. ¿En qué estaba pensando ese hombre para vincularla de ese modo con él, después de los chismes provocados? Pero Madame Rosa la azuzó:

- ¿Qué esperas? ¡Baja!

- ¿Cómo voy a hacer eso?

- Estamos en carnaval. No puedes hacer otra cosa.

Anya bajó del palco. Ravel la esperaba en el borde de la pista, y al verlo su corazón comenzó a acelerarse. Sus dedos temblaban un poco al apoyarse en aquella muñeca, correcta y formalmente ofrecida. Ravel se sintió triunfador, pues había temido que ella lo dejara sin pareja, negándose a bajar. Girando en redondo, la condujo hacia la fila que se estaba formando.

- Has de saber - dijo Anya, en voz baja - que con esto confirmas los peores rumores sobre nuestra aventura.

- ¿No se me pinta como el gallardo salvador de tu casa? ¿No es natural que, después de haberte visto en ropas deliciosamente íntimas, combatiendo las llamas, esté ahora enamorado?

- ¿Ropas íntimas? Estaba completamente vestida, y tú lo sabes.

- Yo sí, pero los chismosos no tienen ese privilegio y se ven obligados a pensar lo peor.

- Si no comprendes que esto no nos hace ningún bien, no gastaré aliento en convencerte.

- Bueno, puedes decirme, en cambio, si descubriste cuál era el error de tu pensamiento. Y seria mejor que dejaras de fulminarme con la vista, si no quieres que los chismosos piensen cosas aún peores.

Ella le dedicó una sonrisa de melaza.

- Comprendí muy pronto lo que insinuabas, pero aún no sé qué es peor: si haber recibido una propuesta matrimonial por deber o por excesivos ardores masculinos.

Se inició la marcha y él tardó un momento en responder, con tono resignado:

- Era inevitable que interpretaras mis palabras del peor modo posible.

- ¡No había otro! Pero no necesitas molestarle en repetir el ofrecimiento. Madame Rosa ya no te apoyará. Ya sé por qué no se negó a escuchar tu propuesta y por qué te defendió. Pero tu astuta extorsión no te servirá por segunda vez.

La voz de Ravel sonó mortífera en su suavidad.

- ¿Quién dijo que habría una segunda vez?

- ¿Ah, no? Pues te estoy muy agradecida - replicó ella, con los ojos oscuros y fríos como el fondo de un océano.

- Espero que no hayas informado a Murray sobre la participación de Madame Rosa en el enfrentamiento.

- No, desde luego.

- Me alegro. Dudo que supiera comprender. Después de eso, no dejaría de arrojarse sobre mí, decidido a reiniciarlo todo.

- ¡Como me arrepiento de haber impedido ese duelo! Dudo que ahora pudieras mostrarte tan presumido.

Nadie podía irritarla tanto como ese hombre. Nadie.

- No, por cierto - repuso él, con la mayor buena voluntad -. Con un poco de suerte, a estas horas estaría muerto.

La marcha había terminado. La orquesta arrancó inmediatamente con un vals y las parejas se diseminaron al compás de la música.

¿Muerto? La palabra hacía que Anya sintiera escalofríos. Ese hombre tan lleno de fuerza y de vida no podía morir en un instante. Pero era posible, sí. ¿Y qué sería entonces del amor que ella sentía dentro de sí, frenético por escapar?

- ¿Está aquí tu madre? - preguntó, recorriendo los palcos con la vista.

- No pude convencerla de que viniera.

- No me digas que está enferma.

- No, pero esta noche se reúne su círculo literario y ella prefirió estar allí. Su enfermedad es más un inconveniente que un obstáculo para hacer lo que desea. Es posible que tenga el corazón algo débil, pero se debilita mucho más cuando quiere algo de mí.

La calidez de su voz provocó en Anya una sensación extraña, a la altura del corazón.

- Supongo que tu madre vio el desfile.

- Sí. Dijo que mi disfraz era vulgar pero efectivo.

- Es una mujer de buen gusto - pronunció Anya, casta.

No podía negar que el disfraz era efectivo. El estar tan cerca de él, públicamente, en su semidesnudez, la estaba provocando un acaloramiento que parecía irradiar de la parte inferior de su cuerpo.

Ravel, al observar su rubor, murmuró:

- Me alegro de que te guste.

Anya buscó cualquier excusa para cambiar de tema.

- Creo que no te he dado las gracias por rescatarme tan gallardamente, esta tarde.

- Lo harás ahora, ateniéndote a las consecuencias.

- Aprecio mucho mi vida; sería una vil ingratitud no demostrarte mi agradecimiento.

- También yo la aprecio.

Ella absorbió eso en silencio, mientras bailaban. Poco a poco creció entre ellos una sensación de unidad, de reservas anuladas, de enemistad en retroceso. Fuera poco o mucho lo que hubiera existido entre ambos, esa armonía física no se podía negar, y aportaba su propio placer. Por ese breve espacio de tiempo, Anya se entregó a él con implícita confianza, sabiendo que allí no sería traicionada.

Pero aquella perfección era imposible de prolongar eternamente. La música cesó y sonaron los aplausos. Los bailarines comenzaron a caminar hacia los palcos, acompañando a las damas a sus asientos. Anya y Ravel se separaron, aturdidos y con desgana. Una vez más, Anya apoyó los dedos en la muñeca ofrecida. Al levantar la vista hacia el palco, vio a Celestine, apoyada en la barandilla, con expresión de deseo insatisfecho, mientras Madame Rosa y Gaspard conversaban con una amiga. Murray y Emile no estaban a la vista.

Para romper ese tenso silencio, Anya dijo:

- Lástima que Celestine no pueda bailar.

- ¿Le ocurre algo?

- No, pero no conoce a nadie aquí, salvo a Murray y a Emile, que no están disfrazados y no pueden bajar a la pista.

- Yo podría hacerla llamar.

Ella le clavó una mirada aguda, pero Ravel estaba atento a la oscura arcada hacia la cual avanzaban, desde donde se elevaba un breve tramo de escalones hasta el palco.

- Podrías, claro, pero ¿sería prudente?

- Ya estoy algo cansado de ser prudente.

- Hace un momento te preocupaba el enojo de Murray.

- Hace un momento, tú también estabas lamentando que no nos hubiéramos batido. Dime: si ocurriera algo así, ¿qué harías esta vez para salvarlo?

- No digas tonterías.

- Tal vez tiene sentido. Tal vez sería mejor volver al principio y ponerle un final.

La miraba con sus ojos oscuros, opacos tras el antifaz.

- Estás tratando de asustarme.

- ¿Te asustarías, Anya?

- Juraste que no serías tú quien provocaría a Murray.

En su pecho había algo tenso que le impedía respirar.

- Y respetaré mi palabra. Sólo propongo un vals o una polka con una señorita a quien se está descuidando.

- ¡Eso es una provocación!

Él sonrió con perverso encanto, si bien había cautela en sus ojos.

- Provocación sería probar ahora tus dulces labios.

- Eso sería suicidio - dijo ella, entre dientes -, porque yo te mataría personalmente.

- Quizá valga la pena.

Se estaban acercando a la arcada. Anya, como en un impulso, dijo:

- Ravel, no serías capaz de provocar a Murray, ¿verdad?

Librodot

- Dame una alternativa.

- ¿A qué te refieres? - protestó ella, alertada por su actitud.

- Prométeme un entretenimiento más personal.

Anya quedó muy pálida al captar el sentido de esas palabras. Esperó el estallido de la ira en su interior, pero sólo experimentaba un dolor cada vez más amplio. Allí había algo que ella no comprendía. ¿Quién era él, qué era tras esa máscara? Parecía estar ocultándose de ella, de él mismo. Y ella respondió, con voz ahogada:

- Antes prefiero verte en el infierno.

- Allí me enviaste hace mucho tiempo, mi querida Anya. No tienes por qué ponerte por encima de algo que, según los dos sabemos, sería un placer...

Ella no pudo hallar una respuesta, pero tampoco hizo falta. De la arcada acababa de surgir un hombre, cuya silueta había permanecido hasta entonces disimulada por la penumbra. Era Emile, arrebatado y con los ojos brillantes, aunque sus modales fueron exquisitamente corteses.

- Es Duralde quien está tras esa máscara, según creo, nuevamente fastidiando a mademoiselle Anya. Lleva demasiado tiempo persiguiéndola sin que nadie se lo impida. Es hora de que alguien lo haga.

Los ojos de Ravel se ensancharon por un momento. Con una suave palabrota, se enfrentó al hermano menor de Jean. Un momento después desaparecían de su rostro todas las señales visibles de que hubiera sido tomado por sorpresa.

- Y usted se propone encargarse de eso - dijo, serenamente. - Si es preciso.

- Aún sabiendo que los rumores serían la ruina de Anya. Su interés por ella es conmovedor.

- La persecución constante de que usted la hace objeto causaría el mismo efecto.

- ¿Lo cual significa? - inquirió Ravel, suavemente.

- Lo cual significa que usted no es apto para tratar con ella ni con nadie, salvo con la *canaille américaine* como la que ha montado este espectáculo.

- ¡No, Emile! - exclamó Anya, recobrando la voz tras el horror y la sorpresa.

- No, desde luego - corroboró Murray, bajando rápidamente los peldaños -. Como americano me niego a recibir ese apelativo.

Emile apenas le echó una mirada.

- Le daré satisfacciones cuando haya terminado con este renegado.

El enojo vino, al fin, en apoyo de Anya.

- ¡No seáis idiotas, los tres! No hay nada que justifique esto.

- Debo pedirle que nos deje solos, mademoiselle Anya - dijo Emile, amablemente -. No es cuestión de mujeres.

- ¡Pues debería serlo, ya que me afecta a mí! Es ridículo, cosa de bárbaros, y no pienso quedarme cruzada de brazos mientras alguno de vosotros se hace matar por esto o por mí.

- No hay modo de impedirlo.

Gaspard, atraído, al parecer, por el sonido de las voces, abrió la puerta del palco y bajó a unírseles. Con actitud cargada de censura, contempló a los tres jóvenes, diciendo:

- ¿Qué locura es ésta? Inquietarán a las señoras, sin mencionar el daño irreparable que sufrirá mademoiselle Anya.

- Si - reconoció Emile -. Vayamos a otro sitio.

- ¿Para qué? - preguntó Murray -. Podemos arreglarlo todo ahora, aquí mismo. La cuestión es quién se presentará primero en el campo del honor.

- Tonterías - dijo Gaspard, tiesamente -. Las cosas no se hacen de ese modo.

- Exijo satisfacción - insistió Murray.

Atrás se oyó un grito. Celestine estaba a la puerta del palco. Su mirada pasó de uno a otro, mientras se apretaba la mano contra la boca. De pronto se le aflojaron las rodillas y cayó al suelo, desmayada.

Emile hizo un gesto abortado de correr hacia ella, pero se detuvo al ver que Madame Rosa corría en su auxilio. Con el rostro grave, miró a Murray.

- A estas alturas usted no puede exigir nada, señor. Ese privilegio corresponde a Duralde.

- Es perfectamente cierto - aprobó Gaspard.

- Dejemos las puntillosidades - dijo Ravel a Emile -. No me batiré con usted.

- ¿Puedo suponer que hay un motivo? - inquirió el muchacho.

- Usted es hermano de Jean.

- Por un accidente de nacimiento. También soy el defensor de mademoiselle Anya.

- Eso no cambia las cosas.

- Tal vez cambiaría si yo asumiera ese papel - dijo Murray -. Como futuro cuñado, exijo ese derecho. ¿Se enfrentará ahora conmigo?

- Eso no es posible - dijo Emile, acalorado, volviéndose hacia el americano -. Si desea presentar un desafío, debe esperar su turno.

- Caballeros, caballeros - rogó Gaspard, haciendo gestos imperativos en demanda de silencio.

Todo aquello era una farsa, una farsa mortal. Anya cerró sus ojos, pero los abrió para mirar a Celestine. Allí estaba Madame Rosa, aflojando el corpiño de su hija. Ambas cruzaron una mirada cargada de desdén y desesperación.

- Si este hombre ha estado fastidiando otra vez a mademoiselle Anya - estaba diciendo Murray -, será un placer castigar al bribón. Y si debe ser después de usted, me conformo.

- Siempre que por entonces yo esté con vida, por supuesto - apuntó Ravel, burlón bajo su tono amable -. Por otra parte, yo estoy dispuesto a aceptar que ustedes dos se midan primero, después de lo cual me enfrentaré al que quede en pie.

Emile irguió su espalda, aún más tieso que antes.

- No es cuestión de humor, Duralde, y no me quedaré sin satisfacción. Si no se digna responder a mis insultos, exijo satisfacción por su indolente actitud hacia la dama que fue, en el pasado, prometida de mi hermano.

- ¡Oh, muy bien! - estalló Ravel -. Intercambiemos tarjetas y cortesías. Luego reuniremos a nuestros amigos para que vean cómo tratamos de matarnos mutuamente. Mañana es Miércoles de Ceniza. Si morimos no tendremos que pasar cuarenta días sin comer carne. Si sobrevivimos, ¿qué mejor modo de comenzar la Cuaresma que teniendo algo de que arrepentirnos?.

CAPITULO 18

A medianoche sonó el silbato del capitán, para que todos se quitarán las máscaras y acudieran a la cena. Pero el grupo de los Hamilton ya no estaba allí. Celestine, apenas reanimada de su desmayo, se había puesto a llorar inconteniblemente. Aunque no les hubiera preocupado llamar la atención de los curiosos, los festejos les parecían groseros e insensibles; la tensa cortesía mutua de los hombres parecía insoportable. El carnaval había perdido su sabor; era hora de volver a casa.

Ya en su cuarto, Anya se quitó el vestido de baile. En lugar de prepararse para la cama, se puso un vestido mañanero con una sola enagua y fue a ver a Celestine.

Su hermanastra estaba en la cama, con un pañuelo en una mano y un frasco de sales en la otra. Madame Rosa, sentada junto al lecho, le acariciaba el pelo, retirándoselo de la cara, húmeda de lágrimas. Aunque la muchacha estaba más o menos callada, al ver a Anya volvió a llorar. Esa pena tan copiosa exacerbó a tal punto los temores de Anya, que su voz sonó áspera al acercarse a la cama.

- Por Dios, Celestine, cualquiera diría que alguno de los hombres ha muerto ya, si no los tres. ¡Trata de dominarte un poco!

- ¡Trato, pero no soy como tú! - contestó Celestine, tras su pañuelo.

- Nunca he pensado que convertirme en una fuente remediara nada, si a eso te refieres.

- ¡Sí, ya me he dado cuenta! A veces dudo que tengas corazón.

- Vamos, Celestine - advirtió Madame Rosa, mientras meneaba su cabeza, mirando a ambas jóvenes.

- Es cierto - dijo Celestine, limpiándose los ojos -. No me explico cómo hace para tener la frente alta y presentarse aquí, con los ojos secos, cuando toda la culpa es suya.

- ¿Culpa mía?

Celestine le clavó una mirada de desesperación.

Anya abrió su boca para decir a su hermana que la causa era ella misma, y Madame Rosa, la instigadora de toda aquella cadena de acontecimientos. Pero la cerró otra vez. No podía traicionar a Madame Rosa sin cargar con esa culpa a Celestine.

- No lo niegas, entonces es cierto. Es tu conducta caprichosa lo que nos ha provocado esto. Qué desvergüenza. No sé cómo vamos a mirar a la gente después de esto.

- ¡Celestine! - exclamó su madre -. No sabes lo que dices.

- Sí que lo sé. Si muere Murray, o Emile, o Ravel, cualquiera de ellos, la culpa será de Anya. La odio, la odio.

- ¡Basta ya! - exclamó Madame Rosa, con una decisión que acalló a su hija.

Pero la jovencita volvió a arrojarse sobre la cama, con su cara escondida en la almohada, en otro ataque de llanto. Por encima de sus ruidosos sollozos convulsivos, Madame Rosa dijo a Anya:

- No lo tengas en cuenta. Está alterada y no sabe lo que dice. Por la mañana no sabrá cómo hacer para que la perdones. Ahora, sería mejor que me dejaras sola con ella. Si quieres ser útil, ve a hablar con Murray y haz que vuelva a su casa.

Gaspard y Emile se habían ido, pero el novio de Celestine todavía estaba en el salón, esperando y paseándose. Se acercó a ella de inmediato, con su rostro arrugado de preocupación.

- ¿Está bien?

- Sí, por supuesto - dijo Anya -. Ha sido la impresión, nada más.

Librodot

- Lo sé, lo sé. Tiene un corazón tan sensible... Me gustaría verla, pero ante mi sola presencia rompe a llorar otra vez.

Anya sonrió con tristeza.

- Sí, yo le causo el mismo efecto. Supongo que es natural. Sería mejor que te retiraras. Aquí no puedes hacer nada y, sin duda, tienes mucho que hacer, ya que el duelo será por la mañana.

- Sí, en efecto - reconoció él, con expresión tensa.

- Quisiera desearte suerte - prosiguió Anya, alargando su mano -. No veo la necesidad de esos duelos, pero no te estoy desagradecida por... por actuar como defensor mío.

- No es nada, sólo cuestión de...

- De honor, lo sé. Pero aún así tienes mi agradecimiento y mis plegarias por que salgas de esto con bien.

Él inclinó la cabeza con una sonrisa preocupada.

- No puedo pedir más.

Cuando él se hubo ido, Anya cerró la puerta con llave, con un suspiro cansado, y fue a apagar la lámpara que ardía en una mesa lateral. Al apagarse la luz, comprobó que una de las cortinas de muselina había quedado enganchada entre las hojas de la puerta francesa que daba a la calle. Volver a encender la lámpara era demasiado trabajo. Pisando con seguridad en la penumbra, se acercó a las puertas y las abrió para soltar la cortina. Al hacerlo vio que las persianas no estaban cerradas. Al asomarse para ocuparse de eso, un movimiento llamó su atención, en la acera de enfrente. El hombre se mantenía a la sombra de un balcón. Al mismo tiempo se oyó un ruido de pasos: los de Murray, que salía por la puerta cochera de la casa y echaba a andar por la acera, bajo el balcón.

El hombre que estaba vigilando esperó algunos segundos, hasta que Murray hubo llegado casi a la esquina siguiente, y salió de su portal. Siempre entre las sombras de la acera opuesta, echó a andar tras Murray, sin hacer intento alguno de alcanzarlo, manteniendo siempre la misma distancia.

Anya, que los observaba con el ceño fruncido, descartó su primera idea de que se tratara de algún rufián. El modo de seguir, la corpulencia y el porte del hombre que seguía a Murray le resultaban familiares. No tenía sentido, pero ella habría jurado que se trataba de Emile Girod.

Debían de ser sólo imaginaciones suyas. ¿Qué motivo podía tener Emile para seguir a Murray? Sin embargo, Anya salió a la galería para tenerlos a la vista por un momento más.

Murray llegó a la esquina siguiente y la cruzó. El otro hombre hizo lo mismo un momento después, pasando bajo una lámpara del alumbrado. Era Emile.

Anya se demoró un segundo más. Celestine había dicho que todo era culpa suya. Si eso era verdad, aunque sólo fuera en parte...

Giró abruptamente, entró en la casa y cerró persiana y puerta. Estaba a punto de tomar su capa cuando se le ocurrió una idea y, evitando el cuarto de Celestine, donde todavía sonaban dos voces, fue al dormitorio de Madame Rosa. De su ropero tomó una capa negra y un sombrero de viuda.

Una vez en la acera se detuvo a ponerse el atavío ajeno. La capa la cubría admirablemente y resultaba casi invisible en la oscuridad. El sombrero, además de

ocultar su rostro, tenía también un velo que caía por delante. Más anónima que con un disfraz de carnaval, Anya partió tras los dos hombres.

Avanzó con tanta celeridad como pudo, casi corriendo a lo largo de la primera calle, ya que no había nadie a la vista. Temía que los dos hombres hubieran girado en una esquina . Pero de pronto divisó a Emile hacia adelante. Un momento después vio el sombrero de copa de Murray; el joven iba abriéndose paso por entre un grupo de ruidosas callejeras, vestidas de payasos.

Ella aminoró la marcha de inmediato, manteniéndose entre las sombras, tal como hacía Emile. Más adelante había un edificio bien iluminado y rodeado de carruajes. A los pocos metros fue evidente que hacia allí iba el novio de Celestine. Era el hotel St. Louis, alojamiento preferido de los plantadores criollos, así como el St. Charles lo era de ingleses y americanos. Ambos era establecimientos lujosos y elegantes. El St. Louis tenía, además, una estupenda rotonda con tragaluces, que pasaba por ser la más bella de Norteamérica, donde diariamente se llevaban a cabo grandes subastas.

La entrada principal a la rotonda era por la calle St. Louis, pero al vestíbulo del hotel se llegaba desde la calle Real. Fue ésa la entrada que utilizó Murray.

Anya vio que Emile cruzaba la calzada y entraba a su vez, balanceando su bastón con aire despreocupado. Ella esperó largos instantes, mordiéndose los labios. Luego, con el rostro cubierto por su velo, avanzó tras él.

Llegó apenas a tiempo para ver a Emile, quien desaparecía por la gran escalinata curva que llevaba a los salones públicos de la planta alta y, desde allí, a las alcobas de los dos últimos pisos. Siempre con la cabeza baja, ella lo siguió por la escalera.

Cuando llegó al descansillo, Emile estaba de pie ante la puerta de vidrio que daba al bar. Era demasiado tarde para retroceder, pues él ya la había visto. Sin embargo, no dio muestra alguna de reconocerla. Lo más probable era que no le prestara atención, siempre que ella no se detuviera allí, y Anya siguió subiendo, lentamente. Al cruzar frente a él contuvo el aliento, temiendo ser reconocida, pero él no la miró siquiera, concentrado en su propia persecución. Un momento antes de que Anya llegara al mismo sitio, él entró en el bar, avanzando hacia un costado. Anya aprovechó para echar un vistazo, pero Murray no estaba a la vista.

Las damas nunca entraban en los bares. La necesidad de saber lo que estaba ocurriendo allí era tan fuerte que Anya estuvo a punto de arrojar las buenas costumbres por la borda y arriesgarse. Aunque la acompañaran enérgicamente afuera, al menos tendría la oportunidad de echar una mirada. Pero no podía permitirse el lujo de llamar la atención de esa manera, y se contentó con la perspectiva de pasar otra vez, lentamente, ante esa puerta.

Un parloteo la distrajo de su observación. Pertenecía a tres mujeres que salían del comedor de damas; vestían como si acabaran de asistir a un baile; las tres se detuvieron ante la puerta del bar y una de ellas levantó su mano en un gesto imperioso. Por sus comentarios, estaban listas para volver a sus casas, si lograban sacar de allí a sus esposos. De buen humor, aunque algo impacientes, esperaron.

Anya se puso tras ellas, mirando por encima de sus hombros. Dio un paso a la izquierda, otro a la derecha. Allí estaba Murray, de pie ante un extremo del bar, en compañía de otro hombre que parecía norteamericano; ambos conversaban con las cabezas juntas, como para que nadie los oyera. Pero mientras Anya los observaba, el otro norteamericano metió su mano en el bolsillo y sacó un pequeño bolso. Después de llamar a un recadero, le dijo unas palabras y le entregó una moneda. El joven rubio la

tomó y fue hacia una puerta trasera, quitándose el largo delantal. El hombre sacó otra moneda y la arrojó al mostrador. Él y Murray conversaron algunos minutos más y luego caminaron hacia la puerta.

Había varias mesas y grupos de parroquianos entre ellos y Anya. La muchacha hizo algunos cálculos y decidió volver a bajar, con más prisa que dignidad, hacia el primer descansillo. Allí aminoró apenas la marcha y, por fin, cruzó una arcada que conducía a la rotonda del hotel. Allí se detuvo, atenta.

La cara del hombre que acompañaba a Murray le parecía familiar, pero no llegaba a identificarla. No era ninguno de los amigos de Murray que ella había conocido en diversas reuniones. Eso le extrañó, pues lo habitual era elegir como padrinos a los mejores amigos. ¿Tal vez se trataba de algún cirujano favorito de los norteamericanos? Siempre se requería que hubiera uno presente en el campo del honor.

Ambos hombres bajaron la escalera y salieron del hotel.

Anya, impaciente, esperó a que pasara Emile. Transcurrieron varios segundos. ¿Qué estaba haciendo ese muchacho? Anya acababa de asomar un pie para bajar hasta el vestíbulo cuando oyó sus pasos precipitados. Volvió a esconderse hasta que también él hubo franqueado la puerta del hotel. En cuanto lo perdió de vista, siguió tras él.

Se estaba haciendo tarde. Casi todos los bailes habían terminado y los asistentes iniciaban el regreso. Hasta las hordas de borrachos y rameras se alejaban lentamente, hacia sus paraderos más frecuentes. Las calles estaban sembradas de basura. Nadie molestó a Anya; era como si no se la viera. En Nueva Orleans, las viudas era una presencia tan común y respetada que ella se sentía casi invisible.

Por un rato pareció que Murray volvía sobre sus pasos, rumbo a la casa de las Hamilton, pero pasó por el frente sin mirarla y continuó dos calles antes de girar a la derecha, rumbo al río. Anya, con sus pies doloridos por esa caminata en zapatillas de baile, pensó seriamente en atravesar su portal y abandonar esa extraña persecución. No parecía tener finalidad alguna. Lo único que la hizo continuar fue la seguridad de que, si la abandonaba, no podría descansar preguntándose qué se traería Emile entre manos. Ravel la había prevenido, cierta vez, contra su propia curiosidad. ¡Cuánto tiempo parecía haber pasado!

Las calles se sucedían como deslizándose. Fue sólo el instinto lo que reveló a Anya, súbitamente, adónde se dirigía. Había estado allí poco antes, en horas de oscuridad. Ya se veían los carteles de los garitos y las tabernas, los grupos de hombres ebrios y los compases de la música. Si Murray no se detenía pronto, terminarían en la calle Gallatin.

Murray no se detuvo. Él y su compañero giraron a la izquierda y se perdieron en el estruendo de la calle peor afamada de la ciudad. Anya vio que Emile se detenía en la esquina y lo imitó, esperando que él continuara. Él permanecía con los pies apartados, apretando el bastón en ambas manos como si pensara usarlo a manera de arma, sin quitar la mirada de los otros dos hombres.

La seda de su sombrero y sus solapas reflejaban la luz. De pronto, a Anya le pareció que se lo veía muy fuera de lugar con esas ropas de gala; su actitud era la del hombre que entra en territorio peligroso. Murray, por el contrario, aunque vestía del mismo modo, había entrado por la calle Gallatin como si fuera terreno propio.

Pasó una carreta cargada de toneles, uno de los cuales iba derramando whisky por la calzada. Algo más allá apareció un marinero abrazando a una mujer vestida de hombre; ambos pasaron junto a Anya con una mueca libidinosa. En la acera opuesta,

dos borrachos salieron de una taberna, cantando a todo pulmón y cargados con garrafas de vino. Un hombre de mirada huidiza viró en la esquina, con una mano dentro de su chaqueta, como si sujetara una pistola.

Anya decidió de pronto que no debía estar allí y recogió sus faldas para volver a casa. Lo que la detuvo fue un súbito movimiento de los dos borrachos, que cruzaron la calle en diagonal, algo por delante de ella. Todavía cantaban, pero los movimientos de sus miembros parecían mucho más coordinados. Y se acercaban a Emile.

El muchacho volvió su cabeza y, al verlos venir, se apartó de su paso, con buenos modales. Al llegar junto a él, ambos hombres abrieron su abrazo para incluirlo a él.

El gesto fue demasiado rápido. La canción se interrumpió con demasiada prontitud. Anya abrió su boca para gritar una advertencia, pero ya era demasiado tarde. Una de las garrafas propinó un fuerte golpe contra la cabeza de Emile, que cayó entre ambos hombres. Uno de ellos arrancó el bastón de sus dedos flojos. Entre ambos lo llevaron medio a rastras a la acera opuesta, donde desaparecieron de la vista.

Anya se adelantó, olvidando su propio peligro. Quería ver adónde lo llevaban, para ir en busca de ayuda. Detrás de ella se oyó un susurro. Le llegó una vaharada de cerveza y sudor rancio. Luego, manos rudas la sujetaron como un aro de barril, inmovilizándole los brazos bajo el manto. Algo duro y ahusado se le clavó en el flanco.

- Tranquila, queridita, si no quieres que te destripe como a un pescado.

Eran el marinero y su disfrazada. La mujer sujetaba el cuchillo, mientras el hombre estrechaba a Anya contra su pecho de buey.

- ¡Suélteme inmediatamente!

La furia de Anya era real, aunque sofocada por aquellos brazos. También estaba furiosa por haber caído en esa trampa, seguramente tendida gracias a la moneda entregada al mandadero.

La mujer sonrió, señalando la calle Gallatin con la cabeza, y el marinero comenzó a llevarla a empellones en esa dirección. Cuando Anya intentó apoyar los pies, sintió tal apretón en el torso que sus pulmones quedaron sin aire y el campo visual se llenó de puntos negros. La mujer dijo algo que Anya no entendió, pues le zumbaban los oídos, y su compañero se la cargó al hombro. La sangre le bajó a la cabeza en una marea oscura. Se aferró a la conciencia con feroz concentración, pero no podía moverse. Supo, sin embargo, que la llevaban en la misma dirección que a Emile.

Entraron en un edificio y subieron una escalera de madera. Después de cruzar un corredor sin alfombras, cuyas paredes estaban encaladas, la mujer golpeó a una puerta. Se le abrió.

- Póngala allí.

Era una voz divertida, triunfante, asombrosamente familiar.

La dejaron, sin mucha suavidad, en una silla de madera dura. El marinero dio un paso atrás y, ante otra seca orden, él y la mujer se retiraron del cuarto. Un hombre avanzó hacia Anya y le quitó el sombrero para arrojarlo a un lado.

Anya se encontró en un dormitorio, si acaso merecía ese nombre. El único mobiliario consistía en una simple cama de hierro, una mesa con su jarra y su aguamanil y la silla donde estaba sentada. No había cortinas, papel en las paredes ni alfombras. Tal sobriedad sólo correspondía a una de dos cosas: a una celda monacal o al cuarto de la ramera más barata.

En la habitación había cuatro hombres. Uno de ellos era Emile, quien yacía en la cama con los ojos cerrados, el pelo lleno de sangre y una atemorizante palidez. Anya creyó ver que sus párpados se estremecían, pero debió de ser un reflejo nervioso, pues no estaba consciente. Sentado en la cama estaba el hombre con quien Murray se había reunido en el bar. Contra la pared, cerca de la cabecera, se reclinaba otro hombre a quien Anya reconoció con fatalista falta de sorpresa: el pelirrojo a quien llamaban Red, el mismo que la había llevado a la desmotadora de Beau Refuge. Frente a ella, con los brazos en jarras y una mueca de presumida satisfacción, estaba Murray.

- No tenía idea de que fueras a facilitarme tanto esto - dijo.

La cabeza de Anya palpitaba con el ritmo de su corazón; no era fácil centrar la vista. Pero se sintió orgullosa de la firmeza de su voz al responder:

- Te aseguro que no era ése mi propósito.

- No lo dudo. Eres una mujer entrometida y totalmente irritante. Admito que me fascinas, pero eres imposible. La vida me será mucho más fácil sin ti.

Las ideas de la joven comenzaban a aclararse. El brusco arrebato de miedo fue un buen incentivo. Lo miró con fijeza y asintió.

- Ya comprendo. Crees que podrás manejar a Celestine.

- Estoy seguro. Me ama.

- Pero Madame Rosa no te quiere.

- Por algún tiempo quedará postrada por tu desaparición. Cuando se recupere, necesitará de alguien en quien apoyarse.

- Creo que la subestimas

Él encogió los hombros.

- Si se pone problemática, puede presentarse un caso de botulismo. A ella le gusta tanto comer...

- Y tú quedarás al mando de Beau Refuge, pues lo heredará Celestine, de mí y de su madre.

- Exactamente.

- Qué amante esposo serás.

- Oh, sí, la amaré. Es una criatura muy digna de amor.

Cosa extraña, ella le creyó. Ese hombre amaba a la muchacha, a su modo, aunque su primer objetivo fuera utilizarla en provecho propio. Eso no impidió que a Anya se le congelara la sangre con sólo imaginar a Celestine en sus manos.

- Todavía no estás casado con ella. Me parece que, en estos últimos tiempos, su afecto por ti es... menos cálido, digamos

Murray señaló con el pulgar la cama donde yacía Emile.

- ¿Te refieres a ése? Ya me ocuparé de él.

Anya se preguntó si sus palabras habían puesto en peligro a Emile. No, sin duda. Emile habría sospechado algo; de lo contrario nunca hubiera espiado a Murray. Sólo por ese motivo, el americano no podía dejarlo con vida.

Anya le clavó su mirada clara.

- Bueno, es un modo de vencer a un adversario con el que uno piensa batirse en duelo.

Él levantó una mano como sin darle importancia, y la abofeteó. El golpe hizo que la cara se le desviara; sintió gusto a sangre: se había cortado el labio con los dientes. Sólo agarrándose a la silla pudo evitar la caída.

Librodot

Aprovechando el asidero, Anya se levantó con los ojos llenos de furia y cerró el puño, tal como Jean le había enseñado mucho antes. Lo clavó directamente en el mentón de Murray, pero él giró su cabeza en el último momento. De cualquier modo, la fuerza del impacto lo hizo tambalear y caer contra la cama. Tuvo que agarrarse para no estrellarse.

El matón llamado Red soltó una carcajada.

- ¡Le dije que tuviera cuidado con ésa!

- Grandísima zorra... - farfulló Murray, levantándose lentamente para acercarse a ella.

- Después - indicó el hombre del bar. Esa única palabra fue pronunciada con impaciencia y fría autoridad. Llenó las venas de Anya de un terror mas poderoso que el que podría haber provocado Murray con cualquier amenaza.

Murray se detuvo.

- Pero, señor Lillie...

- Al que queremos es a Duralde.

Los hombros de Murray perdieron su rigidez. No se inclinó como un esclavo ante su amo, pero la expresión fue la misma.

Señor Lillie. Chris Lillie. Anya lo había visto cierta vez a distancia, en una manifestación política. Era un personaje importado por los demócratas, pero alineado ahora con el partido No Sé Nada, que apoyaba al corrupto gobierno imperante. Canoso, bien alimentado, con las facciones engrosadas de los ex pugilistas, permanecía sentado, con las rodillas separadas y expresión aburrida. Justo debajo de él, oculto a medias bajo la cama, estaba el sombrero negro con su velo, ocultando a medias algo que parecía el bastón de Emile. Ella se ubicó tras la silla que había estado ocupando y se agarró a su respaldo. Con voz suave, se encaró a Murray, diciendo:

- Qué fraude eres. Un abogadillo con ambiciones. ¿Cuál es el precio de tu ascenso? ¿La cabeza de Ravel? Estabas dispuesto a arriesgar mucho para conseguirla, ¿verdad? Hasta tu propia vida.

- El riesgo no era mucho.

- ¿En el campo del honor?

- Hay modos de volcar las probabilidades.

Fue la vanidad lo que le hizo responder, y quizá el deseo de golpearla con palabras, ya que no se le permitía atacarla físicamente. Y ella acusó los golpes. Dentro de pocas horas se enfrentaría a Ravel. De algún modo, la contienda se volvería en favor de Murray.

- ¡Qué honor! - se burló ella -. ¿Qué pasará con tu posición de caballero terrateniente, si la cosa se descubre? Estarás acabado.

- No se descubrirá.

- Ravel se ha batido varias veces y ha combatido en duros campos de batalla; ha compartido la prisión con toda clase de rufianes. Tal vez descubras que él sabe mejor que tú cómo volcar las probabilidades en su favor. Tal vez estés en un peligro mayor del que imaginas.

- Puede ser - respondió Murray, burlón -, pero de nada te servirá a ti.

Ella también le había pegado donde dolía. Por un instante hubo un destello de miedo en los ojos del americano. Tal vez Madame Rosa tenía razón. Tal vez era un cobarde. Y Anya se preguntó cómo era posible que no hubiera reparado nunca en lo débil de aquella boca y lo duro de aquellos ojos.

Antes de que se le ocurriera cómo utilizar para su ventaja esa sorpresa, interceptó una mirada rápida y pensativa de Chris Lillie, quien la observaba. Por un momento no comprendió qué había dicho para despertar su interés. De pronto se le ocurrió:

Ravel. América Central.

Con los ojos relumbrantes de alivio y exaltación, se adelantó para acusarlos a ambos al mismo tiempo.

- Conque de eso se trata, ¿eh? Por eso quieren matar a Ravel. Él representa un peligro para ustedes, con su experiencia militar. Los asusta. Si convierte al Comité de Vigilancia en un ejército, ustedes perderán poderío en la ciudad. El partido No Se Nada será derrocado por una estampida de votos en contra, cuando haya elecciones limpias.

- ¿Verdad que es inteligente? - comentó el pelirrojo.

Murray iba a contestar, pero Lillie se lo impidió con un gesto cortante. Se levantó y, sin mirar siquiera a Anya, echó a andar hacia la puerta. Murray, después de una leve vacilación, lo siguió.

- ¿Vuelven más tarde? - pregunto Red, en tono sugerente.

- No. - Los ojos de Murray eran como canicas resquebrajadas -. Ya sabes lo que debes hacer.

- ¿Importa mucho lo que ocurra antes?

- En absoluto.

El novio de Celestine sonrío, con un frío movimiento de labios. La puerta se cerró tras ellos. Anya miró al pelirrojo, quien seguía apoyado contra la pared.

- Le pagaré bien si nos deja huir.

- Ah, sí, y se divertirá mucho viendo cómo me ahorcan.

- Si me toca, también lo ahorcarán.

- Tal vez sí, tal vez no. Siempre quise gozar de una dama.

- ¿Tanto como para morir por el placer?

- Bueno, veamos - observó él, con los ojos llenos de expectativa, apartándose de la pared -, no soy yo quien va a morir.

Anya retrocedió, sin perderlo de vista.

- Yo tampoco.

- ¿Te parece?

- Puede apostar.

- ¿Contra mí mismo?

- Como quiera.

El hombre que la acechaba era corpulento y fuerte. Ella necesitaba asegurarse. Se deslizó a lo largo de los pies de la cama, dejando correr sus dedos por la barandilla.

- ¿Para qué huyes? No tienes adónde ir.

- ¿Cree que voy a darme por vencida así sin más?

- Sería mejor. A lo mejor te sería más grato.

- Sí, y los cerdos podrían volar.

Una sonrisa cruel descubrió los dientes del hombre.

- Me gustan las mujeres respondonas.

- ¿Ah, sí?

- Sí. Las respondonas se resisten. Así es más divertido. Pero si intentas algo como lo que le hiciste a Nicholls, ya te alegrarás de que todo termine.

- Muy amable de su parte advertírmelo - se burló ella

El pelirrojo dijo algo, pero ella no escuchó. Agarrada al extremo de la barandilla, giro como un pendón al viento y se arrojó al suelo. La fuerte caída le hizo palpitar la cabeza, una vez más, pero rodó bajo la cama, estirando la mano hacia su sombrero... y hacia el bastón de Emile, que yacía abajo. El bastón espada.

Red lanzó una maldición, gruñendo amenazas, en tanto que se lanzaba tras ella. Anya oyó el golpe con que cayó de rodillas junto a la cama, agarrándole las faldas y tironeando hasta arrancárselas de la cintura.

Sus dedos tocaron el bastón y lo hicieron rodar. Jadeaba por el esfuerzo. Red tiraba de ella hacia atrás. Al levantar la vista, la joven vio que el colchón se movía. ¿Acaso Emile se estaba recuperando? No tuvo tiempo de pensar. Se agarró a las sogas que componían el elástico para evitar que él la arrastrara y pateó con fuerza. Oyó un gruñido y la presión de sus faldas se atenuó.

Aún así no alcanzaba el bastón. Trató entonces de dar un tirón al velo, y el bastón vino con él. Ya lo tenía en su mano.

Red tiró con todas sus fuerzas. Anya se raspó el hombro en el suelo y se despellejó los dedos contra las sogas de la cama. Desesperada trató de hacer girar el mango del bastón. No ocurrió nada. Una vez más, intentó lo que había visto hacer a Emile en el carruaje a oscuras. Nada.

Se sentía arrastrada fuera de su escondrijo, de costado. Unas manos duras se le hundieron en la cadera. Si el bastón no era una espada, al menos podría servirle de cachiporra. En cuanto sus hombros quedaron fuera de la cama, se dobló súbitamente en dos, aferró al hombre por la camisa, y lo atrajo hacia ella con todas sus energías, para clavarle la empuñadura del bastón bajo la barbilla con toda la fuerza de su dolor y su ira.

Oyó el crujido de plata contra metal y el choque de los dientes. El pelirrojo aflojó sus manos y se balanceó sobre los talones, momento que Anya aprovechó para incorporarse sobre sus rodillas. Antes de que terminara de levantarse, él le sujetó las faldas.

Anya lo golpeó otra vez, pero él frenó el ataque con sus brazos y estuvo a punto de arrebatarle el bastón. Se estaba incorporando, entre gruñidos. Ella finteaba con el bastón, pero Red estaba preparado. Alargó una mano para quitárselo.

Detrás de él hubo un movimiento.

Emile estaba consciente y comenzaba a incorporarse sobre un codo, con dificultad. Sacudió su cabeza como para despegarla y centró su mirada en Anya. Estaba débil, demasiado débil para ayudarla. Anya golpeó con el bastón las manos aferradas a sus faldas, pero el hombre no pareció sentir el castigo. Cuando ella lo punzó con el extremo metálico, él rió, tratando de sujetarlo, pero la muchacha logró arrebatárselo otra vez.

- Te lo voy a quitar. Te lo voy a quitar y con él te pegaré en ese hermoso...

En la cama, detrás de Red, Emile alargó una mano temblorosa. Sus ojos estaban claros, y en el fondo había una súplica. ¿Qué deseaba? ¿El bastón? Pero ¿qué podía hacer con él, en su estado?

Red la aferró por la muñeca, retorciéndosela. En un segundo más, le quitaría el bastón. Sólo quedaba una posibilidad. Usar el bastón o entregárselo a su propietario. La decisión debía ser inmediata.

Anya arrojó el esbelto palo abrillantado hacia la cama. Vio que Emile lo tomaba, pero de inmediato la cama le bloqueó la vista.

Estaba cayendo poco a poco de rodillas, obligada por el terrible dolor de sus muñecas que Red le retorcía a su espalda. A través de una niebla roja percibió un chasquido.

Red lanzó un rugido áspero y sibilante. Se puso rígido. Un momento después, sus manos se aflojaron y sus brazos cayeron como trapos vacíos. Poco a poco, se fue inclinando hacia un costado hasta caer al suelo con un estruendoso ruido. En el cuello tenía una pequeña abertura. Casi no sangraba.

Anya miró el bastón que Emile tenía en sus manos.

De él brotaba una hoja de quince centímetros. Le buscó los ojos, y él respondió con una valiente sonrisa, diciendo:

- Perdóname. En este bastón hay un dispositivo.

CAPITULO 19

Y fuera porque Murray confiaba en la capacidad del pelirrojo para arreglarse solo con una mujer y un hombre desmayado o porque el mismo Red tenía mucha fe en sí mismo, no había nadie montando guardia ante la puerta. En todo el burdel, nadie intentó detenerlos. Era demasiado común ver que una mujer ayudara a caminar a un hombre tambaleante, y el hecho de que salieran en vez de entrar no llamó la atención.

La dificultad fue hallar transporte. No había cabriolés en ese sector de la ciudad, y nadie quiso detenerse ante la llamada de una mujer que parecía una callejera con su cliente borracho. Anya habría podido caminar, pero Emile no estaba en condiciones de hacerlo. Por fin consiguió que un carnicero les permitiera subir en la parte trasera de su carro. El vehículo estaba pringoso de grasa y olía a carne pasada, pero los dejó en la puerta de la casa.

Madame Rosa quedó horrorizada al verlos, pero no perdió tiempo en exclamaciones. Llamó a lo sirvientes y pronto tuvo a Emile acostado en una habitación para huéspedes. Mandó llamar a un médico, quien, a su llegada declaró con toda firmeza que monsieur Girod no estaba en condiciones de presentarse en el campo del honor al amanecer. Había que cancelar el duelo.

Anya esperó el tiempo suficiente para que Emile redactara una nota de disculpa. Después de cambiarse el vestido desgarrado y ordenar que sacaran el coche, dejó a Emile en las hábiles manos de Madame Rosa y volvió a salir, llevando la nota. Era preciso avisar a Ravel; habría podido explicar la situación en un mensaje, pero sus miedos y sus inquietudes no se lo permitieron.

En el patio no la esperaba sólo el landó, sino también Marcel, en el pescante, junto al cochero, con un mosquete en el asiento. No le permitió ir sola. Alguien debía tomar la responsabilidad de cuidarla.

Por las persianas de la casa de Duralde se filtraban hilos de luz. Fue un alivio verlos, pues a Anya no le gustaba la idea de despertar a toda la casa para hablar con Ravel; prefería entrar más discretamente.

Marcel bajó con ella y accionó el llamador. Cuando la puerta se abrió, no fue el mayordomo ni el ama de llaves quien apareció tras ella, sino Ravel en persona.

Aunque estaba a contraluz, con su rostro a oscuras, su brusca rigidez reveló que no esperaba verla. Estaba en camisa, con las mangas enrolladas hasta los codos y el pelo revuelto. En la mano derecha tenía una pluma con la punta aún mojada de tinta. ¿Habría estado redactando su testamento? Obvia precaución, dadas las circunstancias; aún así, Anya sintió una sofocante presión en el pecho.

- La esperaré en el carruaje, mademoiselle - dijo Marcel, y desapareció en la oscuridad.

- ¿Qué haces aquí?

Ravel creía haber relegado a Anya al fondo de su mente, para concentrarse sin distracciones en la tarea que tenía entre manos. Verla en su umbral le hizo saber que eso era una tarea imposible.

La respuesta de Anya fue tan cruda como su pregunta:

- Hay varias cosas que debo decirte. ¿Puedo entrar?

Él se hizo a un lado con aire reacio. Anya, con su boca firme, pasó a su lado. La luz provenía del estudio, y Anya avanzó hacia allí. Ravel entró tras ella y cerró la puerta. Avanzando hacia el escritorio, se sentó en la esquina mientras ella ocupaba una silla a un lado.

- Estoy a tus órdenes - dijo, con voz seca.

El mastín había desaparecido. El hombre que la observaba era el mismo que ella conociera brevemente en Beau Refuge. Eso, al menos, cabía agradecer, aunque hubiera poca calidez en su expresión.

- Emile no podrá batirse contigo por la mañana - comenzó, entregándole la nota confiada a sus manos.

Manteniendo con esfuerzo la voz serena, le contó que Emile había seguido a Murray y que, tras haber sido tomado prisionero, había logrado escapar. La historia, empero, quedaba incompleta, pues omitió su propia parte en los acontecimientos. No tenía relación alguna con el duelo y ella detestaba mencionar el ataque del tal Red. Tampoco deseaba darle motivos para decir que ella necesitaba protección.

Ravel la escuchó en silencio. Los destellos que la luz arrancaba a su pelo y el azul de sus ojos eran una distracción, por lo que clavó la vista en el suelo. La arruga de su frente se acentuó.

Por fin, Anya dijo:

- Emile no te guarda rencor ni mala voluntad. Reconoce que la muerte de su hermano fue un accidente. Si te desafió en el teatro fue sólo con intención de detener a Murray. Lo había estado observando y haciendo averiguaciones sobre él. Comenzaba a parecer que Murray buscaba un duelo contigo para matarte. Antes de que pudiera explicártelo, vio a Murray escondido, esperándote en la arcada, y en aras de la amistad que te unió a su hermano y las lecciones de esgrima que entonces le dabas, intervino como táctica dilatoria. Su intención era disculparse y darte explicaciones más tarde.

Había terminado; su mirada estaba fija en Ravel, esperando un comentario. Como no lo hubiera, agregó:

- ¿No te sorprendes?

Él levantó la vista por un momento.

- No.

- ¿Ni siquiera al saber que Murray esperaba arreglar el duelo para contar con ventaja?

- Considerando el resto, eso resulta lógico.

- ¿Y qué vas a hacer?

- ¿Qué voy a hacer? Batirme con él.

- ¡No puedes! Sería ir hacia una trampa. No sabes qué piensa hacer.

Él le dedicó toda su exasperada atención.

- ¿Y qué pretendes? ¿Que no me presente? No puedo hacer eso una vez más.

- Morir con honor, ¿verdad? ¿Prefieres la muerte antes que las burlas y los rumores?

A los ojos de Ravel subió la oscuridad. Él aspiró profundamente, buscando su paciencia. Había insultado a Anya durante el baile de Comus con la esperanza de inspirarle asco, a fin de evitar una escena como ésa, pues sabía que Murray lo estaba esperando.

- No comprendo - dijo, en voz baja -. Eso no tiene nada que ver con lo que diría la gente. La palabra dada me obliga a actuar de cierto modo. No acudir sería fallarme a mí mismo. Di que es orgullo, di que es estupidez, y casi todos estarán de acuerdo con que es lo uno y lo otro. Pero también es un código de conducta según el cual vivir.

Era un código que requería coraje e integridad. Sin él, ¿qué hombres habrían seguido siendo caballeros? Tal vez todo habría sido igual: algunos respetarían los principios por tendencia natural, mientras que otros los usarían para lograr fines propios.

- ¡Tiene que haber una solución!

- ¿Qué sugieres?

Ésa era la cuestión, por supuesto. Acudir a la policía era inútil, pues actuaba en favor del partido que protegía a Murray. Enfrentarse a Murray no llevaría a nada, salvo a la negación de todas las acusaciones. Sólo había otra salida, si Ravel no quería impedir el duelo.

- Tus padrinos...

- Revisarán el campo minuciosamente, puedes estar segura. A fin de cuentas, Murray tendrá que enfrentarse a mí a solas.

- ¿Eso es un consuelo? Lo vi perfeccionar su esgrima en una sala de armas. También lo he visto matar a un hombre de un disparo en la oscuridad; la bala le atravesó el corazón.

Aquella noche, cuando Murray matara al ladrón que había detenido su carruaje, el compañero del delincuente había gritado. No era por la pistola que humeaba en la mano de Murray, sino porque le horrorizaba haber elegido tan afortunadamente el carruaje. Había reconocido a Murray y sabía que su compañero había muerto por eso.

- No sabía que necesitaras consuelo - observó Ravel suavemente.

Nada en su rostro revelaba que le importara. Ella se levantó, volviéndole la espalda.

- Me siento responsable. Si yo no hubiera intervenido...

- Si no hubieras intervenido yo podría haber muerto. Si este duelo va a ser preparado, el otro también lo habría sido.

- Extraño duelo - comentó ella, en tono amargado -. Madame Rosa quería que desenmascararas a Murray, pero él no se echó atrás porque le pareció una buena oportunidad para deshacerse de ti. Ahí estaban los dos, aparentemente discutiendo por mí, cuando yo nada tenía que ver con el asunto.

- No es exactamente como lo dices - apuntó él -. Accedí a la petición de Madame Rosa porque era una excusa para darme un gusto soñado desde hacía tiempo.

Librodot

- ¿Qué?

- Acercarme a ti. Estaba harto de evitarte y de ver que me evitaras. Pero no debes culpar a Madame Rosa por lo que ocurrió. Había más que eso. Al Comité de Vigilancia le interesaba deshacerse de Murray Nicholls, ya mediante la deshonra pública, para que se viera arruinado en Nueva Orleans, ya mediante un duelo. Estaba demasiado comprometido con Lillie y, mediante tu hermana, iba a meter el pie en la sociedad criolla. No fui cómplice involuntario.

Por un breve período había pensado que también Anya trabajaba a las órdenes de Lillie, dado el modo en que lo había secuestrado.

Anya, al volverse hacia él, captó una leve sonrisa y sintió un escalofrío.

- ¿Y si yo no hubiera impedido el duelo, ¿Habrías sido voluntariamente un asesino?

Asesino. Homicida sin razón. Ravel había oído esa acusación muchos años antes. Su boca se puso tensa y su voz tomó filo.

- No he tenido el privilegio de ver a Nicholls con una espada o una pistola, pero he averiguado todo lo necesario de él. Mi propósito era, y sigue siendo, hacerle abandonar la ciudad en bien de su salud. A cambio, cuenta con la posibilidad de matarme.

Una excelente oportunidad, que Murray pensaba aprovechar a fondo.

- Sí - reconoció ella -, pero ¿la situación es mejor por eso?

- ¿Por usar un rito, vinculado a la antigua caballería, de un modo vil, por una causa digna? No, pero a veces no hay otra solución.

- Y eso es lo que estás haciendo, ¿verdad? No sólo defiendes tu honor, sino que trabajas por el Comité de Vigilancia.

- No hay nada más simple.

Ella lo observó un largo instante, apreciando su masculina belleza. Y le nació un impulso tan fuerte que, de pronto, no pudo contenerse más. Avanzó hacia él con un suave rumor de faldas.

- Hay algo mucho más simple. Ven ahora conmigo. Al amanecer estaremos lejos, camino de Mississippi o de Texas, si lo prefieres. Desde estos sitios es posible abordar un barco rumbo a París, Venecia, Roma. Una vez me propusiste matrimonio. Si vienes ahora conmigo, seré tu esposa.

Ravel nunca había conocido tentación semejante. Nunca le había requerido tanto autodominio actuar, pero le miró a los ojos y se mostró indiferente.

- Qué sacrificio – pronunció -. Has de amar mucho a tu hermanita. ¿O es al mismo Nicholls?

- O a ti.

Él se encogió ante las palabras como ante un golpe mortal.

- No digas eso. Puedes comprometer tu alma inmortal. Y eso no impedirá este duelo. Esta vez nada lo impedirá.

Él no quería su amor. No le servía de nada. Las lágrimas pusieron luz en los ojos de Anya.

- ¡Muy bien! ¡Acude a tu insensato duelo. Enfréntate a Murray y trata de matarlo, si eso quieres. Pero cuando estés tendido en el césped, con una bala en el pecho, recuerda que te lo advertí.

Giró en redondo y corrió a la puerta, abriéndola con tanta energía que la estrelló contra la pared. En un segundo estuvo en el umbral. Ravel la siguió con la mirada, con expresión consternada. Se levantó de un brinco.

- ¡Anya!

La única respuesta fue un portazo en la entrada principal. Cuando llegó a ella para abrirla, el carruaje ya se alejaba. Iba a correr tras él, pero se detuvo.

La desolación se asentó en un nudo apretado y caliente dentro de él, le subió a los ojos, nublándolos. Dejó escapar un suspiro y curvó sus hombros. Tal vez era mejor así.

Volvió a entrar y cerró la puerta.

Anya, muy erguida en el carruaje, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos ardientes, miraba la oscuridad. Los pensamientos volaban por su cerebro, y ninguno era agradable. Antes de que el vehículo recorriera dos calles, llamó con los nudillos en el panel que la comunicaba con el cochero.

- ¿Sí, mademoiselle? - preguntó Marcel.

- Llévame a casa de Elías y Sansón.

- ¡Pero... mademoiselle! - protestó el muchacho, con súbita preocupación.

- Ahora mismo, por favor.

El panel se cerró.

Detuvieron los caballos en un denso matorral. Necesitaba esconderse, pues el cielo aclaraba a cada minuto. Nadie hablaba: ni Anya, ni Marcel, ni Sansón o Elías. Vigilaban la ruta hacia adelante, la que apuntaba a la ciudad como una flecha, esperando recibir el ruido de un carruaje. Ya habían pasado tres. En el primero viajaba un anciano muy erguido, que podía ser el cirujano; en el siguiente Murray y sus padrinos; en el último, dos hombres que podían ser los padrinos de Ravel.

Anya se había puesto la falda de cuero y la chaqueta masculina que componían su atuendo de montar; llevaba el pelo recogido en una corona de trenzas. Aunque no esperaba un combate cuerpo a cuerpo, quería estar bien preparada, sobre todo considerando que, horas antes, le habían arrancado a medias las faldas.

Al prolongarse los minutos, pensó en el hombre a quien esperaban. Ya no estaba enfadada con él; sentía, en cambio, un dolor tal que debía apretar sus dientes para no llorar. Le había ofrecido su amor, su persona y él la había rechazado. Bien, no cabía sino aceptar el rechazo. Había herido a Ravel, había comprometido su honor, y una vez más estaba en peligro por su culpa, al menos en parte. Ella remediaría todo eso. Después, todo habría terminado. Volverían a su cortés pacto anterior, evitándose en lo posible.

Pero a veces, cuando él no lo supiera, Anya lo observaría, disimuladamente; observaría sus pestañas, su sonrisa, la gracia negligente de sus movimientos. Y sangrando por dentro, recordaría.

Se acercaba un faetón a gran velocidad, dejando atrás una estela de polvo blanco. Era un solo hombre, en un vehículo abierto. Marcel lo miró con atención y se volvió para dar la señal. Era Ravel. Venía solo, con las riendas en su mano. Los cuatro se prepararon, mientras Anya repetía en voz baja sus instrucciones.

A tres o cuatro kilómetros de allí estaban los robles gemelos que marcaban el sitio de los duelos, discreto y alejado de la ciudad. Se estaban acercando al arroyo. Allí, los árboles eran más espesos. Parecían una lámina de niebla bajó la luz grisácea.

Librodot

Fue en la oscuridad, a cubierto de los árboles, donde surgieron los disparos. El terror saltó al pecho de Anya. Esperaba ese ataque como intento de detener el carruaje de Ravel, pero no bajo la forma de emboscada tan cobarde. Con un grito de ira, espoleó a su caballo. Marcel y los dos gigantes la siguieron a poca distancia.

El coche, sin detenerse, cobró velocidad. Pero no se había oído el restallar del látigo.

Desde el matorral surgió un grupo de tres hombres, aferrados a las monturas como si no estuvieran habituados a la silla. Espolearon a sus caballos y se lanzaron tras el faetón. No habían visto a Anya y a sus hombres o no les dieron importancia. Fue un error.

Junto a Anya, Sansón disparó su rifle de dos cañones, cargado con balas gruesas. Resonó como un cañón, y uno de los jinetes cayó de su montura con los brazos en alto, como golpeado en la espalda por un puño enorme. Los otros miraron por encima del hombro. Uno se volvió para disparar. La bala pasó silbando, mientras Elías, con un grito furioso, disparaba otra vez. El hombre de la pistola dio un tumbo en su caballo y quedó atrapado en el estribo. El caballo relinchó y se alzó sobre sus patas traseras, tratando de desprenderse de su carga, hasta que el jinete aterrizó en la zanja. El tercer hombre se empinó sobre el lomo de su animal, echando miradas de pánico por encima de su hombro. Ante la primera apertura de los árboles viró desde la ruta y se lanzó a campo traviesa.

Marcel, que montaba con gran agilidad, se adelantó al grupo. Cada vez se acercaba más al coche. Por fin, pasó junto a él como volando y tomó las riendas del animal.

Lo vieron refrenarse y encabritarse. El faetón aminoró la marcha por voluntad propia. Por entonces, Anya se había puesto a la altura de su cochero. Ravel, hincado sobre una rodilla, iba prendido del asiento. Había perdido su sombrero al esquivar la bala, que dejara un agujero del tamaño de un puño en el tapizado de cuero. Se incorporó al detenerse el vehículo. Anya y los otros frenaron sus cabalgaduras. Anya no podía hablar. Echó un vistazo a Marcel, quien la interpretó en un segundo, pues tenía larga práctica, y giró hacia Ravel, preguntando:

- ¿Está usted bien, monsieur?

- Ya lo ves - respondió brevemente Ravel -. Di a tu entrometida ama que ya puede volver a su casa, antes de que salga herida.

- Ah, monsieur Duralde - dijo Marcel, con tono de suave represión -, yo no cometería esa imprudencia. Tendrá que darle personalmente su mensaje.

Ravel se volvió hacia la muchacha. Antes de que pudiera hablar, ella le dijo en tono seco:

- Ahórrese el trabajo. Vamos a presenciar un duelo, y creo que usted lleva la misma dirección. Si nuestra compañía no lo ofende, lo acompañaremos.

Ravel no podía rechazarlos, sin insinuar un insulto a los hombres que acababan de salvarlo, pero lo intentó una vez más:

- No me tome por desagradecido, porque no lo soy. Pocos hubieran hecho tanto por mí. Pero un duelo no es sitio para una mujer.

Ella no se dejó entibiar por esa gratitud.

- ¿Tiene miedo de que me desmaye a la vista de la sangre? He presenciado el alumbramiento de muchas mujeres, de modo que cualquier derramamiento de sangre que se produzca en este asunto será una nimiedad.

Librodot

- Le recuerdo que, si me ocurriera algo, usted se vería en mayor peligro.

- Cuento con mi custodia.

- ¿Suya o mía?

- Nuestra. ¿Importa, acaso?

Él la miró varios instantes. Por fin, una débil sonrisa arqueó su boca; meneó su cabeza, incrédulo.

- Supongo que no.

- ¿Continuamos, entonces?

Así lo hicieron. Al poco rato habían cruzado el arroyo y estaban ante los dos grandes robles. Bajo ellos, la hierba otoñal estaba húmeda de rocío. La niebla de la mañana envolvía los sembrados circundantes, ocultando los carruajes que esperaban. Con voces apagadas, opacas, los hombres reunidos en dos grupos, a ambos lados del campo, conversaban entre sí. El cielo se estaba iluminando casi perceptiblemente. Una brisa movía la copa de los árboles. De vez en cuando, cantaba un pájaro, pero acabó por callar al no obtener respuesta.

Anya y sus hombres desmontaron. Marcel tomó las riendas de Ravel, mientras los padrinos salían al encuentro de su amigo. Murray, que daba conspicuamente la espalda a la ruta, comenzó a volverse y vio a su adversario.

Anya vio el rostro del hombre que pretendía casarse con su hermana. Se puso blanco, luego rojo; quedó boquiabierto y a continuación apretó sus labios con tal fuerza que estuvieron a punto de desaparecer. Miró hacia el camino, como si esperase ver aparecer a sus hombres. Después, lentamente, como si acabara de descubrir su presencia, giró hacia Anya. Había malevolencia en su mirada, pero ella no se dejó afectar. Levantando su cabeza, sonrió.

Ravel apenas reparó en su adversario, como no fuera para seguir la dirección de su mirada. Vio sonreír a Anya, llena de orgullo y gloria, y sus pasos vacilaron. ¿Qué había de verdad en la historia que ella le había contado en la madrugada? ¿Había sido sólo un invento, destinado a disuadirle de presentarse en el campo? Ella lo había llamado asesino; tal vez era lo que pensaba de él. Si había hablado de amor, era sólo para instarlo a hacer lo que ella quería.

Pero ¿y los asesinos contratados por Murray, que ella había liquidado? ¿Era ésa una muestra más de su juego limpio?

Anya y Murray. Ella podía despreciar sus ideas y tratar de detenerlo; podía haber renunciado a él por la felicidad de su hermana, pero no podía negar lo que ese hombre le inspiraba. Así era ella, como tantas mujeres que amaban a quienes menos debían.

Se iniciaron las formalidades. A Ravel, como desafiado, le correspondía elegir el momento, el lugar y las armas. Sería un duelo a espada.

Llevaron las armas: un par de hojas pequeñas, en un estuche de raso blanco. Murray debía elegir primero. Tomó una y la sopesó. Por la expresión de sus ojos, era evidente que no había esperado verse forzado a llegar hasta ese punto.

Otro ruido de ruedas en la ruta atrajo la atención de Anya. Era un carruaje cerrado, que se detuvo a cierta distancia. De él bajó un caballero que se acercó tranquilamente, vestido de negro. Era Gaspard. Anya le dedicó una tensa sonrisa como saludo.

- Me envía Madame Rosa, para que le cuente lo que ocurra - dijo él, en voz baja -. De cualquier modo, habría venido. Me siento tan responsable como ella.

- ¿Usted?

- Si alguien debía desenmascarar a Nicholls, ése debería haber sido yo.

Estaba herido en su orgullo. Por segunda vez en pocos días Anya lo veía como hombre y no como el eterno acompañante de Madame Rosa.

- Tal vez ella daba demasiado valor a su compañía como para arriesgarse a perderlo - sugirió.

Gaspard la estudió con su mirada, como temiendo el ridículo, y tardó un largo instante en responder:

- Tal vez.

La atención de Anya se volvió irresistiblemente hacia lo que estaba ocurriendo en el campo del honor. Ravel y Murray acababan de tomar posiciones. Una vez en el sitio, no podrían moverse hasta que se diera la señal, bajo pena de ser derribados a pistola o espada por los padrinos del adversario. Ambos hombres se quitaron las chaquetas y se recogieron las mangas hasta el codo.

La mañana iba cobrando luz, en tanto el sol en ascenso enviaba sus primeros rayos por encima de los árboles. La luz se reflejó en el pañuelo blanco que cayó a tierra, como un copo de nieve fuera del clima debido. Era la señal.

Las espadas se cruzaron con un tintineo musical probándose mutuamente. Los hombres fintearon en círculos, dejando rastros en el césped húmedo. Cada uno dividía su atención entre la punta de la espada adversaria y el rostro de su oponente.

El ritmo del combate iba en aumento. Murray inició una embestida y Ravel la contuvo, retrocediendo. De pronto, en un súbito despliegue de habilidad, presionó al más joven, haciéndole ceder terreno. Pero no aprovechó esa ventaja. Murray, envalentonado, atacó, utilizando todas sus estratagemas. Ravel se defendía adecuadamente, desviando a veces los golpes con movimientos tan brillantes que provocaban murmullos de aprobación entre los espectadores.

Sin embargo, Ravel no atacaba a fondo. Parecía contenerse, reservando la mayor parte de su habilidad. Gaspard comentó, extrañado, casi para sus adentros:

- ¿Qué está haciendo?

Anya, que lo contemplaba todo con el corazón sofocado, no halló respuesta.

En la frente de Murray había aparecido una película de sudor. La respiración de ambos se tornó más profunda. Los pasos sonaban con potencia en el silencio. Las camisas y los pantalones se iban moldeando a los músculos. El pelo de Ravel caía en rizos hacia su frente, y él los retiraba una y otra vez con sacudidas impacientes.

En el rostro de Murray se fue filtrando una ira desconcertada. Redobló sus esfuerzos a tal punto que su hoja era un dardo cantarín. De pronto lanzó una estocada que Ravel detuvo en el último momento. Las pequeñas espadas chocaron en un chisporroteo. Luego, la punta de la hoja de Murray giró en riposte. Hubo una extraña vacilación de Ravel, como si iniciara una defensa y la abandonara deliberadamente. Cuando Murray se retiró, había una mancha roja en la manga de Ravel.

Los padrinos se adelantaron e interpusieron una espada entre los combatientes, apartando la hoja de Murray, que trataba de alcanzar nuevamente a Ravel, quien ya estaba bajando la guardia.

- Según establece el código, señor - dijo el padrino de Ravel a Murray -, debo preguntarle si su honor está satisfecho.

En la piel de Murray había un tinte verdoso; en sus ojos una expresión de desdicha. Su victoria era falsa; se le había permitido derramar un poco de sangre, y él lo sabía. Fue visible que deseaba aceptar; sin embargo, ya porque tenía más coraje del supuesto, ya por miedo a rendirse, respondió:

- ¡No, maldición!

Los padrinos de Ravel intercambiaron una mirada sombría, pero no pudieron sino retroceder para que el duelo continuara.

Una vez más se inició el resonante juego de espadas. La atención de los hombres se concentraba sólo en la punta de la espada contraria. Ambos respiraban con fuerza, pero los movimientos de Ravel habían tomado la cualidad dominada y leve de la práctica larga, como si pudiera seguir eternamente en ese ritmo.

Y era él quien imponía el ritmo. Murray no estaba a su altura; si hasta entonces no había sido evidente, ahora comenzaba a serlo. Si bien pasaba por un espadachín competente, se veía frente a un maestro. Sólo la suerte descabellada o algún error de Ravel podían darle la victoria. Su contrincante habría podido matarlo o herirlo cien veces, pero se contenía. Al aumentar la furia y el miedo de Murray, su espada comenzó a temblar y sus estocadas se tornaron más violentas.

Hubo un movimiento tan veloz que Anya no pudo seguirlo. Las espadas rechinaron con un ruido que desgarraba los nervios, deslizándose la una contra la otra hasta encontrarse en la empuñadura. Ambos hombres forcejearon, cara a cara, muñeca a muñeca, rodilla a rodilla.

Murray, jadeando, inquirió:

- ¿Qué está haciendo, Duralde?

- Dándole satisfacción. ¿No era eso lo que deseaba?

- ¡Lo que deseo es verlo muerto!

- Dicen que las privaciones son buenas para el alma.

Ravel se permitió echar una breve mirada a Anya, que estaba de pie con sus manos fuertemente entrelazadas y sus ojos muy grandes, observándolos. Él no sabía qué podía haber hallado su amada en ese perdido espécimen de virilidad, pero hasta donde le fuera posible, se lo conservaría. Eliminarlo habría sido hacer un favor, tanto a Anya como a la ciudad, pero le faltaba coraje para hacerlo frente a ella, aunque de ese modo traicionara su causa.

Anya aceptó aquella mirada veloz y letal como el golpe de una espada, y se le clavó muy hondo. Reconoció la desolación, la futilidad y el dolor que escondía. Así la había mirado Ravel cuando ella lo acusara de asesinar a Jean, tantos años antes. En ese campo del honor, ella era su bestia negra, un recordatorio del ineludible pasado, que lo ponía en desventaja, impidiéndole ejercer toda su experiencia frente al adversario.

Murray se retiró, tropezando y resbalando en el césped húmedo de rocío. El movimiento era tan familiar que provocó un escalofrío en Ravel. Así había resbalado Jean aquella noche, en ese mismo sitio.

El duelo no podía continuar así. Era preciso ponerle fin, de un modo u otro. Esperó pacientemente hasta que Murray se recobró; entonces, con un centelleante despliegue de técnica, haciendo relumbrar su hoja como si fuera de plata, comenzó a avanzar sobre su adversario. Murray perdió terreno, defendiéndose con sus dientes apretados y el sudor chorreándole en sus ojos. De poco le sirvió. La muñeca de Ravel era templada y ágil como su espada; detrás de ambas había una implacable voluntad.

Una finta y un riposte. Las espadas rechinaron, filo contra filo. La de Ravel giró. Murray perdió asidero y su arma salió dando tumbos por el aire, hasta aterrizar en la hierba, con un ruido sordo.

Una vez más se observó el rito. Para todos los reunidos era obvio que Ravel habría podido ensartar a Murray. Cuando el más joven se negó a aceptar su derrota,

Librodot

declarándose insatisfecho una vez más, hubo una rumorosa discusión entre los padrinos y el cirujano presente. Aún así, ante un gesto de Ravel recogieron y limpiaron el arma de Murray. El enfrentamiento continuó.

¿Qué haría Ravel ahora? La respuesta no se hizo esperar. Las espadas resonaron como un campanario, entre mil relámpagos. Cuando los contrincantes se separaron, había sangre en el otro brazo de Ravel.

Una vez más, se había dejado herir superficialmente. El puntazo era más profundo que el primero, pues su manga estaba tomando velozmente un tono carmesí. Sin duda, Murray ya no podía negarse a dar aquello por terminado.

Pero no fue así. El cirujano ató un vendaje al brazo de Ravel y ambos hombres volvieron a enfrentarse.

Un escalofrío sacudió a Anya, seguido por otro y otro más. El ruido de las hojas le destrozaban los nervios a tal punto que habría querido gritar. ¿Por cuánto tiempo podría prolongarse aquello? Habría algo, sin duda, que ella pudiera hacer, pero ¿qué?

Gaspard meneó su cabeza.

- Nunca en mi vida vi algo semejante. ¡Es magnífico!

Anya se volvió a mirarlo como si lo creyera loco.

- ¿De qué estás hablando?

- Espera. Espera y verás - respondió él, agregando una risa grave y cargada de admiración.

Anya volvió a observar el duelo. Otra herida, esta vez en el costado de Ravel, al girar él para esquivar una estocada violenta. La pregunta fue una mera formalidad. Murray jadeaba al pronunciar su negativa, pero en sus ojos había júbilo. Sin prestar atención a las duras miradas de los padrinos contrarios, esperaba un momento de distracción, el error que le diera la oportunidad de terminar con el otro. Aferró con más potencia la empuñadura de la espada.

Poco a poco, Anya comenzó a captar lo que Gaspard había querido decir. Era muy sencillo, pero también muy astuto; noble y diabólico a un tiempo. Tan oscuro, pero también tan simplemente arraigado en la esencia del duelo.

Lo que Murray no llegaba a comprender era que, con cada gota que Ravel perdía por su mano, él se acercaba más y más a su propia ruina. Aquél era un certamen de honor, no de resistencia o habilidad. Su terca insistencia en continuar, a pesar de la magnanimidad de su adversario, estaba poniendo de relieve su carencia de caballerosidad. Tal como si se hubieran revelado sus actividades recientes. Si el objetivo del duelo era desacreditar a Murray, Ravel lo estaba logrando.

Pero ¿hasta dónde podría llevar su propio sacrificio? ¿Cuánta sangre más debía perder antes de considerar que su tarea estaba cumplida? Con tantas heridas, por pequeñas que pudieran ser, ¿podría mantener su dominio al punto de que Murray lo hiriera sólo donde él quería? ¿Acaso había, además, un elemento de expiación en aquella actitud? Acaso estaba expiando la muerte de otro joven, bajo esos mismos robles, siete años atrás.

CAPITULO 20

Las heridas se sucedían con más celeridad: un tajo en el hombro, otro puntazo en el brazo, un rasguño en la mejilla, dos centímetros por debajo del ojo. Parecía ser Murray quien elegía los sitios y Ravel quien lograba evitar los resultados más peligrosos. Los padrinos del criollo habían avanzado concertadamente hacía él, en una oportunidad, como para interrumpir el combate, pero él los detuvo con una terca sacudida de cabeza. Sus amigos estaban desconcertados. Ese enfrentamiento superaba los límites del código, hasta el punto de que acabaron por no intervenir. Los padrinos de Murray, aunque habrían debido colaborar con los del adversario para interrumpir el duelo, eran de su misma cepa y permanecían a un lado, jactándose abiertamente.

Las paradas de Ravel se estaban tornando más lentas; tenía su pelo húmedo de sudor y su respiración era tan fuerte como la de Murray; con cada jadeo de su pecho, el rojo de su sangre se extendía más y más sobre la camisa mojada. Su adversario, con los labios retraídos en una fiera sonrisa, apuntó una estocada al esternón. Hubo un movimiento borroso, un cantar del acero y, cuando los hombres se separaron, Ravel tenía la camisa desgarrada y un pequeño tajo en el pecho, pero Murray presentaba una herida en el cuello. Se la apretó con su mano izquierda y miró los dedos enrojecidos; incrédulo, Ravel dio un paso atrás, bajando su espada. Se produjo un súbito silencio.

- ¡Asesino! ¡Asesino sanguinario!

Los gritos provenían de atrás. Anya se volvió, a tiempo de ver que Celestine bajaba a tumbos del carruaje cerrado en el que llegara Gaspard.

- Madre de Dios - dijo el caballero, en voz baja -. Me había olvidado de ella.

Anya echó a andar hacia su hermana, pero Celestine la apartó para correr hacia los dos duelistas, tropezando con sus faldas.

- ¡Basta! – gritaba -. ¡Basta! ¡No lo soporto más!

Murray vio la aturdida distracción de Ravel, su guardia baja, y creyó llegada su oportunidad. Recobrándose, levantó subrepticiamente la espada, tomando aliento.

Para Anya, aquello era una escena petrificada, que representaba alguna fábula de vida, muerte, y fino equilibrio entre ambas. Celestine, con el rostro surcado de lágrimas, casi entre los dos hombres. Ravel, con la guardia baja. Murray, decidido a aprovechar la ventaja. Las espadas ensangrentadas. Los viejos robles. Los sorprendidos padrinos. Gaspard boquiabierto. El claro sol de la mañana.

Fue el instinto lo que la guió, no el pensamiento moderado y racional. Antes de tener la situación en claro, se estaba moviendo, lanzándose detrás de Celestine y gritando la advertencia.

- ¡Cuidado, Ravel! ¡Mátalo! ¡Acaba con esto, por el amor de Dios!

Con el hombro y una mano, Anya golpeó a Celestine en la espalda. Ambas cayeron a tierra. Un metro de muerte cantarina pasó tan cerca sobre la nuca de Anya que sintió el viento de su vuelo y supo que para Murray habría sido una alegría contar con ella como víctima.

Entonces se oyó el resonar de las hojas al encontrarse, el chirrido de un ataque fuerte y deliberado. Hubo una aspiración precipitada, un gruñido. Un padrino murmuró algo, asombrado. Anya volvió su cabeza a tiempo para ver que Murray retrocedía, tambaleándose, y caía al césped, despatarrado. La mano que aún sostenía la espada se contorsionó y quedó inmóvil.

Todo había terminado. Sobre Anya se posó un profundo cansancio. Era como si cualquier movimiento estuviera más allá de sus fuerzas.

Librodot

Los padrinos se agruparon en derredor y tres hombres le ofrecieron sus manos para levantarla. Ella aceptó la que estaba más próxima. Los otros dos levantaron a Celestine, quien después de echar un vistazo a Murray, cayó en los brazos de Anya, sollozando. Por encima del hombro de su hermana, Anya miró a Ravel. Un padrino había tomado su espada. El cirujano, murmurando por lo bajo, le estaba cortando la camisa empapada de sangre. El herido parecía no darse cuenta; su negra mirada estaba fija en Anya, con la misma feroz concentración que había aplicado al duelo.

Allí estaba Gaspard, con palabras tranquilizadoras y cariñosas como las de un padre, ayudando a sostener a Celestine. Ayudado por Anya, logró llevarla al carruaje y subirla a él. Luego se volvió hacia la otra muchacha.

- Sube, chére, sube y volveremos a casa. Tu sirviente puede hacerse cargo de tu caballo. Aquí no hay nada más que hacer.

- Sí, en seguida - respondió ella, y caminó hacia los hombres que permanecían reunidos bajo los árboles.

El cirujano había vendado las heridas más profundas de Ravel y desinfectado las otras. El olor del preparado químico pendía del aire, disimulando el olor de la sangre. Los padrinos de Murray acababan de llevar el cadáver al carruaje y se estaban preparando para retirarse. Los de Ravel se retiraron al acercarse la muchacha, demostrando una consciente sensibilidad. El cirujano, después de mirar a Anya y repartir una reverencia entre la joven y su paciente, fue a reunirse con los testigos.

El sol de la mañana destacaba las ojeras provocadas por la falta de sueño y la preocupación de Anya. De pie frente a Ravel, con su espalda bien erguida, murmuró:

- Perdóname.

- ¿Por qué? - preguntó él, brusco.

- Por todo. Por lo que te dije hace siete años, llena de dolor y maldad. Por entrometerme entre Murray y tú. Por haberte dicho algo, no sé qué, que te llevó a dejarte herir por él como si fueras...

- ¿Aunque no lo sea?

- Aunque no lo seas.

Él la miró por un momento, estudiándole la cara.

- Hay un asunto sin arreglar entre nosotros. Y ese asunto será más imperativo después de esta mañana. Se trata del matrimonio.

El dolor creció dentro de Anya, pero mantuvo su voz en calma y hasta logró una leve sonrisa, al repetir el comentario que él había hecho horas antes.

- ¡Qué sacrificio! No hay necesidad, por lo que a mí respecta.

- No soy amigo de los sacrificios.

- ¿Cómo creerlo, tras lo que acabo de ver? No, nos olvidaremos de esto, si quieres. Ya nos hemos lastimado demasiado; nadie puede obligarnos a seguir haciéndolo. No me importa lo que piense la sociedad, y a ti tampoco. Siendo así, estamos en libertad de volver a ser lo que éramos. ¿Quieres que acordemos un nuevo pacto? Cuando nos encontremos será como amigos, corteses y distantes, que se sonríen y saludan, pero que no se entremeten cada uno en la vida del otro.

- Preferiría ser tu enemigo - dijo él, con tono chirriante.

Pasó un momento antes de que ella pudiera hablar. Para disimular su inquietud, le volvió rápidamente la espalda y recogió el ruedo de su falda de cuero.

- Como quieras - dijo, por encima de su hombro.

Ravel sintió que se le atenazaban los músculos con el esfuerzo de dominarse para no sujetarla. Debía dejarla ir. Era lo que ella deseaba, y lo había dicho con toda claridad.

Celestine no se mostró inconsolable. Por el contrario, su ánimo mejoraba y su dolor cedía en proporción directa a la recuperación de Emile. Cuando pudo explicarse con coherencia, contó a Anya que no había sido a Ravel a quien llamara asesino sanguinario, sino a Murray. En la noche de carnaval, mientras Emile desafiaba a Ravel como a Murray, había descubierto que era al gallardo francés a quien amaba. Fue ese súbito descubrimiento y el aprieto de tener dos hombres en su vida lo que la dejó sin sentido.

Más tarde, mientras yacía en su cama, habían llevado a Emile con el cráneo fracturado. Madame Rosa, aunque contra su voluntad, le reveló la perfidia de su novio, y Celestine comprendió entonces que era un monstruo, que la había estado utilizando. Indecisa entre el deseo de permanecer junto a Emile y la necesidad de saber si estaba libre de hombre tan horrible, había rogado a Gaspard que le hiciera un sitio en su carruaje.

Después tuvo lugar ese duelo terrible. Al parecer, Ravel se estaba dejando masacrar por alguna extraña razón, vinculada con el estúpido sentido del deber que albergaban todos los hombres. Temió que Murray acabara por matarlo y quedara en libertad de acabar con Emile, de perseguir a Anya, hasta de obligarla a casarse con él. Entonces había enloquecido.

Pero ya todo había terminado y podían estar tranquilos otra vez. Emile se estaba curando y parecía disfrutar con sus cuidados. El día anterior le había tomado la mano para llevársela a los labios, diciendo que ella era un ángel encantador. Murray nunca le había dicho cosas tan bonitas.

Madame Rosa se veía reivindicada por haber desconfiado de Murray. Sin embargo no cometió el error de revelarlo ante sus amistades para disfrutar de su triunfo, pues eso habría requerido explicaciones muy perjudiciales para su hija. Con reserva y dignidad, expresó su dolor por la muerte del joven. Dijo que su hija estaba postrada, pero tratando de superar su dolor para prestar ayuda en la habitación del enfermo. Naturalmente, siempre con la adecuada compañía y vigilancia. Ella, Madame Rosa, lamentaría mucho que el joven Girod abandonara la casa cuando la herida se lo permitiera, pues era muy agradable y tenía un efecto muy benéfico sobre Celestine.

Como Celestine estaba más o menos recluida y Anya rechazaba todas las invitaciones, en parte para no abochornar a su madrastra, pero también porque no le interesaban las diversiones frívolas, a Gaspard le correspondió acompañar a Madame Rosa a los pocos entretenimientos disponibles durante la Semana Santa. Se les veía algo más que afectuosos, algo más satisfechos con la compañía mutua, pero no había señales de una relación más íntima. Al parecer, nada les impediría seguir indefinidamente de ese modo.

Después de unas cuantas salidas, Madame Rosa señaló como una gran suerte que el duelo y el papel desempeñado por Anya en él hubiera ocurrido en Miércoles de Ceniza, cuando bailes y fiestas habían terminado y mucha gente estaba fuera de la ciudad; de ese modo, los rumores no eran tan furiosos como podrían haberlo sido. La gente parecía pensar que Anya era excéntrica y testaruda, si no inmoral, y que

Librodot

difícilmente hallaría a un hombre capaz de soportarla. También resultaba muy interesante que Ravel Duralde hubiera desaparecido de la vista. Algunos aseguraban que había salido del país. Otros, proclamándose testigos oculares del duelo, lo daban por tan mutilado que su salud había requerido una convalecencia en los balnearios del norte. Circulaba todavía otra historia, según la cual estaba en el campo, donde tenía todas las intenciones de recluirse por completo, como su padre.

Anya escuchaba esos rumores, pero no se dejaba afectar por ellos. Parecían referirse a otras personas. Oía la cháchara voluble e interminable de Celestine, sobre sus sentimientos hacia Emile y Murray, y se alegraba de no verla tan devastada como había temido, sino casi feliz. En cierto modo, era un alivio que Madame Rosa no dejara sus rondas sociales por lo ocurrido, que la vida siguiera más o menos igual. Sin embargo, su única necesidad era acabar con las obligaciones que la ataban a Nueva Orleans para huir; quería estar lejos del desastre armado por su culpa, de sus ansias por Ravel Duralde, de los remordimientos que le inspiraba Celestine y de su preocupación por Madame Rosa. Sólo quería estar lejos.

Beau Refuge, bello refugio. No era sólo un nombre, sino también un ideal. Anya ansiaba estar allí, en esa calma que la serenaba y la rejuvenecía, en su paz, con tiempo para recordar.

Por el momento trataba de no pensar en Ravel. Hacía lo posible, pero era muy difícil, pues todo parecía recordárselo. Hasta la única visita que le anunciaron en la semana siguiente al duelo fue un doloroso recordatorio.

Al entrar en el salón, encontró a Madame Castillo de pie en el centro de la habitación, bellamente vestida, pero ojerosa y con arrugas de preocupación en su cara. Anya se acercó con perfecta cortesía, para tenderle su mano, aunque sentía un nudo en el estómago y se sentía palidecer.

Madame Castillo fue la primera en hablar.

- Espero no molestarla con esta visita, pero necesitaba hablar con usted.

- Desde luego. Siéntese, por favor. ¿Puedo ofrecerle un refrigerio? ¿Una copa de *eau sucre,* tal vez, o vino y pastel?

La cortesías sirvieron para darle tiempo de recobrar su pose.

- No, gracias. - La madre de Duralde se dejó caer en la butaca, mirándose las manos enguantadas -. Venía a preguntarle si ha visto a Ravel.

- Supongo que me pregunta si lo he visto después del duelo. Y no, no lo he visto desde entonces.

Madame Castillo cerró sus ojos.

- Me lo temía.

- ¿Se... se ha ido?

Era imposible no preguntar.

- Desde el día siguiente a aquel en que lo trajeron a casa. No quiero pasar por alarmista, pero sólo una vez se fue de esta manera, y no volví a verlo en cuatro años.

Sólo una vez: tras la muerte de Jean. Anya hizo un gesto, desolado.

- Comprendo, pero no tengo idea de dónde pueda estar.

- Se me ocurrió que él podía haberle dado alguna idea de lo que pensaba hacer o quizá haberse puesto en contacto con usted.

- No - replicó ella, con voz inexpresivo.

- Perdone, pero me cuesta comprenderlo. Mi hijo nunca ha sido tan irresponsable, ni siquiera cuando era más joven. Siempre dejaba una nota. Es muy considerado con quienes ama. Por eso me cuesta creer que no dejara noticias para mí ni para usted.

Las palabras reverberaron en la mente de Anya, a tal punto que tardó en comprender.

- ¿Con quienes ama? Él no me ama.

- No sea tonta - respondió la mujer ásperamente -. La ama a usted desde hace años, desde que estaba prometida a su mejor amigo. ¿Por qué, de lo contrario, lo habrían aniquilado tanto las cosas que usted le dijo tras la muerte de Jean?

Anya sintió algo hinchado y sofocante en su pecho.

- No puede ser - susurró.

- Le aseguro que sí. Es cierto.

- Pero ¿por qué no me lo dijo?

- Tal vez tenía motivos para pensar que a usted no le importaría. Pero le importa, ¿verdad?

La mirada aturdida que Anya le clavó fue respuesta suficiente.

- Si usted no hubiera venido, tal vez no lo habría sabido jamás.

- Ahora bien, ¿está segura de no tener idea de adónde puede haber ido?

Anya negó con la cabeza, mirándose las manos. Madame Castillo frunció el ceño.

- Es desconcertante. La noche anterior a su partida le oí hablar con su valet. En ese momento me pareció extraño, aunque no le prestaba atención. Juraría que le oí pedir un juego de ajedrez... y una cadena.

Anya levantó lentamente la mirada hacia los ojos de su visitante. Le costó contener el estremecimiento que le recorría los nervios. ¿Un juego de ajedrez? ¿Una cadena? ¿Era posible?

- ¿Qué pasa, querida?

Preferiría ser tu enemigo.

Anya se humedeció los labios.

- Tal vez nada. Pero... quizá pueda hallar a Ravel.

Madame Castillo había hecho su visita a media tarde. Cuando caía el temprano crepúsculo invernal, Anya ya tenía su equipaje preparado y se había despedido de Madame Rosa, Celestine y Emile. Nadie trató de disuadiría, pues estaban habituados a sus partidas apresuradas y a sus inesperadas llegadas. De cualquier modo, llevaba días suspirando por Beau Refuge.

El buen tiempo había terminado después del carnaval. Soplaba un viento frío que se filtraba en el interior del carruaje, llevando un presagio de lluvia, aunque la luna todavía iluminaba el sendero. Anya se acurrucó bajo la manta de piel, rogando que no lloviera hasta la mañana. Por entonces ya habrían llegado a Beau Refuge. Por entonces ya sabría si Ravel estaba allí. Y si la amaba.

Los kilómetros pasaban a tumbos. Anya, con su vista fija en la oscuridad, pensaba y también trataba de no pensar, en una ronda interminable. De vez en cuando, un escalofrío le sacudía los nervios, sin que ella supiera si era por frío o por emoción, por miedo o por expectativa.

Trató de calcular las posibilidades. Si Ravel estaba allí, ¿qué convenía? ¿Mostrarse graciosa y receptiva, a la espera de que él se declarara? ¿Correr impetuosamente a sus brazos? Tal vez quedara muda, angustiada y susceptible, y entonces nada cambiaría. Y si él no estaba allí, ¿se echaría a llorar o saludaría

Librodot

tranquilamente a Denise antes de subir a acostarse? Sólo para apagar la lámpara y echarse a llorar, de todos modos.

Por fin, el viaje terminó. El coche entró bajo las ramas extendidas de los robles, negras bajo la medianoche, y se detuvo ante la casa oscura y silenciosa. Todos se habían acostado, hasta Denise.

Marcel, que la había acompañado, bajó del pescante y le abrió la portezuela. Anya bajó y le permitió acompañar al cochero hasta los establos, mientras ella tiraba de la campanilla en la galería trasera.

Denise no acudió. Anya estaba a punto de repetir la llamada cuando vio que la puerta principal estaba entreabierta. ¿A qué se debería ese descuido? La irritación la distrajo de la intranquilidad que la invadía y la instó a entrar. Cuando su vista se acostumbró a la penumbra, avanzó con familiaridad de cuarto en cuarto, buscando el último, el suyo, como si fuera un santuario.

Hizo girar el pomo y abrió la puerta. De inmediato se le erizó la piel y vaciló, alerta. No se oía ningún ruido, pero el corazón le palpitaba contra las costillas. Sentía su frente tensa. Una luz. Necesitaba una luz para calmar sus nervios, y se alejó de la puerta en busca de la lámpara y las cerillas que tenía siempre junto al lavatorio.

Unas manos duras la sujetaron por los brazos, la hicieron girar, la levantaron en vilo. Ella pataleó, arqueándose contra el pecho del hombre que la sujetaba, pero nada consiguió. Unos pocos pasos firmes y, de pronto, aquel hombre la dejó caer.

A pesar de su grito estrangulado, reconoció la suave resistencia de su propia cama. De inmediato se dominó y trató de escapar rodando, pero una pierna pesada le inmovilizó el cuerpo. Al tratar de empujar aquel peso, Anya palpó un hombro musculoso y el grueso acolchado de un vendaje. Entonces quedó inmóvil.

A los oídos le llegó un tintineo musical y un chasquido seco. Algo frío y pesado le sujetaba el brazo. El peso que la constreñía desapareció, dejándola sola en la cama.

Anya, incrédula, trató de moverse, pero sólo pudo recoger un poco el brazo: estaba encadenada a la cama. Se incorporó sobre un codo, forzando la vista en la oscuridad.

- Ravel Duralde - dijo, con voz vibrante de furia -, ya sé que estás ahí. ¿Qué haces, hombre?

Se oyó un chasquido y en el lavatorio se encendió una luz amarillenta. Ravel tenía una cerilla encendida en la mano y la estaba arrimando a la mecha de la lámpara. La llama dio a su rostro el aspecto de una máscara de porcelana con facciones demoníacas. Dejando la luz en la mesa, junto a la cama, replicó:

- ¿Qué te parece?

- ¡Que estás loco!

- Quizá.

Ella tragó saliva.

- ¿Cómo pudiste entrar?

- Denise me dejó pasar. Le dije que me habías invitado y que tú llegarías en cualquier momento. Me has tenido esperándote levantado en las tres últimas noches, convencido de que eres muy mal educada por hacerme aguardar de ese modo.

- ¿Sabes que todo el mundo te cree desaparecido - apuntó Anya, agria -, incluyendo a tu madre? Al menos pudiste dejar un mensaje.

Una sonrisa curvó la boca de Ravel.

Librodot

- ¿Todavía te preocupas por mi madre? Permite que te tranquilice: le expliqué detalladamente lo que pensaba hacer.

- ¿Ella.... está al corriente?

- Fue ella quien sugirió que, si no abandonabas la ciudad pasado cierto tiempo, te enviaría a mí.

Era una trampa cuidadosamente tendida. Y ella había caído como una idiota. Ravel se sentó en el borde de la cama, de modo que no impedía que la luz cayera sobre la cara de Anya. Ella le sostuvo la mirada durante tanto tiempo como pudo, pero acabó por parpadear.

- ¿De veras? - comentó, en tono indiferente.

- Eran muchas las emociones a las que podía apelar - explicó él, con voz más grave -. Entre otras, el odio, la venganza, los remordimientos, la compasión, la culpa. Pero sólo pensó usar una. Si no venías por ese motivo, no vendrías por ninguno.

Ella no respondió. Se lo impedía un horrible nudo en la garganta.

- Dime por qué viniste, Anya - urgió él, suavemente.

Ella trató de mover un brazo. El tintineo de la cadena le despertó el enfado.

- ¿Qué importa? ¡Ya tienes lo que deseabas

- Importa, dulce Anya, sí que importa. - una mano caliente le fue quitando las horquillas de la cabellera, una a una -. Dímelo.

No había escapatoria. Esa voluntad implacable sólo se conformaba con la capitulación absoluta.

Pero Anya resolvió cobrársela. Tragándose las lágrimas, dijo:

- He venido porque lamentaba lo que te había hecho.

- Remordimientos. No, no es eso.

Ravel comenzó a deshacerle las trenzas sobre el pecho.

- Porque lamentaba tu dolor - murmuró ella, tocándole el vendaje- y quería aliviarlo.

- Compasión - apuntó él, deslizando sus dedos por los botones del vestido.

- Porque no quería volver a convertirte en un descastado, si en mí estaba evitarlo.

- Por culpa. La conozco desde hace años. No es eso.

Bajo sus dedos, el vestido se había abierto hasta la cintura, dejando paso a insistentes caricias. Anya, con respiración dificultosa, dijo:

- He venido por no dejarte en paz. No lo mereces.

- La venganza es cosa mía.

- Y porque no respetaste el pacto que te ofrecí. Porque desde hace siete largos años hay algo entre nosotros que no desaparece.

- Odio - susurró él.

- No, odio no - respondió ella, mirándolo con un brillo de lágrimas.

- Anya...

Había tanto dolor, tanta duda en aquella palabra apenas audible que las lágrimas cayeron, formando surcos ardorosos hasta el pelo.

La voz de Anya, ronca, preguntó:

- ¿Me has odiado a lo largo de todos estos años?

El rostro de Ravel se endureció. Sus manos la sacudieron.

- Te he amado con cada fibra de mi ser y cada latido de mi inhumano corazón desde la primera vez que te vi. Y bien lo sabes. Has sido siempre el sueño que buscaba, casto e impoluto, lo único que me daba esperanzas en la mugrienta prisión

española y en el horrible calor de la selva americana. Pero era indigno de ti; no tenía esperanzas. La muerte misma nos separaba. Eras mi alegría secreta, mi talismán, el único símbolo que yo respetaba. Cuando te pusiste en mis manos, cuando hube probado tu dulzura, ya no tuve salvación. Habría sido capaz de cualquier cosa, soy capaz de todo ahora mismo, para tenerte en mis brazos para siempre, como te he tenido en mi corazón.

No hacía falta otra declaración.

- Si tú puedes amarme, ¿puedo amarte yo?

- Puedes. Y me amarás. Yo me encargaré de eso, aunque tenga que retenerte encadenada a mí por el resto de tus días.

- No hay necesidad. - Sus ojos, azules y claros, se enfrentaron a la mirada oscura -. Te amo ya.

- Anya - susurró él -, ¿es posible? ¿No mientes?

- ¿Cómo puedes pensar eso?

- ¿Cómo puedo pensar otra cosa, cuando he esperado tanto?

Con los ojos llenos de lágrimas, la joven levantó una mano para rozar los duros músculos de su rostro con dedos suaves.

- Oh, Ravel, yo también he esperado, aunque no lo sabía. Acepta ahora mi amor, porque ya no puedo seguir esperando.

El se dejó caer a su lado, sobre el brazo menos herido, y moldeó la boca a la suya, saboreando el puro rapto de su rendición. Suave, interminablemente, derramó sobre ella siete años de deleites sensuales acumulados, tratando de darle placer y lográndolo de manera inimaginable. Anya, ahogándose de buen grado en pura sensación, aún se sentía confinada por la imposibilidad de acariciarlo.

- Esto es encantador - susurró al oído de Ravel -, pero sería mejor sin la cadena.

- ¿Estás segura?

Había una sugerencia de risa en su voz.

- Completamente segura.

- A qué esperar, entonces.

Ravel sacó del bolsillo de su pantalón una llave pequeña y se incorporó para quitarle la esposa. Después retiró la cadena y la dejó caer al suelo. Cuando se volvió hacia ella, después de apagar la lámpara, se encontró con sus brazos extendidos, acogedores. Con suaves palabras de amor y ciego regocijo, acudió a ella.

El claro de luna que se filtraba en la habitación derramó su fresco fulgor sobre las siluetas que se movían en la cama, dando a sus cuerpos el aspecto de dioses paganos. También tocó la cadena olvidada en el suelo, arrancando reflejos a los sinuosos eslabones de purísimo oro y al brazalete de diamantes y zafiros que formaba la esposa utilizada.

Anya no se dio cuenta. A Ravel no le importó.